



Malditas

Las

STACEY HALLS

B



M Las Malditas
STACEY HALLS

B

LAS MALDITAS

Stacey Halls

Traducción de Inés Clavero



SÍGUENOS EN
megustaleer



[@megustaleerebooks](#)
[@megustaleernovelahistórica](#)



[@megustaleer](#)



[@megustaleer](#)

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A mi marido



PRIMERA PARTE

CONDADO DE LANCASTER
(HOY LANCASHIRE), PRINCIPIOS DE ABRIL DE 1612

No escatiméis en sangre, de lo contrario, dejará de estar bajo vuestro mando y tendréis que seguirla a ella.

The Book of Falconry or Hawking ,
GEORGE TURBERVILLE , 1543-1597

Prudencia y justicia

Divisa de la familia Shuttleworth

Me fui de casa con la carta porque no sabía qué otra cosa hacer. El césped estaba húmedo por el rocío de última hora de la mañana, que calaba mis escarpines favoritos de seda rosa, pues con la premura había olvidado calzarme las chinelas. Sin embargo, no me detuve hasta alcanzar los árboles que dominaban los pastos situados frente a la casa. Llevaba la carta apretada en el puño y volví a abrirla para cerciorarme de que no eran imaginaciones mías, de que no me había quedado traspuesta en el sillón y lo había soñado.

Hacia una mañana fría, neblinosa, refrescada por el viento que soplaba desde Pendle Hill, y, pese a mi turbación, había recordado coger el manto que guardaba al fondo de la recámara. Al hacerle a Puck una caricia distraída, había comprobado, aliviada, que no me temblaban las manos. No lloré, ni me desmayé, me limité a plegar lo que acababa de leer para devolverle su forma original y a descender en silencio las escaleras. Nadie reparó en mí, y el único criado al que vi fue, fugazmente, a James, el mayordomo, sentado frente al escritorio, cuando pasé delante de su estudio. Se me pasó por la cabeza la idea de que hubiese podido leer la carta, pues es habitual que el mayordomo abra la correspondencia privada de sus señores, pero descarté rápidamente esa posibilidad y salí por la puerta principal.

Las nubes tenían el color de jarras de peltre y amenazaban con derramarse, así que me apresuré por la hierba en dirección al bosque. Sabía que, envuelta en mi capa negra entre los pastos, iba a atraer la mirada indiscreta de los criados asomados a las ventanas, y necesitaba pensar. En esta parte del condado de Lancaster la tierra es verde y húmeda, y el cielo, amplio y gris. De vez en cuando, se vislumbra el destello del pelaje rojizo de un ciervo, o del cuello azul de un faisán, que el ojo distingue antes de que lleguen a desaparecer.

Aún no había alcanzado el refugio de los árboles cuando sentí que las náuseas arremetían de nuevo. Tiré del dobladillo de la falda para evitar las salpicaduras que habían quedado en la hierba y me limpié la boca con el pañuelo. Richard había ordenado a las lavanderas rociarlos con agua de rosas. Cerré los ojos y respiré hondo varias veces, y, cuando los abrí de nuevo, me sentí ligeramente mejor. Mientras me adentraba en el bosque, los árboles cimbrecaban y los pájaros cantaban alegres, y en menos de un minuto todo Gawthorpe quedó atrás. La casa, de cálida piedra dorada y ubicada en un claro, llamaba la atención tanto como yo misma en aquel paraje. No obstante, mientras que la casa no podía aislarte del bosque, que parecía acercarse cada vez más y se veía desde todas las ventanas, el bosque sí podía aislarte de Gawthorpe. En ocasiones, parecía como si estuvieran jugando entre sí.

Volví a abrir la carta, alisando las arrugas que se habían formado en mi puño menudo y apretado, y localicé el párrafo que me había dejado aturdida.

Podréis adivinar sin dificultad la auténtica naturaleza del peligro que ha corrido vuestra esposa y con solemne pesar le hago saber mi opinión profesional en tanto que médico y experto en cuestiones de alumbramiento: tras visitarla el viernes de la semana anterior, llegué a la desoladora conclusión de que no puede y no debería dar a luz. Es de crucial importancia que entendáis que, si vuestra esposa vuelve a quedar encinta, no lo superará y su vida terrenal llegará a su fin.

Ahora que había perdido de vista la casa podía reaccionar con algo de intimidad. El corazón me latía furioso y sentía las mejillas encendidas. Sufrí otro acceso de náuseas y el vómito ardiente casi me asfixió al pasar por la lengua.

Las náuseas venían mañana, tarde y noche, y me desgarraban por dentro. Hasta unas cuarenta veces al día; cuando eran dos, podía darme por satisfecha. Las venas me estallaban en el rostro dejando unas raicillas carmesíes alrededor de los ojos, cuyo blanco se tornaba de un rojo demoníaco. El horrible regusto permanecía horas en la garganta, intenso y punzante como la hoja de un cuchillo. Vomitaba todo lo que comía. De todas formas, tampoco tenía demasiado apetito, para profunda desilusión de la cocinera. Incluso mi adorado mazapán se quedaba en la alacena en anchos bloques sin cortar, y las cajas de confites que recibíamos de Londres acumulaban polvo.

Las otras tres veces no me había encontrado tan mal. En esta ocasión, parecía que el niño que crecía en mi interior intentaba escapar por la garganta y no por entre las piernas, como los anteriores, que habían anunciado su llegada prematura con rojos ríos muslos abajo. Había contemplado cómo envolvían en lino, cual hogazas frescas, sus siluetas flácidas y grotescas.

—Pobre criatura, no durará mucho en este mundo —dijo la última partera mientras se limpiaba mi sangre de sus brazos de carnicero.

Cuatro años de matrimonio, tres veces encinta y aún sin heredero que mecer en la cuna de roble que mi madre me había regalado al casarnos Richard y yo. Mi madre... Me daba cuenta de su forma de mirarme, como si estuviese decepcionándolos a todos.

No obstante, me costaba creer que Richard estuviese al corriente de las palabras del doctor y me hubiese visto engordar como un pavo en Navidad. La carta estaba entre un fardo de documentos de mis otros tres embarazos, así que cabía la posibilidad de que le hubiera pasado desapercibida. ¿Habría sido justo conmigo si me lo hubiera ocultado? De pronto, las palabras parecieron salir disparadas de la página y rodearme el cuello. Y estaban escritas, además, por un individuo cuyo nombre era incapaz de reconocer. Tan sumida en el dolor me hallaba durante su visita que no recordaba ni un solo detalle de su persona: ni su tacto, ni su voz, ni si había mostrado alguna amabilidad.

No me había parado a recobrar el aliento, y mis escarpines, empapados en barro verdusco, ya se habían echado a perder. Cuando uno de ellos quedó atascado en el fango, y el pie, enfundado en su media, salió catapultado hacia el suelo mojado, sentí que aquello era más de lo que estaba dispuesta a soportar. Usando ambas manos, hice una pelota con la carta y la lancé con todas mis fuerzas. Al verla rebotar contra un árbol varios metros más allá, respiré de satisfacción durante un instante fugaz.

De no haberlo hecho, quizá no habría visto el pie de conejo que yacía a varios centímetros de donde había aterrizado la bola, ni tan siquiera la criatura a quien pertenecía, o al menos, lo que quedaba de ella: un amasijo de pelaje y sangre, y otro, y después, otro más. Yo cazaba conejos y aquellos no habían perecido en las garras de un halcón, pues las rapaces infligen una muerte limpia y certera a sus presas antes de regresar volando hacia su amo. Entonces reparé en algo más: el dobladillo de una falda marrón que rozaba el suelo, unas rodillas flexionadas, y, sobre ellas, un cuerpo, un rostro, una cofia blanca. A unos cuantos metros, una joven arrodillada me miraba fijamente. Cada poro de su cuerpo rezumaba alerta y tensión animal. Vestía un atuendo humilde, un sayo de lana tejido a mano y sin mandil, por eso tardé en distinguirla entre el verde y el marrón. De la cofia descendían unos tirabuzones dorados como el lino. Tenía un rostro fino y alargado, ojos grandes, de un color extraño incluso desde cierta distancia: un dorado cálido como el de las monedas recién acuñadas. En su mirada había algo ferozmente inteligente, casi masculino, y aunque estaba agachada y yo de pie, por un momento sentí miedo, como si ella me hubiera sorprendido a mí.

De sus manos pendía otro conejo, con un ojo inerte clavado en mí. Su pelaje estaba manchado de rojo. En el suelo, junto a las faldas de la mujer, había un costal abierto. Se puso de pie. Las

hojas y las hierbas a nuestro alrededor susurraron mecidas por la brisa, pero ella se quedó inmóvil como una estatua, con una expresión indescifrable. Tan solo el animal muerto se movía, y oscilaba con un leve movimiento pendular.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La muchacha empezó a atar los cuerpecitos y a introducirlos en el costal. Mi carta engurruñada yacía clara y reluciente en medio de la masacre y, al verla, se detuvo; sus dedos largos y teñidos de rojo por la sangre vacilaron en el aire.

—Dámela —ordené con brusquedad.

La recogió y me la tendió sin moverse de su sitio. Di unas pocas zancadas y se la arrebaté. Sus ojos dorados no se apartaban de mi cara. «Ningún extraño —pensé— me había mirado nunca con tanta dureza.» Por un instante, imaginé el aspecto que debía de ofrecer, sin calzado de exterior y con el escaquin sepultado en el fango. Sin lugar a dudas, mi rostro estaría encendido por los vómitos, y el blanco de mis ojos, inyectado en sangre. Notaba la lengua áspera por la acidez en la boca.

—¿Cómo te llamas?

No respondió.

—¿Eres una mendiga?

Negó con la cabeza.

—Esta tierra es mía. ¿Has estado cazando conejos en mi tierra?

—¿Vuestra tierra?

Su voz quebró la extrañeza de la situación como el guijarro que se arroja a una charca. No era más que una vulgar aldeana.

—Soy Fleetwood Shuttleworth, la señora de Gawthorpe Hall. Esta tierra es de mi marido; si eres de Padiham, deberías saberlo.

—No lo soy —fue su escueta respuesta.

—¿Eres consciente de cuál es la pena por cazar en tierras ajenas?

Examinó mi grueso manto negro, mi vestido de tafetán cobrizo que asomaba por abajo. Yo sabía que mi piel lucía apagada; mi cabello moreno la hacía parecer cetrina y lo último que me apetecía era que una extraña me lo recordara. Sospechaba que era mayor que yo, aunque era incapaz de adivinar su edad. Su sayo mugriento aparentaba llevar meses sin cepillar ni olear y su cofia tenía el color de la lana de oveja. Entonces mis ojos se posaron en los suyos, su mirada en la mía, serena y soberbia. Fruncí el ceño y alcé la barbilla. Con menos de metro y medio de estatura, pese a que casi todo el mundo me superaba en altura, no me dejaba intimidar fácilmente.

—Mi marido te ataría las manos a su caballo y te llevaría a rastras al magistrado —dije, con más arrojo del que sentía. Ante su silencio, con el siseo y el temblor de los árboles por todo sonido, repetí mi pregunta—: ¿Eres una mendiga?

—No lo soy. —Me tendió el costal—. Cogedlos. Ignoraba que me encontraba en vuestra tierra.

Su respuesta me extrañó, ¿qué iba a contarle a Richard? Entonces recordé la carta en mi puño. La apreté con fuerza.

—¿Con qué los has matado?

Se sorbió la nariz.

—No los he matado. Fueron matados.

—Hay que ver qué forma tan extraña tienes de hablar. ¿Cómo te llamas?

Apenas había terminado la frase cuando, como una exhalación dorada y castaña, dio media vuelta y echó a correr entre los árboles. Su cofia blanca revoloteaba entre los troncos, el costal rebotaba contra las faldas. Se alejó con pasos sordos sobre la tierra, rauda y ágil como un animal,

hasta que el bosque la engulló por completo.

El sonido del cinturón de Richard lo precedía allá donde fuera. Creo que le hacía sentirse poderoso: su dinero se oía antes de verlo. Tan pronto identifiqué el tintineo y las pisadas de sus botas de piel de becerro en la escalera, tan familiares, respiré hondo y me sacudí un polvo imaginario del corpiño. Me levanté en cuanto entró en la habitación, exultante y rebosante de energía tras un viaje de negocios a Manchester. Su pendiente de oro relucía; sus ojos glaucos chispeaban.

—Fleetwood —saludó, tomándose la cabeza entre las manos.

Me mordí el labio donde él lo había besado. ¿Podía confiar en mi voz para hablar? Estábamos en la recámara, donde él sabía que me encontraría. Aunque nadie hubiese vivido en Gawthorpe antes que nosotros, era la única estancia que sentía verdaderamente mía. Me había parecido de lo más moderno que el tío de Richard, que había diseñado la casa, hubiese pensado en incluir un cuarto exclusivamente para vestirse aun cuando no tenía esposa. Naturalmente, si las mujeres diseñaran casas, las recámaras figurarían en los planos tanto como las cocinas. A mí, que venía de una casa de piedra oscura como el carbón sempiternamente cubierta por cielos plomizos, Gawthorpe, con sus tonos exuberantes y cálidos, como si el sol siempre naciese de ella, sus tres plantas de ventanales titilantes, relucientes como las joyas de la corona, y su torre central, me hacía sentir más como una princesa que como la señora de una casa. Cuando Richard me condujo por aquel laberinto de habitaciones, me mareé con toda aquella escayola fresca, todos aquellos paneles brillantes y pasillos atestados de decoradores, criados y carpinteros. Así, tendía a permanecer en lo alto de la casa, apartada del resto del mundo. Si hubiera tenido un recién nacido entre los brazos o un niño a quien bajar a dar el desayuno, habría sido otro cantar, pero mientras no fuera el caso, seguiría en mi aposento y en mi recámara, con sus magníficas vistas sobre el río Calder y Pendle Hill.

—¿Otra vez de cháchara con tu ropa? —dijo.

—Es mi más fiel compañera.

Puck, mi enorme dogo de Burdeos, se desperezó en la alfombra turca; se estiraba y bostezaba mostrando una mandíbula colosal en la que podría caber mi cabeza.

—Hola, fierecilla —dijo Richard acercándose a acucillarse junto al perro—. Dentro de poco dejarás de ser el único objeto de nuestro afecto. Vas a tener que compartirlo. —Suspiró y se puso de rodillas, exhaustas tras la cabalgada—. ¿Te encuentras bien? ¿Has descansado?

Asentí, mientras me introducía un mechón suelto en el tocado. Últimamente perdía matas de pelo negro cuando me lo peinaba.

—Estás preocupada. No tendrás... No estarás...

—Estoy bien.

«La carta. Pregúntale por la carta.» Las palabras estaban listas en la garganta, como una flecha colocada en un arco tensionado, pero en aquel rostro adorable no había sino alivio. Le sostuve la mirada un momento demasiado largo, consciente de que estaba dejando pasar mi oportunidad para interrogarlo, de que se me escurría como arena entre los dedos.

—Bueno, Manchester ha sido un éxito. James opina que debería acompañarme en estos viajes, pero yo solo me las arreglo igual de bien. Quizá solo le exaspera que me olvide de redactar los recibos; ya le he dicho que los guardo tanto en la cabeza como en la jaqueta. —Se detuvo sin prestar atención a Puck, que lo olisqueaba—. Estás muy callada.

—Richard, he leído la correspondencia de la partera. Y la del médico, que entregó una última carta.

—Lo que me recuerda...

Rebuscó entre el terciopelo esmeralda de su jubón, su rostro resplandecía con emoción infantil. Aguardé y, cuando sacó la mano, depositó en la mía un objeto extraño. Era una espadita de plata del tamaño de un abrecartas, con una empuñadura de oro reluciente, pero tenía la punta roma y un sinfín de esferas diminutas que colgaban de ganchitos minúsculos. La giré sobre la palma de la mano y emití un tintineo agradable.

—Es un sonajero. —Sonreía mientras lo agitaba y sonaba como unos caballos que frenan el paso—. Son cascabeles, mira. Es para nuestro hijo.

Ni siquiera intentó camuflar la añoranza de su voz. Pensé en el cajón que guardaba bajo llave en uno de los dormitorios. Contenía la media docena de objetos que Richard había comprado las otras veces: un monedero de seda con nuestras iniciales, un caballito de marfil que cabía en la palma de la mano. En la galería estaba la armadura que adquirió para celebrar la primera vez que mi vientre empezó a crecer. Su fe en que tendríamos un hijo era profunda e inalterable como un río, incluso cuando se iba a Preston a comerciar lana y pasaba un vendedor de animales en miniatura, o cuando estaba con nuestro sastre y veía una seda que brillaba con el mismísimo color de una perla de ostra. En el último embarazo era el único que sabía si era niño o niña; yo no pregunté, pues seguía sin ser madre. Cada regalo era una prueba de mi fracaso, deseaba prenderles fuego a todos y contemplar el humo alzarse por la chimenea y desaparecer en el cielo. Pero «¿qué haría sin mi esposo?», pensé, y el dolor anegó mi corazón, pues él me había dado la felicidad y todo cuanto yo le había dado a él eran tres ausencias, tres almas extinguidas por la más ligera de las brisas.

Lo intenté de nuevo:

—Richard, ¿hay algo que quieras contarme?

El pendiente de Richard titiló mientras me escrutaba. Puck bostezó y se instaló sobre la alfombra. Una voz profunda y distante gritó el nombre de Richard desde algún piso inferior.

—Roger está abajo —dijo—. Debería ir con él.

Posé el sonajero encima de la silla, ávida de deshacerme de él, y dejé a Puck olisquearlo curioso.

—En ese caso bajaré.

—Solo había subido para vestirme, salimos de caza.

—Pero si has montado toda la mañana.

Sonrió.

—Cazar no es montar. Es cazar.

—Pues entonces os acompañaré.

—¿Te sientes en forma para eso?

Sonreí y me volví hacia mi ropa.

—¡Fleetwood Shuttleworth! Pero ¿qué ven mis ojos? ¡Estás palidísima! —La voz de Roger tronaba por el patio de cuerdas—. Estás más blanca que una campanilla de invierno, aunque infinitamente más hermosa. Richard, que no me entere yo de que no estás alimentando a tu esposa.

—Roger Nowell, vos sabéis cómo hacer que una mujer se sienta especial. —Sonreí, aproximándome a mi caballo.

—Vas vestida para cazar. ¿Ya has cumplido con los quehaceres matutinos propios de una dama?

Su voz resonaba en cada viga y en cada rincón del patio de cuadras mientras se sentaba a horcajadas en su caballo, alto y fornido, con una ceja gris enarcada e interrogante.

—He venido para pasar un rato con mi magistrado favorito.

Guie a mi caballo entre los dos hombres. Roger Nowell era una compañía grata y ahora reconozco que tal vez sentía un respeto reverencial por él, al carecer de figura paterna con quien compararlo. Era lo suficientemente mayor como para ser mi padre o el de Richard —o abuelo, incluso—, y dado que los nuestros habían fallecido tiempo atrás, trabamos amistad con él cuando Richard heredó Gawthorpe. Un día después de nuestra llegada se presentó a caballo cargado con tres faisanes y pasó toda la tarde con nosotros para explicarnos las particularidades del terreno y de todos y cada uno de sus habitantes. Éramos nuevos en esta zona del condado de Lancaster, con sus colinas onduladas, sus bosques umbríos y sus gentes extrañas, y él era un pozo de sabiduría. Roger, un conocido del difunto tío de Richard, en tiempos presidente del tribunal de Chester y el vínculo más cercano de la familia con la Corona, conocía a los Shuttleworth desde hacía años y se instaló en nuestra casa como un mueble heredado. Con todo, me gustó desde el instante en que lo conocí. Era ardiente y luminoso como una vela y su humor cambiante brindaba calidez y conocimiento allá donde fuera.

—Noticias de palacio: puede que el rey haya encontrado por fin un pretendiente para su hija — anunció Roger.

Al oírnos, los perros de caza se enrabetaron en sus jaulas. Los sacaron y se pusieron a revolotear y a jadear en torno a las patas de los caballos.

—¿Quién es?

—Federico V, el conde del Palatinado del Rin. Llegará a Inglaterra a finales de año y con suerte pondrá fin al desfile de bufones que aspiran a la mano de la princesa.

—¿Asistiréis a la boda? —pregunté.

—Eso espero. Será la más grande que el reino haya visto en muchos años.

—¿Y qué tipo de vestido llevará la princesa? —pensé en voz alta.

Con los ladridos de los perros, Roger no me oyó y salió del patio con Richard para dar comienzo a la cacería. Al ver que los sabuesos iban atados, comprendí que la presa sería dura y me arrepentí de no haber preguntado antes. Un venado acorralado, embistiendo con la cornamenta y los ojos en blanco, no era una estampa agradable; habría preferido casi cualquier otra cosa. Me planteé dar media vuelta, pero ya estábamos en el bosque, así que piqué a mi caballo para continuar hacia delante. Edmund, el mozo, nos hacía de fusta cabalgando junto a los perros. Mientras avanzábamos entre los árboles, capté retazos de su conversación furtiva y los seguí en silencio, aguzando el oído. Una imagen del día anterior me vino a la mente: la sangre derramada, los ojos vidriosos y aquella extraña mujer de cabello dorado.

—Richard —interrumpí—, ayer entraron en nuestra propiedad.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Al sur de la casa, en el bosque.

—¿Y por qué James no me lo ha contado?

—Porque yo no se lo conté a él.

—¿Y lo viste tú? ¿Qué estabas haciendo?

—Eh... Había salido a dar un paseo.

—Ya te he dicho que no salgas sola; podrías haberte perdido, o tropezado y... haberte hecho daño.

Roger nos escuchaba.

—Estoy bien, Richard. Y no era un hombre, era una mujer.

—¿Y qué estaba haciendo? ¿Se había perdido?

En aquel momento comprendí que no podía mencionar a los conejos, me faltaban palabras para describir lo que había visto.

—Sí —articulé al fin.

Roger parecía divertido.

—Qué imaginación desbordante la tuya, Fleetwood. ¿Nos has hecho creer que un salvaje os atacó en el bosque y en realidad no era más que una mujer extraviada?

—Sí —respondí con un hilo de voz.

—Aunque en estos tiempos ni siquiera algo así está exento de peligro. ¿Os habéis enterado de lo que le ocurrió a John Law, el buhonero, en Colne?

—Yo no.

—Roger, no es preciso que la asustéis con cuentos de brujas, que ya tiene pesadillas.

Me quedé boquiabierta y mis mejillas se tiñeron de escarlata. Era la primera vez que Richard le hablaba a alguien de «la pesadilla» y nunca le habría creído capaz. Sin embargo, continuó la marcha y se alejó con el contoneo de la pluma de su sombrero.

—Contádmelo, Roger.

—Una mujer que viaja sola no siempre es tan inocente como parece. Es algo que descubrió John Law y que no olvidará en su vida, que no durará mucho más, si el Señor se apiada de él — Roger se acomodó en la montura—. Hace dos días, su hijo Abraham acudió a verme a Read Hall.

—¿Lo conozco?

—No, porque es un tintorero de Halifax. El muchacho se ha buscado bien la vida, habida cuenta del negocio de su padre.

—¿Y se encontró a una bruja?

—No, atiende.

Suspiré y deseé no haber ido y haber estado sentada con mi perro en el salón.

—John iba por el camino de los laneros en Colnefield y se cruzó con una muchacha. Una mendiga, pensó. La chica le pidió unos alfileres, él se negó a dárselos y entonces —hizo una pausa dramática— ella conjuró una maldición. John se dio media vuelta y acto seguido la oyó bisbisear a su espalda, como si estuviese hablando con alguien. Un escalofrío le recorrió la espalda. Al principio, pensó que se trataba del viento, pero al volverse vio que la mujer lo miraba de hito en hito con sus ojos oscuros y movía los labios. Aceleró el paso y apenas treinta metros después oyó unos pies a la carrera y, luego, una bestia grande parecida a un perro negro empezó a atacarlo, a morderlo por todo el cuerpo hasta dejarlo tirado por el suelo.

—¿Una bestia parecida a un perro negro? —preguntó Richard—. Hace un rato me habéis dicho que era un perro negro.

Roger no le hizo caso.

—El buhonero se tapó la cara con las manos, suplicó piedad, y cuando abrió los ojos, el perro se había esfumado. No había ni rastro de él. Ni de la muchacha. Alguien se lo encontró en el camino y lo acompañó hasta una posada cercana, pero no podía mover ni un músculo. Ni podía hablar. Uno de los ojos se le cerró al mundo y el rostro le caía hacia un costado. Pasó la noche en la posada, pero a la mañana siguiente, la joven, ni corta ni perezosa, apareció de nuevo implorando su perdón. Alegaba haber perdido el control de sus artes, pero admitió que le lanzó una maldición.

—¿Lo reconoció? —Me acordé de la chica del día anterior—. ¿Qué aspecto tenía?

—El de una bruja. Esmirriada y feúcha, de pelo moreno y rostro huraño. Mi madre siempre decía que no hay que fiarse de alguien con pelo negro, porque suele llevar aparejada un alma igual

de negra.

—Roger, yo tengo el pelo moreno.

—¿Quieres escuchar mi historia o no?

De niña, mi madre solía amenazarme con coserme la boca. Ella y Roger habrían tenido un sinnúmero de temas de los que hablar.

—Lo siento —me disculpé—. ¿Y ya está recuperado?

—No, y puede que nunca lo esté —respondió Roger con gravedad—. Ya es preocupante en sí, pero hay algo que me inquieta todavía más: el perro. Mientras pueda deambular por Pendle, nadie está a salvo.

Richard me dirigió una mirada fugaz, divertida y escéptica, antes de salir al galope y seguir con la cacería. Pensar en el animal no me asustaba: después de todo, yo tenía un dogo del tamaño de una mula. Sin embargo, antes de que pudiera comentarlo, Roger retomó el hilo.

—Pocas noches después de lo sucedido, John Law se despertó en la posada al sentir el jadeo de una respiración sobre él. La bestia estaba encima de su cama, era grande como un lobo y exhibía unos colmillos y unos ojos fieros. Sabía que era un espíritu; no era de este mundo. Podrías figurarte su terror: un hombre incapaz de moverse y de hablar, más allá de emitir gemidos. Adivina quién apareció junto a su cama al instante siguiente... La misma bruja.

Sentí como si me hubieran acariciado con una pluma.

—¿O sea que se convirtió en la mujer?

—No, Fleetwood, ¿has oído hablar de los espíritus familiares? —Negué con la cabeza—. Bien, hemos de remontarnos al Levítico. En resumidas cuentas, se trata de un disfraz del diablo. De un instrumento, si lo prefieres, para expandir su reino. El de esta chica es un perro, pero pueden presentarse bajo cualquier forma: un animal, un niño. A ella se le aparece cuando lo necesita para satisfacer sus designios y la semana pasada le ordenó mutilar a John Law. Un espíritu familiar es la señal inequívoca de una bruja.

—¿Y habéis visto alguno?

—Por supuesto que no. Es muy poco probable que una criatura del diablo se le aparezca a un hombre temeroso de Dios. Solo aquellos cuya fe sea cuestionable podrán sentir su presencia. Las morales bajas son su terreno.

—Pero John Law lo vio; habéis dicho que era un buen hombre.

Roger, impaciente, gesticuló con la mano en el aire como para alejarme.

—Hemos perdido a Richard; no le gustará que esté de cháchara con su esposa. Esto es lo que pasa cuando las mujeres vienen de caza.

Omití puntualizar que en realidad era yo quien le estaba consintiendo a él: cuando Roger tenía una historia, quería que le escucharan. Arrancamos a medio galope y aminoramos la marcha en cuanto vislumbramos la cacería. Nos encontrábamos a un buen trecho de Gawthorpe y ahora que estaba aquí, la idea de toda una tarde a caballo no me entusiasmaba.

—¿Dónde está ahora la chica? —pregunté cuando volvimos a quedarnos rezagados.

Roger asió las riendas con firmeza.

—Se llama Alizon Device. Está bajo mi custodia en Read Hall.

—¿En vuestra propia casa? ¿Y por qué no la encerrasteis en la prisión de Lancaster?

—No supone un peligro allí donde está. No puede hacer nada, no se atrevería. Además, me está echando una mano con otras pesquisas.

—¿Qué tipo de pesquisas?

—Caramba, hay que ver cuántas preguntas, señora Shuttleworth. ¿Es necesario que desentrañemos el asunto hasta el final? Alizon Device pertenece a una familia de brujas; ella

misma me lo confirmó. Su madre, su abuela y hasta su hermano practican magia y hechicería, a escasos kilómetros de aquí. Sus vecinos también están acusados de asesinato y brujería, y una de ellas vive en territorio Shuttleworth. Por eso pensé que tu avanzado esposo debería estar al corriente.

Señaló con la cabeza la campiña verde ante nosotros. De nuevo, no había ni rastro de Edmund, de Richard ni de los perros.

—Pero ¿cómo sabéis que dice la verdad? ¿Por qué iba a traicionar a su familia? Probablemente no ignora lo que implica ser bruja: la muerte segura.

—Quién sabe... —Se limitó a contestar, aunque detecté algo más en sus palabras. Roger podía llegar a ser contundente e intimidador cuando quería; lo había visto con su esposa, Katherine, una mujer dotada de una tolerancia considerable—. Y los asesinatos que atribuye a su familia son los responsables de todo lo sucedido.

—¿Han cometido asesinatos?

—Varias veces. Preferirías no cruzarte con una Device. Pero no temas, criatura. Alizon Device no es peligrosa bajo custodia y voy a interrogar a su familia mañana o pasado. Me veré en el deber de informar al rey, por supuesto... —Suspiró, como si fuera una molestia—. Le gustará saberlo, no me cabe duda.

—¿Y si escapan? ¿Cómo las encontraréis?

—No escapan. Tengo ojos por todo Pendle, de sobra lo sabéis. Hay poca cosa que se le escape a un representante de la Corona.

—Antiguo representante de la Corona —puntalicé para tomarle el pelo—. ¿Y cuántos años tiene? La chica del perro, digo.

—No lo sabe, pero yo diría que ronda los diecisiete.

—Como yo... —Dejé transcurrir un silencio reflexivo y agregué—: Roger, ¿confiáis en Richard?

Enarcó una ceja poblada.

—Con mi vida. O lo que queda de ella... Ya soy un viejo, mi familia está crecida y la época dorada de mi trabajo quedó atrás, muy a mi pesar. ¿Por qué lo preguntas?

La carta del médico, que me había metido en el bolsillo, bien enterrada bajo el traje de montar, palpitaba contra mis costillas como si fuera un segundo corazón.

—No, por nada.

La Cuaresma aún no había llegado a su fin y, aunque mi apetito seguía adormecido, se me hacía la boca agua al pensar en un estofado de buey o en unas tiras de pollo, tiernas y saladas. Roger se quedó a cenar y se frotó las manos cuando los criados sacaron las bandejas de plata con lucio y esturión. Sabía que no probaría bocado, a pesar del hambre que me había dado la cacería, de la que habíamos vuelto con las manos vacías, pues una neblina fresca se había abatido sobre nosotros. Ahora se cernía contra las ventanas y el comedor estaba frío. Desmigajé el pan en pedacitos y sorbí un poco de vino, soñando con el momento en que volvería a ser capaz de comerme todo lo que estuviera en mi plato. No había informado a ninguno de los criados de mi estado, ni siquiera a Sarah, que me ayudaba a vestirme, pero la cocinera era siempre la primera en darse cuenta. Los otros criados me habrían visto tender los dedos hacia Puck y ofrecerle trocitos de mi plato, pero lo hacía desde que era una niña. Mi perro engordaba cada vez más mientras que yo parecía menguar. En una ocasión, Richard comentó que Puck se alimentaba mejor que la mayoría de la gente del condado de Lancaster.

Cuando ya no pude soportar la imagen de las cabezas de pescado, me retiré a mi aposento a descansar. En la parte alta de la casa, alejada del trajín de salseras y cuchillos, reinaba la tranquilidad y la lumbre estaba encendida. Habitualmente, habría empapado unas compresas para aliviar el dolor de cabeza, pero estaba exhausta y demasiado mareada, de modo que me quité los escarpines de una patada y me tumbé a mirar por la ventana con las manos sobre el vientre. Aunque aquella mañana había tenido mucha materia de reflexión, la carta del médico no se me iba de la cabeza y me nublaba la mente como una bruma espesa. Supongo que, en última instancia, la cuestión se reducía a quién lograría sobrevivir: ¿la criatura, yo, ambos, ninguno? Si el médico estaba en lo cierto —y sin duda lo estaba—, el niño crecía como una castaña dentro de una corteza verde y espinosa, y terminaría por abrirme en canal. Richard deseaba un heredero por encima de todo y donde antes le había fallado, quizá esta vez lo lograría... pero ¿a costa de mi propia vida? Las mujeres llevan la vida y la muerte en el vientre cuando conciben; es un hecho de nuestra existencia. Esperar y rezar para no ir a reunirme con los difuntos era tan útil como desear que la hierba fuera azul.

—¿Vas a quedarte aquí dentro y matarme? —pregunté mirándome la tripa—. ¿O me dejarás vivir? ¿Por qué no intentamos convivir?

Debí de sucumbir al sueño, pues al despertar había una jarra de leche junto a la cama. La alcancé para mojar el dedo meñique y lamérmelo. Mi madre siempre decía que las chicas más bellas tenían la piel como la leche fresca, lustrosa y cremosa. En comparación, la mía parecía un pergamino antiguo. Pensé en el alboroto que Madre había armado la primera vez que Richard y su tío Lawrence vinieron a Barton; no paró quieta, estuvo revoloteando a mi alrededor como una polilla.

—Muéstrale las manos —me había dicho—. Déjalas entrelazadas.

No necesitaba decirme que mi cara no era mi mayor baza, ese aspecto no se me escapaba. Sin embargo, mi rostro carecía de toda importancia, pues ambas sabíamos que mi mejor baza eran mi apellido y el dinero que reportaba. Madre siempre dijo que Padre era de puño cerrado, pero cada vez que le preguntaba por qué vivíamos en una casa destartalada y compartíamos dormitorio, apretaba los labios y decía que una casa vieja era mejor que una nueva.

La noche de la visita de Richard, cuando Madre y yo nos metimos en la cama, me preguntó si

me gustaba.

—¿Acaso importa? —respondí, petulante.

—Importa sobremanera para tu felicidad. Pasarás cada día de tu vida con él.

«Va a salvarme de esta vida miserable —me dije—. No podría gustarme más ni aunque lo intentara.»

Pensé en su rostro, agradable y terso, y en sus ojos de color gris claro; en las alhajas fastuosas que pendían de sus orejas y los anillos que adornaban sus manos, una de las cuales me disponía a tomar para que me condujera a mi nueva vida.

—¿Os gusta el teatro? —me había preguntado en el salón de mi madre.

Su tío y mi madre estaban en la ventana, charlando sin quitarnos el ojo de encima. Sabía que mi madre había allanado el camino para este matrimonio, pero si Richard lo rechazaba, no había nada que hacer.

—Sí —mentí, pues nunca había estado.

—Fabuloso. Iremos a Londres todos los años. Los mejores teatros están allí. Podríamos ir dos veces al año, si gustáis.

¿Cómo no iba a estar encantada y encandilada por aquel joven que, a diferencia de todo el mundo, no me trataba como a una cría? Imaginaba su cara a todas horas del día y de la noche. Cuando se fijó la fecha de la boda en la iglesia parroquial, esperaba anhelante la llegada de cada nuevo día y de cada nuevo anochecer, pues tras cada uno de ellos me hallaba un poco más cerca. Imaginaba el tipo de señora que sería: bondadosa y sabia, puesto que no era hermosa. Madre, algún día, adorada por sus hijos y su esposo. Le daría a Richard todo cuanto deseara. Su bienestar sería mi ocupación; su felicidad, mi empeño vital. Él me había obsequiado con el mejor de los regalos: aceptarme como esposa, por lo que viviría el resto de mis días agradecida. Oí a mi madre removerse en la cama.

—Fleetwood —dijo—. ¿Me estás escuchando? Te he preguntado si te gusta Richard.

—Supongo que tiene un pase —contesté, y apagué la vela con una sonrisa.

Me levanté con torpeza, sentía los miembros entumecidos y me dirigí a la galería para pasear por ella. Para mi sorpresa, Roger estaba allí, examinando el escudo de armas real que colgaba encima de la chimenea, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—«Teme a Dios, honra al rey, evita al demonio y haz el bien. Busca la paz y síguela» —recité de memoria el motivo de la repisa.

—Muy bien, Fleetwood. Considéralo una promesa de tu juez de paz.

—Fue Lawrence, el tío de Richard, quien ordenó escribirlo. Creo que esperaba que llegara a los oídos del rey Jacobo para que no sintiera necesidad de venir de visita.

—Los Shuttleworth son leales a la Corona, claro. —Detecté un deje de advertencia en el tono de Roger.

—Fieles como perros.

Roger seguía pensativo.

—Con todo, por estos lares se necesitan más demostraciones de lealtad. Pero ¿cómo conseguir las?

—Creo que no se trata tanto de una falta de lealtad como de confianza. Además, de todas maneras, el rey ya debe de hacer lo posible por evitar el contacto con esta zona y sus antiguas formas de fe.

—Este rincón del reino es para Su Majestad fuente de tremendos quebraderos de cabeza. Podría hacerse muchísimo más para honrar al rey y evitar al demonio. —Se inclinó hacia delante,

frunció el ceño y agregó—: No me había fijado en las palabras que rodean los brazos del rey. ¿Qué pone?

—«Honi soit qui mal y pense.» Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal.

Frunció el ceño, como si estuviera sopesando la frase.

—Efectivamente, pero ¿aquel que piense mal de qué...? Lawrence nunca podrá explicárnoslo. Quizá se lo pregunte al propio rey.

—¿Iréis pronto a la corte?

Roger asintió.

—Su Majestad requiere a todos los jueces de paz de Lancashire un registro de las personas que no comulguen en la iglesia.

—¿Con qué fin?

—Ay, Fleetwood, no debes preocuparte con los asuntos de la corte, apenas afectan a la vida de una joven dama. Tú cumple con tu deber y dale a tu marido montones de pequeños Shuttleworth, y yo cumpliré con el mío y velaré por la seguridad de Pendle. —Debí de parecer disgustada, pues dulcificó la mirada y adoptó un aire simpático—. Bueno, si te empeñas en saberlo, Su Majestad está aún muy... incómodo a raíz de los hechos del Parlamento de hace siete años. Y sin duda habrás oído los rumores que afirman que algunos de los traidores escaparon a Lancashire. Es preciso actuar para demostrar la lealtad del condado a la Corona, porque ahora mismo el rey está muy receloso de este rincón norteno nuestro y de sus desmandados habitantes. Para él somos como un rebaño de ganado, en comparación con los refinados caballeros y damas del sur. La sociedad nos queda muy lejos y me parece que le preocupa. Pero ¿sabes de qué más recela?

Negué con la cabeza.

—De las brujas.

Su ojo refulgió con un destello triunfal y necesité un momento para comprender.

—¿Os referís a Alizon Device?

Roger asintió.

—Si logro convencer al rey de que la gente de Lancashire sufre la amenaza de lo que él más odia, puede que su simpatía se extienda hacia nosotros y se vuelva un poco menos desconfiado. Si me ven eliminando las «malas hierbas», si me permites la expresión, puede que el condado crezca y prospere y que el reino nos abrace con una nueva reputación.

—Pero los católicos y las brujas no son lo mismo. Aquí abundan los primeros, pero no las segundas.

—Más de lo que te piensas —fue la respuesta de Roger—. Y, además, a ojos del rey, son lo mismo.

—Bueno, dudo mucho que al rey le preocupe que estemos almacenando pólvora por aquí. Hay demasiada humedad —dije, y Roger rio. Me pregunté entonces si debería hablarle de la carta, que llevaba plegada al fondo del bolsillo. ¿Estaría ya al corriente? En cambio, pregunté—: ¿Dónde está Richard?

—Está arreglando negocios con su mayordomo y después quiere enseñarme su nuevo halcón antes de acompañarme de vuelta a Read. ¿Te apetecería venir con nosotros?

—Pasa más tiempo con ese bicho que conmigo. No, gracias. Pero pedidle que le diga al sastre que nos llame. Necesito vestimenta nueva.

Roger dejó escapar una risilla cuando pasamos la entrada de mi aposento y alcanzamos las escaleras.

—Mi Katherine y tú sois tal para cual. Sin embargo, ninguna estáis a la altura de Richard. Él posee la mayor colección después del guardarropa del rey. —Se detuvo en lo alto de la escalera

—. ¿Irás pronto a visitar a Katherine? A menudo me pregunta por ti y tus últimos conjuntos. Le fascina la moda de la juventud.

Sonreí y me incliné en una reverencia mientras descendía la escalera que serpenteaba alrededor de la torre, pero antes de que desapareciera, volví a pronunciar su nombre, presa de un dolor repentino y del deseo vehemente de su abrazo paternal. Roger olía como podría oler un padre, o eso me imaginaba: a una mezcla de madera ahumada, crines y tabaco. Aguardaba bajo el retrato de mi madre conmigo de niña, el único que no hubiese colgado ni en la galería ni en ninguna otra parte. La razón por la que lo había puesto allí era que nadie se detenía demasiado en las escaleras, así los invitados lo pasaban de largo y para cuando alcanzaban la planta siguiente ya habían olvidado mencionarlo. Mi madre dominaba el lienzo, que era casi tan alto como yo, con su traje de bordados escarlata y su cuello exuberante. Yo ocupaba la esquina inferior izquierda y mi madre flexionaba el brazo en mi dirección, como si quisiera sacarme del marco. Sobre la palma de mi mano reposaba un pequeño mirlo negro, la mascota que había guardado enjaulada en mi habitación, retratado para la posteridad. Aún era capaz de recordar el silencio incómodo que reinaba durante las sesiones de pose en el gran salón de Barton, así como al artista de rostro afilado, dedos manchados de óleos de colores y la lengua ennegrecida en la punta, que le asomaba por la boca y le confería un aire de serpiente.

—Roger... —Se me anudó la voz en la garganta—. ¿Creéis que John Law sobrevivirá?

—No temas —me tranquilizó Roger—, su hijo se está ocupando de él.

Regresé a mi habitación. «¿Cómo lo haría Roger para dormir con una bruja en su casa?», me pregunté, y resolví que a pierna suelta.

Había escondido la bacinilla debajo de la cama para tenerla a mano cuando la necesitara y la había cubierto con un paño, pero no impidió que Richard retrocediera un paso al entrar en nuestra habitación. Estaba tendida en camisón, débil y vacía, y el escaso lucio que había cenado colgaba del borde del cuenco. Richard suspiró y se arrodilló junto a mí.

—¿Te encuentras mejor? Apenas has comido. Deseo tanto que te recuperes.

Me estiré el camisón para que resaltara el montículo diminuto que formaba mi vientre. Richard lo contempló y posó una mano amable sobre la protuberancia. Di vueltas a su anillo de oro, aquel que le había regalado su padre y no se quitaba nunca. Me costaba decantarme por qué era peor: mi pésimo estado físico o ignorar si mi marido me estaba ocultando aquella tremenda verdad. En algún momento de aquella noche, sentada con la única compañía del chisporroteo alegre de las velas, lo vi claro: por supuesto que Richard valoraba más la vida de su hijo que la mía. ¿Qué hombre no lo haría si tuviera mucho que legar?

—Richard... ¿Qué pasará si no puedo darte un heredero?

Pensé en las esposas de los reyes anteriores, con el cuello tendido sobre las tablas de cortar. ¿Qué era mejor: irse sucia y desaliñada, revolviéndose de dolor en un lecho empapado de sangre, o aseada y resignada, luciendo las mejores galas? El divorcio existía desde hacía décadas, pero la mera palabra me inspiraba tanto miedo como la muerte.

—No digas eso. No va a suceder esta vez, el señor será bondadoso con nosotros. Emplearemos a la mejor partera.

—Ya tuvimos una partera en el último; no impidió que saliera muerto.

Se incorporó para desvestirse, la llama de la vela le iluminó los botones y a continuación alumbró su piel desnuda. Lo observé cambiarse y ponerse el camisón, acto seguido, se me acercó, me tomó la mano y la apretó, la suya rosa contra la mía gris. Aunque su voz sonaba tranquila, su rostro denotaba preocupación.

—Hasta que te recuperes, dormiré en la recámara.

Sentí una punzada en el estómago.

—¡No! Richard, por favor, ni hablar. No volveré a tener náuseas. Le pediré a alguna criada que retire la bacinilla.

Intenté saltar de la cama, pero Richard me detuvo.

—Solo dormiré en la habitación de al lado hasta que te mejores, y eso será prontísimo...

—Richard, no lo hagas. Por favor. No me gusta dormir sola, ya lo sabes... La pesadilla.

Cuando me despertaba, empapada en sudor y ciega de terror, él me abrazaba hasta que dejaba de temblar. Sucedió pocas veces al año, pero Richard sabía de sobra que me aterraría que no estuviera conmigo.

—Por favor, no duermas en la recámara. Quédate conmigo, por favor. Tengo miedo.

Pero me dio un beso en la frente y, con gesto compungido, se fue con la bacinilla tan lejos de sí como le dio el brazo. Me escurrí de espaldas por el cabecero, sentía las lágrimas que asomaban a mis ojos. Jamás habría hecho algo así cuando estábamos recién casados. Después de la boda, en la casa de la calle Strand, no conseguía dormir con el bullicio al otro lado de la ventana. Londres era nueva para mí, como todo lo que bullía en ella: jamás había visto tantos carruajes en un mismo lugar, ni había oído el griterío de los marineros recién desembarcados, ni tantísimas campanas, ni tanta gente junta. Por las noches, Richard me hacía compañía mientras leía, dibujaba, o sencillamente se tendía junto a mí en silencio y me acariciaba el pelo. Cuando llegó el frío y nos trasladamos a las afueras, a los campos y los cielos vastos de Islington, le dije que me había habituado al bullicio de la calle Strand y que ya no lograría conciliar el sueño porque había demasiado silencio. Me habían consentido demasiado, contestó riendo, y la única solución consistía en que él hiciera ruidos para mí. Noche tras noche, justo cuando estaba a punto de quedarme dormida, Richard relinchaba en la oscuridad, o imitaba los gritos del afilador, o manoteaba en el aire como un carbonero, fingiendo que se escaldaba las manos. Nunca me había reído tanto en toda mi vida. Una noche, mientras la nieve caía fuera y el fuego languidecía en la chimenea, le pedí que me mostrara lo que estaba dibujando en mi cuaderno. Me dijo que aguardara hasta que hubiera terminado. Lo observé trabajar, su rostro estaba tenso y concentrado, sus manos trazaban rasgos cortos y ágiles que emitían un suave rasgueo sobre la página. Cuando le dio la vuelta al papel, me vi a mí misma. Iba ataviada con un bonito sombrero ribeteado, un cuello y una gorguera de lo más estilosos y unos elegantes esarpines españoles. Sobre los hombros llevaba una capa que desbordaba por la página, cerrada con botones parisinos. Casi podía palpar su espesura.

—¿De qué color es? —murmuré siguiendo las líneas con las yemas de los dedos.

—El manto es de satén bordado y lana naranja —respondió orgulloso—. La mandaré hacer mañana. Es el atuendo que vestirás durante el viaje de vuelta a casa. A Gawthorpe.

Nadie había hecho nunca algo así por mí. Cuando terminó el invierno, llegamos a aquella casa recién construida en la que nunca había vivido nadie, tal y como dijo Richard. El viaje duró nueve días y durante todo el trayecto solo pude pensar en una cosa: llegar a Lancashire como la señora Shuttleworth, engalanada con un estilo nunca visto en aquella región. El conjunto de Richard era igualmente suntuoso, con un traje diseñado por él mismo, y una daga y una espada en la cadera. A medida que nos aproximábamos a nuestro nuevo hogar, los aldeanos formaban fila en las calles, nos sonreían y nos saludaban con la mano. Con el tiempo, no obstante, aquella imagen se había modificado en mi cabeza, y todo cuanto podía evocar eran dos críos disfrazados para una obra de teatro.

Apagué la vela de un soplido y agucé los oídos en busca de sonidos en la habitación contigua.

Era la primera vez en nuestro matrimonio que ambos estábamos en casa y yo dormía sola.

No vino a verme la mañana siguiente y bajó a desayunar sin despertarme. Estaba enfrascado en su correspondencia mientras yo, sentada frente a él, me esforzaba por deglutir el pan y la miel que me había introducido en la boca. Observaba su cara, que se arrugaba o se iluminaba a medida que leía; no pregunté quién escribía. Al ver a los criados entrando y saliendo del comedor, pensé en quién estaría al corriente de la carriola y la ropa de cama limpia instaladas en la recámara contigua a nuestra habitación. Como en señal de respuesta, una de las mozas de la cocina desvió apresuradamente la mirada al percatarse de la mía y los colores se le subieron a las orejas. De golpe, tenía frío e, incapaz de probar bocado ni de expresar mi voluntad, como una cobarde, me fui a recorrer la galería de arriba abajo y a rezar, a la espera de una señal de Dios. Contemplé los árboles y el cielo, y sentí esa picazón ardiente fuera, ajena a mis pensamientos, en lugar de en mis entrañas con ellos.

Mucho después, encontré a Richard en el gran salón, sentado junto a James el mayordomo, con el libro mayor abierto entre ellos. En nuestra casa, el libro de cuentas de Gawthorpe era tan importante como la Biblia del rey Jacobo: todo lo que comprábamos, cada factura que pagábamos y cada cosa que entraba o salía de Gawthorpe, ya fuese sobre ruedas, a lomos de un caballo o rodando en un tonel, quedaba registrada en aquellas páginas gruesas con la pulcra caligrafía de James. Las armaduras, los tapices y demás frivolidades en que Richard gustaba de gastarse el dinero quedaban consignadas en tinta, así como los bienes cotidianos: desde las medias de los criados hasta el corcho del vino. Richard, no obstante, se interesaba tan poco como yo por aquellos asuntos, y prefería dejarlos en manos de nuestros criados, de modo que cuando lo encontré allí, sabía que estaría impaciente: las conversaciones sobre rentas y beneficios lo aburrían. El retrato adusto de su tío, el reverendo Lawrence, los vigilaba desde las alturas, como un recordatorio del deber de tomarse en serio el negocio de las propiedades, con las palabras «La muerte es el camino hacia la vida» pintadas sobre su hombro.

Tragué saliva.

—¿Richard?

Alzó rápidamente la vista, agradecido por la interrupción. Acto seguido, dos hechos ocurrieron al mismo tiempo: James pasó página para que ambas cuartillas estuvieran en blanco, pese a que la anterior solo estaba completa hasta la mitad, y me percaté de que Richard llevaba el traje de montar.

—¿Te vas?

—Lancaster. Salgo esta noche.

—Ah, ¿te ha escrito alguien esta mañana?

—Solo mis hermanas con noticias de Londres. Me envían siempre una carta cada una, pero bien podría ser una sola: hablan de la misma gente, de las mismas obras de teatro y de la víctima del último escándalo. Al menos, gozan de más entretenimiento que en Forcett con mi madre; espero que nunca quieran regresar a Yorkshire. ¿Querías algo de mí?

«Sí, quiero algo de ti.»

El silencio clamó en la habitación. La pluma de James temblaba con la punta entintada y pronta para garabatear.

Deseaba decir: «No te vayas»; en cambio, contesté:

—¿Cómo están las señoritas Shuttleworth?

—Eleanor da a entender que hay algo que le causa una emoción particular, pero Anne no menciona nada al respecto.

—Quizá está prometida.

—La sutileza no es el estilo de Eleanor.

—Entonces, quizá espera estar prometida.

James carraspeó a modo de indirecta.

—Me voy a Padiham esta mañana a por telas de lino de la señora Kendall. ¿Necesitas algo?

—¿Por qué no envías a uno de los criados en tu lugar?

—Seguro que se confunden y traen lo que no es.

—¿Te encuentras bien?

Los ojos grises de Lawrence me miraban desde el marco. «La muerte es el camino hacia la vida.»

—Sí.

No quería que se fuese; él siempre se iba, y yo siempre me quedaba.

—¿Cuándo vuelves?

—En unos días. ¿Quieres que pase a ver cómo está Barton?

—¿Para qué? Mi madre ya no vive ahí; no habrá nada más que cuartos vacíos y ratones.

—Debería echar un vistazo de vez en cuando para cerciorarme de que todo sigue en orden.

James inhaló profundamente y se removió en la silla. Le estaba robando un tiempo precioso con su señor. Quizá entonces Richard se fijó de verdad en mí, pues se me acercó y, con el dedo, me orientó la barbilla hacia él.

—¿Y qué me dirías si planeáramos un viaje a Londres próximamente? Eleanor y Anne me han despertado la nostalgia. Podemos contratar a alguna de las mejores parteras, y te llevaré a algún teatro, sabe el Señor que andamos ávidos de pasatiempos por estos lares. Este salón tan deprimente podría darnos alguna alegría. James, averigüad si hay actores de paso por la zona que puedan venir a actuar. O mandadlos buscar.

Me rodeó con el brazo y me tomó de la mano, como si nos dispusiéramos a bailar. Puck se arrastró hacia nosotros, gruñendo curioso.

—Si no, me veré obligado a entrenar a Puck para que sea un oso bailarín. ¡Fíjate!

Se deshizo de mí y aupó al perro a su altura, de modo que las enormes pezuñas de Puck le quedaban sobre los hombros, y la cabeza monstruosa frente a la suya. No pude reprimir la sonrisa al verlos entregarse a una danza trastabillante, Puck con la lengua fuera y erguido sobre dos patas tambaleándose sobre las losas antes de estamparse contra el suelo sin la menor elegancia. De inmediato, acudió a mí en busca de una palmadita de recompensa.

—Qué bestia inútil. Hemos de trabajar nuestro número —dijo Richard.

Me dejó con James, y a James, con su negocio inconcluso. Sabía que no era la única persona de la casa a la que desarmaba el humor cambiante de mi marido. Lo observé marchar, sentí su beso ligero como una pluma en la mejilla, y la carga de todo lo demás, pesada como una capa húmeda sobre los hombros.

Había oído hablar de las curanderas, mujeres que preparaban un brebaje que hacía sangrar hasta que el vientre se aplanaba de nuevo. Así como había hierbas y pociones para expulsar al niño, ¿no existían otras que lo hicieran quedarse y lograr que viviera? Mis escasos conocimientos del tema provenían de conversaciones en las que me mantenía al margen, retazos oídos cuando las criadas no se percataban de que estaba sentada en silencio en la habitación de al lado, o pronunciadas por labios fruncidos durante la cena en un salón cualquiera, antes de que la discusión virase rápidamente a asuntos más enjundiosos. Si tuviera una amiga a quien preguntárselo... Ni siquiera podía consultarlo con el boticario.

El camino a caballo entre Gawthorpe y Padiham era agradable, transcurría por una arboleda espaciada antes de que el terreno se abriera a la carretera. Hacía un día frío y despejado y me alegré de llevar encima mi gruesa capa de lana. Amarré la yegua frente a la casa de modas y, antes de dejarla, le acaricié la crin, negra como el carbón.

—Buenos días, señora —me saludaba una ristra de rostros, a cuál más común, según desfilaban los aldeanos.

Les devolví el saludo y me percaté de que examinaban con concupiscencia cada palmo de mi persona, desde el sombrero hasta los guantes. Era imposible pasar desapercibida.

Me detuve en la puerta del boticario y me imaginé por un instante que entraba en aquella tienducha oscura y angosta, repleta de aromas, de decenas de frasquitos diminutos y tapices de hierbas colgados de las paredes. Era muy posible que algunas de ellas sirviesen para impedir que volvieran los vómitos, para impedir que se fuera el niño. Hasta para impedir que yo muriera. No obstante, aquel era un lenguaje distinto y yo no sabía hablarlo.

Encargué mis tejidos a la señora Kendall, la dueña del comercio, y reparé en que sus ojillos chispeantes me recorrían el tronco de arriba abajo. Con la gente del pueblo costaba saber si intentaban adivinar mi embarazo o si estaban admirando mis botones.

—Señora Kendall... —Me imaginé a mí misma susurrando. Sin duda, la tendera adoptaría un aire de confidente y se inclinaría hacia delante, apoyando su vientre orondo contra el mostrador —, ¿conocéis a alguna curandera?

—¿Para qué, señora? —me preguntaría asombrada.

—Para ayudarme a tener un hijo.

—¡Para eso solo necesitáis un marido!

Y se golpearía el delantal con sus manos rojizas sin parar de carcajearse mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro. Después, toda la aldea se enteraría y el episodio llegaría a oídos de mis criados, quienes, a su vez, contarían que el señor ya no dormía en mi habitación y ni siquiera llevábamos cinco años casados. No, no era buena idea.

Me monté en la yegua, salí del pueblo y tomé un atajo por el bosque. Me resultaba más fácil pensar allí que en la casa, demasiado tranquila en ausencia de Richard. Al principio, me aterraban las dimensiones y el silencio de Gawthorpe. Seguía a mi esposo adondequiera que fuera y empezó a llamarme «fantasma».

Supongo que, si me hubiera mostrado más asertiva, la señorita Fawnbrake jamás habría llegado. Cuando aquella mañana de primavera Richard me convocó en el salón, me topé con unas espaldas anchas que se volvieron hacia mí sin abandonar su puesto frente a la chimenea, y unos ojos vidriosos, ausentes y demasiado separados, como los de un pez, que me escrutaron. Tendría

al menos diez años más que yo y todo en ella parecía estar mal: llevaba una gorguera caída que pedía a gritos un almidonado y un vestido demasiado ceñido. Hasta su nombre estaba mal: una «señorita Fawnbrake» tenía que ser una joven bonita y vivaracha, y ella no tenía nada de eso. Pese a todo, lo que más me sacaba de quicio era aquella manera suya de apoyarse en el hombro de Richard como si llevara toda la vida viviendo en Gawthorpe. Richard me explicó que me había buscado una dama de compañía, para que estuviera conmigo en casa. El terror se apoderó de mí, me invadió de los pies a la cabeza, mientras lo oía decir que iba a ser como las damas de la corte, que tenían mujeres para sentarse a leer con ellas, a jugar o a tocar instrumentos. Mansa como era, me limité a mirarle las manos, rosadas y secas como el jamón ahumado, enlazadas pacientemente y con demasiada muñeca a la vista, pues las mangas le quedaban cortas. Richard sabía que yo no tocaba ningún instrumento, ni repasaba el vocabulario de latín; sabía que me gustaba salir de caza y estar al aire libre con mi perro, ¿o no?

Por aquella época ya había perdido al primer niño, pero aquello fue todavía peor. Me marché entre lágrimas al comedor, Richard me siguió y dejó a la señorita Fawnbrake acariciándose los nudillos hinchados.

—No quiero una niñera, Richard —le dije, con voz quebrada.

—¿Prefieres estar sola? Pero, Fleetwood, si dices que las armaduras te dan miedo.

—No, ya no. —Las lágrimas cálidas y saladas descendían por mis mejillas y rompí a llorar como la niña que era. Mi esposo no me veía como a la señora de la casa y, entre sollozos, agregué —: Ya no soy una cría, Richard.

Si hoy pudiera acercarme a aquella muchacha asustada, me arrodillaría en la alfombra turca y tomaría sus manos frías y menudas en las mías. Si hubiera podido hacerlo años atrás, le habría dicho que las cosas empeoran antes de mejorar, pero siempre acaban yendo a mejor. Sin embargo, ¿me habría creído a mí misma?

La imagen de las manos encallecidas y rosadas de la señorita Fawnbrake y de su rostro abotargado y picado por la viruela seguía revolviéndome el estómago. Se quedó con nosotros ocho meses y perdí dos hijos durante aquel período, uno después del otro. Cuando empecé a sangrar y le supliqué que no se lo contara a Richard, salió de la habitación para dar parte a su señor. Richard subió las escaleras como una exhalación y me encontró postrada en la cama por el dolor que me tenía doblada por la mitad. Deseaba que no hubiese visto lo incapaz que era, el ímpetu con el que aquella criatura me rechazaba como madre. La primera vez que aborté, antes de la llegada de la señorita Fawnbrake, Richard y yo charlábamos sobre encargar nuestros retratos mientras paseábamos por la galería, cuando sentí un extraño desgarró en el bajo vientre y pensé que los intestinos se me habían abierto. No sabía qué me estaba pasando, ni siquiera sabía que llevase una criatura dentro, y Richard me metió en la cama, me lavó con un paño caliente y me dio caldos y mazapán. Estaba triste, pero a la vez contento de que hubiéramos concebido.

—¡Vamos a tener un hijo en Navidad! —Sonrió, yo lo creí y le devolví una sonrisa débil.

Apenas hubo dolor, tan solo pena y amor. Pero entonces llegó la señorita Fawnbrake, y con ella, dolores a raudales, y todavía más penas, más culpas y todo lo demás.

La tercera vez fue la peor de todas. Richard estaba de viaje y yo había estado jugando con Puck en los pastos junto a la casa, tironeándolo de acá para allá de un palo que agarraba entre los dientes. Para entonces ya tenía el vientre abultado, como si me hubiese tragado un globo terráqueo. Una línea lo surcaba longitudinalmente y yo, cándida de mí, pensaba que indicaba el lugar por donde se me abriría la piel para que mi hijo saliera cuando estuviese listo. Aquella tarde me caí al suelo más de una vez, estaba empapada y llena de barro, y allí tendida en la hierba, Puck, juguétón, saltaba por encima de mí, me daba lengüetazos y me hacía reír. Recuerdo que la

risa se me atragantó cuando distinguí a la señorita Fawnbrake observándome desde la ventana del comedor. A partir de entonces, la alegría tardó mucho tiempo en regresar, pues aquella noche, mientras me cambiaba para dormir, los dolores arremetieron y no me abandonaron en tres días. Llamaron a un médico, Richard vino de Yorkshire, y, entre una bruma de dolor y tinieblas, recuerdo la sensación de un algo que me abandonaba y a una partera que sujetaba por los pies un cuerpo parecido a un conejo blanco. Guardé cama dos semanas, durante las cuales la señorita Fawnbrake fue una malévola sombra en el rincón. Un día desapareció y regresó con Richard, quien, por primera vez en nuestro matrimonio, me levantó la voz:

—¿Qué es eso de andar revolcándote por la hierba como un animal? ¿Qué es eso de dejar que el perro te pisotee? Fleetwood, parece que insistes en comportarte como una niña y no tienes el menor interés por convertirte en madre.

También podría haberme tratado de asesina. Si llego a tener a mano un cuchillo junto al pan que había dejado intacto, o un atizador al rojo vivo en la chimenea, lo habría hundido en el pecho lechoso de la señorita Fawnbrake y le habría dado la razón. Cuando por fin Richard logró ver la pasión que aquella mujer desataba en mí, cuando se percató de cómo apretaba la mandíbula en cuanto la veía aparecer en una habitación, se dignó deshacerse de ella, con la idea de que su presencia era la causante de mis abortos. Aunque yo pensaba que no tenía razón, tampoco se equivocaba del todo. Cuánto temía el momento en que su rostro asomaba por la puerta cada mañana para venir a vestirme, cuánto odiaba aquellos cuchicheos confidenciales que mantenía con mi marido, con los criados. Antes de que pudiera contarle a Richard cómo me había ido el día, ella ya le había dado parte; antes de que pudiera recibirlo al llegar, ella ya le había quitado el manto. Si hubiera podido llevar dentro a su hijo, sin duda lo habría hecho. La noche en que Richard la despidió, encontré un excremento de Puck bajo mi almohada, previamente desenterrado del césped y transportado a lo largo de cuatro plantas de escaleras en sus manos hinchadas y agrietadas. Jamás de los jamases volvería a tener una dama de compañía; era como tener una hermana que me odiaba.

A mitad del camino de vuelta desde Padiham, la yegua interrumpió el trote, se encabritó y se detuvo en seco, y antes de que pudiera entender lo que estaba sucediendo, empezó a retroceder y a empinarse, a entornar los ojos y a resollar. Al principio no entendía por qué se había sobresaltado, allí rodeadas de troncos y de un coro de hojas cimbreantes. Sabía que no le gustaban los venados, ni siquiera los ciervos, pues no era un caballo de caza. Entonces, mis ojos detectaron movimiento un poco más allá. A unos diez metros de mí, había un zorro yerto, del tamaño de un cervatillo e igual de esbelto. Tuve un solo segundo para observar su cabeza puntiaguda y su lomo aplanado, con la cola erizada perfectamente inmóvil y alineada tras él. Antes de caer, recuerdo haber pensado en su impasividad ante nuestra presencia, como si lo hubiéramos sorprendido en medio de alguna reflexión íntima.

Lo último que vi antes de que la yegua respingara de nuevo fueron los ojos del animal, dorados y cargados de reproche. Caí al suelo con un chasquido, pues aterricé sobre la muñeca izquierda y sentí varias cosas a la vez: el dolor en el brazo, la tierra húmeda bajo mi cuerpo, y el convencimiento creciente de que la yegua me aplastaría bajo sus pezuñas. El animal, aterrado, retrocedía y corcoveaba por el claro en el que me hallaba tirada. Me coloqué la mano buena sobre el vientre y le hablé con dulzura, pese a eso, sus cascos seguían avanzando, sus flancos rezumaban sudor. Sentí una punzada de dolor en la muñeca y pensé que iba a vomitar. Intenté impulsarme para ponerme de pie y proferí un aullido por la impresión. Había un tronco a un par de metros de mí, me apoyé sobre los codos e intenté reptar hacia él.

—Maldito zorro. Maldito jamelgo.

—No os mováis.

Una mujer emergió de entre dos árboles. La reconocí de inmediato: era la extraña muchacha que estaba en el bosque el otro día. Se acercó cautelosa hacia el animal con las manos extendidas, no habló, ni chasqueó la lengua y, sin embargo, su mera presencia surtió el mismo efecto, con aquella mirada límpida y pulso firme. La yegua dejó de sacudirse y se detuvo sumisa, entornando los ojos oscuros. Mientras la mujer apaciguaba al sudoroso animal, me fijé en su cabello dorado, en los mechones ondulados que asomaban de su cofia, en su rostro alargado y serio. Tenía unas manos delgadas, aunque demasiado huesudas para ser elegantes.

Intenté incorporarme otra vez con una mueca de dolor, la muñeca me abrasaba.

—No os mováis.

Volvió a hablar con aquella voz grave, musical y oscilante como una llama en medio de aquel verdor. Llevaba el mismo vestido andrajoso que la última vez, la misma cofia amarillenta como la lana de oveja. Cuando se arrodilló junto a mí, percibí un aroma de lavanda pese a la mugre de su ropa. Con sumo cuidado, me tomó la muñeca con sus manos largas y blancas y apreté los dientes. La soltó con delicadeza y echó un vistazo a su alrededor, se levantó y partió un palito de la rama inferior de un árbol. El bosque cimbrea y se estremecía a nuestro alrededor y, por un breve instante, pensé que podría emplear el palo como arma y golpearme con él. Sin embargo, se arrodilló de nuevo, rasgó un jirón de su delantal sucio, me colocó el palo contra la muñeca y lo sujetó con firmeza en tres puntos.

—Solo es un esguince —sentenció—. No hay nada roto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —fue todo lo que alcancé a decir. Me miró con aquellos curiosos ojos ambarinos—. ¿Por qué vagas sola por el bosque?

—¿Por qué lo hacéis vos?

Me llevé la mano buena a la tripa, para comprobar que todo estuviera bien. Sus ojos escudriñaron mi vientre, oculto bajo capas de terciopelo y brocados, y acto seguido pasaron al rostro: los labios resecaos, los ojos inyectados en sangre, la tez abuhada.

Como si pudiera oler las náuseas en mi interior, dijo:

—Estáis encinta.

Sentí que la vista se me nublaba, que el bosque brincaba a mi alrededor y, como si ella lo hubiera invocado, me incliné hacia delante y vomité sobre las raíces de un árbol. Con una mano temblorosa y manchada de barro, me enjuagué el sudor que perlaba mi rostro.

—¿Vivís en la casa grande junto al río? —preguntó.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijisteis la última vez. Os ayudaré a regresar, señora...

—Shuttleworth. No es necesario.

—No podéis montar, y estáis débil. Yo llevaré la yegua.

—No pienso volver a casa a lomos de ese estúpido jamelgo.

—Debéis hacerlo. Subid.

Acercó a la yegua, unió las manos para que yo colocara el pie y, con dificultad, conseguí montarme. Mis faldas, caladas y manchadas de barro, le pusieron las manos perdidas, pero no pareció importarle. De mala gana, chasqué la lengua, piqué con los talones, y emprendimos la marcha a paso tranquilo.

Estábamos en primavera y los árboles pronto se alzarían como una caballería ufana y verde, aunque el último viento del invierno arremetiera contra sus troncos y zarandearse sus ramas. Pensé entonces que, cuando aquellas hojas en ciernes disfrutaran de su efímero paso por la tierra antes de amarillear y caer para tapizar el suelo, era muy probable que yo no estuviese para verlo. Cerré

los ojos y avanzamos en silencio.

—Gracias por ayudarme —dije al cabo de un rato—. Podría haber estado hecha trizas para cuando mi esposo me hubiera encontrado.

—¿Vuestro esposo?

—Richard Shuttleworth. ¿Dónde vives? —Tras una pausa, pronunció el nombre de la aldea que se encontraba a algunos kilómetros al noreste—. Colne no está tan cerca. ¿Qué te trae de nuevo a mis tierras?

Si mi pregunta sonó seca, fue en parte intencionado. No había olvidado los conejos masacrados, el cuerpo flácido que oscilaba de su puño ensangrentado.

—¿Estas tierras también son tuyas? No lo sabía.

—Y de no haber estado tú en ellas, quizá no habría vivido para contarlo.

Avanzamos en un silencio más cordial, yo a caballo, ella a pie. Solo después me pregunté cómo conocía el camino, entre la espesura de los árboles y un suelo irregular que no mostraba ninguna senda clara. Sin embargo, dejé que me guiara, tan aliviada como la yegua de que alguien tomara las riendas. Sentía un dolor punzante en la muñeca y los dientes rasposos por la acidez.

—¿Vomitáis por el niño? —preguntó.

—Siempre.

—Puedo daros algo que os ayudará.

—¿Puedes? ¿Eres curandera?

—Soy partera.

El corazón se me aceleró y me erguí en la silla.

—¿Ayudas a parir niños que viven? Y las madres... ¿también viven?

—Hago lo que puedo.

No era la respuesta que deseaba oír y volví a acomodarme en la montura; una nube eclipsó mi fugaz instante de esperanza. Guardamos silencio cerca de otro minuto, después le pregunté si tenía hijos. Su reacción a esa pregunta sencilla me sorprendió. Atisbé un temblor en su rostro —¿la había irritado?—, y no levantó la vista del suelo. El blancor de los nudillos de la mano con que sujetaba las riendas resplandeció cuando las asió con más firmeza. La había ofendido; siempre me las ingeniaba para meter la pata y me avergoncé de mí misma.

Al cabo de una eternidad, contestó, con voz tan baja que podría no haberla oído:

—No.

Respiré para mis adentros. No sabía cómo hablar con las mujeres de mi edad, dado que no tenía amigas ni hermanas. Eleanor y Anne Shuttleworth eran lo más parecido y me costaba soportar su compañía simplona y frívola durante un par de días. Aquella desconocida estaba siendo educada, como cualquier pobre aldeana habría de mostrarse con una señora. Sin embargo, por una vez en la vida, deseaba mantener una conversación normal con otra mujer, de igual a igual, sentadas en torno a una mesa de juegos, o avanzando a la par sobre la grupa de nuestros caballos.

—Acabo de darme cuenta de una cosa —anuncié, intentado sonar alegre—. No sé cómo se llama mi salvadora.

—Alice Gray —respondió en voz baja, y agregó—: Las mujeres que no sobreviven... Solo ocurre cuando es inevitable. Lo sé al mirarlas.

Tragué saliva.

—¿Cómo lo sabes?

Alice Gray meditó su respuesta.

—Está en sus ojos. Ceden a... lo que haya más allá. ¿Conocéis el portal de crepúsculo? —Asentí, preguntándome qué tendría que ver el atardecer con el alumbramiento—. La luz y la

oscuridad son fuerzas iguales, compañeras, si lo preferís, en las que puede verse cómo el día da paso a la noche. Ahí es cuando lo sé. Así es como sucede. —Hablabas como una bruja y estuve a punto de señalárselo—. Creéis que son fantasías —dijo, malinterpretando mi silencio.

—No, lo he entendido. La muerte es inevitable, como la oscuridad.

—Eso es.

Me pregunté, no por primera vez, qué se sentiría con un pie en la oscuridad y otro en la luz. Creía haber estado cerca en alguna ocasión, pero el dolor me había anclado a la tierra. Observé la cofia amarillenta de Alice Gray junto al lomo de mi yegua, y me imaginé hablándole de la carta del médico. Sin embargo, igual que con Richard, las palabras no salían de mi boca.

—Eres joven para ser partera —dije, en cambio.

—Aprendí de mi madre. Era partera. Era la mejor, de hecho.

Sentí, una vez más, las palabras del médico ciñéndome el cuello, y, con la mano buena, me ajusté el cuello salpicado de barro.

—Cuando dices que lo sabes al mirar a una mujer encinta —dije—, ¿alguna vez te equivocas?

—Alguna —respondió, aunque me dio la sensación de que mentía.

Donde antes se había mostrado elocuente, un cortinón espeso se había abatido sobre su estado de ánimo. Sin volverme del todo hacia ella, la estudié por el rabillo del ojo. No era hermosa, pero poseía cierta cualidad vital que hacía interesante observarla: nariz afilada, ojos inteligentes y curiosos, manos que habían traído vida a este mundo. Estaba convirtiéndose rápidamente en una de las personas más fascinantes que había conocido.

Volví a tragar a saliva, aferrándome con fuerza a las riendas como si mi vida dependiera de ellas.

—¿Lo has sabido al mirarme?

Alice Gray me miró y sus ojos ambarinos volvieron a posarse en el suelo.

De vuelta en Gawthorpe, los criados armaron un alboroto tremendo para bajarme del caballo y meterme en el vestíbulo de entrada. Mientras me apeaban, busqué la cara de mi esposo entre las cuatro o cinco que me contemplaban desde las escaleras y las que lo hacían desde las ventanas. Obviamente, pensé abatida mientras me ayudaban a subir las escaleras como si fuera una anciana duquesa, Richard no estaba. En medio del trajín, recordé a Alice y de un manotazo aparté los dedos de una doncella que intentaba retirar la tablilla rudimentaria hecha de un palo y jirones.

—Me la dejaré puesta, Sarah —dije, arreglándomelas, como de costumbre, para parecer más malévola que graciosa.

Los sirvientes debían de pensar que era un bicho raro. Durante todo el primer año, no me atreví a dar instrucciones, pues algunos de ellos eran cuatro o cinco décadas mayores que yo. Una vez, debía de rondar los catorce años, estaba cepillando a la yegua en el establo y oí que uno de los mozos de cuadra me llamó «la mujercita». Permanecí allí hasta que cayó la noche, muerta de vergüenza, por miedo a salir y que descubrieran que lo había oído. Cuando Richard me preguntó dónde demonios me había metido durante todo ese tiempo, se lo conté, con las lágrimas al borde de los ojos, y en menos de una hora, el mozo había sido despedido.

Sarah, obediente, lo dejó estar, no sin dejarme tiempo suficiente para ver cómo se formaba en su cabeza la historia que se reservaría para la fresquera. Fue entonces cuando reparé en Alice, a punto de desaparecer de mi vista, que descendía las escaleras principales. La llamé y se detuvo, enmarcada en el rectángulo de la luz del día, pues el vestíbulo de entrada con su laberinto de pasadizos era muy oscuro. Se hizo el silencio entre todos los sirvientes, que la miraron sin disimular su curiosidad.

—¿Te quedarías a comer algo?

Me estaba ruborizando y tuve que aclararme la voz, consciente de que todo el mundo prestaba atención.

Alice parecía dubitativa, como determinando si era una invitación o una orden. Sin embargo, Sarah decidió en su lugar, la hizo pasar con un chasquido impaciente y reprobatorio y cerró el pesado portón tras ella para impedir que se colara el frescor primaveral. Dentro, las antorchas relucían serenas, y Alice se retorció las manos. Absolutamente cohibida, me volví hacia una de las muchachas de la cocina, apartada a un lado mano sobre mano, y le dije:

—Margery, que lleven pan, queso y algo de beber al salón. Acompaña a la señorita Gray, voy a ponerme ropa seca y la veré allí.

Alice observaba con curiosidad los techos altos, las esquinas oscuras, los apliques. Intenté sonreírle antes de encaminarme escalera arriba, con la esperanza de que no resultara obvio que era la primera vez que tenía mi propia invitada.

Ninguna criada me ofreció ayuda para quitarme el traje de montar, una maniobra que, teniendo en cuenta lo sucísima y empapada que estaba, ya era complicada con dos manos y casi imposible con una. Me dolía la muñeca. Puck me olisqueó con curiosidad y, cuando logré desvestirme, movida por la costumbre, me llevé una mano entre las piernas para comprobar que no estuviera sangrando. Casi media hora después, me había puesto una falda y un corpiño limpios y descendí seguida de las pisadas sordas de Puck. Llegaban voces de debajo de la escalera que daba al salón, al fondo de la casa, y cuando empujé la puerta, me encontré con dos rostros.

—¡Richard!

Vino hacia mí y me dio un beso distraído en la mejilla, sosteniéndome la muñeca.

—Iba hacia tu aposento. ¿Qué es eso de que te has caído del caballo, fantasmita? ¿Y qué es este invento? Una improvisación excelente, he de reconocer. Señorita Gray, ¿es obra vuestra? Fleetwood, ¿te has hecho daño? Espero que nadie más haya resultado herido.

Como siempre, el bombardeo de preguntas de Richard me había dejado aturrida y no sabía por dónde empezar a responder. Dejé mis manos entre las suyas y miré a Alice, pero su semblante inexpresivo no me proporcionó indicio alguno de la conversación que habrían mantenido. El salón no era espléndido, pero en él Alice parecía dos veces más anodina, su vestido, más deslucido y harapiento en comparación con las fastuosas alfombras turcas y los paneles color miel. En el interior parecía distinta —ordinaria, casi—, y más joven, tendría unos veinte o veintitrés años.

—Te sorprende verme. ¿Se te había olvidado que no me iba hasta esta noche?

Débilmente, con ayuda de Richard, tomé asiento en uno de los sillones de roble pulido que estaban junto al fuego, que por suerte chisporroteaba alborozado. Antes de que abriera la boca, Margery entró con una hogaza, queso, fruta y una jarra de cerveza, y desapareció, no sin antes realizar una evaluación fugaz de Alice y sus dedos manchados de barro.

—Tus manos... ¿Quieres que pida agua? —Me volví hacia Richard, que ya estaba sirviendo la cerveza en dos tazones—. Alice me ha ayudado a volver con la yegua.

—El ángel de los bosques —anunció, ofreciéndole uno de los tazones.

Alice se sacudió las manos en el delantal antes de aceptarlo y beber con fruición. Me percaté de que Richard esperaba una respuesta por mi parte, sentí sus ojos grises sobre los míos.

—¿Está todo bien?

Estaba de buen humor, como de costumbre, ligero de espíritu y corazón. En ocasiones me hacía sentir como si llevara una capa de penumbra y desgracia que nunca se desabrocharía, aunque si la misma capa cubriera sus hombros, él se desprendería de ella con la misma facilidad que se sacude

un perro mojado.

—Está todo bien —respondí con una sonrisa tranquilizadora. «Por ahora», pensé.

Se arrodilló y me tomó la mano libre, la besó y la llenó con el tazón de cerveza.

—Aquí os dejo, señoras, para que podáis hablar de miriñaques mientras yo me deshago de estas prendas. Creo que retrasaré mi viaje un día más. Además, la Pascua está a la vuelta de la esquina y no habrá mucho negocio que hacer.

Sus palabras me alegraron el corazón, pero antes de que pudiera agradecersele ya se había marchado, cogiendo un puñado de uvas de camino a la puerta. Observé a Alice, e intenté figurarme la impresión que le habría causado mi esposo, pero parecía sencillamente cansada, el pelo se le salía de la cofia y las comisuras de los labios le caían ligeramente. El sutil aroma a lavanda volvió a flotar por el aire. El fuego chisporroteaba, resplandecía e inundaba la pequeña estancia de su reconfortante aroma a leña ahumada.

Antes de que pudiera hablar, Alice preguntó:

—¿Qué es un miriñaque?

Por poco se me escapa la risa, contenta de poder responderle por una vez:

—Es como una rueda que se pone en la cintura y se lleva bajo las faldas, para ahuecarlas. ¿Nunca lo habías oído?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo tenéis la muñeca? Necesitaréis un vendaje bien prieto.

Me la palpé con delicadeza.

—Está bien. Me he caído del caballo muchas veces. Mi amigo Roger dice que no se es un jinete de verdad hasta haber caído siete veces del caballo, más una de propina. Supongo que te caerás a menudo, ¿no? Galopando a toda prisa para asistir a las mujeres de parto...

—No tengo caballo.

—¿No tienes caballo? —exclamé impresionada—. Y entonces ¿cómo lo haces para ir a todas partes?

Un esbozo de sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—Voy caminando. O cuando algún señor envía a un criado a buscarme, a veces trae un caballo para mí. —Debí de abrir mucho los ojos por la sorpresa, pues agregó—: En general, los niños tardan en nacer.

—No lo sabía.

Sentía sus ojos mirándome desde el otro lado de la habitación, refulgentes como dos antorchas.

—Por favor, siéntate. Come algo.

Aceptó por obligación.

—No puedo quedarme mucho, tengo que... irme pronto. —Asentí, mientras observaba la delicadeza con la que sus dedos esbeltos cortaban el queso.

—¿Es vuestro primer hijo?

—Sí —dije.

Me di cuenta de que mi respuesta había sonado exactamente igual que la suya cuando un rato antes le había preguntado si tenía hijos. Mientras Alice comía en silencio, yo jugueteaba con la alianza de bodas, cavilando. ¿Para qué la había traído a mi salón si no era para expresarle mi gratitud? Pensé en la preocupación de Richard. «Está todo bien.» ¿Durante cuánto tiempo estaría todo bien? Y había algo en Alice que invitaba a las confesiones: la forma en que había calmado a la yegua en el claro del bosque sin pronunciar ni una palabra.

—He perdido tres hijos —rectifiqué rauda.

Soltó el cuchillo, se recostó en el respaldo y se frotó las manos en el delantal para limpiarse

las migas de los dedos. Era incapaz de mirarla a la cara, de modo que clavé la vista en la alfombra, y distinguí los pelos cobrizos de Puck esparcidos de tal forma que parecían estar entretejidos.

—Lo lamento. —Su voz derrochaba bondad.

Froté uno de los leones de madera del brazo de la silla.

—Mi madre cree que no puedo tener hijos. Le gusta recordarme que estoy fracasando en mi deber como esposa.

El silencio en el sillón de enfrente era meditabundo y paciente.

—¿Qué edad tenían?

—Todos murieron antes de nacer. —Tiré de una hebra de oro suelta en mi falda e intenté remeterla—. Después del primero, Richard estaba preocupado, así que contrató a una mujer para que me vigilara.

—¿Para vigilaros?

—Para ver si me estaba alimentando bien y esas cosas. Estaba preocupado —repetí.

—¿Por vos o por el niño?

—Por ambos. ¿De qué habéis hablado antes?

—De esto y aquello. Cosas de trabajo.

Una punzada de celos me hizo preguntar con cierto desdén:

—¿Ha hablado contigo de sus negocios?

—No. Trabajo en el Hand and Shuttle, en Padiham. No sabía que fuerais los dueños.

—Yo tampoco —dije antes de darme cuenta de lo ignorante que me había hecho parecer—.

Pensaba que... Entonces ¿trabajas en dos lugares distintos?

—No nacen niños todos los días. No en Colne.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando ahí?

—No mucho.

—¿Cuánto te pagan?

Dio un largo sorbo a su cerveza y se limpió la boca. Verla disfrutar de la comida y la bebida me hizo sentir envidia. Mi estómago rugió.

—Dos libras —contestó.

—¿A la semana?

Alice se me quedó mirando.

—Al año.

Sabía que me había ruborizado, pero no aparté la mirada. Ella ganaba en un año lo que yo había pagado por tres metros de terciopelo. Me removí en el sillón y me apreté los jirones de su delantal alrededor de la muñeca, que empezaba a escocerme. La vara de roble lisa refrescaba en los puntos donde estaba en contacto con mi piel.

Tenía la boca seca. Deseaba contarle que Richard se había ido de nuestra habitación, que en febrero había vomitado cuarenta veces en un día.

—¿Puedes ayudarme a tener un hijo? ¿Uno que viva?

—Me...

—Te pagaré cinco chelines a la semana.

Sin duda, aquella suma haría que a James el mayordomo se le subieran las cejas hasta el nacimiento del pelo cuando la introdujera en el libro mayor, pero mi comprensión del dinero me había humillado, de modo que sabía que cualquier oferta debía situarse holgadamente entre la generosidad y la justicia. Richard dijo una vez que era imposible discutir de dinero con los pobres. No cabía duda de que Alice era pobre y —busqué anillos en sus manos— soltera. Ahora

entendía a lo que se refería.

—Es cinco veces más de lo que cobro ahora —dijo con suavidad.

Se llevó un dedo bajo la cofia para rascarse el pelo y apuró la cerveza poco a poco. Mi estómago produjo un ruido que ambas oímos; no había probado bocado.

—También te permitiré usar un caballo, para que puedas venir hasta aquí y hasta la posada de Padiham. Colne queda demasiado lejos para ir a pie.

Consideró la propuesta, relamiéndose los labios mientras contemplaba el fuego, hasta que preguntó:

—¿Estáis más avanzada que las otras veces? ¿Para cuándo es?

—Para principios de otoño, se supone. La última vez estaba... cerca del final.

—Tendré que examinaros —dijo—. ¿Cuándo tuvisteis el último sangrado?

—En Navidad. Hay algo más.

Posé la copa, rebusqué dentro del vestido y extraje la carta del médico que me había metido en el corpiño al ponerme la ropa. La había estado guardando detrás de un panelito cuadrado del tocador, cuya llave escondía debajo de la cama, entre las cuerdas y el colchón. La desplegué, la alisé y sentí la íntima calidez de mi calor corporal. Sin embargo, Alice no hizo ademán de cogerla. Un pliegue le surcaba el entrecejo.

—No sé leer —dijo sin ánimo.

Oímos un chirrido en la puerta y nos erguimos. Metí el papel por el borde lateral de la silla, pero nadie entró.

—¿Sí? —pregunté.

A falta de respuesta, me levanté para abrir. Puck jadeaba en el umbral y me dejé caer de rodillas.

—Conque eras tú... Buen chico.

Me siguió hasta el sillón y reparé en que los ojos de Alice se abrieron como platos al constatar su tamaño.

—Tranquila, es un gigante bonachón. Me paso el día cepillando pelo de perro de las faldas, pero la verdad es que no me importa. Termínate el queso o se lo comerá.

—Es muy grande —dijo Alice.

Puck alzó su cabeza cobriza y ladró una vez, bien alto.

—No, Puck, ya basta —ordené.

—¿Qué es?

—Un dogo de Burdeos.

—¿Fue un regalo de vuestro marido?

Instintivamente, alargué el brazo para rascarle las orejas.

—No, lo rescaté de un foso de hostigamiento de osos en Londres. Estaba en los huesos y muerto de hambre, atado en la calle junto a un guardián de osos que vendía entradas. Me acerqué a acariciarlo y el hombre le dio una patada. Dijo que los perros no servían para nada si eran blandos y que lo arruinaría. Cuando le pregunté cuánto pedía por el cachorro, me contestó que no valía ni el cordel que llevaba alrededor del cuello. Así que lo recogí del suelo y anuncié que me lo llevaba. Entonces, el hombre cambió de parecer y protestó porque rechazaba su regateo. Le di un chelín y nos marchamos sin mirar atrás. Le puse de nombre Puck por el personaje de una obra de teatro que Richard y yo habíamos visto unos días antes, un diablillo del bosque. No porque tenga nada de diablillo.

Alice contempló pensativa a aquel animal consentido repanchingado sobre una alfombra turca. La lengua, grande como un salmón, le colgaba alegremente entre los colmillos.

—Ha llegado muy lejos en la vida —observó—. He oído hablar del hostigamiento de osos, pero no lo he visto nunca.

—Lo encuentro espantoso. En Londres hay gente sedienta de sangre; quizá es porque no pueden cazar.

Siguió un silencio menos incómodo que antes y Alice señaló la carta entre mis manos con un gesto de cabeza.

—¿Qué dice?

—Que la próxima vez que me quede embarazada moriré. —Al decirlo en voz alta por primera vez, sentí que los zarcillos alrededor de mi cuello se relajaban—. Como ves, voy a necesitar un milagro. Dios me ha bendecido con muchas cosas. No estoy segura de que ser madre sea una de ellas, pero hoy he rogado una curandera y aquí estás. Deseo muchísimo dar un hijo a mi marido, él lo quiere con todo su corazón.

—¿Y vos?

—Soy su esposa y espero llegar a ser madre. No deseo que enviude.

Intenté tragar el nudo que se me había formado en la garganta. Alice me miraba sin disimular una pena abyecta, y me pregunté cómo sería capaz: ella, que era pobre y soltera, con dos empleos y sin caballo. Quizá, la casa elegante, el marido apuesto y la ropa cara no significaban nada para ella, y quizá también columbraba que todo aquello me resultaba de poca utilidad, a mí que podía permitirme comprar todo lo que quisiera excepto lo que más anhelaba: prosperar como esposa de Richard, recompensarle por lo que había hecho por mí, por el futuro del que me había apartado. Por él, deseaba llenar la casa de manos pringosas y rodillas sucias. Mientras no tuviéramos hijos, no seríamos una familia; tendríamos una casa, pero no un hogar. Incluso haberme pasado la vida encerrada en Barton, amaneciendo y acostándome día tras día con la desaprobación de mi madre, era preferible a la alternativa. De no ser por Richard, sabía dónde me encontraría.

—¿Señora Shuttleworth?

Alice me miraba con preocupación. El fuego chisporroteaba y crepitaba, y el cuchillo seguía incrustado en el queso como una daga arrojada contra un árbol.

Me incliné hacia delante, apremiante por primera vez. La desesperación latía en mi interior desde que había conocido a Alice, se había forjado durante meses, pero ahora manaba de mí a borbotones.

—Por favor —imploré—, dime que me ayudarás. —Me di cuenta de que me estaba aferrando a los reposabrazos de la silla—. Necesito que salves mi vida, y, con ella, otra vida más. Ayúdame a vivir, Alice. Por favor, ayúdame a ser madre y a tener un hijo.

Me miraba con extrañeza, calibrándome, insegura del trato. Cuando finalmente asintió, sentí como si me hubiera tomado de la mano.

Aquella noche, sola en la cama, tuve la pesadilla. El bosque estaba frío y oscuro como boca de lobo, la hojarasca seca crujía bajo mis pies al moverme, de modo que permanecí inmóvil, incapaz de distinguir mi propia mano frente a mi cara. Mi corazón palpitaba con latidos sordos, mis oídos se aguzaban en busca de sonidos. En ese momento llegaron los jabalís, hollaban y gruñían cerca de mí con jadeos cálidos, voraces, fisgones. Cerré los ojos para oír mejor y noté que algo me rozaba las faldas. Se hizo el silencio. Una perla de sudor descendía por mi rostro y, entonces, se quebró el mutismo y empezó. Las bestias proferían unos ruidos espantosos, alaridos y ladridos agudos, excitados. Eché a correr a tientas, con los brazos extendidos hacia delante. Yo lloraba y las tenía detrás, gruñían y rechinaban los dientes, unos colmillos punzantes como cuchillos de hueso. Tropecé y caí al suelo, me protegí la cabeza con las manos y gimoteé. Las bestias me encontraron, rodearon a su presa caída. Estaban hambrientas, iban a desollarme, a perforarme con sus colmillos. Un dolor desgarrador, atroz, me dobló por la mitad y me hizo flexionar las rodillas, pero estaban enredadas entre mis faldas, y lancé un alarido.

Hacía un día radiante y estaba en mi habitación, empapada en sudor. Mi corazón latía fuerte como una campana, tenía la cara anegada en lágrimas, pero respiré aliviada cuando comprendí que no había jabalís, que no estaba en el bosque. Mi respiración se sosegó y sentí un ligero dolor en la muñeca. Los trapos con que Alice me había aconsejado vendarla se habían soltado, y estaban dispersos a mi alrededor entre las sábanas. Bostecé, pestañeé cegada por la luz del sol, me estiré y me di la vuelta.

Sentada junto a la cama, observándome como un halcón, estaba mi madre.

Aguardó mientras me impulsaba para incorporarme. No la miré, pero sabía que sus labios estarían apretados en una fina línea mientras pasaba revista a mi pelo negro enmarañado, mi tez gris como las cenizas que quedaban en la chimenea. Mary Barton desaprobaba la enfermedad, la debilidad o el fracaso de cualquier índole; de hecho, lo consideraba ofensivo. Antes de que ninguna de las dos pronunciase palabra, oí las pisadas de las botas de Richard en el pasillo y el tintineo de las monedas de su cinturón.

—Mira quién ha venido de visita —anunció al entrar, con una mano sobre el hombro rígido de su suegra.

Los ojos negros de mi madre se cruzaron con los míos. Llevaba la cabeza descubierta y un cuello impecablemente almidonado que se desplegaba a su alrededor cual un pomposo abanico. Sus manos blancas reposaban serenas y entrelazadas sobre el regazo y tenía un gesto profundamente circunspecto. Aún no se había quitado el manto de abrigo y daba la sensación de que acababa de apearse del caballo o de que se disponía a marchar. Mi madre era muy friolera, por eso se había ido de Barton después de que Richard y yo nos casáramos. Ante sus quejas por el tamaño de la casa, Richard le sugirió que se instalase en una casa más modesta y más al norte.

No lo suficientemente al norte.

—Hola, Madre —saludé.

—Te has perdido el desayuno.

Me pasé la lengua por los dientes. Sentí el aliento fétido.

—Mandaré que te suban algo de comer —dijo Richard. Se marchó y cerró la puerta tras él.

Retiré el pesado cubrecama, salí de la cama y fui a buscar una tira de tela para limpiarme los dientes bajo la atenta mirada de mi madre.

—Esta habitación está hecha una pocilga. Tus criadas deberían poner más esmero. ¿Acaso tienen otra ocupación? —preguntó. En vista de mi silencio, continuó—: ¿Piensas vestirte hoy?

—Tal vez.

A ambos lados del escudo de armas de los Shuttleworth, dos figurinas de escayola custodiaban la repisa de la chimenea cual centinelas, dos cuerpos femeninos de la mitad de mi estatura: Prudencia y Justicia. En ocasiones, imaginaba que eran mis amigas. La espalda rígida de mi madre, plantada frente a la chimenea, quedaba exactamente entre las dos, de tal forma que parecía su tercera hermana: Miseria.

—¿Qué te hace gracia, Fleetwood? Eres la señora de esta casa. Vístete de una vez.

Puck gimoteó para que lo dejáramos pasar, y así lo hice. Avanzó hacia mi madre, olisqueó sus faldas y pasó de largo.

—No entiendo por qué te empeñas en tener a esta bestia dentro de casa —dijo—. Los perros están para cazar y vigilar, no para tratarlos como a niños. ¿Qué tienes en la muñeca?

Recogí los jirones y empecé a enrollármelos con más firmeza.

—Ayer me caí del caballo. Solo es un esguince.

—Fleetwood —bajó la voz y volvió la vista para comprobar que la puerta estaba cerrada. Reconocí el olor de la pomada empalagosa que se untaba en las muñecas—. Richard me ha contado que estás otra vez en estado. Si no me equivoco, ya has perdido tres hijos antes de que llegaran a este mundo.

—Yo no he perdido nada.

—Muy bien, lo diré sin tapujos: tres son las veces que has fracasado en tu intento de dar vida a un hijo. ¿De verdad piensas que te conviene estar tirándote de caballos? No estás tomando suficientes precauciones. ¿Tienes una partera?

—Sí.

—¿De dónde la has sacado?

—Es de por aquí. De Colne.

—¿Y no habría sido más sensato por tu parte emplear a una mujer recomendada por alguna familia de confianza? ¿Habéis hablado con Jane Towneley? ¿Y con Margaret Starkie?

Contemplé el rostro de estuco de Prudencia. Su estoica mirada evitaba la mía. Yo era una mujer, la señora de una de las mejores casas en kilómetros a la redonda, y allí estaba, en camión, aguantando un chaparrón de mi madre. ¿La habría invitado Richard? Sabía hasta qué punto la odiaba. Apreté los puños y conté hasta tres.

—Quienquiera que contrate será decisión mía, Madre.

Imposté un tono melifluido al articular la última palabra y su rostro, sempiternamente compuesto, dejó escapar un minúsculo destello de furia.

—Abordaré este asunto con Richard —dijo—. Mientras tanto, quiero que prometas que estás haciendo todo lo posible para que este niño nazca con vida. No estoy convencida de que sea el caso. Se impone más reposo y... actividades de interior. Quizá puedes aprender a tocar un instrumento, en lugar de andar galopando por ahí como un escudero. Tienes un buen marido y si empiezas a comportarte como esposa y como madre, el regalo de Dios llegará. No uní nuestras familias para que jugaras a ser la princesa de la torre. Dicho esto, espero que almuerces conmigo. Haz el favor de vestirte y reunirte conmigo abajo.

La oí descender los peldaños y recé para que su retrato se descolgara de las escarpas y la aplastara.

Richard sirvió una copa de vino tinto justo delante de mí y se la pasó a mi madre. Era un líquido

oscuro como el rubí, del mismo color, sorprendentemente bello por su intensidad, que el que había goteado por mis muslos tres veces y había anegado las sábanas y el colchón que habían acabado ardiendo en una hoguera.

Para evitar el aroma embriagador alcé el rostro hacia el techo. Las molduras de escayola del comedor estaban decoradas con docenas de racimos de uvas y vides que trepaban hacia las esquinas y se enlazaban como las manos de los amantes.

—¿No tomarás vino, Fleetwood?

—No, gracias.

Richard llenó otra copa para su amigo Thomas Lister, que estaba de paso rumbo a Yorkshire. Estábamos sentados alrededor de la lumbre mortecina, cuya languidez viciaba el ambiente y me aletargaba. Sin embargo, no me adormeció lo suficiente para pasar por alto la mirada codiciosa que Thomas dirigió a los anillos de Richard cuando su amigo le ofreció la copa. Su propia mano desnuda se flexionó en respuesta y, cuando captó mi mirada, desvió la suya de inmediato.

La edad de Thomas debía de rondar un punto intermedio entre la de Richard y la mía, y su riqueza, un punto intermedio entre la de un latifundista llano y la nuestra. Thomas admitiría lo primero, pero jamás lo segundo. Él y Richard tenían más cosas en común: ambos se habían casado el mismo año; sus padres habían fallecido; habían heredado grandes fincas con madres y hermanas que mantener. Cuatro años atrás, el señor Lister padre enfermó en la boda de su hijo, se desmayó durante los votos y pereció al cabo de pocos días. La madre de Thomas nunca llegó a recuperarse del todo y, desde entonces, no había abandonado la casa.

Thomas Lister me parecía un hombre peculiar y bastante interesante; poco proclive a dar conversación, prefería mantenerse al margen de ella. Tenía unos ojos grandes y ligeramente saltones y era menudo y delgado como una mujer. Richard decía que su complexión hacía de él un excelente jinete, que se mantenía erguido como una flecha.

A mi madre se le daba fatal mezclarse con gente joven con naturalidad: siempre los trataba como a niños pequeños, y cuando le preguntó a Thomas por su madre, este balbuceó una respuesta cortés. Lo salvó la entrada de Edmund, el mozo, para avisar a Richard de que había llegado una mujer de una de las granjas con noticias sobre un perro que había magullado a un borrego. En aquella época teníamos cientos de ovejas en los pastos; la tierra estaba demasiado húmeda para cualquier otra cosa.

Hubo una pausa, en la que Richard se terminó la copa de un trago.

—¿De quién es el perro?

Edmund negó con la cabeza.

—No lo sabe, señor. Se lo encontró corriendo en círculos, hostigando al rebaño. Os pide que acudáis con presteza.

Richard salió como un rayo. La gente siempre llamaba a nuestra puerta para contarnos sus cuentos. Richard era generoso, les daba grano cuando las cosechas eran flojas y madera para reparar sus casas. Había doscientas familias en Padiham y otros tantos problemas en nuestra puerta desde que vivíamos aquí.

—¿Y qué os lleva a Yorkshire? —quiso saber mi madre.

Se esforzaba por actuar como una buena anfitriona, y, de paso, disfrutaba recalcando lo mal que lo hacía yo.

—Voy a un juicio para las audiencias de Cuaresma —contestó Thomas.

—¿Un juicio?

Los leños crepitaban en el hogar. ¿Cuánto tiempo tardaría Richard en regresar? La noche estaba al caer y pronto la oscuridad se apostaría en las ventanas. Thomas se removió en la silla.

—Un juicio por asesinato —dijo con voz queda—. La acusada es una mujer llamada Jennet Preston.

Me erguí ligeramente.

—¿La conocéis?

—Por desgracia, demasiado bien. —Su mejilla se contrajo involuntariamente—. Trabajó para mi familia durante muchos años, pero desde la muerte de mi padre no nos ha dejado tranquilos. La tratamos con bondad y le concedimos favores, pero es una desagradecida y siempre pide más.

—¿A quién se le acusa de asesinar?

—A un niño.

Por un instante, mi madre y yo estuvimos unidas por el susto. Thomas contemplaba la lumbre con ojos graves.

—¿Y vos protestáis su inocencia?

Thomas volvió bruscamente la mirada hacia mí.

—¿Su inocencia? Su culpa. Asesinó al hijo de otro criado, un recién nacido, no tenía ni un año, y lo hizo de una forma brutal y despiadada.

Antes de que pudiera impedirlo, un recuerdo afloró: un cuerpo menudo y frío, dos diminutas filas de pestañas que nunca se abrirían. Cerré los ojos y me esforcé por alejar el pensamiento.

—¿Y por qué haría algo así? —pregunté.

—Por celos —sentenció Thomas—. No consiguió seducir a Edward, de modo que le arrebató aquello que él y su esposa más querían. Es una bruja.

Mi madre se inclinó hacia delante.

—¿Otra bruja? —preguntó. Thomas parecía confundido—. ¿No habéis oído hablar de la última huésped de Read Hall?

—¿Y vos cómo sabéis lo de la huésped de Read Hall? —inquirí.

Encogió un hombro quitándose importancia:

—Me lo ha contado Richard.

Lo dijo de una forma que daba a entender que Richard, naturalmente, daba parte a su suegra de todos los asuntos de los que tuviera conocimiento. Pero mi madre era experta en sonsacar la información, aprovechaba un instante de duda o un comentario espontáneo para hostigar a su interlocutor como el perro al borrego. Richard jamás habría aireado los asuntos de su amigo por el condado; mi madre se lo habría oído a alguien y, sin ninguna duda, habría interrogado a Richard mientras estaba ocupado y distraído.

—¿Quién está en Read Hall? —preguntó Thomas, mirándonos alternativamente a las dos.

Entonces ella le habló de Roger, conocido íntimo de Thomas, y de John Law el buhonero y de la bruja Alizon Device. Thomas escuchó con sumo interés.

Su versión de los acontecimientos estaba peor informada y era más especulativa que la de Roger. El hecho de no corregirla me proporcionó una deliciosa satisfacción y, para que no detectara el gesto de suficiencia en mi cara, dirigí la atención al friso que decoraba lo alto de las paredes del comedor. Sirenas, delfines, grifos y toda suerte de criaturas medio humanas y medio animales fijaban la vista en el centro de la estancia, como si estuviéramos en una especie de corte mítica. Cuando llegué a Gawthorpe, el friso era lo que más me gustaba de toda la casa y lo recorría con la mirada hasta la saciedad, estudiaba cada figura y les daba a todas un nombre y una historia. Aquí había dos hermanas huérfanas que eran princesas del mar y reinaban sobre las olas; allá, un ejército de leones con sus escudos, preparados para atacar. Los veía cada vez más oscuros y misteriosos a medida que la noche se aproximaba, y mi madre y Thomas Lister cotorreaban como lavanderas. Mis párpados empezaron a desfallecer; tenía la boca seca y me dolía la espalda.

Tendría que permanecer ahí sentada hasta que Richard volviese, y aún no había ni rastro de él.

Fue entonces cuando se me ocurrió: mientras mi madre estuviera aquí, Richard dormiría en nuestra cama para no dar lugar a preguntas, pues nada escapaba a los ojos sagaces de Mary Barton. No había dado ningún indicio de haber visto la carriola, pero quizá Richard hubiese cerrado la recámara.

Me estiré de los rizos del cabello y me pregunté cuánto faltaría para que pudiera deshacérmelos.

—La chica está en casa de Roger Nowell —comentaba mi madre, con los ojos brillantes—. La tiene allí para que no pueda hacerle ningún mal a nadie.

—¿Y ha confesado?

—Eso dicen.

—¿Y Roger cree que hay más?

Mi madre asintió con la cabeza:

—En la misma familia.

—Cielos, Madre. Cualquiera pensaría que ibais caminando con John Law cuando le echaron la maldición —intervine.

Thomas, pensativo, mecía la copa contra el pecho.

—Thomas, ¿habéis admirado nuestras sirenas? —pregunté—. Fijaos bien, observadlas más de cerca. Son espectaculares, un diseño de los dos hermanos que realizaron todo el trabajo de estuco en Gawthorpe.

Thomas, cortés, se puso de pie y se acercó a las molduras, yo me volví hacia mi madre y la reprendí entre susurros:

—En esta casa no hablamos de los asuntos de Roger Nowell como si fuéramos aldeanas. Es nuestro amigo. Ahora Thomas se llevará consigo lo que le habéis contado a Yorkshire, mucho más lejos de donde le correspondía llegar.

Mi madre torció el gesto.

—Me limito a informar a tu conocido de lo que está sucediendo delante de sus narices. Pronto estará en boca de todos que hay brujas por estos lares. Y así ha de ser. ¿Acaso no dicen que las mujeres de esta zona son unas salvajes?

—Ni sé lo que «dicen», ni me importa. Y no estoy segura de que «salvaje» sea lo mismo que «demoníaco».

—Un trabajo exquisito —comentó Thomas, educado, a nuestra espalda—. Qué intrincación, qué complejidad. Una verdadera joya. —Parecía inquieto y no regresó a la silla—. Reanudaré la marcha antes de que oscurezca; quizá pase por Read Hall de camino a Yorkshire.

—Read Hall está a ocho kilómetros en dirección contraria —dije.

Alcanzó su manto.

—Saludos a Richard.

Se marchó como una exhalación y el eco de sus botas resonó por el pasillo. Tras un momento de silencio, me excusé so pretexto de ir a la cama.

Las velas de mi habitación estaban encendidas y me coloqué frente al espejo para quitarme los rizos. Mi cabello parecía frágil y fino y, al peinarlo, los mechones se desparramaban por el suelo. Me acerqué a la ventana para correr las cortinas y en el reflejo del cristal vi la silueta de Richard en la entrada.

—¿Dormirás aquí esta noche? —pregunté.

—Supongo.

Me volví hacia él y el corazón se me detuvo en el pecho.

Tenía las manos escarlatas. Su jubón estaba empapado de sangre y tenía salpicaduras por toda la cara y hasta en los codos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ya he pedido una jarra. —Se frotó los brazos con las manos, pero la sangre estaba reseca. La piel que rodeaba las uñas ya había adquirido un tono marrón—. Menudo desastre. Si no llego a ver al perro, habría pensado que era obra de un lobo.

Me acerqué a la cama y me senté para quitarme los escarpines.

—Es imposible. Hace cien años que ya no hay lobos por aquí.

Pensé en nuestros cuerpos cercanos de nuevo esa noche, en su calor junto a mí. Podría recorrer su columna con el dedo, como hacía antes. Quizá se daría la vuelta y me ofrecería su boca y su virilidad. Aunque nunca volviéramos a dormir en la misma cama, jamás olvidaría la suavidad tibia de su piel en la yema de mis dedos. Entonces pensé en la carta secreta y la imagen se desvaneció.

—¿Y la oveja ha muerto? —pregunté, volviéndome para dejar que Richard me soltara los lazos.

—No. He tenido que matarla.

—¿Y el perro? ¿Qué era?

—Un chucho marrón. Se me escapó antes de que pudiera atraparlo. Preguntaré hasta dar con su dueño.

—He contratado como partera a la chica que me rescató.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo se llamaba? ¿Conque es partera?

—Alice. Tiene mucha experiencia. —Evité su mirada—. Espero que no te importe. Le he prestado un caballo de las cuadras, durante el tiempo que me asista.

—¿No será uno de los míos?

—No, la yegua de tiro gris. Está bastante vieja. Richard... —Tragué saliva—, ¿dormirás aquí a partir de ahora?

—Muchos hombres y sus esposas duermen en habitaciones separadas, no está fuera de lo común —contestó, sin brusquedad.

—Pues debería.

—Disparates. Además, ya estás encinta. No es como si pudiéramos hacer otro.

Pero no lo oí, pues me había subido la camisa por encima de la cabeza. Un hilillo escarlata corría muslo abajo. Detuve su curso con un dedo y el pánico se cernió sobre mí como nubes tormentosas. Cerré los ojos y recé.

Estaba desvelada, rígida como una tabla junto a Richard, que roncaba plácidamente. Al cabo de un rato, me levanté para deambular por la galería, bañada por la luz de la luna. La casa estaba en silencio y los suelos de madera pulida resplandecían radiantes como la nieve. La tarima crujía bajo mis pasos sigilosos mientras iba una y otra vez de arriba abajo, de este a oeste. Regresé a acostarme antes de que rayara el alba. Más de una vez contemplé la veta reseca de sangre que casi se había borrado de mi piel como prueba de lo que había ocurrido, o más bien, de lo que había empezado a ocurrir y se había detenido. Lo había escondido enseguida con el camisón y Richard no se había percatado de nada, preocupado como estaba por limpiarse la sangre de la oveja. La olía desde la otra punta de la habitación, y mi estómago se revolvía con revulsión y miedo, como si el olor a sangre desencadenase mi propio sangrado.

Alice me había pedido unos días para recoger algunas hierbas que me pondrían fuerte, pero ya me parecía que había pasado una eternidad, así que por la mañana, mientras todo el mundo tomaba el desayuno, salí para que Puck tuviera su sesión de ejercicio. No podía comer, dado que volvía a tener el estómago como un hormiguero, pero esta vez, se debía a la preocupación. Al salir de la casa, nos encaminamos hacia la derecha y nos alejamos por el borde del prado, seguimos el río y pasamos el establo y los cobertizos anexos. Desde sus jaulas, los perros de caza detectaron el olor de Puck y empezaron a ladrarse entre sí sin ton ni son. Puck, a su aire, olisqueaba muros y rincones, sin hacerles el menor caso. En ocasiones me preguntaba si sería consciente de que era un perro. Me preguntaba, también, si tendría recuerdos previos a cuando lo rescaté, y esperaba que no.

—Buenos días, señora —me saludaron los granjeros y los mozos, cargados de herramientas, cuerdas y trastos cuyo uso me resultaba absolutamente desconocido.

—Buenos días —contesté, y pasé de largo.

La casa y todos sus edificios anexos pronto quedaron ocultos tras los árboles, que se cernían sobre el conjunto como un telón verde. Las hojas susurraban a mi alrededor mientras recorría el estrecho camino que salía de Gawthorpe, atenta a las indagaciones de Puck, que iba de un árbol a otro con el hocico pegado al suelo.

Como a medio kilómetro de la casa, distinguí dos siluetas que se acercaban a caballo. Me arrimé a los árboles y aguardé, hasta que reconocí a Roger como la silueta más alta. Cuando se encontraban a poca distancia, Roger le dirigió unas palabras a la persona que iba a su derecha: una mujer ataviada con un sencillo vestido de lana. Aunque no veía bien de lejos, sabía que no era su esposa, Katherine. Roger se apeó y se aproximó, sujetando las riendas de su caballo, que iban atadas al de su acompañante. Las manos de la mujer, largas, delgadas y blancas, estaban esposadas y, a su vez, fijadas a las riendas. De modo que era una prisionera. Como juez de paz, Roger acostumbraba transportar delincuentes por el condado y alguna que otra vez los llevaba hasta la prisión de Lancaster. Mi mirada se detuvo un momento demasiado largo sobre aquellas muñecas ligadas, y cuando alcé la vista me encontré con el rostro sagaz de una joven de ojos oscuros y labios delgados que me miró con una suerte de orgullo hostil.

—Fleetwood, me alegra verte de paseo en tan espléndido día. Pareces estar en plena forma —dijo Roger.

—¿Venís a visitarnos? —pregunté, ofreciéndole la mano para que me la besara.

—Hoy se trata de una visita diferente. En realidad, es más una invitación para Richard. ¿Está

en casa?

—Sí.

—¿Y está libre esta mañana?

—Sale para Manchester dentro de una hora —mentí. Richard no iba a escabullirse con Roger y dejarme a solas con mi madre si yo podía evitarlo—. Están preparando su equipaje. ¿Todo en orden?

Volvió a asentir. Era raro en él no presentarme a su acompañante.

—Qué lástima. Voy de camino a Ashlar House.

—¿A casa de James Walmsley?

—Efectivamente. Se me había ocurrido que a Richard podría interesarle acompañarme. Tengo dos entrevistas y apreciaría su asistencia. —Se inclinó hacia mí—. Algún día tu esposo hará grandes cosas. Recuerda estas palabras, llegará alto en el gobierno para cuando peine tantas canas como yo, y tengo intención de ayudarle en ese camino. Cuenta con una ventaja de nacimiento que a mí me faltaba, ya que su tío goza de buena reputación en la corte. En algún momento se lo presentaré al rey, y espero por él que pueda contribuir a las mejoras de Pendle. Podrían valerle un buen empujón a ojos de la Corona. Confío en su criterio, así como el señor Walmsley, pero me temo que hoy habremos de arreglárnoslas sin él.

Se dio la vuelta para echar un vistazo a su acompañante, cuya muda presencia resultaba algo incómoda.

—He oído que has contratado a una partera —dijo Roger inesperadamente.

Pestañeé sorprendida.

—Así es —contesté, preguntándome cómo se habría enterado. Richard no lo había visto desde la cacería.

Roger sonrió.

—Fantástico. Gawthorpe tendrá un heredero antes de que acabe el año. ¿Es la misma de la última vez? ¿La de Wigan?

Resultaba difícil concentrarse con aquella radiación maliciosa que desprendía la mujer que tenía a su espalda.

—No. Una mujer de por aquí.

—¿Jennifer Barley? Fue la de Katherine.

—No. Una chica que se llama Alice, de Colne.

Entonces, sucedió algo extraño. Al oír el nombre de Alice, la acompañante de Roger hizo un ademán brusco que asustó a su caballo. La miré, pero desvié los ojos enseguida cuando vi que no había apartado los suyos de mi cara, como si estuviera leyendo algo fascinante en ella.

—Tendremos que pensar en un regalo para tu alumbramiento —dijo Roger. ¿Cómo era capaz de seguir tan campante con la conversación como si su prisionera no estuviera allí? Parecía complacido—. ¿Qué comprar para la mujer que todo lo posee?

—¿Quién es vuestra amiga, Roger? ¿No vais a presentármela?

—Claro —dijo—. Esta es Alizon Device.

Sentí un escalofrío y el corazón se me aceleró. De modo que Roger estaba paseando a la bruja por Pendle y nos la traía a Gawthorpe. Algo en la mirada orgullosa de Alizon me hizo pensar que era consciente de ello y me despertó cierta simpatía.

—Que no te engañe el vestido. Es de Katherine. Alizon ha pasado unos días en nuestra casa. Ahora vamos de camino a Ashlar House para reunirnos con algunos de sus parientes —me explicó jovial, volviéndose para mirar su carga.

La chica no rechistó, pero la malicia brillaba en su rostro. Durante el silencio que siguió, un

grajo graznó desde las copas de los árboles y una ráfaga de viento agitó el bosque a nuestro alrededor.

—Mis saludos a Richard. ¿Vendríaís a comer el próximo viernes a Read? Katherine tiene muchísimas ganas de veros.

—Será un honor.

Me incliné en una reverencia y volví a mirar de refilón a Alizon Device, que seguía inmóvil como una estatua, con la vista fija a media distancia. Roger alzó el sombrero y se subió al caballo. Los observé alejarse, la mano cargada de anillos de Roger se agitaba a modo de despedida. Llamé a Puck y emprendí el camino de regreso a casa.

El último día de Cuaresma, como a mi madre no le gustaba el pescado y la cocinera siempre lo recordaba, nos sentamos frente a una cena deliciosa de tartas de queso con patatas, fruta, pan y cerveza. Mordisqueé la corteza y las migas, pero me había acostumbrado tanto a no comer que apenas tenía hambre.

Mi madre desaprobaba a todos nuestros criados excepto a la cocinera. Había decidido que eran ariscos y desagradecidos, y vaticinaba que solo era cuestión de tiempo que la plata y la seda empezaran a desaparecer. A veces me preguntaba si vivía en mi casa o en la suya. No me cabía duda de que echaba de menos los días al mando de Barton, que, con su numeroso servicio, parecía una casa palaciega en comparación con su modesta mansión. Cuando venía a visitarnos después de que nos casáramos, Richard y yo la llamábamos «Gloriana de la Mansión», pues intentaba dirigirnos como si ambos fuéramos sus hijos. Hasta entonces, nunca había tenido a nadie con quien burlarme de ella. Teníamos que llevarnos comida a la boca cuando decía cosas como: «De verdad, Richard, nunca había conocido a un hombre que llevase tanta joyería como tú», o bien: «Deberías poner tu blasón en las botellas para servir el vino, es lo que se lleva ahora, ¿sabes? Lo hacen hasta en Yorkshire».

Aquella tarde, decidió emprenderla contra el conjunto de paneles de encima de la chimenea.

—Richard, veo que todavía no has mandado grabar el nombre de mi hija sobre la repisa — comentó, aludiendo a los cinco robustos paneles de madera grabados con los nombres de varios miembros de la familia Shuttleworth.

Habían añadido las iniciales de Richard al cuarto panel antes de que nos casáramos. Tenía intención de pedirle a un carpintero que inscribiera las mías junto a las suyas, pero no había tenido tiempo, así que la «R» y la «S» flotaban solas, a la espera de compañía. Era una pesadez que mi madre no parara de presionarlo, como si el panel de madera fuera la única prueba de mi existencia y no un mero elemento ornamental.

—No es una cuestión tan urgente, Madre —tercié.

—¿Cuatro años no han sido suficientes?

—Lo apuntaré en mi lista de nunca acabar —fue la genial respuesta de Richard.

Se decidió que mi madre se marcharía al día siguiente, el domingo de Pascua, y fuimos a la iglesia todos juntos. Puede que fueran imaginaciones mías, pero la muñeca se me había inflamado de la noche a la mañana. Durante la misa, sentada, me contemplaba las manos perfectamente entrelazadas y posadas sobre el regazo, y me preguntaba dónde estaría Alice Gray y qué estaría haciendo. Toda la gente del pueblo me miraba algo más que de costumbre; eran conscientes de mi aspecto enfermizo. Me había impuesto vestir de negro: los colores solo realzaban la grisura de mi rostro, apagado como una nube de lluvia. La presencia de mi madre también atrajo algunas miradas de más. Conservaba un gesto de pasiva indiferencia, pero sabía que por dentro ronroneaba como una gata.

Durante el sermón del cura, escudriñé los sombreros y las cofias en busca de un tirabuzón de pelo dorado, pero no vi ninguno. Una mujer joven sentada unos pocos bancos más allá se fijó en mí, iba cubierta por un manto cálido y elegante, abultado por el globo de su vientre. Me miró con la osadía y la complicidad con que las compatriotas se miran entre sí, como diciendo: «Somos lo mismo». Pero no lo éramos, y desvié la mirada.

Tenía las manos heladas y me senté encima de ellas hasta que se me entumecieron. Aquella mañana había vuelto a recibir la visita, persistente e ingrata, de las náuseas. Colne estaba a varios kilómetros de Padiham y tenía su propia parroquia, de modo que era muy poco probable que Alice fuese feligresa de la iglesia de Saint Leonard. Aunque trabajaba en la posada de Hand and Shuttle, a poco más de un kilómetro; ¿me atrevería a demostrar mi impaciencia y visitarla allí mismo? La invité a venir el Viernes Santo, pero me dijo que no podía y que vendría pasada la Pascua.

Distinguí al boticario sentado unos pocos bancos más lejos con su familia, con su rostro plácido vuelto hacia el púlpito como la flor que mira a la luz. ¿Cultivaría Alice sus propias plantas o se las compraría a él? Y si así lo hacía, ¿sería discreta?

John Baxter, el coadjutor, tenía una voz profunda y cristalina que resonaba hasta en los aleros de la iglesia y desterraba la oscuridad de todos los rincones.

—«Herodes, viendo a Jesús —dijo—, se alegró mucho porque hacía mucho tiempo que deseaba verlo, pues había oído muchas cosas de él y tenía esperanzas de que lo vería hacer algún milagro.»

Allí en lo alto, junto a él en el púlpito, estaba la nueva Biblia del rey Jacobo que le habíamos traído de Londres. Había sido la primera vez que visitaba una imprenta, un edificio alto de la ciudad que me pareció tan estrecho como un guardarropa. Afuera, en las calles, los niños cargaban cestos de hogazas sobre sus cabezas, como si estuviéramos en Galilea. La imprenta encerraba un mundo absolutamente distinto, a mitad de camino entre la erudición, con aquella atmósfera de papel y tinta, y la cámara de tortura, con sus chirriantes artefactos de madera.

—«Estaban allí los principales sacerdotes y los escribas, acusándolo con vehemencia. Pero Herodes y su corte, después de menospreciarlo y burlarse de él, lo vistieron con ropa espléndida. Y volvieron a enviarlo a Pilatos.»

La nueva Biblia se había imprimido el año anterior y habíamos comprado tres ejemplares: uno para nuestra casa, otro para la iglesia y otro para la madre de Richard. Eran objetos preciosos, rematados en oro y de un papel tan fino como los pétalos.

—«Pero ellos volvieron a dar voces, diciendo: “¡Crucificalo! ¡Crucificalo!” Él les dijo por tercera vez: “¿Pues qué mal ha hecho este? Ningún delito de muerte he hallado en él. Lo castigaré entonces, y lo soltaré”. Pero ellos insistían a grandes voces pidiendo que fuera crucificado. Y sus voces prevalecieron.»

John Baxter era un hombre mayor; su piel tenía el mismo color que las páginas de la Biblia, pero su voz arrastraba como la de un hombre mucho más joven, prevalecía por encima de las toses, los susurros y los murmullos de los niños. Sentía la cabeza ligera, como si estuviera en un reloj de arena al que había que dar la vuelta.

—«Porque he aquí que vendrán días en que dirán: “Bienaventuradas las estériles, los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron”. Entonces comenzarán a decir a las montañas: “¡Caigan sobre nosotros!”, y a los montes: “¡Cúbrannos!”»

Noté que mi madre se removía a mi lado, pues su vestido aplastó el mío. El corsé me apretaba mucho y la sangre me latía en el cuello. Sentía la cabeza tan vacía que pensé que podría desprenderse de mi cuello y salir volando hacia las vigas, ligera como una pluma.

John Baxter nos invitó a ponernos en pie, y la muchedumbre se alzó, llevándome con ella, y la

sala se deformó y empezó a dar vueltas. Entonces, todo se tiñó de negro.

Al día siguiente por la mañana, en lugar de esperar a Alice en la ventana, decidí acompañar a Richard al prado, donde estaba entrenando a su nuevo halcón. La marcha de mi madre había despejado un nubarrón oscuro, pero el anterior había recuperado su sitio. Me abrí camino por la hierba mojada hasta Richard, que estaba junto a las escaleras, y me detuve tras él sin hacer ruido para no asustar al pájaro, atado a su muñeca con un cordel. Cegado por su caperuza, aleteaba confuso sobre nuestras cabezas, distraído por el olor de la carne de pollo que Richard llevaba en un morral a la altura del muslo.

El adiestramiento de aves era un arte y Richard lo dominaba. Chasqueó la lengua y tiró del cordel para que el halcón descendiera con él y revolotease hasta dar con una percha donde posarse en su guante. Richard le lanzó un pedacito de carne.

—Nunca entenderé por qué te ocupas de esto tú solo y dejas al halconero ocioso —dije—. Me sorprende que aún conserves ojos en la cara.

—Porque es más satisfactorio —contestó sin más—. Además, solo será realmente mío si le dedico tiempo. La lealtad se gana, no se exige. —El ave volvió a despegar, se asustó por el tirón del cordel y lanzó un sonoro gañido—. Este es de Turquía. No va a necesitar cascabel si se empeña en hacer este ruido.

—Te está echando una maldición —bromeé.

—No sabía que hablaras turco.

—Aún te queda mucho por descubrir de mí.

Nos sonreímos y los pensamientos anteriores volvieron a aflorar a la superficie. Los sepulté.

—¿Hay algo que te preocupe? —preguntó Richard.

Sería tan sencillo como ir a buscar la carta de mi aparador.

«Dime por qué me has ocultado esto —le diría, entregándole el papel—. Dime que no es verdad.» En cambio, negué con la cabeza y clavé los ojos en el halcón.

—Roger nos ha invitado a cenar el viernes —improvisé.

—Sí, me ha comentado que te vio. ¿Iba con su bruja?

—Me ha parecido una criatura extraña. No estoy segura de qué hallé más escalofriante: si su presencia o la indiferencia de Roger. Debe de ser peligrosa, si no, no iría esposada. ¿Y por qué querría Roger traérnosla a casa?

—La ha convertido en su sombra. Siempre que él la tenga a la vista, él estará a la vista del rey. Estoy convencido de que la despachará en cuanto haya cumplido su cometido.

—Sí que tienes una idea cruel de tu amigo.

Richard me miró de soslayo.

—Y tú una inocente del tuyo. —Me acarició la mancha floreciente de la sien con un pulgar amable—. Te va a salir un buen moratón.

—Ya tiene más colores que mi vestido. Lo que más me dolió fue el orgullo, pensar en toda la gente que me vio caer...

—Vamos a tener que encerrarte en casa. Primero te caes de la yegua y luego te desmayas en la iglesia. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Detrás de nosotros, los sirvientes rodaban unos toneles de vino de camino a la casa por el pasillo de piedra que conducía a la bodega. La atención de Richard regresó al ave y seguí su mirada para admirar sus garras brillantes, sus delicadas alas batiéndose contra el cordel. Meses después, la presa sería un pollo vivo embutido en una liebre muerta, y más adelante, una liebre con una pata rota. Me pregunté dónde estaría yo para cuando saliera en su primera cacería.

¿Enterrada en el camposanto?

El halcón graznó y batió las alas sobre nosotros, y entre el zumbido de sus aleteos, distinguimos el repiqueteo de los cascos. Richard descendió el ave a su guante y en ese momento lo sentí por primera vez: el niño se había movido. Era una sensación inconfundible, pero antes de que me diera cuenta, se detuvo, tan repentinamente que pensé si no me lo habría imaginado. Sin embargo, ya conocía esa impresión: era como ser un tonel de agua y tener un pez girando en mi interior. Me aferré al brazo de Richard, mi cuerpo entero vibraba.

—Fleetwood, ¿estás bien?

—Sí —mentí—. El niño... Se ha movido.

—Pero ¡eso es maravilloso! —Sonreía, radiante, y no pude por menos de devolverle la sonrisa.

Su halcón aleteó impaciente y antes de que pudiera agarrarse a mi cabeza, retrocedí.

—Alice debería estar de camino. Cogeré la yegua para alcanzarla en la carretera de Colne.

—¿Ya tienes la muñeca recuperada como para montar?

Alcé el brazo vendado.

—Casi nueva.

Rodeada de aire puro, entre el río y el bosque, con cada bote del caballo sentía que mis pensamientos se alejaban de mi propia vida para acercarse a la de Alice. Había tantas cosas que ignoraba de ella. Cuando la acompañé a la puerta principal, el día que me rescató, le pregunté por su padre y me contó que estaba enfermo y no podía trabajar. Me pregunté si tendrían una relación cercana o si Alice estaría soñando con casarse para poder mudarse. Las chicas pobres nada tenían que ver con las ricas, que solo podían esperar en casa hasta el día en que un esposo llegase, cual pavos a los que se ceba para Navidad. Las muchachas pobres podían escoger por sí mismas, quizá, incluso, de igual a igual: puede que se fijaran en un vecino o en un tendero al que le compraban la carne todas las semanas. Traté de imaginarme a Alice con un hombre —los dedos largos y blancos de ella acariciando la cara de él, él jugueteando con un tirabuzón de su pelo dorado—, y no pude.

Los árboles raleaban y se abrían hacia la amplitud del cielo, y las colinas verdes se inflaban como sábanas recién lavadas al extenderlas sobre una cama. El río trazaba una curva enfrente de mí y tenía que atajar por Hagg Wood, abandonar el campo abierto y adentrarme de nuevo entre los árboles. Allí, los cascos de la yegua resonaban menos, y al cabo de un minuto divisé a lo lejos dos siluetas en un claro: dos mujeres, vestidas con colores apagados y cofias blancas. No se habían percatado de mi presencia. Tiré de las riendas para frenar el paso cuando me di cuenta de que una de ellas era Alice, su voz, elevada y enfadada, me llegó por entre los árboles. Me apeé de mi yegua, caminé en silencio por el suelo musgoso en su dirección y me detuve detrás de un árbol, desde donde avistaba mejor a la otra mujer.

Era la persona más fea que había visto en mi vida, daba casi miedo mirarla. Era pobre: de eso no cabía duda. Su sayo era tan ancho e informe como si fuera un remiendo de retales de arpillera, y la hacía parecer flaca y deforme. No obstante, su rasgo más alarmante eran los ojos: estaban colocados a alturas diferentes de la cara, en lugar de al mismo nivel, como la gente normal. El de arriba apuntaba a las hojas de los árboles de su alrededor, y el de abajo, colocado en la mejilla, escrutaba las raíces. ¿Eso le permitiría un mayor rango de visión? ¿O sería menor? La mujer tenía la boca abierta, la lengua le asomaba por los dientes, mientras Alice hablaba, cortante y queda a la vez.

No alcanzaba a oír su conversación y cuando agucé el oído, algo se movió a mi lado y me hizo

dar un respingo. Un perrucho castaño y desgredado salió trotando de entre los árboles, me eludió y continuó hacia las mujeres, que no le prestaron atención. Se coló por el pequeño espacio que se abría entre ellas y continuó su camino por los árboles de más allá. La mascota de la malcarada, entonces. Pensé en dar media vuelta antes de que me vieran, pero Alice hizo ademán de marcharse hacia el lugar donde estábamos la yegua y yo, y me quedé petrificada. La otra mujer hablaba con voz bronca y severa, y pronunciaba algún tipo de admonición.

El perro ladró a lo lejos y su dueña se volvió rápidamente para echar un vistazo por encima del hombro, antes de volver sus ojos díscolos en mi dirección. Fue escalofriante. Un hormiguelo me recorrió la piel de todo el cuerpo y deseé con todas mis fuerzas que mi vestido verde oscuro me hubiera camuflado. Le dije algo más a Alice y después avanzó con paso torpe hacia el perro, refunfuñando para sus adentros.

Alice se quedó un instante en el claro y la vi apretar y soltar los puños. Se frotó los hombros como si tuviera frío, un gesto de vulnerabilidad que me hizo sentir culpable por estar escondida. Después, se marchó en la dirección opuesta, directamente hacia el río.

No veía su caballo por ningún lado, ni oía cascos por el suelo del bosque. Sin saber qué hacer, la contemplé alejarse durante un minuto, y después me monté a horcajadas en la yegua y recorrí a medio galope la escasa distancia que nos separaba de casa. Al desmontar, casi sin aliento, al pie de las escaleras, me volví hacia el camino por donde había venido; al cabo de unos minutos, distinguí su forma arqueada, que avanzaba presurosa por la arboleda al este del parque. Había sigilo en su zancada, y gracia, y autoridad, y atravesó el césped frente a la casa rauda como un conejo, encorvada contra el viento cortante. No llevaba manto. Traía el semblante oscuro y parecía preocupada.

—¿Dónde está tu caballo? —fue lo primero que le dije. Antes de que pudiera responder, oímos el ladrido de un perro que provenía de la dirección de donde veníamos—. ¿Alice?

La puerta principal se abrió y Richard se asomó a lo alto de las escaleras.

—Anda, los dos duendecillos del bosque regresan de su territorio. Buenas tardes, señorita Gray.

Alice asintió sin despegar la vista del suelo.

—Igualmente, señor.

—¿Estás cuidando bien de mi mujer?

Alice volvió a asentir.

—Fleetwood, ¿acaso tu yegua va a volver sola a la cuadra? —preguntó Richard.

Me preparé y agarré las riendas, dispuesta a recorrer el pequeño trecho, pero Richard me detuvo.

—Tu partera puede encargarse. —Miré preocupada a Alice, que estaba distraída y más pálida de lo normal—. ¿A menos que tenga inconveniente? —preguntó Richard.

Con expresión afligida, Alice agarró las riendas. La observé marchar, encorvada contra el animal; me recogí las faldas y entré en casa.

—Parece joven para ser partera —comentó Richard cuando pasé junto a él en el oscuro pasillo. Las antorchas de la pared se avivaron con la corriente cuando la puerta se cerró.

—Ronda tu edad.

—Sigo pensando que deberíamos ir a Londres. Allí hay cientos de parteras que ayudan a nacer a niños cada día.

—No me hagas ir a Londres, Richard. Quiero que nuestro hijo nazca en casa, es aquí adonde pertenece. —La excusa pareció funcionar, me cogió de la mano y la apretó—. Alice y yo estaremos en mi aposento mientras me examina.

Al cabo de diez minutos, aún no había rastro de Alice y me levanté del suelo donde estaba acariciando a Puck, para asomarme a lo alto de las escaleras. Allí estaba, de pie bajo mi retrato, contemplándolo. Ignoraba que la estaba observando y vi que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba, como si sonriera, absorta en algún recuerdo entrañable.

—¿Qué opinas de mi madre? —pregunté, sobresaltándola.

—Es muy... puntiaguda —fue su respuesta. Sonreí—. ¿Esa sois vos? —Señaló a la niña del cuadro.

—¿Por qué sonreías?

—Tenéis una cara muy seria para ser tan niña. Me recordáis a... —calló.

—¿A quién?

Pero no respondió, se movía como si la hubieran sacado de una ensoñación, se recogió las faldas y me alcanzó en lo alto de la escalinata. Pasamos la recámara donde Richard había estado durmiendo, la carriola estaba a la vista; me fijé en que Alice venía con las manos vacías y no parecía llevar nada con ella.

—Mi esposo se preguntaba cuántos años tienes —dije, cerrando la puerta tras nosotras.

Abrió la boca sin hablar y dejó caer un poco los hombros.

—No lo sé.

Me la quedé mirando.

—¿No sabes la edad que tienes? Bueno, pues, ¿cuándo es tu cumpleaños?

Se encogió de hombros.

—Tengo algo más de veinte años, creo.

—¿No sabes cuándo es tu cumpleaños?

Negó con la cabeza.

—Me temo que tengo algo que confesar. He perdido el caballo que me disteis.

—¿Cómo que lo has perdido?

—Lo até fuera de mi casa y a la mañana siguiente, ya no estaba.

Cada línea de su rostro pedía disculpas y maldije en silencio mi propia insensatez. No se me había ocurrido preguntarle si tenía establo, aunque, obviamente, la respuesta era negativa. Debería haberle pagado para que lo dejara en alguna posada o en alguna granja cercana. Tomó mi reacción por un profundo descontento y se deshizo en disculpas:

—Os devolveré el dinero; trabajaré gratis. ¿Cuánto cuestan los caballos?

—No lo sé... ¿Unas libras? —Se le demudó el rostro—. No te preocupes, ya es agua pasada. Te pagaré lo mismo —dije sin convicción, pues el enfado de Richard sería colosal.

¿Cómo se lo iba a contar? Poco importaba. Mientras Alice estuviera allí, nos centraríamos en el aquí y el ahora.

Le pregunté por lo que había traído y se acercó al tocador, empezó a arremangarse las faldas y a sacarse unos paquetitos de hilo del bolsillo que alineó sobre la superficie pulida antes de abrirlos y mostrar unas hierbas de diversos tonos de verde. Entre la chimenea cargada y acogedora, y el perro que dormitaba noblemente sobre la alfombra, en mi habitación reinaba el mismo ambiente de determinación que en la cocina; me dirigí al borde de la cama para sentarme, a falta de saber qué hacer.

—Pareces una vendedora de hierbas itinerante —bromeé—. Richard estaría impresionado.

Señaló con el dedo de izquierda a derecha:

—Eneldo, caléndula, lavanda, manzanilla.

Cogió el primer montón: unas frondas ondulantes, suaves y ligeras como plumas.

—Que la cocinera lo pique y lo mezcle con mantequilla. Podéis comerla con carne, pescado,

cualquier cosa.

—¿Qué hace?

—Mucho. Estos pétalos... —Me mostró las delicadas flores anaranjadas— pueden secarse y prepararse en infusión en leche caliente, o también pueden dar sabor al queso. Pedid en la cocina que os preparen una taza caliente por la mañana y otra por la noche y añadidle las flores, os ayudará con los vómitos.

Asentí, repasando mentalmente: mantequilla, leche caliente, queso.

—Lavanda —continuó—. Maceradla en agua de lluvia para preparar una tintura. Echad unas gotas en la almohada, os ayudará a dormir y a alejar los malos sueños.

Me dirigió una mirada significativa y, por un instante, me pregunté si le había hablado de la pesadilla. ¿Cómo lo sabía? Volvió a levantarse el delantal y, con el pulgar y el índice, extrajo una diminuta ampolla de cristal.

—Ya os he preparado un poquito: era el único frasco que tenía.

Se acercó a la cama, taponó la mitad del cuello con el dedo y roció los cojines y el edredón. Algo la hizo detenerse y se inclinó para examinarlo.

—¿Se os cae el pelo?

De manera medio inconsciente, me lo palpé donde a duras penas cubría los rizos de debajo.

—Sí.

No le veía la cara, pero parecía pensativa mientras esparcía el agua de lavanda por la ropa de cama. Un momento después, la tenía a mi lado y me dejó la ampolla en la palma de la mano. Acto seguido, me mostró un puñado de una planta semejante a la margarita.

—«Como un lecho de manzanilla, cuanto más se pisa, más crece» —recité—. ¿Conocías el refrán?

—No. Preparad una infusión en leche caliente, también, coladla y luego os la podéis beber. Y lo último... —Entre los dedos sostenía una tira estrecha de algo parecido a un tronco—. Corteza de sauce. Mascadla cuando sufráis dolor; os aliviará.

—¿De dónde has sacado todo esto? ¿Del boticario de Padiham?

—De algunas mujeres que conozco.

—¿De mujeres curanderas?

—Todas las mujeres curan.

No entendía si me estaba tomando el pelo.

—¿Son de confianza?

Alice me miró.

—¿Según el rey? No. Las ha relegado a las sombras. Pero la gente sigue cayendo enferma, y muriéndose, y teniendo hijos, y no todo el mundo dispone de un médico de cámara. El rey ha confundido a las curanderas con la brujería.

—Hablas como si no fueses muy partidaria de él.

No respondió y empezó a doblar los cuadraditos de hilo. En esta región, mucha gente tenía su propia opinión sobre el rey, pero, con buen criterio, se la guardaba para sí. Su franqueza me desconcertó, tal vez la gente humilde siempre hablaba con ese descaro.

—El rey no es partidario de las mujeres que intentan buscarse la vida como pueden: ayudando al prójimo, ahuyentando las enfermedades e intentando mantener a sus hijos con vida. Y mientras no lo sea, yo tampoco lo seré de él. —Se frotó las manos y adoptó un aire profesional—. ¿Recordáis todas las instrucciones?

—Creo que sí.

Cómo me alegraba que ni Richard ni el servicio hubieran oído nuestra conversación. Alice

volvió a sacarse el bolsillo, enrolló los paños de hilo para guardarlos en él y me pidió que le mostrara la muñeca.

—Casi me olvido... —empecé a decir mientras me examinaba. Me palpaba aquí y allá y me doblaba la mano hacia delante y hacia atrás. El dolor había desaparecido—. La otra noche sangré.

Alice clavó sus enormes ojos ambarinos en los míos y, una vez más, volví a percibir el aroma a lavanda. ¿De dónde vendría? Era imposible que usara perfume; debía de restregarse la flor por las muñecas y el cuello. Me la imaginaba poniéndose el sayo de lana y metiéndose el pelo en la cofia antes de esa pequeña intentona de feminidad.

—¿Hubo algún dolor? —Negué con la cabeza. Frunció el ceño—. Puede que tengáis demasiada sangre en el cuerpo, eso no es bueno ni para vos ni para el pequeño. La próxima vez que venga, traeré algo.

—¿Cuándo será?

—En unos días. Hasta entonces, usad estas plantas como os he indicado y constataréis una mejora.

Fui hasta el aparador, en el que guardaba la carta del médico, extraje un saquito de tela con monedas y se lo entregué.

—¿Qué es esto?

—El primer mes por adelantado. ¿Cuánto te debo por las hierbas?

—Nada.

Tanteó el peso de la bolsita sobre la palma de la mano y las monedas tintinearón. El sonido me recordó a Richard y volví la vista hacia la puerta. No les había comentado ni a James ni a él lo que le pagaba a Alice; podía esperar a informarlos más adelante, cuando hubiese engordado y Richard viera que las tinturas funcionaban. Entonces, no se atrevería a quejarse.

La observé marchar, despidiéndola con la mano desde lo alto de las escaleras, y me retiré a descansar a mi aposento. Normalmente, recogía uno a uno mis oscuros cabellos de la almohada y los arrojaba al fuego, angustiada por la idea de que algún día se me caerían todos y me quedaría completamente calva. ¿Qué más iba a quitarme este niño? Es cierto que ya se fabricaban pelucas estupendas, pero el cabello de una mujer era un complemento más, como la ropa o las joyas, excepto que este no podía quitarse. Si Richard ya había perdido el deseo por mí, con mi tripa creciente y mi piel cetrina, probablemente me desearía aún menos sin mi melena, antaño lustrosa y negra como el azabache. Cuando conocí a sus hermanas, envidié sus suaves cabezas doradas. El negro, sin embargo, era un color caro, difícil de teñir y de mantener. El negro significaba riqueza y poder.

Me senté en el borde de la cama y pasé la mano por la almohada, pero sobre el fondo blanco no había rastro de hebras negras. Alice habría retirado los pelos. Me tendí, cerré los ojos y dejé que la lavanda me llevara al mundo de los sueños.

Desde el inicio de nuestro matrimonio, Richard se enorgullecía de lucirme. En las fiestas, yo deslumbraba en los ojos de sus compañeros como una joya a la luz de las velas; buscaba siempre la aprobación de mi esposo, la encontraba, y refulgía con más fuerza.

Contaba los días que faltaban para ir a comer a casa de Roger y deslumbrar con más brillo que nunca, ahora que las tinturas de Alice estaban funcionando. Me alegraba, no obstante, de que mi partera no me hubiera visto ir y venir por mi habitación hecha un manojo de nervios, reuniendo valor para bajar a la cocina y repetir sus instrucciones al servicio. Mi madre decía que siempre me había preocupado demasiado lo que la gente pensara; sin embargo, en realidad, lo que me preocupaba era lo que la gente dijera, especialmente a mis espaldas. Los pensamientos eran privados, los rumores, no, y como señora de Gawthorpe que era, me sabía el blanco de ambos. La cocinera atendió con una ceja enarcada cuando le mostré el eneldo para la mantequilla y esparcí las flores de manzanilla sobre la mesa de madera que acababan de limpiar. Escuchó, no obstante, y aquella misma noche subieron una infusión de leche caliente con manzanilla a mi puerta, al día siguiente en la mesa del almuerzo sirvieron una mantequera especial para mí, y, por primera vez, sentí cariño por el servicio. Richard seguía durmiendo en el cuarto contiguo y esperaba brillar tan esplendorosamente en casa de Roger como para que la carriola pasase a la historia.

Llegó el viernes y a las once en punto estábamos listos para salir a caballo hacia Read Hall. Los días ya eran más largos y aunque pasáramos toda la tarde en casa de los Nowell, el sol no se habría puesto aún cuando nos marcháramos. No me gustaba montar de noche, cuando los límites del bosque no se veían pero sí se oían, cuando los árboles se agitaban y tiraban de sus raíces, como perros de caza de las correas. Había pasado tanto tiempo enferma que no recordaba la última vez que Richard y yo habíamos acudido juntos de visita, así que escogí uno de mis vestidos favoritos, uno azul oscuro con bordados de aves exóticas y escarabajos, un sombrero alto de seda, y me puse el traje de montar por encima. Decidí ahorrarle la historia del caballo perdido y reservársela para otro día, porque, sin duda, arruinaría la velada. Estaba resuelta a que nada la estropease.

—Vaya, la pareja de tortolitos.

Roger nos recibió en el gran salón, con dos copas de vino generoso. Aunque se había engalanado para la ocasión, su traje negro de terciopelo y sus botas de piel blanda conservaban algo del hombre de campo que era. Su mujer, Katherine, acudió disparada a mi encuentro, ataviada con una saya de encaje negro y finísimos bordados de oro. No llevaba sombrero y su vestido tenía un corte muy bajo. Aunque yo fuese más joven que su hija, Katherine y yo compartíamos el interés por la moda, por Londres y las mejores casas de modas de Manchester, Halifax y Lancaster.

—¿Qué hay de nuevo por Gawthorpe? Hacía una eternidad que no os veíamos. Richard me contó que habéis estado bastante enferma, espero que estéis recuperada —me dijo Katherine, después de cumplimentarnos previamente nuestras galas. Sus pendientes largos de esmeraldas refulgían a la luz de las velas.

—Eh... Sí, he pasado una temporada encerrada, pero ya me encuentro mejor, gracias.

—Roger me contó que salisteis de caza con ellos hace no mucho, ¿verdad? Me dejó atónita, ¡os

pondríais pérdida de barro!

—Así es, aunque Richard me echó la culpa, pues decía que espanté a las presas con mi voz. Quizá la caza no sea la mejor ocasión para conversar entre amigos —dije con una sonrisa.

—Siempre seréis bienvenida en Read. Aunque ahora mismo disponemos de una habitación menos.

—Ah, ¿sí?

—Dejo que Richard os lo cuente durante la cena.

En aquel instante, uno de los hombres del grupo se dio media vuelta y reconocí a Thomas Lister. Al verme, inclinó educadamente la cabeza a modo de saludo.

—El señor Lister hizo una parada muy breve en Gawthorpe de camino a Yorkshire —comenté.

Nick Bannister, el antiguo magistrado de Pendle, un viejecito consumido, también estaba allí junto a Roger, Thomas y Richard, acunando su copa contra el pecho.

—Y Roger convenció a Nick para salir de su confinamiento con la promesa de unas buenas aves y unos toneles de vino generoso —añadió Katherine, cariñosa, antes de invitarnos a tomar asiento.

Tenía a Thomas Lister a la izquierda y a Nick Bannister a la derecha; Roger, Katherine y Richard estaban sentados enfrente.

—Mejor separar a los tortolitos o se pasarán la noche arrullándose —dijo Roger con un guiño.

Sonreí y pensé en cómo reaccionarían si supieran que los tortolitos dormían en habitaciones separadas.

Sacaron el primer plato: un despliegue de tartas de carnero, empanadillas de gamo y potaje de guisantes con jamón. Roger aguardó a que los platos estuvieran servidos para hablar.

—Bueno —anunció, mientras cogíamos los cuchillos—, como todos sabréis, he estado investigando una serie de crímenes en la zona de Pendle. Lo que algunos no sabréis es que se han llevado a cabo más detenciones después de algunas entrevistas de lo más inquietantes. —Se removió en la silla e indicó con un gesto a un criado que rellenara las copas de todos los comensales—. Quizá recordéis que os hablé de Alizon Device, la chica que perpetró actos de brujería contra el buhonero John Law. Me complace anunciaros que ya está a buen recaudo entre rejas con su familia, de modo que, por ahora, la gente inocente de Pendle ya no está a la merced de la obra del diablo.

—¿También su familia está en la cárcel?

Roger asintió, despacio.

—Su madre, su abuela y su hermano han confesado su brujería y papismo. Muchas vidas se han perdido a manos de los Device, esta familia ha escapado a los ojos de la justicia durante demasiado tiempo.

A mi derecha, Nick Bannister tomó la palabra por primera vez, con su voz cavernosa y jadeante.

—¿Será coincidencia, o no lo será, que «Device» y «demonio» empiecen con idéntica sílaba?

La risa estalló en la mesa y esperé para intervenir.

—¿Qué hicieron?

—Bueno... —Roger hizo un ademán despreocupado—. Un surtido de lo más espeluznante: muñecas de arcilla, conjuros, maldiciones... Cada uno tiene su propio espíritu familiar: con eso ya hay más que de sobra.

—¿Visteis a sus espíritus familiares? —pregunté, al recordar que no había visto el de Alizon con sus propios ojos.

—No me hizo falta. Sé que existen. John Law describió al de Alizon, el perro. Su madre,

Elizabeth, también tiene un chucho llamado Ball, y su abuela ha tenido otro durante unos veinte años. Dos décadas ha mantenido un pacto con el diablo y ha esparcido su maléfica obra por lo largo y ancho del condado.

—Pero si no podéis verlos, ¿cómo podéis estar tan seguro? —insistí.

Hubo unos instantes de silencio, mientras todos a mi alrededor masticaban y tragaban. Roger me miró.

—El diablo solo se aparece ante aquellos a quienes considera sus siervos. Esa gente permite que sus animales les chupen sangre del cuerpo, ¿te parecen eso animales de compañía inofensivos? ¿Tú le permites esas cosas a tu perro, Fleetwood?

—Roger —terció Richard, con frescura—, haré que mi halcón se abata sobre vos y os chupe la sangre.

Todos rieron excepto yo.

Cogí el cuchillo y paseé la comida por el plato; la carne grasienta del carnero me revolvía el estómago.

—¿Y qué novedades tenemos de Jennet Preston? —le preguntó Katherine a Thomas Lister, a quien siempre había que introducir en la conversación.

Al oír mentar el nombre de su criada, Thomas se irguió en la silla y carraspeó.

—Su absolución ha sido un batacazo tremendo. —Hablabla con pausa, agitando el vino en la copa—. Pero estoy seguro de que volverá antes de lo que se imagina.

Pensé que le había oído mal.

—¿Volver adónde? —pregunté—. No querriais que volviera a Westby si pensarais que asesinó a un niño, ¿verdad?

Dejó la copa sobre la mesa y se limpió la menuda boca con delicados toques de servilleta.

—A las próximas audiencias de York.

Miré al resto de comensales.

—Disculpadme, no lo entiendo.

—Bueno —dijo sin alterarse—, Jennet Preston asesinó a mi padre.

Se hizo el silencio en la mesa. Tan solo se oía el aullido del viento contra las ventanas y el bramido enérgico de las llamas en la gran chimenea. Los demás invitados aparentaban estar tan confusos como yo. Roger se recostó en el respaldo y asintió paternalmente con la cabeza, como si Thomas hubiera revelado alguna verdad profunda.

Habló Richard:

—Vuestro padre murió hace cuatro años.

Thomas clavó la mirada en el plato, su cuerpo menudo estaba rígido.

—No le conté a nadie cuáles fueron sus últimas palabras antes de morir —dijo con suavidad—. Mi madre y yo las oímos. Estaba absolutamente aterrorizado, desquiciado.

—¿Por qué?

—Por Preston. En su lecho de muerte, mi padre chillaba: «¡Jennet me atormenta! ¡La mujer de Preston me atormenta! ¡Ayudadme, ayudadme!». —Thomas había elevado el tono y prorrumpió un grito agudo, excitado. Todos en la mesa callaron y el eco de su voz resonó entre las altas paredes—. Nos hizo cerrar las puertas, todas las puertas de la casa, para que no pudiera escaparse.

—Pero ¿estaba allí?

—Su espíritu estaba allí. Sé que él podía verlo. Cuando mi padre murió, la llevaron ante su cadáver y, al tocarlo ella, el cuerpo sangró.

—Prueba irrefutable de una bruja —sentenció Roger, categórico.

—Pero... —repliqué—, si esto sucedió hace cuatro años, ¿por qué no la han llevado a las

audiencias hasta ahora? ¿Y por qué la convocaron por otro motivo el mes pasado?

Thomas miró a Roger.

—La semana pasada, el Viernes Santo, mientras los buenos ciudadanos como nosotros orábamos, un grupo celebraba una reunión —dijo Roger despacio, con expresión reveladora—. Y mientras todos nosotros ayunábamos, cumpliendo con el deseo del Señor, este grupo se daba un festín con una oveja robada. La congregación tuvo lugar en una covacha miserable llamada Malkin Tower, la casa de la abuela de Alizon Device, la vieja Demdike. Y una de las asistentes era Jennet Preston.

—¿Preston conoce a la familia Device? —preguntó Richard.

Roger lo confirmó con una inclinación de cabeza.

—Porque es una bruja. Y, ¿de qué hablaron en este encuentro, además de comparar a sus espíritus familiares y blasfemar contra Jesús nuestro señor, por quien deberían haber estado guardando ayuno? Vaya, vaya... Pues hablaron del señorito Lister aquí presente.

—¿Por qué?

—Preston estaba organizando un complot para matarlo —replicó sencillamente Roger.

A mi lado, sentí que Thomas Lister se estremecía. Empezó a toquetear los cubiertos y la vajilla, a moverlos y alinearlos meticulosamente.

Roger prosiguió:

—Aunque no fue su único tema de conversación. La mayoría se había congregado allí para discutir sobre una conspiración no muy diferente de la que por poco desciende al rey de su trono hace no tanto tiempo. —Se inclinó hacia delante, sus dientes brillaban a la luz de las velas—. Planeaban volar por los aires el castillo de Lancaster, donde están cautivos sus parientes. Para liberarlos.

—¿Cómo lo sabéis?

Roger se llevó un dedo a los labios y, después de plegar pulcramente el pañuelo y guardárselo, apartó la silla hacia atrás para ponerse en pie.

—Permitidme que os presente a mi más valioso testigo.

Salió de la sala y lanzamos un grito ahogado cuando regresó agarrando con su mano firme y osuna el delicado hombro de una niña.

La niña entró a zancadas en la estancia y ambos se detuvieron en seco frente a la mesa. No tendría más de nueve o diez años, un rostro pálido y afilado con ojos saltones y claros. De su cofia recién almidonada salían alborotados mechones castaño claro, y aunque llevara el delantal bien apretado, flotaba dentro de su sencillo sayo de lana. No tenía miedo de mirarnos a todos directamente a la cara y cuando sus ojos descarados se posaron en mí, fui incapaz de apartar los míos. Lo que me pareció inquietante fue que no parecía ni asustada ni impresionada, su expresión era tan serena como la de un retrato al óleo.

—Os presento —anunció Roger— a Jennet Device.

—Un nombre popular entre las de su calaña —resopló el señor Bannister.

—Señor y señora Shuttleworth, señor Lister, permitidme que os presente a la fuente de todo mi conocimiento. Jennet nos ha ayudado al señor Bannister y a mí con nuestras pesquisas. Es la hermana de Alizon.

Ví que Katherine dirigía un vistazo fugaz a la niña con una expresión tan desconfiada como temerosa. Daba la impresión de que, si hubiera podido, habría interpuesto a otra persona entre ambas.

Me volví hacia el señor Bannister y susurré:

—¿Está alojándose aquí en Read Hall?

—En efecto —musitó—. En una de las antiguas habitaciones de los chicos.

Me pregunté qué pensarían los hijos de Roger, ya crecidos; tampoco estaba muy segura de qué opinaba yo al respecto. ¿La bruja era la hermana de Alizon? Nadie abría la boca y el modo en que todos miraban a la niña Device de arriba abajo me dio escalofríos, así que rompí el silencio:

—Hola, Jennet. ¿Y qué te parece Read Hall?

—No *eztá* mal —respondió con voz ronca y acento cerrado.

—¿Y cuánto tiempo vas a quedarte?

—Se quedará hasta que se fije una fecha para el juicio en las audiencias de verano.

Katherine resopló.

—¿Hasta agosto? Roger, ¿de verdad va a quedarse tanto tiempo?

—¿Y dónde quieres que vaya, Katherine? Su familia está encerrada en la prisión de Lancaster y no saldrá de allí hasta que los convoquen para comparecer ante los jueces de Su Majestad.

Jennet no pareció inmutarse por sus palabras; seguía concentrada en el análisis de los invitados y la estancia, con la mirada errante absorta en los retratos, los paneles de madera y los escudos de armas que adornaban las paredes. Sin duda, nunca en su vida habría visto un salón así, ni una chimenea tan grande como la que se alzaba imponente sobre ella, ni tal abundancia de comida.

—¿Querrás un poco de nuestro segundo plato, Jennet? —preguntó Roger—. Tenemos pollo asado y buey, y también pan y un poco de mantequilla fresca de esta mañana.

Jennet asintió con avidez y la sentaron al extremo de la mesa junto a Katherine, que parecía no menos incómoda. A pesar de que un esbozo de sonrisa de anfitriona asomaba en sus labios, esta no alcanzaba sus ojos. Sus pendientes titilaban.

—Jennet estaba en Malkin Tower el Viernes Santo y me ha informado de todo cuanto se dijo, incluida la conspiración contra el señor de la Preston, aquí presente —relató Roger mientras volvía a sentarse—. Había unas cuantas personas allí reunidas, su hermano James me lo contó, y Jennet me ha confirmado los nombres de la lista. Juntos trabajamos bien, ¿verdad que sí, Jennet?

La niña observaba los platos medio acabados que había sobre la mesa; yo no podía evitar mirarla cada pocos segundos. Tenía una cabecita tan pequeña que me imaginaba a Roger aplastándola con una sola mano. No parecía en absoluto afectada por la encarcelación de toda su familia, y me costaba decir si eso me infundía más escalofríos o lástima.

Sirvieron el segundo plato, y Roger y Richard conversaron sobre otros temas de su interés: el precio de la sal, a cuánto se cotizaba su ganado en el mercado... Jennet comía como un animal salvaje, pringándose de grasa las manos y el rostro. Todavía la estaba mirando cuando oí que Richard le contaba a Roger que había encargado un arma, lo que me hizo desviar la vista de inmediato.

—¿Un arma? Richard, no me lo habías contado.

Richard miró a Roger.

—Fleetwood, no creo que necesite consultártelo —dijo—. A menos que tengas un conocimiento en fusiles de chispa del que no estuviera enterado.

Hubo una risita ahogada en la mesa y me sonrojé.

—¿Y no explotará en casa?

—No, si se maneja correctamente, y así se hará —replicó Richard con tono insolente.

Se volvió hacia Roger, en señal de que daba el asunto por zanjado.

Intenté conversar con Thomas, sentado a mi izquierda, pero se comportaba de un modo muy extraño y evitaba el contacto visual: creo que la presencia de la niña lo asustaba. Katherine se retorció junto a Jennet y no le dirigió la palabra ni una sola vez.

Enseguida el tema derivó de nuevo hacia la caza de brujas de Roger.

—Mejor no hablemos de esto delante de la niña para que no tenga pesadillas —dijo Roger—. Jennet, sube a tu aposento, te mandaré llamar por la mañana.

La pequeña estaba en los huesos y salió de la mesa de costado sin necesidad de apartar la silla. No hizo ruido al marcharse, y cuando ya hubo desaparecido, resultaba fácil creer que nunca había estado allí.

Roger se volvió hacia nosotros y adoptó un tono confidencial.

—Estaba junto a su madre cuando esta se enteró de que la niña las había delatado. Creí que iba a perder la cabeza delante de mí.

A mi lado, el señor Bannister eructó y pidió disculpas, tapándose la boca con una mano llena de manchas marrones.

—Esta Elizabeth Device es una delicia para la vista —dijo—. Os daría un buen susto si la vierais: tiene un ojo apuntando al cielo y el otro mirando directamente al suelo. —Sentí como si me hubieran echado un jarro de agua helada. Me quedé mirando al señor Bannister en silencio y tomé mi incredulidad por fascinación—. Parece un personaje sacado de una obra de teatro, pero no estoy de broma. Cómo lo ha hecho para tener tres criaturas de dos hombres distintos es algo que nunca entenderé.

Sentía la boca tan seca como un arenal.

—¿Y dónde viven los Device?

—A las afueras de Colne. En ese tugurio horrible y húmedo de Malkin Tower. Cómo lo hace la gente para vivir en semejante covacha es algo que no entiendo.

—No será agradable. Vais a necesitar estómago.

Alice cogió uno de los objetos que había dispuesto sobre el tocador de mi dormitorio: una navaja con un mango de cuerno. Durante un instante aterrador, pensé que pretendía practicarme una cirugía en el estómago, pero al ver mi expresión, suavizó el pliegue del ceño.

—Voy a haceros una sangría —me explicó—. Es el único remedio contra el exceso de sangre.

Extrajo la hoja deslustrada de las cachas nacaradas y me mostró un filo con la punta plana, no puntiaguda, de la que sobresalía un triángulo diminuto inclinado con el ángulo adecuado. Era un objeto de lo más curioso. Me dijo que se llamaba «fleme». Ya había visto y sentido sangre y dolor suficientes como para asustarme.

Alice había aparecido tan misteriosamente como siempre, atravesando el prado frente a la casa con encorvada determinación. No invitaba nunca a la cháchara, si bien es cierto que yo tampoco. No obstante, cada vez estábamos más cómodas entre nosotras, todo lo cómodas, eso sí, que pueden estar dos mujeres que no podrían ser más diferentes. Me gustaba su voz aterciopelada y me la imaginaba leyéndole a su padre junto al fuego. Entonces recordé que no sabía leer. «Su voz, sin embargo, es el único elemento suave en ella —pensé despreocupada mientras trajinaba por la habitación con briosa rectitud—, la espalda recta, el cuello alargado y equino.» En otra vida, habría sido una excelente señora de una casa como esta. Probablemente mejor que yo. Trabajar en una taberna podía endurecer a una persona. Ser pobre, sin duda, también. De todos modos, se iría de aquí con más dinero del que había venido.

Me ordenó que me quitara el corpiño y todas las capas de ropa para que mis brazos quedaran al descubierto, después colocó una silla contra la ventana y, con un gesto de cabeza, me indicó que me sentara. Me apretó un jirón de tela alrededor del brazo y palpó la piel lechosa de la cara interna del brazo.

—Alice —dije—, ¿crees que ya tendrá pestañas?

—¿Pestañas?

—¿Crees que el niño tendrá pestañas?

—Menuda pregunta más extraña. Es difícil decirlo.

Asentí y observé el material que me había pedido que le preparara: una jofaina, paños de lino limpios, agua, una aguja e hilo claro. Guiada por el instinto, había girado la llave de la puerta de la habitación, pues Richard estaba en la planta de abajo con James y el libro de cuentas. Cuando volví hacia Alice, estaba frente a la chimenea, mirando los personajes de estuco que la flanqueaban.

—¿Son de vuestra familia? —preguntó.

—No. *Prudentia* —apunté—, y *Justitia*.

—¿Qué significa eso?

—Prudencia y justicia es la divisa de la familia Shuttleworth. —Señalé el fleme con la cabeza.

—¿De dónde lo has sacado?

Limpio el filo en su delantal durante unos momentos y después añadió sin acritud:

—Mostráis gran interés por el origen de mis cosas.

—Bueno, me alegro de que no me pidieras que te consiguiera uno. En primer lugar, no habría sabido dónde buscarlo. Y en segundo, puedo imaginarme la cara de James si le dijera que había ordenado una cosa de esas.

—¿Quién es James?

—Nuestro mayordomo.

—¿Y por qué habríais de decírselo? —quiso saber.

—Todo lo que compramos queda reseñado en su libro mayor, así como todo lo que sale de Gawthorpe, ya sea cerveza de la bodega, gallinas de la granja o parteras para la señora.

—¿Yo también?

—Sí, tú también.

Mi mano palpitaba con fuerza, como la sangre que corría en su interior. Alice me pidió que le acercara el recipiente, una jofaina de latón con motivos florales muy bonita, regalo de la madre de Richard; la colocó en el tocador y me sujetó el brazo justo encima.

—¿Estáis preparada?

Antes de que pudiera contestar ya me había insertado el fleme en la sangría del mismo brazo en el que llevaba el palo de madera y gimoteé como un cachorrillo cuando lo extrajo. La sangre roja, caliente, empezó a manar a borbotones de la incisión que acababa de hacerme. Me llevé la otra mano a la boca, pero era incapaz de apartar los ojos de aquella imagen grotesca.

—¿Qué significa «prudencia»? —preguntó Alice, aumentando la presión en mi brazo.

Un dolor nítido y ligero inundaba todo mi cuerpo.

—Eh... Prudencia. «Prudencia» significa... ¿Cuánto dura esto?

—Hasta que se llene por la mitad.

—¿Hasta la mitad? —La sangre brotaba rauda.

—¿Qué significa «prudencia»? —insistió Alice.

—Significa «cautela, proceder con cuidado».

—¿Y «justicia» significa «libertad»?

—No —respondí, intentando mirar cualquier cosa que no fuera la jofaina que se llenaba a raudales de mi propia sangre, como si fuera vino vertido de una botella. Sentía la cabeza tan ligera como el día que me desmayé en la iglesia—. «Justicia» significa «imparcialidad, falta de prejuicios».

Con la misma rapidez de la que había hecho gala antes, Alice pellizcó la piel a ambos lados del orificio y la atravesó con una aguja. Aparté la mirada mientras la cosía con hilo, y me estremecí de dolor con cada puntada.

—Voy a parecer un almohadón —dije. Notaba su aliento sobre mi brazo—. ¿Crees que esto va a funcionar?

—Abrir las venas es la mejor manera de sangrar mientras no tengáis períodos. Sangrar puede ser bueno para la salud si se hace desde el lugar adecuado.

Me limpió el brazo, me apretó una pelotita de paño contra el corte y me ordenó que la aguantara. Con paso tambaleante, Puck se acercó a curiosear. Me retiré el paño de lino y vi la sangre fresca que manaba de la costura chapucera. Puck olisqueó la herida y la lamió unas cuantas veces antes de decidir que no era tan sabrosa como imaginaba.

Inmediatamente me vinieron a la cabeza las palabras de Roger: «¿Tú permites que tu perro te chupe la sangre, Fleetwood?».

A punto estuve de reír por la absurdidad. Alice me vendó el brazo con un jirón de tela, me condujo a la cama y me ordenó que me tumbara mientras recogía. La herida estaba en el mismo brazo que el esguince: ya tenía un pequeño inventario de lesiones desde que la conocía, y así se lo dije. Sonrió y corrió las colgaduras.

—No siento nada —dije al cabo de un rato.

—Dadle un día o dos —me llegó su voz. Oí el tintineo del cristal—. Si no notáis mejoría,

podemos intentarlo con el otro brazo, con más sangre. ¿Tenéis aún la corteza de sauce que os di?

—Sí.

Se asomó por las colgaduras con un retal de tela no más grande que mi mano y de entre sus pliegues extrajo una hoja verde. Arrancó un pedacito minúsculo y me lo entregó.

—Chupadlo —dijo—. Hará que la sangre no brote tan rápido. Pero no toméis más que este trocito y escupidlo, no os lo traguéis.

Me tumbé con las manos sobre el vientre, chupeteando el trozo de hoja como un mozo de labranza en una tarde de verano. Parecía deshacerse en la lengua a medida que iba sumiéndome en un sentimiento de paz. Aunque conocía a Alice desde hacía un par de semanas, con ella mis preocupaciones parecían reducirse a rescoldos que solo se avivaban durante la noche. No podía prometer que me salvaría la vida. No había prometido nada, de hecho. Sin embargo, el saber que intentaba ayudarme me hacía sentirme más segura, quizá, de lo que me sentía desde que me casé con Richard.

—Alice, ¿es arriesgado montar durante el embarazo?

Dejó un silencio mientras meditaba su respuesta.

—No he conocido a muchas mujeres que tuvieran caballo, pero mi madre sí, y siempre dijo que sí. ¿Montáis a menudo?

—Todos los días.

—Entonces no tenéis motivos para dejarlo si lo habéis hecho siempre, a condición de que no os volváis a caer. Supongo que para una amazona experta será tan seguro como caminar.

—La última vez Richard parecía pensar que... era culpa mía, por no ser delicada, por montar y jugar con Puck. Cree que no es bueno para una mujer. Lo cierto es que me moriría si tuviera que quedarme todo el tiempo entre cuatro paredes, sentada en esos sillones rígidos bordando almohadones, aunque él considere que es el lugar más seguro.

—Quizá quiera teneros al alcance de su vista, como todos los esposos. Hasta que os quieren fuera de la suya, claro.

Su tono amargo me hizo levantar la cabeza.

—Pensaba que habías dicho que no estabas casada.

—No lo estoy —contestó rauda y, como si hubiera hablado de más, agregó—: Por cierto, encontré vuestro caballo, el que se escapó. Está de nuevo en la cuadra.

Estaba demasiado perpleja como para responder y clavé la vista en las cortinas cerradas.

—¿Me habéis oído? —preguntó, desde detrás de las colgaduras.

—Sí. ¿Dónde estaba?

—Un vecino se lo encontró pastando en un prado y me lo trajo de vuelta.

—¿Estás segura de que es el mismo?

—Con el triángulo blanco en el hocico, ¿no? Y una manchita negra en la oreja. Lo siento, pero los arreos ya no estaban, debió de desprenderse de ellos, probablemente.

«O más bien alguien debió de robarlos», me dije, pues jamás había visto a un caballo desprenderse solo de la silla, las bridas, el ronزال y las riendas. Antes de articular una respuesta, me sobresaltó un ruido en la puerta, seguido de la voz de Richard.

—¡Fleetwood! ¿Por qué está la puerta cerrada?

Descorrí las colgaduras del dosel y Alice ya venía hacia mí con el corpiño, que me puse de inmediato para cubrir la herida.

—¡Fleetwood!

Richard llamaba a la puerta con impaciencia e irrumpió de inmediato cuando, finalmente, la abrí.

—¿Por qué estaba la puerta cerrada? —volvió a preguntar, dirigiéndose a Alice.

Ella me miró con impotencia y yo, presa del pánico, eché un vistazo rápido hacia el tocador, donde instantes antes habían estado sus cosas, aunque ahora estaba vacío y reluciente como de costumbre.

—Richard, debes entender que no queremos que nos molesten mientras Alice está trabajando. —Intenté sonar tranquilizadora, pero seguía con la vista clavada en Alice.

—¿Y qué trabajo es ese?

Improviseé una respuesta desesperada:

—Ejercicios femeninos.

Hubo un terrible momento de silencio que duró tal vez cinco segundos y Alice bajó la mirada al suelo. ¿Dónde había guardado su material tan rápido? Miré hacia la esquina de la habitación y la chimenea, ni rastro de la jofaina de sangre.

—Estupendo —terminó por decir Richard—. Roger está abajo y quiere verte. Ha traído... a alguien.

—¿A quién?

Las cosas se habían enfriado entre nosotros después de la comida en casa de Roger, aunque era incapaz de determinar el porqué. Quizá le había fastidiado que hiciera tantas preguntas.

—Enseguida lo sabrás. —Se dio media vuelta, no sin antes recorrer de un vistazo la habitación—. Huele raro aquí dentro, ¿o me lo parece a mí?

Sus ojos se detuvieron en Alice y después se marchó, cerrando la puerta con firmeza tras él.

—Se refería a la sangre. Yo también la huelo —le dije a Alice, pero su semblante se había suavizado. Cuán cambiante era su humor, como las nubes que se deslizan raudas por el cielo encima del sol. En eso Richard y ella se parecían—. ¿Esperas aquí mientras averiguo quién es el invitado?

Mientras descendía a la planta inferior de la casa, pensé en el curioso intercambio que acababa de contemplar. Richard había actuado como si la presencia de Alice le pareciese ofensiva, repulsiva incluso. Recordé su primer encuentro, en el que rio y bromeó con ella. Sin embargo, Richard era un hombre al que le gustaba que coquetearan con él, que lo trataran con deferencia, y sin duda le escoció la recriminación muda de Alice cuando él le ordenó guardar mi yegua en el establo. Nuestras sirvientas se volvían vergonzosas y se sonrojaban cuando se dirigía a ellas, mientras que Alice se mostraba indiferente. Bueno, él me había elegido una dama de compañía una vez, y ahora me había llegado el turno a mí. Todos estos pensamientos sobre mi esposo y mi partera, no obstante, se disiparon en cuanto doblé la última esquina de las escaleras y reconocí en el vestíbulo de entrada a dos personas: al expansivo Roger Nowell y a la escuálida niña Device.

—Roger. Jennet. —Me esforcé por disimular mi desconcierto—. Qué sorpresa tan agradable.

Jennet no me miraba, sino que evaluaba con sus ojos saltones todo cuanto había al alcance de su vista: el pasamanos de roble, los retratos que pendían de la penumbra del hueco de la escalera. Llevaba el mismo vestido raído y la misma cofia blanca almidonada que acrecentaba la palidez de su rostro. Sin pronunciar palabra, se encaminó hacia la ventana panorámica de la parte trasera de la casa. Pestañeé, perpleja, mirando a Roger.

—¿Tenéis negocios con Richard?

—Sí, me está esperando en el vestíbulo. He venido para preguntarte si no te importaría dar un paseo a Jennet por Gawthorpe mientras Richard y yo charlamos de nuestros asuntos. Nunca ha visto un palacio de este calibre y a buen seguro disfrutará la visita.

Me toqué el brazo en el punto donde el fleme lo había puncionado; el paño me irritaba la herida. Recordé que Alice estaba arriba, en mi aposento, y contemplé el cuerpecito de Jennet

frente a la ventana. Sin aguardar respuesta, Roger me dedicó un guiño paternal y se marchó, repiqueteando con sus lustrosas botas por el suelo de piedra. Tragué saliva y me acerqué a la niña.

—Eso es Pendle Hill. —Señalé la mole que se alzaba imponente a lo lejos—. Y eso es el río Calder. A veces se puede ver a los salmones brincar remontando el curso.

Tenía un rostro bastante delicado, no era fea. Una naricita respingona salpicada de pecas y unas pestañas largas y grises.

—¿Qué habitaciones te gustaría ver?

Se encogió de hombros y, con su acento cerrado, preguntó:

— ¿*Cuántaz* hay?

—¿Sabes? Nunca lo había pensado. No lo sé. A lo mejor podríamos contarlas. Aunque hay muchas más para los criados y no creo que debamos molestarlos. ¿Cuántas habitaciones hay en tu casa?

Me miró.

—Una.

—Ah, pues muy bien. Vamos a ver.

Le mostré la planta baja: el comedor, la fresquera y las estancias de trabajo de los sirvientes, entre las que se incluía el estudio. En el gran salón, señalé la galería y le expliqué que, en ocasiones, los trovadores y los actores actuaban allí, y nosotros los contemplábamos desde abajo. Me seguía en un silencio que interrumpía ocasionalmente para preguntar por los protagonistas de los retratos. Las sirenas y los personajes místicos del comedor parecieron fascinarla, así como las espadas y las armaduras relucientes, que examinaba una por una con las manos enlazadas detrás de la espalda, como una Roger en miniatura. Después, salimos hacia los edificios anexos: el establo, «uno de los más grandes del país», le dije, las cuadras y los locales de la granja. Efectivamente, cuando pasamos por el patio y los mozos de cuadra nos saludaron con un gesto de cabeza y nos desearon un buen día, distinguí a la yegua gris con el triángulo blanco sobre la testuz, mascando heno lánguidamente en su compartimento.

—¿Estás disfrutando de tu estancia en Read Hall? —le pregunté de regreso a la casa.

Jennet quería visitar la parte de arriba y, tras un instante de vacilación, accedí. Volvió a encogerse de hombros:

—No *ez* tan grande como *ezta* *caza* .

—Pero Roger y Katherine tienen un hogar estupendo. Estoy segura de que te cuidan la mar de bien.

Me pregunté cómo Roger podía mantenerla separada de su familia, responsabilizarse de una y despachar a todos los demás.

Jennet se había dado media vuelta en la escalera para mirarme.

—¿Puedo cambiar y vivir aquí?

Dejó una mano sobre la balaustrada, como una damisela de la corte. Me quedé boquiabierta, desarmada por su franqueza.

—Me temo que no es posible. Eres la invitada de Roger.

La intensidad de su mirada no tenía nada de infantil y me infundió el extraño presentimiento de que había dado la respuesta equivocada y me arrepentiría más adelante. Entonces, me volvió la espalda y continuó el ascenso hacia lo alto de la casa. Después de su petición, me avergonzaba mostrarle todos aquellos dormitorios vacíos, preparados para invitados que nunca se quedaban.

—Mi madre suele venir a visitarnos —mentí—. Y la familia de Richard. Viven en York, son un montón de hermanos y hermanas. Yo no tengo hermanos. —Estábamos de nuevo en las escaleras.

— ¿*Quiéñez* *zon*? —Señaló el retrato de la familia Barton.

—Somos mi madre y yo.

—¿Por qué *tenéiz* un pájaro en la mano?

—Era mi animal de compañía, Samuel. No vivió mucho tiempo. Lo tenía en una jaula en mi habitación.

—¿Por qué *vueztra* madre no tiene pájaro?

—Ella no tenía animal de compañía.

—Mi madre tiene un perro.

Pensé en aquella mujer tan fea, Elizabeth Device, a la que había visto en Hagg Wood con Alice, en el chucho castaño que pasó a mi lado y en lo que Roger explicó sobre el espíritu familiar de Elizabeth. No, no tenía ni pies ni cabeza: había visto a la criatura con mis propios ojos y no tenía nada de demoníaco. Pero la mujer se había vuelto en mi dirección cuando el perro pasó a su altura... El recuerdo de sus ojos me puso la carne de gallina.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Ball.

—Qué nombre tan curioso para un perro. ¿Y tú tienes perro?

—No, el mío aún no *ze* ha aparecido.

Era una niña de lo más peculiar.

—Yo tengo un perro muy grande que se llama Puck. Está por aquí, en casa —dije.

—¿Y os habla?

—No, pero nos entendemos.

Jennet asintió.

—Mi hermana también tiene uno. Y mi abuela tiene un niño.

—¿Un niño? ¿Te refieres a un hijo?

—No, un niño. *Ze* llama Fancie. Lleva un abrigo marrón y negro y a *vecez* viene a *nueztra caza zalen* a dar un *pazeo*.

—Ah, te refieres a un perro.

—No. Es un niño. Hace veinte años que lo conoce y nunca ha crecido.

No podía dejar de mirarla.

—¿Y le has contado estas cosas a Roger?

—*Zí*. Mi familia le *intereza* mucho.

Guardamos un silencio incómodo, contemplando mi retrato; después Jennet ascendió el último tramo de peldaños y le mostré la galería. Hacía un día radiante y las ventanas se reflejaban sobre la madera recién pulida como el cielo sobre un lago. Notaba que Jennet se estaba aburriendo con la visita, aunque su mirada seguía recorriéndolo todo, cada aparador, cada silla, como si fuera un comerciante que tasara los objetos para su venta. Cuando regresamos a la escalera de la torre, señaló con el brazo.

—¿Qué *ez eza* habitación?

—Mi dormitorio.

—¿*Podemoz* ir?

Solté una risa nerviosa.

—Hoy no.

—¿Hay alguien dentro?

—No.

Tras una pausa, asintió con la cabeza y emprendió su elegante descenso. Tenía las palmas de las manos sudorosas y mi corazón galopaba con un rítmico latido dentro del pecho. Si Alice conocía a la madre de Jennet, ¿ella conocería a Alice? Me di cuenta de que no deseaba

descubrirlo, pues tenía la extraña intuición de que Jennet Device era peligrosa, y no podía decir por qué. Sin embargo, la idea sonaba de lo más ridículo; solo era una niña.

La acompañé al salón y salió correteando hacia Roger como si fuera su nieta. Él y Richard estaban sentados a ambos lados de la mesa delante de un montón de papeles, y Roger vertía las últimas gotas de la jarra de vino en su tazón.

—¿Te ha gustado la visita, renacuaja? —preguntó. Jennet asintió—. Fleetwood, cada día que pasa tienes mejor aspecto. —Sonreí e incliné la cabeza—. Richard —continuó—, ¿puedo incordiarte un poco más y pedirte un bocado de algo antes de emprender el viaje a Lancaster? ¿Queda algún resto de esa tarta de pollo de tu cocinera que vaya a echarse a perder? No declinaríamos unas migajas, ¿verdad que no?

Le guiñó un ojo a Jennet, de pie tras su silla como una atenta criada.

—Fleetwood, ¿te importaría ir a preguntar a la cocina? —dijo Richard.

—Por supuesto que no.

Me despedí con una reverencia y me fui, tenía frío a pesar de que casi todos los fuegos estaban encendidos. La cocina era una parte de la casa que no visitaba a menudo. Pegada contra la pared, había una mesa baja y larga, cubierta a intervalos por harina y calderos. Por el suelo yacían cestas de verduras, cuyo género a la vista resplandecía y confería calidez a la estancia. Por encima, talladas en la piedra, unas letras del tamaño de un antebrazo rezaban: «Quien guarda, halla», un recordatorio legado por el tío Lawrence. Del marco de la ventana colgaba un conejo que oscilaba suavemente. El personal de la cocina me miró de aquella forma a la que ya me había acostumbrado: primero un vistazo fugaz, después, nada.

—Barbara —llamé a la corpulenta cocinera que estaba junto a la mesa, pintando unas tartas con yema de huevo.

No se había percatado de mi llegada; entre los tintineos y los repiqueteos del lugar, mi voz era apenas audible, así que una de las sirvientas más jóvenes tuvo que ir a buscarla. Le trasladé la petición de Roger y fue a la alacena a por algunas piezas que envolvió en un paquete. Como de costumbre, la cocina rebosaba actividad, y observé a varios sirvientes amasar, picar y rehogar. Cuando me entregó un trapo doblado y tibio, repleto de tartas y carnes frías, me detuve un momento.

—Gracias por seguir con tanto esmero mis instrucciones para las hierbas. La mantequilla está deliciosa y la leche de manzanilla me envía directa a los sueños.

Una sonrisa se dibujó en su cara rojiza.

—No hay de qué, señora. Me alegra ver que vuestras mejillas engordan. Casi hemos acabado con las hierbas que nos dio, ¿puedo pedirle a James que encargue más?

—No —me apresuré a decir—. Se lo pediré a mi partera.

Le di las gracias y me volví, pero antes de que me pusiera en marcha, dijo:

—Señora, ¿es verdad que la niña bruja está hoy en Gawthorpe?

—Si te refieres a Jennet Device, es la invitada de Roger Nowell.

Algunas de las sirvientas que rondaban por allí aguzaron los oídos.

—No tengo la menor intención de mirarla —continuó Barbara—. Dicen que es la hija del diablo.

—Estoy segura de que no hay verdad en eso.

—Seguro que la señora sabe lo que se hace abriéndole sus puertas a esa gente, pero espero que no traiga ninguna maldición a esta casa. Esta misma mañana la leche ha empezado a agriarse. Bien fresca de la granja venía.

Deseosa de terminar la conversación, asentí e hice ademán de marcharme, pero Barbara volvió

a interceptarme cuando estaba en la puerta, y me preguntó alzando la voz:

—Esa partera vuestra... ¿De dónde es?

Ya impaciente, respondí:

—De Colne.

Las comisuras de la boca de Barbara cayeron hacia los lados.

—No la había visto nunca y mi hermana es partera. Podríais haber preguntado por aquí abajo si teníamos a alguien de confianza.

—Sí, bueno, fue idea de Alice introducir estas hierbas en mi dieta, y están funcionando de maravilla.

Las puntas de las orejas me ardían y noté que un rubor me reptaba por el cuello. ¿Era normal que los sirvientes cuestionaran a quién contrataba o dejaba de contratar su señora? ¿Acaso tenían opinión sobre los invitados que se traían a la casa? Alcé el paquete.

—Gracias por esto.

Me tropecé al salir, lo que suscitó una risita ahogada por la cocina. Para cuando llegué al vestíbulo, estaba aturullada y enojada, mi buena voluntad para con el servicio se había vuelto a agriar. Ahora ambos hombres estaban poniendo orden en el papeleo que se extendía entre ellos. Jennet estaba acucillada frente a la chimenea, mirando hacia las esquinas; habría cabido dentro de pie sin ningún problema, como podía hacer yo en Barton a su edad.

—Esta es la lista para Nick Bannister —dijo Roger, separando un documento sellado del resto del legajo que tenía delante. Agitó el papel y lo dejó sobre la mesa—. Tengo una copia en Read, pero como estaré ausente, vendrá aquí a recogerlo.

Richard asintió mientras lo hacía resbalar hacia él, y se lo metió en el bolsillo.

—Se lo entregaré a James.

—No te pongas tan cerca del fuego, Jennet —la avisó Roger—. El fuego es para los estofados y los herejes, no para las niñas.

—¿Y para las brujas? —preguntó la niña.

—En la tierra de Su Majestad, las echan al fuego. Soy de la opinión de que Inglaterra debería seguir los pasos de Escocia, pero, desgraciadamente, aquí la pena es la horca. Quizá aún se puede convencer a Su Majestad de cambiar de idea. Y ahora hemos de ponernos en marcha hacia Lancaster.

La niña dio un respingo.

—¿Para ver a Ma?

Roger me miró, para indicarme que le entregara su paquete de víveres, y atravesé la estancia.

—Tu madre sigue en la posada, donde no pueden ir los niños. Gracias, Fleetwood.

—¿Y Alizon? ¿Y la abuela?

—Ellas también están allí. Las verás dentro de poco, en una habitación enorme de un castillo con mucha gente importante que te hará preguntas sobre ellas. Y recuerdas lo que tienes que contestar, ¿verdad que sí? ¿Te acuerdas de todo lo que hemos hablado? —La pequeña asintió, le arrebató el paquete y abrió el trapo para meterse un puñado de tarta en la boca—. Esta cría tiene una panza más grande que esos ojos enormes. Bueno, hora de ponerse en marcha.

Richard los acompañó a la puerta y contemplé a Jennet seguirlos por el pasillo, rauda y silenciosa como una sombra.

Cuando regresé, Alice estaba sentada tranquilamente en la ventana de mi aposento, y miraba hacia las colinas.

—Perdóname por haberte tenido tanto tiempo esperando —me disculpé, cerrando la puerta detrás de mí—. Espero no haberte retrasado para tu trabajo en la taberna.

Negó con la cabeza.

—Empiezo más tarde. ¿He oído la voz de una niña?

Me relamí los labios, meditando mi respuesta.

—Mi amigo Roger Nowell ha traído a una niña llamada Jennet Device. Su familia está a la espera de las audiencias de Lancaster. Están acusados de brujería.

Escurté su cara, sin éxito, en busca de cualquier atisbo de reconocimiento: su semblante no transmitía expresión alguna. Esperé un latido y dije:

—¿Los conoces?

Se puso de pie, se alisó las faldas y volvió a colocar la silla contra la pared.

—No —dijo—. No los conozco.

Había perdido la cuenta de las noches que Richard llevaba durmiendo en la habitación contigua, tanto que empezaba a acostumbrarme a amanecer sola. Gracias a la tintura de lavanda que rociaba en la almohada, no había vuelto a tener la pesadilla y ya no perdía esas cantidades alarmantes de pelo. Encontré a Richard desayunando en el comedor, me senté en mi sitio, enfrente de él, y acepté un panecillo y un poco de miel, que desmenucé en trocitos.

—Richard —dije cuando los sirvientes hubieron salido de la habitación—. Últimamente me encuentro mucho mejor. ¿Considerarías volver a instalarte en nuestro aposento?

Siguió absorto en su correspondencia un instante y levantó la mirada.

—¿Cómo dices?

—He dicho que me encuentro mucho mejor, y que desearía que durmieras conmigo en nuestra habitación. Llevo casi dos semanas sin vomitar.

—Excelente noticia.

Cuando continuó masticando y leyendo, y se hizo evidente que no tenía intención de responder, recordé algo que me había fastidiado aquella mañana.

—No encuentro el collar de rubís, el que me regalaste por nuestro primer aniversario de casados.

Ya había obtenido su atención, plegó la carta que tenía entre manos y la colocó bajo el plato.

—¿Cómo? ¿Dónde lo guardas?

—En el aparador de la recámara. Lo busqué ayer por la noche y hoy por la mañana otra vez, no sé dónde lo he dejado. No recuerdo cuándo fue la última vez que me lo puse.

Sus ojos grises estaban reflexivos.

—Tu partera pasa mucho tiempo allí arriba, ¿no te parece?

—Así es, pero ella no lo cogería.

—¿No lo cogería? —preguntó jocosamente—. Porque ella tiene collares de sobra, ¿verdad?

Me introduje un pedacito de pan en la boca y tragué.

—Sé que no lo haría. Confío en ella.

—Se diría que te inspira mucha más confianza de la que te merecía la señorita Fawnbrake.

—Voy arriba a buscarlo otra vez.

Aparté el plato y me marché antes de que protestara, esforzándome por acallar el sentimiento creciente de duda que se me clavaba en los pensamientos como una aguja. Esa mañana, revolví mi aposento de arriba abajo y rebusqué por todas las habitaciones de invitados y todos los aparadores de los que tenía llave. Aunque guardaba mis joyas más preciadas a buen recaudo, dejaba la llave dentro de un jarrón sobre la repisa de la recámara; un escondrijo no precisamente discreto. El resto de mis alhajas estaba en su sitio: mis anillos favoritos de ópalo, la gargantilla de terciopelo y perlas, los pendientes largos de esmeraldas que mi madre me regaló en mi

decimotercer cumpleaños.

Abochornada y molesta, descendía para preguntar a las doncellas si habían visto el collar recientemente, cuando oí un revuelo. En el último tramo de la escalera, por poco me estrello contra Richard, que venía raudo hacia mí echando humo.

—¿Lo has encontrado? —rugió.

—No, me...

—Ese collar era de la hermana de mi padre. —Richard montaba en cólera—. Me lo entregó al morir mi tía. Es un insulto a la memoria de mi padre, el collar pertenece a esta familia.

—Lo siento —balbuceé, pero meneó la cabeza. Entonces reparé en que los criados se apiñaban en los quicios de las puertas, recorrían en tropel los pasillos hacia el salón y nos dirigían miradas nerviosas.

—Ven conmigo; vamos a acabar con esto.

Me agarró de la mano y tiró de mí, y me inquieté al ver que el personal de la casa en pleno estaba congregado bajo el altísimo techo: unas quince o veinte personas, más una a la que no me esperaba.

—¡Alice!

Me miró con cara de preocupación. En las manos sostenía un paquete atado con un cordel: más hierbas, tal y como me había prometido cuando le dije que en la cocina se estaban agotando. Sus mejillas estaban salpicadas de manchas de color, y su pelo dorado, más alborotado que de costumbre, le caía por el rostro, como si hubiera venido a toda prisa.

Richard se había separado de mí y estaba subiendo la estrecha escalera de la galería de los trovadores. A todas luces, se disponía a hacer un anuncio.

—Mi esposa me ha informado de la desaparición de un precioso collar de rubís —declaró—. Es la primera vez que algo así sucede en Gawthorpe y me resisto a pensar que uno, o varios, de vosotros pueda tener una idea de su paradero, pues sois unos empleados leales. —Mientras lo observaba hablar, el sudor empezó a escocerme en las axilas y sentí varios pares de ojos clavados en mí—. Cabe la posibilidad de que se haya extraviado, pero la señora Shuttleworth me ha asegurado que ha registrado todos los lugares habituales. Bien, ese collar fue un regalo que le hicieron a mi padre —continuó. La firmeza de su voz cedía, se derretía en un tono de súplica, que, a su vez, derretía siempre a los sirvientes—, es de vital importancia para mí que lo encontremos. Solicito a las doncellas que limpiéis a fondo todas las habitaciones, y a los demás, que hagáis lo propio en vuestra estancia habitual. Mañana a esta hora quiero el collar entre mis manos. No haré preguntas.

Algunos de los criados se irguieron en respuesta: me di cuenta de que había convocado hasta a los mozos de cuadra y al cochero. «Y ya de paso, ¿por qué no a los mozos de granja?», pensé exasperada. Entonces, reparé en que alguien había levantado la mano: Sarah, una de las doncellas más atrevidas, que se deleitaba con la aprobación de Richard. Es más, seguro que se regodeaba de que durmiese solo y, posiblemente, incluso se imaginaba acudiendo sigilosa a su encuentro durante la noche.

—¿Sarah? —Richard inclinó la cabeza, indicándole que hablara.

—Estoy segura de que sabéis que aquellos de nosotros que llevamos tanto tiempo trabajando aquí os llevaríamos directamente cualquier cosa que encontráramos, tanto a la señora como a vos, así que tal vez deberíais fijaros en quienes no hace tanto que trabajan en la casa.

Una oleada de interés barrió la habitación; una mezcla de sorpresa y diversión ante su brevedad.

—¿Qué te hace decir eso, Sarah? ¿Quizá sabes algo que quieras compartir?

El tono de Richard invitaba a hablar. Me los imaginé juntos, a solas, y alejé el pensamiento. Era un buen hombre de negocios, se le daba muy bien conseguir el trato que quería. Nada más.

Eché una ojeada a Alice, que balanceaba su peso de un pie al otro. No miraba a Richard, sino que tenía la vista clavada en Sarah. Sus ojos refulgían con dureza y sus mejillas estaban coloradas.

—Lo único que digo —continuó Sarah, con ese acento suyo cerrado e infantil— es que quizá no sea una coincidencia que alguien nuevo entre a trabajar aquí, y dos minutos después desaparezcan las joyas de la señora.

Las dos o tres muchachas que estaban a su lado apenas disimulaban su regocijo.

—¡La arpía es una fresca! —farfulló una voz mayor por encima de mi hombro.

—Gracias, Sarah, es suficiente. No hay necesidad de repartir acusaciones sin ton ni son, confío por encima de todo en la lealtad de mi hogar. Algunas personas, no obstante, podrían ser algo más expresivas en su fidelidad. —¿Miró Richard descaradamente a Alice al decir esto? Empezó a caminar hacia la escalera—. Lo dejo en vuestras manos. Recordad: mañana a mediodía ese collar volverá a estar en posesión de Fleetwood. No es una petición.

Mientras los cuchicheos llenaban el vestíbulo y los sirvientes iban saliendo, me acerqué a Alice y la tomé del brazo.

—¿Me acompañarías arriba?

Se zafó.

—No lo creo.

Me colocó el paquete entre las manos. El aroma a hierbas y a lavanda afloró, pero ahora la mezcla de fragancias se me hacía demasiado intensa y me daba ganas de vomitar.

—¿Por qué no?

—Os he traído las hierbas, tal como me pedisteis. No veo qué más se necesita de mí.

—Bueno, vayamos al salón, entonces. Pediré a la cocina que nos envíen un...

—No, gracias. Tengo que ir al Hand. —Su voz había perdido toda suavidad.

El vestíbulo estaba silencioso, tan solo interrumpido por el repiqueteo de los últimos pasos en los pasillos. Los antepasados de Richard contemplaban la escena con interés desde sus retratos en las paredes.

—Espero que no pienses que te estaba acusando de robo.

Intenté aplicar un barniz de ridículo a mis palabras, pero salieron, como siempre, con un tono suplicante.

—Tenéis unas joyas bonitas, pero creo que no son de mi estilo. Entiendo que ya no necesitáis mis servicios.

—¿Disculpa? Alice, no, no puedes irte. Sé que no lo robaste tú.

«¿Lo sabía?»

La recordé cerrando las colgaduras del dosel a mi alrededor después de que me sangrara. Sentada, una hora después de que me marchara, pensativa frente a la ventana de mi habitación con la espalda recta y sus rasgos angulosos, como si posara para un retrato. Y enterrado en el fondo, yacía otro pensamiento: ¿qué había hecho con mi sangre? Había un cuenco lleno y cuando Richard exigió que lo dejáramos pasar, ya no había ni rastro de ella. ¿La habría tirado al fuego? No había oído ningún chisporroteo de líquido ardiendo, ni detectado ningún hedor a sangre chamuscada. No era el momento de dudar; Alice me estaba mirando, y sabía que mi rostro dejaba traslucir mi vacilación.

—He de irme —dijo con frialdad—. No puedo trabajar donde no se confía en mí.

Y antes de que pudiera moverme, ya se había escabullido por el pasillo. Para cuando llegué,

ella ya estaba abriendo la puerta principal y volando escaleras abajo, y evitó por los pelos el choque con la figura que se apeaba del caballo al pie de las escaleras.

—¡Señora Shuttleworth! —saludó Nick Bannister, y se dio la vuelta para contemplar la alargada silueta de Alice empequeñecerse a lo lejos.

—Señor Bannister —conseguí articular, recobrando el aliento.

Sentí como si me cayera a pedazos; algo terrible había sucedido y no tenía la menor idea de qué hacer al respecto. ¡Y todo por un estúpido collar que no significaba nada para mí!

—Parece como si os hubieran dado un susto, ¿quién era esa mujer?

El magistrado se acercó vacilante y me posó una mano arrugada sobre el brazo, en el punto donde el fleme me había puncionado. Al contacto con su mano, la herida me escoció y me zafé, farfullando unas disculpas. En unos pocos días, el corte casi se había cerrado en una cicatriz limpia con forma de luna creciente.

Todo cuanto atisbaba de Alice era su cofia blanca agitándose hacia el límite del bosque. Como de costumbre, no había salido a la carretera por los edificios anexos, sino que se había adentrado directamente entre los árboles.

—Señora, ¿os encontráis bien?

Suspiré y sentí los dedos fríos del viento por el bajo de mi vestido. Mi vientre presionaba contra el corsé; no faltaba mucho para que no pudiera ponérmelo más.

—Sí, más o menos, gracias, señor Bannister. ¿Habéis venido para ver a Richard?

—Solo si está disponible. He venido para recoger un mensaje que Roger me dejó la última vez que estuvo por aquí.

—Ah, sí. Iré a buscaroslo.

Le había oído decir a Richard que se lo dejaría a James, pero no pensaba llamarlo; ni siquiera quería mirarlo a la cara. Nick me siguió al interior de la casa y di orden a una criada que pasaba por ahí de ocuparse del caballo de nuestro invitado. El estudio de James se encontraba a tan solo unos pasos de la puerta principal y aquel día no estaría, pues se había marchado con el alguacil. Como si hubiera intuido que algo me disgustaba, Puck vino a mi encuentro y me colocó su húmedo hocico en la mano.

—Disculpad, señor Bannister, ¿qué habíais venido a buscar?

—Quizá el señor Shuttleworth sepa de su paradero...

—No. Puedo ayudaros —dije, con más brusquedad de la que pretendía—. Richard ya ha hecho bastante por hoy.

Abrí la puerta y fui directa hacia el gran escritorio de madera que ocupaba el centro de la estancia. James mantenía un estudio muy ordenado, con tan solo un tarro de plumas, un único tintero y una ordenada pila de pergaminos en la superficie. Detrás de la silla de cuero había una estantería con varios libros mayores de la casa encuadernados, que se remontaban unos veinte años atrás, cuando el padre de Richard empezó a llevar el registro de la familia Shuttleworth. Rebusqué entre los legajos de cartas, organizadas y archivadas siguiendo algún método desconocido, y me acordé del pulcro paquete que James me había entregado con toda la correspondencia sobre mis embarazos malogrados. Otra rabia me ardía por dentro: Richard no había juzgado prudente informarme de mi muerte inminente y ahora acababa de expulsar de la casa a la única persona en quien podía confiar para salvarme. Me di cuenta de que estaba temblando y de que unos lagrimones cálidos me nublaban la vista. Me sorbí la nariz y Nick Bannister carraspeó.

—¡Menuda fiera os habéis buscado, señora Shuttleworth!

Me enjuagué las lágrimas, examiné los estantes una vez más y di con lo que buscaba: la carta

sellada con el lacre de Nowell. Al darle media vuelta, vi el nombre de Nick Bannister escrito con la letra cursiva de Roger y le entregué el papel al viejecito que acariciaba a mi perro.

—Gracias. —Asintió. Sabía que le había incomodado y que estaba pensando en algo que decir —. Un asunto de lo más feo...

—¿El qué?

—Estas brujas de Pendle. Aunque podemos confiar en Roger para arrancarlas de cuajo. Dudo que algún día deje de servir al rey. Yo ya le dije: «Roger, conseguid esta última victoria y después retiraos a vivir en paz. Dejad que tome el relevo la sangre fresca, como vuestro Richard». Roger confía en vuestro hombre, sí, señora. Espera que algún día continúe su labor, como juez de paz.

—Sí —dije, ausente.

—Roger no hace las cosas a medias: no le vale con enviar a toda una familia a juicio, no, señora. Quiere que vuelvan los días de gloria; quiere que su nombre salga en los panfletos de Londres. Juraría que está a la zaga de algún título. En la corte ya es conocido, pero no se quedará ahí. Lo conocéis tan bien como yo.

Pensaba en lo lejos que habría podido llegar Alice. ¿Estaría ya en la taberna? ¿Debería haber ido tras ella?

—«Mejor enciérralas a todas», le dije —continuaba Nick—. No tiene nada de malo interrogarlas.

—¿Interrogar a quién?

Estaba siendo espantosamente grosera, pero quería que Nick terminara su monólogo para así poder pensar qué hacer. Quizá, durante los meses de embarazo que tenía por delante, a Alice se le pasaría el enfado. ¿Lograría convencerla de que volviera?

—A las de la reunión de brujas en Malkin Tower. Roger dio con un buen nido de ratas allí. No solo las Device, también amigas suyas, esas que hablaban de matar a Thomas Lister y de hacer saltar la cárcel por los aires. Hay unos pocos nombres de por aquí en la lista; sin duda armará un revuelo en la comunidad. ¿Quién lo habría pensado? Tanta obra del diablo en este rincón perdido de tierra. ¡Y en Viernes Santo! Ya no tendrá nada de santo para ellas...

—¿Tenéis ahí la lista? —Señalé con la cabeza el papel que sostenía en la mano, algo en sus palabras había despertado mi curiosidad—. ¿Y qué dice?

Aliviado por mi interés, me pidió un cuchillo, y hallé uno en los cajones superiores del escritorio de James. Lo deslizó para abrir el lacre de Roger, que dejó caer al suelo, y apartó la carta todo lo que le permitió el brazo para leer en voz alta:

—«Jennet y James Device afirman que después de la reunión se marcharon a lomos de unos potros blancos, y Jennet Preston los invitó a su casa en Gisburn para la próxima reunión que se celebraría al cabo de un año. Preston llevó a su espíritu familiar a la reunión: un potro blanco con una mancha marrón en la cabeza.»

Sentí que el corazón me bombeaba en el pecho.

—Y la otra gente que estaba presente en aquella reunión del Viernes Santo, ¿quiénes eran?

Con su estrabismo nubloso, el anciano magistrado tardó una eternidad en localizar los nombres.

—Dejadme ver... Ah, sí, aquí está: «la esposa de Hugh Hargreaves, de Barley; la esposa de Christopher Bulcock, de Moss End, y su hijo John; la madre de Myles Nutter; una tal Mould-heels, de Colne; y otra tal Alice Gray, de la misma localidad».

La señal del Hand and Shuttle estaba a poca distancia del río, antes de que la carretera se bifurcara para seguir hacia el norte o hacia el oeste. Había pasado por delante muchas veces, pero apenas había reparado en ella. Mientras ataba mi caballo en el patio, caí en la cuenta de que el nombre, naturalmente, venía del escudo de armas de los Shuttleworth: un blasón con tres lanzaderas y una mano que se alzaba de ellas y agarraba una cuarta. El mismo símbolo estaba tallado en una señal de madera al lado del edificio de una planta.

Se hizo el silencio en cuanto atravesé el umbral y sentí como si cien pares de ojos se hubieran detenido en mí, a pesar de que llevaba uno de mis conjuntos más humildes, un manto negro de lana y un sencillo sombrero negro con un ribete dorado. El lugar era pequeño y tenía los techos bajos. Algunos grupos de parroquianos, de rostros curtidos e inexpresivos, estaban sentados en torno a lo que parecían unos taburetes de ordeñar repletos de jarras. Un hombre tras un separador que se asemejaba a la puerta de un establo aguardaba a la espera de mis movimientos, tal vez pensando que había entrado en la taberna por error. Me acerqué a él.

—Tengo que hablar con Alice —dije.

Tenía una cara rubicunda y la boca abierta, y dejaba a la vista una dentadura desagradable.

—Alice...

—Alice Gray —susurré—, ¿está aquí?

Asintió torpemente.

—Voy a buscarla, señora. ¿Tal vez deseáis un espacio más íntimo?

—Os lo agradecería.

Lo seguí a través de una cortina de paño y me condujo por un pasillo angosto y tenuemente iluminado hasta el comedor, que estaba vacío. Hacía frío, no había lumbre y apestaba como la bodega de Gawthorpe. Me envolví con el manto y me acerqué a la ventana que daba al patio, donde estaban rodando unos barriles para meterlos en el almacén. Reconocí que eran los mismos de casa, estampados con el emblema de los Shuttleworth. Un portazo y unos pasos en el pasillo me hicieron sobresaltarme.

—No vuelvas a venir aquí.

Me costó un momento reconocer que aquella voz crispada pertenecía a Alice. Me llevé una mano protectora al vientre y me acerqué a la puerta para observar. Al fondo del pasillo había un joven de cabello moreno, cuya camisa mugrienta y calzones raídos no afeaban ni un ápice su belleza. Parecía extranjero, como un pirata o un príncipe, con su pelo negro, su tez bronceada y unos ojos oscuros y avellanados. Alice, en jarras, me daba la espalda.

—¿Te crees que puedes dejarme sin más?

—¿Dejar a un borracho horrible como tú? ¿Por qué diantres haría yo algo así? Vete a casa.

—Allí no hay nada para mí. No de momento.

El hombre arrugó el semblante, parecía al borde del llanto.

Ante eso, Alice dejó caer los hombros y se agarró de los brazos como la había visto hacer en el bosque. Me aparté de la puerta, por miedo a que me vieran. Cuando Alice volvió a hablar, su voz sonó empañada.

—Tenemos que pasar página.

—Para ti es fácil decirlo, con tu trabajo y tu nuevo... «puesto».

—Vete, largo de aquí.

El joven arrimó su cara a la de ella, sus ojos negros brillaban.

—Podría buscarte la ruina, si quisiera. Podría contarles cosas... La gente anda preguntando.

—¡Déjame en paz! —chilló, y el vello de la nuca se me erizó—. No te atrevas a volver por aquí.

El hombre lanzó una última mirada lánguida, recorrió el pasillo a trompicones, me pasó de largo y salió al patio. Desprendía el inconfundible olor de la cerveza. Me acerqué con pasos vacilantes hasta donde estaba Alice, de espaldas a mí, aún envuelta en su abrazo.

—¿Alice?

Se volvió hacia mí. Su rostro estaba más pálido de lo normal, sus ojos, grandes y temerosos: más temerosos de lo que me habían parecido antes, en el salón lleno de criados.

—Fleetwood, ¿qué estás haciendo aquí?

La tomé de la mano y la conduje a la habitación.

—¿Pueden oírnos?

—¿Quién?

—Quien sea. —Negó con la cabeza y cerré la puerta—. ¿Quién era ese? —susurré con voz trémula.

Volvió a menear la cabeza.

—Nadie. Si has venido por el collar...

—No, nada de eso, olvídalo. Alice, he leído una carta justo después de que te marcharas, de Roger Nowell a Nick Bannister. ¿Los conoces? —Una vez más, negó con un movimiento de cabeza, y su rostro denotaba tal sinceridad y confusión que no dudé ni por un instante de que estuviera diciendo la verdad—. Bueno, pues Roger te conoce, o pronto lo hará. Alice, ¿de qué conoces a la familia Device? —Alice se bamboleó como un árbol talado y tuvo que asirse al respaldo de una silla—. ¿De qué los conoces, Alice? ¿De qué?

—No los conozco.

—¿Qué estabas haciendo en su casa el Viernes Santo? Los acusan de brujería, Alice. A la abuela, a la madre, a Alizon... La hija pequeña, Jennet, está hospedada en casa de Roger, se lo está contando todo.

Recorrió la habitación rápidamente con la mirada.

—Me...

—Alice, tienes que entenderlo: tu nombre figura en una lista, una lista que está en manos de un hombre muy poderoso que hace la ley por aquí. Te van a arrestar y, muy probablemente, deberás comparecer por brujería.

Su rostro empalideció. Pensé que estaba a punto de desplomarse y corrí hacia ella, la agarré por los brazos y, con cuidado, la ayudé a sentarse en la silla.

—Me... ¿Me van a arrestar? ¿Comparecer...? ¿Qué significa eso?

Tragué saliva.

—Significa que tendrás que enfrentarte a un juicio en las audiencias. Las de Pascua ya han pasado, así que en las de verano, quizá.

—Un juicio... —musitó—. Pero las brujas van a la horca.

—Muchas de ellas. —Me arrodillé ante ella y le tomé las manos—. Pero todavía no te han detenido y estamos a tiempo de conseguir que Roger cambie de idea. Alice, tienes que decirme qué estabas haciendo con la familia Device en Malkin Tower. Puedo ayudarte; Richard puede ayudarte.

Aún petrificada por la impresión, siguió negando con ligerísimos movimientos de cabeza en señal de incredulidad. A continuación, apretó los puños y los enterró bajo las axilas,

encogiéndose aún más.

—¿Quién le dio mi nombre? ¿Elizabeth Device?

—Su hija, Jennet, creo. ¿Qué te llevó allí, Alice? Tienes que contármelo para que pueda decirle a Roger que está equivocado.

Se oyeron pasos en el pasillo. Mi corazón batió con ellos hasta que se alejaron; Alice alzó fugazmente la vista, distraída por el miedo.

—¿Está equivocado? —pregunté.

Tras una pausa que me pareció una eternidad, se irguió en la silla y se introdujo el pelo en la cofia. Su boca generosa componía un gesto solemne.

—No conozco a esa gente —afirmó.

—Alice, tienes que entender que van a pensar que sí, si estabas allí. Te tomarán por bruja.

Se mordió el labio y la sangre afloró bajo sus dientes. Asomó la punta rosada de la lengua, como la de una serpiente, para lamerla.

—Cuéntamelo. Yo se lo contaré a Richard e iremos juntos a ver a Roger para explicarle que ha cometido un error.

Pero Alice no me miraba, su vista estaba perdida en algo más allá. Entonces, dijo:

—No. No confío en él. Y tú tampoco deberías.

—¿Confiar en quién? ¿En Roger? —Alice cerró los ojos y se los frotó, como si sufriera un arrebató de cansancio—. ¿En Richard? —Sus labios no se despegaron—. ¿No puedo confiar en Richard, en mi esposo? —Me incorporé para ponerme de pie, pero mi escasa estatura hacía que estuviera tan solo a un par de cabezas por encima de ella—. ¿Es por lo que dijo a propósito del collar? Sabe que no lo robaste, estoy segura. Solo estaba enfadado.

Algo estaba empezando a hacerme temblar y me di cuenta de que era el miedo. Deseaba apartarle las manos del rostro y obligarla a mirarme.

—No creo que estés comprendiendo el tremendo peligro que corres. —La voz se me anudó por la emoción—. Roger se ha embarcado en una caza de brujas. Recopila mujeres, como si fueran cartas sobre un tapete. He venido para avisarte y ofrecerte mi ayuda. Solo si la quieres, que creo que es el caso. Te aconsejaría mantenerte apartada de Colne por el momento.

—Pero es allí donde vivo.

—Y es allí donde irán a buscarte. Deberías refugiarte en casa de algún amigo, de algún familiar. Roger y Richard conocen, al menos, tu nombre de pila. No tardarán mucho en darse cuenta de que eres la misma Alice que la de la lista de Roger.

—Y entonces ¿por qué no han echado la puerta abajo para detenerme?

—Porque todavía no lo saben, y yo no los guiaré hacia ti.

Hizo un ruido que sonó a burla. Alcancé el pomo de la puerta.

—Al volver a casa se lo contaré todo a Richard, y él se lo dirá a Roger.

—Adoras a tu esposo. —Su voz resonó cristalina en la habitación fría y vacía.

—Por supuesto que adoro a mi esposo. ¿Qué pretendes decir con eso?

—No vayas a contárselo.

—¿Por qué? —Una furia ardiente volvió a bullir en mi interior—. ¿Acaso no entiendes cuánta influencia tiene mi marido? ¿Estás diciendo que no necesitas nuestra ayuda? ¿Que te las vas a arreglar por tu cuenta? Alice, tu vida está en juego. Roger no va a hacer el ridículo ante los jueces de Londres, por cuanto lo conozco. Ha recopilado una lista de personas a las que detener, y tu nombre figura en ella. ¿Qué parte de eso no entiendes?

De nuevo, enterró la cabeza entre las manos. Había envejecido diez años en una tarde.

—Alice, ¿me estás escuchando? ¿No confías en mí?

—Sí, confío en ti.

Fue un pequeño triunfo y, pese a mi enfado, sus palabras resplandecieron en mi pecho. Nunca antes me las habían dicho, ni había necesitado oírlas.

—Pero no confías en Richard. ¿Por qué?

Volvió poco a poco la cara para mirarme.

—El libro mayor.

—¿Qué?

—El libro mayor de vuestro mayordomo. Cualquier cosa que se compra y que sale de Gawthorpe está allí, tú me lo dijiste. ¿Es eso cierto?

Asentí, apabullada.

—Busca en el libro.

—Pero... ¿Cómo sabes lo que contiene? No sabes leer.

Había en sus enormes ojos ambarinos una simpatía inefable.

—No necesito leer las cosas para verlas.

Me encaminé directa al estudio de James. Pese a que la lumbre ardía en la estancia, yo estaba fría como un témpano y los dientes me castañeteaban mientras retiraba aquel enorme libro encuadernado en piel de becerro. Trazada en la impecable caligrafía de James, había una lista de todo cuanto se había comprado y pagado.

«Marzo: dos fanegas de malta; un barrilete de vino generoso; tres abadejos en salazón entregados a Thomas Yate en Londres...»

¿Qué se suponía que estaba buscando?

«Abril: Michael Thorpe a Colne con panceta; renta de medio año de Ightenhill Park; cureña de un arma desde Londres.»

¿Sería el arma? Ya estaba al tanto de su existencia.

«El señor William Anderton trae licencia matrimonial de York.»

Me detuve, con el dedo inmóvil en la línea. ¿Para qué necesitaría alguien de Gawthorpe una licencia matrimonial? No había nadie prometido, hasta donde yo supiese.

Fue entonces cuando reparé en una palabra tan familiar para mí que me había pasado por alto.

«Jabón de aceite de oliva para Barton.»

«Carbón de la mina de Padiham para Barton.»

«Pollos comprados en Clitheroe para Barton.»

Barton.

Barton.

Había sido mi apellido y también mi hogar. No obstante, allí no vivía nadie; la casa estaba vacía desde que mi madre y yo nos marchamos de allí cuatro años atrás.

—Señora, aquí estáis. —James estaba en la entrada, con un mohín de preocupación en su semblante sempiternamente compuesto. Cerré el libro—. ¿Necesitáis algo?

—No, James, gracias.

Lo cerré de golpe y me moví alrededor de la mesa, avergonzada. Sin embargo, cuando rocé a James de pasada, la rabia arremetió de pronto: ¿acaso estaba haciendo algo malo ojeando mi propio libro de cuentas? ¿Por qué no habría de preocuparme de cómo se gestionaba la propiedad que yo había aportado a esta familia? Algo me decía que debía ir con pies de plomo. Al dejar a Alice en aquel cuartucho frío y húmedo de la taberna, aquellas habían sido mis palabras de despedida para ella, también.

—¿Adónde irás? —quise saber.

Se limitó a encogerse de hombros y a contemplar el hogar vacío. Yo estaba demasiado agotada para ofrecerle mi ayuda y galopé de vuelta a casa envuelta en la neblina de mi propia confusión.

—El señor os ha estado buscando —dijo James.

Me di cuenta, alarmada, de que no solo estaba preocupado, sino muy pálido y serio.

—¿Pasa algo?

—Una de las criadas ha caído enferma: Sarah, la doncella. Richard me ha pedido que mande llamar al médico.

—Muy bien. ¿Qué ha sucedido?

—Ha empezado con dolor de cabeza y ahora le ha subido la fiebre. Está delirando y pregunta por su madre.

—Pues id a buscar a su madre. ¿O podemos enviarla a su casa?

—Creo que podría ser lo mejor, después de que la vea el médico. Por si acaso es contagioso.

Fruncí el ceño. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, entre los víveres que se enviaban a Barton y sirvientas que caían enfermas, la implicación de Alice con las Device y el collar de rubís. Habían pasado más cosas en un día que en todo un año.

—Antes parecía estar perfectamente —pensé en voz alta, recordando cómo había hablado durante la reunión de personal de Richard.

Entonces, me vinieron a la mente las mejillas encendidas y la mirada pétrea de Alice, y se me encogió el estómago. Recé en silencio para que el sudor inglés no hubiera llegado a esta casa.

El pasillo exterior estaba oscuro y el estudio de James era cálido y acogedor. No me apetecía cabalgar durante más de treinta kilómetros, pero era el momento.

—James, necesito que hagáis dos cosas: mandar que ensillen mi yegua y transmitirle un mensaje a Richard.

—El señor regresará en cualquier momento...

—Este es el mensaje: me voy a Colne, donde me hospedaré en una posada durante un par de noches para intentar convencer a Alice de que vuelva a ser mi partera.

Me miró sorprendido.

—Pero, señora...

—Me parece que Richard ha manejado el asunto del collar con bastante poco tino. Ha humillado a nuestro fiel personal. Lo habéis visto. Pero, naturalmente, no vais a contarle lo que he dicho. Me temo que me ha costado una partera competente, en quien confiaba y a quien apreciaba, y no tendré quien me ayude a parir a mi hijo. Decidle lo que os plazca. La verdadera razón, James, es que no puedo mirar a la cara a mi esposo por el modo en que ha tratado a los criados. Sois leal y muy valioso para mí, y espero que no penséis mal de él por esto. Por este motivo me alejo de Gawthorpe, porque estoy disgustada. Por favor, decidle que no me siga y que estaré de regreso por la mañana.

Tras un instante de vacilación, asintió con gesto sagaz.

—Sí, señora.

Me di la vuelta y, entonces, como si acabara de recordarlo, sin llegar a volverme del todo y esperando que mi cara quedara oculta por la oscuridad y no me delatara, dejé caer:

—Ah, y James, ¿cómo están las cosas por Barton? ¿Todo en orden?

Se le desencajó el rostro y se quedó blanco como la tiza. Era todo lo que necesitaba. Boqueó varias veces, como un pez agonizante, mientras yo aguardaba paciente.

—¿Necesitáis que cojamos algo de allí, señora? Lleva cerrado...

—Cuatro años, ¿verdad?

La nuez le temblaba en la garganta mientras se tragaba sus palabras.

—Sí, así es.

—Estupendo. Voy a buscar el manto.

Llegué poco después del anochecer. No había luna, tan solo nubes, de modo que todo estaba oscuro, aun así, distinguí el perfil enorme de la casa acechando enfrente y una cálida luz que ardía alegremente en una habitación de la planta baja. Nunca había querido regresar. No quería ver el aposento que mi madre y yo habíamos compartido. No quería ver el salón en el que mi infancia terminaba en cuanto mi madre entraba a buscar algo. No quería ver la escalera chirriante, los techos altos y fríos, ni la jaula vacía en que una mañana de invierno había encontrado a Samuel muerto después de que lo hubieran dejado demasiado cerca del fuego.

Había desmontado fuera de la casa, cuando un ruido —o más bien una presencia— me hizo volver la cabeza y algo muy bajo y delgado atravesó la hierba hacia mi derecha. Era apenas una sombra sedosa, pero se detuvo, con la cola plumosa tiesa y estirada hacia atrás: un zorro. Se quedó yerto, inmóvil como una estatua, nos miramos y sentí un cosquilleo en la piel. Entonces se irguió y desapareció en la penumbra, y yo continué sola, subiendo penosamente los peldaños de la fachada principal y maldiciendo las chinelas torponas que protegían mis escarpines. Las lancé por los aires y repiquetearon al caer al suelo.

La puerta se abrió sin oponer resistencia, el vestíbulo de entrada estaba muy oscuro, sin antorchas prendidas, y ese antiguo frescor tan familiar me acarició en la entrada.

—¡Hola! —exclamé.

No podía —no osaba— figurarme qué, o quién, se encontraba en la estancia que yo sabía que era el gran salón. En el peor de los casos, sería un vagabundo, ¿o sería el mejor?

Mis pies apenas hacían ruido. Los únicos sonidos que percibía eran mi respiración entrecortada en el pecho y la sangre que me latía en los oídos. Caminé a tientas por la penumbra, con las manos por delante de la cara, en dirección a la puerta del gran salón, intuyendo el camino por las paredes. Intenté alejar la idea de que podía tocar el rostro de alguien que estuviera esperándome sigiloso. Tras manosear las paredes de arriba abajo, di con el picaporte que buscaba y tiré de él.

Mis ojos hallaron una escena cálidamente iluminada. Los apliques resplandecían por las paredes y el cristal de encima de la chimenea devolvía los reflejos de luz a la estancia, que rebotaban de nuevo en la lámpara de araña. Frente a la gran chimenea de tres metros de largo —aquella en la que solía meterme y me valía una regañina por estropear mis escarpines con la ceniza— había una mujer sentada. A medida que me acercaba a ella, me sentía como en una ensoñación, flotando, pues ella no parecía acercarse ni un palmo. Se percató de mi presencia y se puso de pie. Era unos años mayor que yo y llevaba el cabello moreno descubierto. Parecía asustada y no lo entendí; de pronto caí en la cuenta y mi corazón dio un vuelco y se detuvo.

Un ruido en el pasillo debería haberme sobresaltado, pero no lo hizo, así, cuando James apareció, sin aliento y calado por el viaje a galope desde Gawthorpe, apenas reaccioné. Mis ojos estaban clavados en la mujer enfrente de mí, pues el manto se le había abierto al levantarse. Su vientre estaba abultado como el mío.

El suelo se inclinó. Las lajas de piedra se apresuraron a darme la bienvenida, como su antigua señora, y agradecí su abrazo, pues mi mundo se derrumbaba, y mi cuerpo con él.

SEGUNDA PARTE

WESTMORELAND (HOY CUMBRIA),
MAYO DE 1612

Las leyes son como telas de araña que atrapan a las moscas pequeñas, mas pueden ser traspasadas por las grandes.

SIR FRANCIS BACON

James me acompañó de vuelta a Gawthorpe, entre el viento y la lluvia, y nada más llegar a mi aposento, eché el cerrojo a la puerta. Permanecí encerrada un día entero con su noche y terminé por acostumbrarme al sonido de los aporreos de Richard, pues resultaba difícil preocuparse por nada con el estómago tan vacío. Prudencia, Justicia y yo esperábamos, si bien no sabíamos a qué, pero al final del segundo día, cuando empezaba a plantearme en serio pedir que me encendieran la chimenea y me enviaran algo de comida, una de las doncellas llamó a la puerta y me comunicó la llegada de un mensajero de parte de mi madre.

Por el ojo de la cerradura la insté a responder al mensajero que deseaba que me dejaran a solas, y sus palabras resonaron con más angustia cuando regresó y me habló una voz masculina que no reconocí.

—La señora Barton desea que os informe de que un carruaje os espera en la puerta de Gawthorpe —anunció la voz. Esperé—. Insiste en que no se marchará hasta que estéis en él.

—Entonces permanecerá aquí hasta que se pudra —contesté.

El hombre carraspeó. Me pregunté quién más estaría allí guardando silencio junto a él.

—La señora Barton os invita a pasar unos días con ella en Kirkby Lonsdale. Ha pensado que tal vez deseéis un cambio de aires —dejó una pausa deferente—. Aguardaré hasta que estéis preparada.

Volví un rato largo a la cama, y me tumbé entre las sábanas.

Finalmente, con voz ahogada, pregunté:

—¿Estás ahí, Richard?

Tras una pausa, el mensajero respondió:

—Estoy básicamente solo, señora.

Con un esfuerzo colosal, me arrastré hasta el ojo de la cerradura. Todo cuanto alcanzaba a ver era un muslo vestido y una vaina de espada. Incluso después de un día y una noche, aún se me escapaba la magnitud de la traición. Había comenzado en mi cama y se había extendido hasta la bodega que enviaba cerveza para ella, al estudio, donde James nuestro fiel servidor consignaba todos y cada uno de los golpes. Había viajado hasta el Hand and Shuttle, donde asumía que habría llegado a oídos de Alice. Incluso se había filtrado hasta mi pasado y había extendido su mancha por mi infancia, de por sí carente de sentimentalismos. Eso era casi lo peor de todo: que Richard mantuviese a esa mujer en la casa que me había visto crecer, que le había sido entregada como un paquete el día en que nos casamos, pues sabía que yo nunca volvería a poner los pies en ella.

Fue entonces cuando se me ocurrió: ¿estaría mi madre al tanto de la existencia de la mujer de cabello negro y vientre pleno? A medida que la tarde avanzaba, la pregunta zumbaba en mis oídos como un moscardón, y entonces me llegaron los ladridos de Puck en el pasillo. Rascaba la puerta y gañía, y caí en la cuenta de que no le había dedicado la menor atención, concentrada como estaba en mí misma. Me arrodillé junto a la puerta.

—Puck... —dije con un hilo de voz—. Puck, ya basta. Estoy aquí. Estoy aquí.

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas ante sus aullidos, me hacían sentir como si me abrieran en canal. Dijera lo que dijese, no se quedaría tranquilo. La necesidad de abrazarlo me superó, giré la llave en la cerradura y Puck irrumpió y me tumbó en el suelo. Me dio un lametazo con su enorme lengua y no pude por menos que reír cuando trepó por encima de mí, gañendo, jadeando y resollando de puro placer. Cuando terminó, me incorporé para sentarme. El mensajero

se mantenía a una distancia prudencial de la puerta, aguardando con timidez.

—Iré, pero con mis condiciones —anuncié. El mensajero se inclinó en una reverencia graciosa y se enderezó, expectante—. Me llevaré a mi perro. Y hemos de hacer una parada en el camino.

—¿Deseáis que ordene que os preparen el equipaje? —preguntó.

—No, lo haré yo misma.

Durante el trayecto hacia el norte, Alice y yo trazamos un plan. A fin de evitar que Roger diera con ella, había dejado su puesto en el Hand and Shuttle, arguyendo ante el tabernero que su padre estaba enfermo y necesitaba que cuidasen de él. Aguardé en el carruaje a unas calles de allí, para que no me vieran. Había entre nosotras una urgencia nerviosa, pues estaba escapándose a todos los efectos; le pregunté si necesitaba algo de casa y se limitó a negar con la cabeza. A medida que la carretera se disipaba ante nosotras, decidimos que acudiría a casa de mi madre como mi compañera Jill, que era el nombre de su madre, según me contó.

—¿Quieres comer algo? —pregunté.

Esperábamos en el patio de otra posada a que el cochero cambiara de caballos y un aroma de guiso y carne asada flotaba en el ambiente. Era una noche agradable de mayo, templada y tranquila, y escuchábamos los sonidos del patio, los cascos de caballos, las conversaciones de la gente que vivía sus vidas corrientes y molientes, con la cortinilla del carruaje cerrada para que no pudieran vernos.

Alice negó con la cabeza.

—Me dijiste que tu madre era partera. ¿Está...?

—Murió.

—Lo siento.

—Fue hace años.

Alice se sentaba muy erguida; tenía una buena postura incluso sin corsé.

—¿Cómo ocurrió?

Tras un instante, respondió:

—De una fiebre. Estuvo enferma durante mucho tiempo y después la fiebre acabó por llevarla a la otra vida. No había nada que pudiera hacer por ella.

—¿Fue ella quien te enseñó sobre plantas?

Asintió.

—Tenía un huerto... Su cocina, la llamaba, a falta de una de verdad. Cultivaba cosas para comer, hierbas... Intento mantenerlo porque sé lo mucho que le gustaba. Me enseñó los nombres de todo. Cuando salíamos de paseo, me mostraba cosas y me explicaba para qué servían. Decía que una mujer debía saber, para que la esposa y la madre mantuvieran a la familia unida en este mundo. Le gustaba imaginarme con una familia —apostilló con dulzura.

—¿Y ella dónde aprendió su oficio?

—¿Dónde lo aprenden todas las mujeres? Practicando, supongo. Lo hacía con su amiga Katherine, acudían allí donde las necesitaban. Mould-heels, llamaban a Katherine, pues se tomaba una eternidad para cualquier cosa, siempre se cercioraba de que todo estuviese correcto. Sacaba siempre sus cosas con parsimonia, aunque la madre estuviese aullándole a los Cielos. —Sonrió, ensimismada—. Preparaba el fuego como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—¿Y tú ibas con ellas?

Alice asintió.

—¿Cuántos partos has asistido?

—No sé... ¿Unos veinte? Quizá más.

Su respuesta me sorprendió; había dado por sentado que tendría más experiencia, pero tampoco había hecho nada por saberlo. Al cabo de un instante, pregunté si creía que su padre la echaría en falta durante su ausencia. Meditó la respuesta y meneó la cabeza.

—No. Lo que hago, quizá, pero no a mí.

—¿A qué te refieres?

—A cocinar. Echar de comer a las gallinas. Ocuparme de la casa. Ganar dinero. —Su voz sonaba apática.

—¿Nunca has pensado en casarte y tener tu propia casa?

Su rostro se ensombreció un instante tan fugaz que me pregunté si me lo habría imaginado. Parecía darle vueltas a su respuesta y, después, contestó:

—No hay ninguna diferencia, en realidad. La vida de una hija y de una esposa son iguales: solo cambia el hombre que te dice qué hacer.

—Supongo que tienes razón. Pero de ese modo tendrías tus propios hijos. No hay mujer que no lo desee; es nuestro propósito vital.

Bajó la mirada.

—Los niños dan más problemas de lo que valen.

Era una respuesta extraña, sobre todo para una partera. En aquel momento, el cochero volvió a subir al techo, pegamos un respingo en nuestros asientos y reanudamos la marcha.

Como Alice dejó de hablar, pensé que tal vez la había ofendido, hasta que, unos kilómetros después, cuando estaba empezando a adormilarme, la oí decir en voz baja, como para sus adentros:

—Nunca me había montado en un carruaje.

La oscuridad había caído cuando llegamos. La mansión se alzaba en lo alto de una colina en medio de una floresta frondosa y el camino era empinado, de modo que hube de hincar los pies en el asiento de enfrente para no resbalar. Los jardines se extendían hasta la cima del valle, donde el pedregal y el brezo se fundían con el cielo. Puck estaba dormido, como Alice. Tenía una forma de dormir peculiar, sin perder el aire de alerta, con el cuello alargado y el rostro imperturbable, como si acabara de cerrar los ojos.

El carruaje frenó y me apeé exhausta, molida por un segundo viaje largo en dos días. Puck descendió tras de mí, bostezó y se desperezó, y, por último, Alice. Henry descargó mi baúl y en lo alto de la escalinata, el portón principal se abrió, arrojando luz sobre nuestro extraño grupo y enmarcando la inconfundible silueta de mi madre.

—Fleetwood —dijo, su vocecita se fundió con la noche—, creía que nunca vendrías.

Miré a Alice y juntas subimos las escaleras. La casa donde vivía mi madre pertenecía a los Shuttleworth, el tío de Richard la había adquirido unas dos décadas atrás como lugar de reposo o de caza de camino a Escocia. Solo había estado allí una vez, cuando mi madre enfermó con un mal catarro y Richard me convenció de ir a visitarla.

Decidí que iría directa al grano. Antes de que mi baúl hubiese tocado las losas del vestíbulo de entrada, me volví para mirar a mi madre a la cara.

—¿Sabíais algo de la mujer de Richard?

—Por supuesto que lo sabía, Fleetwood. Y ahora métete en casa antes de que te dé un vahído.

A pesar de que solo hubiese confirmado mis sospechas, sentí como si me hubiera atravesado con una espada y me hubiese desensartado de inmediato.

Alice me tomó del brazo y prácticamente me llevó por los pasillos de suelo de laja hasta una estancia acogedora de mobiliario escaso. No había libros, ni vasijas, ni jarras, únicamente superficies despejadas, como a la espera de que les volviesen a colocar sus objetos después de

quitar el polvo. Mary Barton siempre había tenido un enfoque calvinista de la decoración, pero aquí la alfombra necesitaba una sustituta, la chimenea, un barrido y las ventanas, una limpieza. Tomó asiento cerca del fuego y me indicó que me sentara enfrente; también aquellos sillones estaban desvencijados y cansados. Me pregunté si habrían renovado los muebles desde que el tío de Richard compró la casa veinte años atrás. Pero la habitación era cálida y un fuego bajo de carbón ardía en el hogar. Flotaba en el aire un aroma a carne empalagoso y ligeramente desagradable, y tardé un momento en comprender que las velas eran de sebo, no de cera.

—Mi partera necesitará una silla —dije.

Mi madre me miró y examinó a Alice de arriba abajo antes de levantarse y salir a zancadas de la habitación. Alice no mostraba interés por cuanto la rodeaba, estaba absorta en la alfombra raída a sus pies. Mi madre regresó seguida de un criado cargado con una silla maciza que instaló contra la pared antes de inclinarse en una reverencia y cerrar la puerta con suavidad al salir.

Guardamos un silencio sepulcral mientras ambas esperábamos que la otra iniciase la conversación. No tardé mucho en perder los nervios.

—¿Me habéis invitado a recorrer ochenta kilómetros para no tener nada que decir? —espeté.

No importaba lo grosera que me mostrara, el rostro de mi madre seguía impenetrable. Estaba blanca como la tiza y reparé en que más arrugas surcaban el contorno de sus ojos y sus labios que la última vez que la había visto.

Suspiró profundamente y cerró los ojos.

—Esperaba que este día nunca llegara —dijo.

—¿Pensabais que no lo descubriría?

—Sí —se limitó a responder.

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijisteis si lo sabíais? Richard me ha traicionado, me ha destrozado, a mí y a nuestro matrimonio, y lo sabíais. ¡Mi propia madre!

—Intentaba protegerte —dijo con suavidad. Tenía una mirada sombría.

—¿Cómo puedo confiar en vos? No puedo confiar en nadie. No hay una sola persona digna de mi confianza —dije.

«Aparte de Alice», apostilló una voz en mi cabeza.

Rompí a llorar y mi madre contempló, con una expresión de espanto, cómo me sostenía la cabeza entre las manos.

—¡Os odio! —chillé. El sonido rasgó la pequeña estancia y reverberó por las paredes de madera—. ¡Os odio a los dos! Me habéis traicionado.

Dejó que me recompusiera y me desplomé en el sillón, volvía a ser una niña resentida. Mi respiración se sosegó y me sequé las mejillas.

—Te quedarás aquí —anunció finalmente mi madre.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que ella tenga el niño? —pregunté.

—¿Qué niño?

El entendimiento caló en el rostro de mi madre. Alcanzó el brazo del sillón con una mano blanquecina y su rostro empalideció.

—Está...

—Está embarazada y tendrá un hijo —dije.

Cerró los ojos.

—Maldita necia —farfulló. Ignoraba a quién de las dos se refería.

—¿Y sabíais que estaba en Barton?

Mi madre asintió. Parecía ausente y flexionaba el dedo en el que llevaba la alianza de boda, una sortija de oro lisa. Veía que su mente estaba trabajando. Por el rabillo del ojo estaba

pendiente de Alice, silenciosa y perfectamente inmóvil. Mi madre no le había preguntado su nombre, ni siquiera había hecho alusión a su presencia.

—¿Sabéis cómo se llama la mujer? —terminé por preguntar.

—Judith Thorpe.

—¿Cómo supisteis de ella?

—Carece de importancia.

—No para mí.

—Lo importante aquí es que consigas dar a luz a este niño, así como antes fracasaste.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Por qué?

Se pasó la lengua por los dientes.

—Fleetwood, escúchame bien. Si tú no engendras un heredero, ella lo hará.

Su voz resonó en la habitación, nos quedamos mirando, entendiéndonos posiblemente por primera vez en nuestras vidas. De pronto, el frío me invadió todo el cuerpo.

—Pero no es su mujer —intervino Alice, sorprendiéndonos a ambas.

—Un hijo ilegítimo es tan bueno como un heredero —replicó mi madre, enigmática—. Tal vez no pueda heredar directamente, pero un hombre puede legar toda clase de cosas a su bastardo: fincas, tierras, propiedades. En especial, si es el único. La única manera en que un bastardo puede devenir legítimo es si su padre y su madre se casan —añadió con tono displicente.

La letra de James flotaba ante mis ojos: «William Anderton trae licencia matrimonial de York».

Me llevé la mano a la boca.

—Piensa casarse con ella. Sabe que voy a morir.

—¿A morir?

Entonces le conté a mi madre todo sobre la carta del doctor Jensen, sobre la petición de una licencia matrimonial que había encontrado en el libro mayor. Empecé a convulsionarme.

—¡Fleetwood!

Mi madre estaba impresionada y consternada mientras yo temblaba y tiritaba.

De repente, Alice estaba a mi lado.

—¿Tenéis rosolí? —le preguntó a mi madre.

—¿Qué es eso?

—Brandy con canela. Que le preparen una taza, le sentará bien.

Mi madre salió volando de la habitación y Alice me tomó la mano entre las suyas: su piel rosada contra la mía macilenta. Mi madre regresó enseguida con una sirvienta que portaba una bandeja sobre la que había una taza de peltre. Alice la cogió, me la tendió y bebí mientras mis dientes castañeteaban contra el peltre. El brebaje me abrasó la garganta y me calentó las entrañas, y poco a poco, el tembleque dio paso a un suave bamboleo. Mi madre dejó la taza en la bandeja y ordenó que trajeran pan y vino.

—Señora —dijo la criada con dulzura—, no tenemos pan blanco, solo nos queda del negro.

—Traed lo que haya —espetó mi madre. A continuación, se volvió hacia Alice. Sus ojos negros mostraban interés—. ¿Cómo te llamas?

—Jill, señora.

Mi madre asintió una vez, en señal tanto de aprobación como de rechazo, y volvió a sentarse junto a mí.

Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Notaba al niño moverse en mi interior, como recordándome que seguía ahí dentro. Era una sensación no del todo desagradable, parecida a cuando un carruaje atraviesa una hondonada; me agarré el vientre con ambas manos y lo acaricié

como para calentarlo, mientras recordaba las palabras de trazo alargado de la carta del médico, que a estas alturas me resultaban tan familiares como mi propio nombre: «Su vida terrenal llegará a su fin».

Alice y yo compartíamos habitación en la planta superior de la casa, pues era la más cálida y el inicio del verano no había llegado aún a esta lejana tierra del norte. Yacía en la carriola que le habían traído e instalado junto a mi cama. Tenía una forma peculiar de dormir, se ovillaba sobre el colchón y no usaba la almohada. Yo lo sabía porque apenas pegaba ojo. Puesto que no quería despertarla con las vueltas y los crujidos, terminé por levantarme y sentarme a mirar por la ventana.

No podía quitarme de la cabeza a la amante de Richard. Cuanto más trataba de recordar su cara, más se desdibujaba, pero estaba segura de que nunca antes la había visto, de que era una desconocida. Me pregunté si ella dormiría en mi antigua cama de Barton, y si lo haría también Richard cuando fuera a visitarla. Recordé todas aquellas veces que me había dado un beso de despedida en la frente y yo me había apostado a la ventana para contemplarlo partir a lomos de su caballo hacia Halifax, Manchester, Lancaster o incluso más lejos, hacia Coventry, Londres, Edimburgo. Sin embargo, la realidad era otra: Barton, Barton, Barton.

Las lágrimas brotaban con facilidad e intenté no sorberme la nariz demasiado alto ni hacer mucho ruido. Regresar a Gawthorpe no era una opción, pero tampoco podía quedarme aquí, de invitada eterna en casa de mi madre. Me hallaba atascada en el fango y me estaba hundiendo. A pesar de todo, de momento, me dije mirando por la ventana mientras afuera aún estaba oscuro, no iba a pensar en mañana, ni en pasado mañana. Y aún seguía viva, y mi hijo también, pues ahora se retorció como un gatito recién nacido, y no había momento que no lo sintiese: ya nunca estaba sola del todo. Entonces comprendí que, si mi hijo nacía, y yo sobrevivía y me convertía en madre, nunca más volvería a estar sola. La idea surgió como un cálido rayo de sol que alumbró mi cara. Puede que hubiese perdido a Richard, o a una parte de él, y que mi matrimonio ya no fuera lo que creía ser, pero tendría un amigo para toda la vida.

Me volví para contemplar el cuerpo dormido de la mujer que era mi único medio de alcanzar este objetivo. Su cabello dorado caía sobre la almohada y por su espalda, su pecho se henchía y se hundía en paz. Pensé en el hombre que la había importunado en el Hand and Shuttle, en que ella me había dicho que los niños daban más problemas de lo que valían. Sentía que era la única persona a quien podía llamar amiga, pero en realidad, ¿cuánto sabía de ella?

Como si una parte de su ser fuera consciente de que alguien la observaba, Alice se removió en el camastro y gimoteó. Volvió a calmarse, pero acto seguido se puso rígida y rebuscó con las manos por entre las sábanas.

—Dejadla —decía entre sollozos—. Dejadla.

Antes de que me decidiera a despertarla, se calmó tan súbitamente como había empezado, su cuerpo y su rostro se relajaron y volvieron a sumirse plácidamente en el sueño.

Sentada con las manos sobre el vientre, contemplaba el cielo añil oscurecerse antes de clarear, y solo cuando los pájaros interrumpieron el silencio, los párpados empezaron a pesarme y volví a meterme entre las sábanas, que se habían vuelto a enfriar.

Aquella mañana, mientras desayunábamos, éramos un grupo sombrío. Alice se disponía a comer con las criadas, pero yo la había invitado a sentarse con mi madre y conmigo, y cuando ella declinó mi ofrecimiento, insistí. Ni ella ni mi madre estaban contentas con la situación y torcieron

el gesto mientras nos servían los huevos. Trajeron el pan, aunque era distinto al que yo estaba acostumbrada. Recordé lo que había dicho el criado la noche anterior, solo tenían harina negra, hecha de salvado, no de trigo.

Me rasqué el cuerpo y la cabeza, donde la ropa y la cofia estaban demasiado tirantes, y bostecé. Alice mordisqueaba un huevo cocido, tomé uno del cuenco y sentí su peso tibio en la palma de la mano. Contra aquel blanco inmaculado, mi piel parecía casi amarilla.

—Fleetwood, ¿le pasa algo a tu huevo? —preguntó mi madre.

Hiné el diente y lo encontré sorprendentemente delicioso: salado y sólido, no como esas cosas aguadas y viscosas que mis cocineras servían dentro de su propia cáscara. Tuve que dejarlo en el plato, no obstante, para rascarme el brazo, y hube de frotar el tejido de mi vestido con ahínco ahí donde no alcanzaba la piel.

—Fleetwood —dijo mi madre—, ¿no tendrás piojos?

Pensé que podía tenerlos, aunque no hubiese visto ninguno. Sentía un leve cosquilleo por todo el cuerpo, desde los tobillos hasta las orejas. Me rascaba el cuello, el rostro, las muñecas y las medias: allí donde llegaba.

—Quizá sí.

Los piojos eran cosa de pobres, de gente sucia, no de mí, que me frotaba a diario con paños limpios y me aplicaba aceite de rosas en las muñecas y la garganta.

—Termináte el desayuno —ordenó—. Ojalá tuvieras el mismo apetito que tu partera.

Alice se ruborizó, dejó de extender mantequilla sobre su rebanada de pan y soltó el cuchillo con delicadeza.

—Prefiero el pan blanco a este pan de perro —dije, con la esperanza de subirle los colores. Se sonrojó.

No obstante, había mentido: la hogaza de semillas era cálida y nutritiva, y estaba deliciosa con la mantequilla casera. Los picores arremetieron de nuevo y mi cuchillo tintineó en la mesa cuando me levanté para aliviar el dorso de mis piernas.

—¡Fleetwood!

—No sé qué me pasa.

Hundí los dedos por la espalda del vestido, pero mientras me aliviaba la picazón, volvía a sentir un hormigueo en el brazo en el lugar que había rascado apenas un momento antes.

—Contrólate. Estás montando un espectáculo.

—Nunca antes me había sucedido. Justo cuando vengo a vuestra casa, me empieza a picar todo el cuerpo de la cabeza a los pies. Madre, ¿laváis la ropa de cama?

—¡Por supuesto que la lavan, no seas ridícula!

—Necesito salir de este vestido. —Me retiré de la mesa, y en el quicio de la puerta dije—: Jill, ¿me ayudas?

Alice pareció aliviada de abandonar el desayuno y me siguió fuera del comedor y al piso de arriba. Me impacienté mientras me desataba todas las cintas y los lazos que había anudado hacía media hora escasa.

—¡Date prisa, por favor!

Finalmente, mi vestido cayó a mi alrededor y salí de un paso; ahora, había que retirarme el corsé y quitarme el miriñaque de las caderas. Para cuando pude sentarme y desatarme las medias, me arremangué las prendas interiores para arañarme la piel con las uñas. Introduje la mano bajo el camisón para llegar al vientre, que ahora parecía duro y terso donde antes estaba blando. Me retiré una horquilla del pelo y la usé para fricciónarme la nuca.

Alice me observaba, rascándose el cuello pensativa, mientras yo me contorsionaba frente a

ella.

—Tal vez un baño te sentaría bien —sugirió.

Trajeron una bañera y jarros de agua de la cocina. Después, una doncella llamó a la puerta con un bloque de jabón, blando, negro y casero, no como aquellas sólidas pastillas blancas que comprábamos. No sabía cómo pedirle a Alice que se diera la vuelta mientras me desvestía, sin embargo, lo hizo de todos modos. Mientras mis prendas interiores caían al suelo, una parte de mí esperaba ver bichitos negros subiendo y bajando por mi cuerpo, saliendo y entrando de mi ropa, pero no había nada. Toda mi piel estaba blanca, no al rojo vivo como me esperaba. Me reí. Alice volvió la cabeza desde la carriola.

—¿Qué pasa?

—Aquí no hay nada. Ni piojos, ni sarpullido. Me he vuelto loca.

Me agaché en el agua y me mojé todo el cuerpo, el escozor se extinguía cual llamas diminutas que lamían mi piel.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Alice, sin dejar de mirar a la pared.

—No, quédate —dije.

Siguió dándome la espalda, sentada sobre las piernas cruzadas para estar más cómoda. El agua me aliviaba y me contemplé el vientre, mucho más grande que la última vez que me había dado un baño. No alcanzaba a ver el recio vello moreno que se extendía más allá. Paseé el jabón, resbaladizo como una anguila, por toda mi piel y la picazón remitió. Rellené la jarra y me la vertí por encima de la cabeza, me enjaboné el pelo hasta que se convirtió en una maraña de nudos. El agua me acariciaba delicadamente el cuerpo, suspiré y dejé que mi mente divagara en torno a una cuestión que me rondaba por la cabeza desde que salí a montar con Richard y Roger en aquella neblinosa cacería de abril.

—Alice, ¿has oído hablar de los espíritus familiares?

Oí que su cuerpo se removía en la cama.

—Sí —dijo.

—Jennet Device me contó que su madre tenía un perro, y yo la vi con un perro cuando estabas...

Alice dejó de moverse.

—¿Cuando estaba qué?

Tragué saliva. Se volvió y me miró directamente por encima del hombro, con aquellos ojos luminosos y claros.

—¿Cuando estaba qué?

—Alice, no mires.

Intenté cubrirme en la bañera, pero su mirada no se apartó de mi cara.

—¿Me estabas espiando?

—No.

—¿Cuándo?

—Sa... Salí a caballo para ir a tu encuentro. Te vi con ella en el bosque.

Se volvió de nuevo hacia el fuego, agarró el atizador y removió las ascuas.

—¿Qué oíste?

—Nada.

—¿Por qué no te dejaste ver?

—Me... Me dio miedo. Ella me daba miedo. La mujer. Elizabeth Device.

—¿Por qué?

—Por sus ojos. Me asustaron.

Qué aspecto más espantoso tenía cuando se volvió hacia mí, con aquella mirada estrábica y feroz.

—Su hija, Jennet... —continué—. No entiendo por qué Roger cree todo lo que le cuenta. ¿Cómo es capaz? No es más que una niña.

Según lo dije, me recordé a mí misma a su edad, cuando no compartía con nadie las cosas que me pasaban, a sabiendas de que nadie me creería. Sin embargo, aquello era otro cantar: las historias de Jennet estaban llenas de magia y espíritus, como los cuentos para los niños antes de ir a dormir.

—Quizá desea creerla. Quizá le indica lo que tiene que decir.

—Roger no haría algo así.

—¿Cómo estás tan segura?

—Es un buen hombre. Se ha portado bien con nosotros.

Cuando mis palabras resonaron en la habitación, me parecieron vacuas. ¿Estaría Roger al corriente de la existencia de la otra mujer de Richard? Sería una doble traición, todavía peor que la de mi propia madre. Nos había llamado «los tortolitos». Una de dos: o lo ignoraba o era cruel.

—Alice, siento haberte espiado, fue sin querer —me disculpé tras un largo silencio.

Mis pensamientos se estaban embrollando demasiado; necesitaba separarlos y seguir el hilo de cada uno por separado. Vi que Alice toqueteaba algo en su falda. Su vestido raído pedía a gritos un remiendo y un lavado, y su cofia, un almidonado. Decidí que ordenaría que lo hicieran aquí. Me pregunté cuándo habría sido la última vez que se habría dado un baño; quizá ella también anhelaba frotarse para estar limpia.

—Alice, ¿te gustaría darte un baño?

—No, gracias.

—Puedo pedir que nos suban más agua.

Se puso a la defensiva.

—¿Acaso huelo mal? ¿Piensas que yo te he pasado los piojos?

—No, claro que no. Aquí no hay ningún piojo. Me los he inventado... —Dirigí la vista a la pila blanca de mis prendas interiores sobre el suelo para comprobar si se arrastraban—. Alice, ¿te parece que tengo la piel cetrina?

Me miró con indiferencia.

—No sabría decirlo. No tiene buen aspecto, pero en estos casos nunca lo tiene.

Estaba muy resentida y, por primera vez, me pregunté si habría hecho bien en traerla aquí conmigo. Algo había cambiado en ella el día que Richard dio a entender que me había robado el collar. Con todo, yo estaba acostumbrada a que me trataran siempre con deferencia y ella lo hacía casi de igual a igual. Comprendí, sin embargo, que no me importaba.

Me vertí una última jarra de agua, me puse de pie y me encontré conmigo misma en el espejo del tocador. Tenía el pelo enmarañado, enredado alrededor de las orejas como un nido de gorriones, las mamas llenas, surcadas de aureolas oscuras en torno a los pezones, cuyo botón estaba oscuro también, y unas sombras pendían de mis ojos. Me sequé con toallas de lino limpias y me envolví en una sábana de baño para sentarme en la cama. Alice no se había movido de su sitio. «¿Dónde le gustaría estar?», me pregunté. Aquí no, desde luego, pero mi instinto me decía que tampoco añoraba el lugar del que se había marchado; era imposible, de todos modos, pues ya no era seguro. Quizá allí donde más cómoda se sentía era donde no me la había imaginado: entre los brazos de un amante bajo unas sábanas gastadas, o sentada junto a su padre al aire de una cálida noche de primavera.

—Alice, contéstame —dije, mientras me pasaba una camisa limpia por la cabeza—. ¿Te estoy

separando de tu padre?

—No.

—¿O de otra persona? —Negó con la cabeza—. Aquel hombre de la taberna...

Me miró bruscamente.

—¿Lo viste?

Por segunda vez, reconocía haberla espiado. Me ruboricé ligeramente y asentí con un gesto de cabeza.

—Solo de refilón por el pasillo cuando se iba. ¿Se portó mal contigo?

—No quiero hablar de ello.

Se dio media vuelta y no pude verle el rostro.

Me cepillé el pelo, recogí el corsé forrado de seda nacarada y tamborileé con los nudillos sobre él. Hoy no me lo pondría, decidí; ya no soportaba más ceñirme el vientre. Alice me vio jugueteando con la prenda.

—¿No te cansas de llevar ropa que no eres capaz de ponerte tú misma? —preguntó.

—No —respondí, sincera—. Solo me visto una vez al día. Excepto hoy.

Nos sonreímos y sentí que me había perdonado. Llamaron a la puerta, alguien entró a recoger el agua del baño y otra criada trajo galletas de azúcar y leche caliente, que compartí con Alice. Aseguré haberse alimentado mejor en veinticuatro horas que en todo un año. Allí sentadas, comiendo galletas y dándole las miguitas a Puck, con cristales de azúcar en los labios, el pelo limpio y sedoso, y mi vestido recién lavado, habría sido fácil olvidar el motivo de mi estancia, y sin embargo no conseguía sacármelo de la cabeza. La razón por la que Alice estaba conmigo era que mi embarazo seguía adelante; y la razón por la que yo me hallaba en aquella habitación luminosa y espaciosa a ochenta kilómetros de la mía era porque mi esposo tenía otra mujer. La situación era un completo desastre, pero de alguna forma, no había perdido la esperanza del todo. No de momento, en cualquier caso.

Al cabo de poco, apareció mi madre y no se esforzó por disimular su disgusto al ver a Alice sentada con las piernas cruzadas sobre su cama, con una taza de leche sobre las faldas espolvoreadas de azúcar. Alice se ruborizó y se sentó correctamente.

—¿Piensas vestirte hoy, Fleetwood? —preguntó mi madre.

—Tal vez. —La vi lanzar una ojeada fugaz a mi vientre, más pronunciado bajo la enagua al no quedar sepultado por capas de seda, de terciopelo o de lana—. ¿No tenéis madera para la lumbre? Parecemos dos sirvientas con estos rescoldos de carbón.

Sus ojos refulgieron muy negros.

—En esta casa llevamos una economía solvente. Si prefieres calentarte con madera, puedo darte un hacha.

Nos fulminamos con la mirada y se fue, cerrando con ímpetu la puerta tras ella.

—Ni madera, ni trigo, ni velas de cera... —pensé en voz alta—. Voy a empezar a creer que mi madre se está degradando con la edad.

Alice atizó las cenizas en el hogar.

—¿De dónde obtiene el dinero? —quiso saber.

—Nunca lo había pensado, pero supongo que... de nosotros.

Trinó un pájaro en las copas de los árboles bajo la ventana, un canto dulce y cristalino. Nosotros. Siempre había asumido que esa palabra significaba mi esposo y yo, pero durante todo ese tiempo él había estado llevando una doble vida. ¿A cuál de sus mujeres consideraría la primera? Me quité la alianza del dedo y me la volví a poner. Repetí el gesto varias veces.

—¿Creciste aquí?

—¿Aquí? No. Crecí en Barton. Solo hace unos años que mi madre vive en esta casa.

—¿En Barton? Pero ¿no es ahí donde...?

—Sí.

Me miró asombrada.

—¿Tu esposo tiene a su amante en tu casa?

—No la considero mía, pero sí.

—¿Por qué no? —Sentí sus ojos dorados sobre mí.

—No fue un lugar feliz.

Dejó escapar una risita y volvió a sentarse sobre los talones.

—¿Cómo puede una mansión no ser un lugar feliz? ¿Acaso no tenías vestidos preciosos, comida suculenta y criados?

No sonreí. Ella ya me había permitido asomarme y echar un vistazo a su vida: por el ojo de la cerradura, pero algo era. Ahora, sin apartar sus ojos sagaces de mi rostro, esperaba a que yo decidiera cuánto estaba dispuesta a compartir con ella. Suspiré y crucé las piernas, imitándola.

—Mi padre murió a los pocos años de que yo naciera. No conservo recuerdos de él. A partir de entonces, solo quedamos mi madre y yo. No tenía amigas, ni primas con quien jugar, aparte de Samuel, mi pájaro. Un día, dejé la jaula de Samuel demasiado cerca del fuego y murió. Era mi único amigo. Fui una niña miserable. Cuando me portaba mal, mi madre me amenazaba con mandarme a mi marido. Debería haber tenido otra mascota, algo para hacerme compañía, pero no lo busqué.

—¿Tu marido? —preguntó de pronto—. ¿Te refieres a Richard?

—Estuve casada antes de Richard.

Antes de que pudiera impedirlo, el recuerdo que tanto me había esforzado por sepultar emergió a la superficie: el salón, las faldas de mi madre desapareciendo al doblar la esquina, la voz profunda, cascada de mi marido: «Ven conmigo, Fleetwood», su mano enorme aupándome a su regazo.

—¿Estuviste casada antes? Conque estabas... ¿Estás divorciada?

—¡Oh cielos, no! El matrimonio se anuló para que pudiera casarme con Richard. Mi madre decidió que los Barton y los Shuttleworth formaban una combinación más provechosa. Si Richard no hubiera aceptado, aún seguiría casada con el señor Molyneux. —Llevaba tanto tiempo sin pronunciar su nombre en voz alta...—. Y no pienso que fuera un buen hombre.

Alice guardó un silencio meditabundo.

—¿Cuántos años tenías cuando te casaste la primera vez? —quiso saber.

—Cuatro.

Enmudeció de la impresión. Después, preguntó:

—¿Y él?

—Unos treinta.

—Qué horror... —murmuró.

—Solo lo vi en dos ocasiones: primero en Barton y luego en nuestra boda. Después de eso, volví a casa para vivir con mi madre hasta que estuviera preparada para ser su esposa. Afortunadamente, aquel día nunca llegó.

Cada rasgo del semblante de Alice transmitía compasión, y algo más: una suerte de entendimiento sombrío, como si también ella supiera cómo funcionaba el mundo y lo hubiera visto con sus propios ojos.

—¿Por qué me miras así? —dije, casi riendo—. ¿Acaso pensabas que podía escoger un marido? ¿Esperar que alguien en la taberna se fijara en mí?

—Supongo que sí.

—Lo cierto es que, si hubiera podido, también habría escogido a Richard.

—Debes de amarlo con todo tu corazón.

—Sí. Me rescató de un futuro diferente y me brindó uno nuevo. Yo no tenía voz en el asunto. Tú, en cambio, eres afortunada. Tú sí puedes escoger a alguien que te guste.

Esbozó una sonrisa tímida.

—Nunca me habían llamado «afortunada».

—¿Y conoces a muchos hombres en la taberna?

—¿Borrachos? A puñados.

—Un abanico de posibilidades, entonces. —Nos reímos y hubo una pausa cómoda. ¿Sería aquello la amistad? Al cabo de un rato, volví a adoptar un tono serio y dije—: No me imagino volviendo a casa.

—¿Qué harás? —me preguntó ella.

—No tengo la menor idea. —Jugueteaba con el anillo de bodas, girándolo una y otra vez—. ¿Quieres oír una historia?

—Sí.

—No sé de dónde proviene, pero la gente del pueblo de Barton, donde estaba mi casa, contaba que había un jabalí que rondaba por los parajes y causaba estragos en el bosque. Mi padre ofreció mi mano a la persona que diese muerte al animal. Se organizó una cacería y, el día de Saint Lawrence, el mayor de los Shuttleworth lo mató. Hay una posada en el lugar llamada La Cabeza del Jabalí, aunque no estoy segura de qué vino antes, si la posada o la historia.

Alice estaba confundida.

—Pero tu padre murió antes de que...

—Solo es un cuento. ¿Y sabes la mejor parte? Me dan pánico los jabalís.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Tengo pesadillas con que me persiguen. Debí de oír la historia de niña, porque me aterrorizan desde que tengo uso de razón. El emblema de la familia Barton consta de tres cabezas de jabalí.

Nunca le había contado a nadie, además de a Richard, tantas cosas de mí misma, y me sentía expuesta. Alice guardaba silencio.

—Seguro que tú no le temes a nada —dije.

—Naturalmente que sí —dijo, y se sacó una hebra suelta del delantal—. A mí me dan miedo las mentiras.

Aquella noche, de madrugada, me desperté de repente. La habitación estaba a oscuras y flotaba el sutil aroma de la mecha quemada. Algo me había despertado, un ruido o un movimiento. Puck, quizá, pues había empezado a dormir en la habitación con nosotras de vez en cuando. Volví a cerrar los ojos e intenté acomodarme bajo el cubrecama, pero no podía ignorar la sensación de que alguien me observaba. Retiré las colchas y me arrastré hasta el borde de la cama para echar un vistazo a la carriola de Alice. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, distinguí el tenue resplandor de las sábanas blancas. Su pequeña camita estaba vacía.

Una respiración sonora se agitó detrás de mí y supe de inmediato que había alguien más en la habitación. Me di la vuelta despacio, buscando en la oscuridad, y estuve al borde del vahído al ver una silueta alta con un camión blanco de pie justo detrás de mi cama, donde mi cabeza había estado recostada. Ahogué un grito en la garganta.

—¿Alice? —susurré sin apenas oírme por el latido estentóreo que retumbaba en mis oídos.

No se movió, más allá de un ligero balanceo. No alcanzaba a verle el rostro.

—Alice —dije, elevando la voz—. Me estás asustando.

Sin hacer ruido, regresó a la cama y se acostó. Mi corazón tardó tanto en sosegar que los bordes de la ventana ya clareaban para cuando cedí al sueño.

—¿Te acuerdas de lo que pasó anoche? —le pregunté por la mañana, mientras se frotaba con paños de lino. Me miró—. Estabas de pie detrás de mi cama.

—¿Eso hacía?

—Sí. Me diste un buen susto. Pensé que el corazón se me iba a salir por la boca. —Parecía sorprendida y afirmó no recordarlo—. ¿Eres sonámbula?

—Sí, pero solo...

Se interrumpió y siguió frotándose la piel.

—¿Solo qué?

—Nada.

Al cabo de varias noches, volví a despertarme con la misma sensación, y allí estaba ella, fantasmagórica a la luz de la luna, y otra vez, unos días después. Siempre resultaba desconcertante, pues parecía estar protegiéndome de algo, y no tenía claro si tan siquiera ella sabía de qué.

La cocinera de casa de mi madre era una mujer a la que llamábamos «señora Knave». Ella fue la responsable de que, tras un largo invierno de letargo, mi apetito regresara. Me preparaba tartas de manzana, pan con mantequilla, galletas, pan de jengibre y mazapán. A la hora de comer, teníamos hojaldre de salmón con salsa de nata y perejil, tartas de ostras, y unas piezas de buey tiernas y rosadas en el centro. Había puré de patatas, zanahorias rehogadas en mantequilla y pastelitos de queso que me abrasaban la lengua. Cada noche tomaba un traguito de rosolí —brandy con canela — y mis mejillas huesudas fueron paulatinamente recuperando el color. No vomité ni una sola vez. Después de la conversación con Alice acerca de la gestión del hogar de mi madre, sustituyeron el carbón y las velas de sebo por leña y velas de cera, con instrucciones a los proveedores de cobrárselo directamente a Richard.

Una mañana, el movimiento en mi vientre me despertó antes de que despuntase el alba. Estaba tendida con ambas manos posadas sobre mi tripa abultada, tensa como un tambor, pensando en lo extraño de aquella sensación y escuchando la respiración regular de Alice. Las palabras del doctor Jensen resonaban en mi cabeza, como acostumbraban hacer en esas horas tempranas y solitarias, así que salí de la cama y me acerqué a la ventana. El cielo tenía un hermoso azul intenso, pero el bosque de árboles que rodeaba la casa estaba aún sumido en las sombras. Más allá, se hallaba el pueblo.

La estancia estaba caldeada y el aire viciado, de modo que busqué el manto y me lo puse directamente sobre el camisón. Fuera, el pasillo estaba en silencio, la puerta del dormitorio de mi madre, al fondo, cerrada. Bajé sin hacer ruido hasta la cocina, con la boca reseca y anhelante de una pera madura o un albaricoque jugoso. Encontré una pera en una cesta que estaba en el suelo y me encaminé hacia la puerta trasera, giré la llave y salí para comérmela al aire libre mientras rompía el alba y los pájaros canturreaban sobre mi cabeza. El jugo me resbalaba por las manos y el mentón, y permanecí bajo la inmensidad del cielo, sin parar de pensar, pero deseando que mi mente se vaciara. Sentí una voltereta en el estómago, puñitos y piececitos diminutos que

aporreaban y pataleaban.

—Buenos días —susurré—. ¿Vamos a ver el amanecer?

La piel me picaba de nuevo y me estaba rascando distraída cuando, de repente, algo captó mi atención en el extremo de la arboleda. Era un animal que serpenteaba entre los troncos. Bajo la luz de la mañana, tenía el mismo color que Puck, pero mi grandullón estaba plácidamente dormido sobre la alfombra turca. Permanecí inmóvil contra el muro y lo observé acercarse, culebreando entre los árboles como si quisiera alcanzar la casa sin ser visto. Era un zorro. Me sostuvo la mirada mientras ambos esperábamos a que el otro realizara un primer movimiento y, entonces, un pájaro grande, un grajo o un cuervo, emergió aleteando de entre las copas de los árboles y lanzó un graznido a la mañana. Para cuando volví a mirar, el zorro había desaparecido, pero algo en él me condujo hacia alguna parte de mi cabeza. No entendí lo que era hasta que subí y me encontré a Alice haciendo la cama. Alzó la mirada cuando entré y entonces lo vi: sus ojos eran del mismo color que el zorro, como monedas al sol.

Dos cartas llegaron al mismo tiempo: una para mí, otra para mi madre, ambas de Richard. Aunque no fueran más que hojas de papel, me daba la sensación de que Richard había llegado a la casa, de que había irrumpido donde no era bienvenido. Su letra inclinada siempre parecía presurosa, por mucho que le hubiera dedicado una tarde entera a una carta, y ahí estaba, dibujando mi nombre. Mientras que mi madre abrió la suya de inmediato, yo me guardé la mía en el bolsillo.

Alice estaba fuera. Pasaba largos ratos en el bosque, en busca de plantas para cultivar en su huerto frente a la cocina y, con frecuencia, me asomaba a la ventana para verla arrodillada en el suelo, pisándose las faldas arrebuñadas y su cofia blanca yendo de acá para allá entre el verdor. Pocos días después de que los picores comenzaran, la vi ir del huerto a la puerta de la cocina con un puñado de hojas verdes y planas que después me trajo a la habitación. Me ordenó frotármelas sobre la piel, allí donde me picara, y poco después las molestias remitieron de golpe y mi piel recuperó su tersura lechosa.

—Durante el trayecto para venir aquí, dijiste que los niños dan más problemas de lo que valen.

Había salido al jardín y la contemplaba trabajar la tierra. La suciedad le tiznaba el rostro. Se sentó sobre los talones y se limpió la mejilla con el dorso de la mano, caliente por la labor, pese al fresco de aquel día de primavera.

—Y aquí estás, plantando un bancal para ayudar a crecer a un niño que aún no ha nacido — comenté—. Me pregunto si te da miedo tenerlos, sabiendo lo que sabes acerca de cómo llegan al mundo. Habitualmente, las parteras son viejas y ya no están en edad de concebir, o al menos las que he visto por aquí.

—Quizá.

Parecía pensativa y distraída a un tiempo. La observé arrancar una planta y lanzarla a su cesta y decidí regresar al interior, pues la brisa fría ya no resultaba agradable, pero entonces, habló.

—¿Cuántos hijos quieres tener?

Crucé los brazos sobre el vientre.

—Dos —respondí—, para que nunca estén solos como me sucedió a mí.

—¿Un niño y una niña?

—Dos niños. No le desearía la vida de una niña a nadie.

La carta de Richard no salió del bolsillo de mi vestido y, aunque llegué a olvidarla, al cabo de dos días mi madre decidió que el plazo adecuado para la deliberación era de dos días después de su recepción. Supe lo que estaba a punto de suceder por el modo en que depositó la cuchara sobre la mesa; podía verla paladeando el nombre de su yerno.

—Fleetwood —dijo—, ¿has pensado cuándo regresarás a Gawthorpe?

—No.

—¿No lo has pensado?

Miré a Alice, sentada enfrente de mí, que removía despreocupadamente la comida y la miel.

—Ya os he dicho que no.

—Bueno, dime entonces... —Mi madre volvió a agarrar la cuchara—. ¿En qué has estado pensando?

Hasta ese momento no había reparado en el ejemplar de la Biblia del rey Jacobo que había

junto a su mano. Al ver que la miraba, la alzó y la abrió por la cinta marcapáginas.

—Mientras comemos, reflexionemos sobre el evangelio según san Lucas. «No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados.» —Dejó el libro junto al tazón y volvió a coger la cuchara—. ¿Qué opinas de este fragmento, Fleetwood?

Fingí pensar y me pasé la lengua por los dientes.

—Opino que es sorprendente cómo el rey está presente en todos los hogares y en todas las estanterías por medio de esta Biblia. Nos anima a no condenar al prójimo y, sin embargo, parece no dedicarse a mucho más. Los papistas, las brujas...

—El rey no ha escrito la Biblia, Fleetwood. Es la palabra de Dios. El rey ya escribe sobre las brujas en su propia obra.

—¿De verdad?

Se levantó y abandonó la habitación. Regresó al cabo de unos instantes con un fino volumen encuadernado en piel de borrego negra, que me tendió. Aparté el tazón y sostuve la suave cubierta. La palabra *Demonología* figuraba impresa bajo una ilustración a tinta del diablo. Las llamas le lamían el cuerpo y unas alas inmensas se desplegaban de su espalda. Levanté la vista y miré a mi madre, que me indicó que siguiera leyendo.

—«Escrito por su alteza el poderoso príncipe Jacobo» —leí en voz alta.

Alice contemplaba el libro que sostenía entre las manos y recordé que no sabía leer. Pasé la página y seguí las palabras del rey.

—¿Qué dice? —preguntó.

—«La pavorosa abundancia en estos tiempos y en este país de estos detestables esclavos del diablo, las brujas o los nigromantes, me ha llevado, estimado lector, a despachar en esta publicación este Tratado...», ¿ha escrito un libro sobre brujería? —le pregunté a mi madre, mientras hojeaba lo que aparentaba ser un tratado muy concienzudo.

—Hará al menos veinte años, un mal de ojo cayó sobre un barco en el que el príncipe Jacobo viajaba rumbo a Escocia. Llevó a los tribunales a unas cien brujas, acusadas de traición. Allí se celebran juicios contra las brujas unas veinte veces al año. Una pariente lejana de uno de los mozos de cuadra fue ejecutada hace no mucho; aquí en Westmoreland no estamos lejos de la frontera. Lo que hace tu amigo Roger Nowell está a la orden del día, Fleetwood. Ejecutar a los herejes no es nada nuevo.

La letra temblorosa de Nick Bannister me vino a la mente: «Alice Gray, de la misma localidad».

Había resultado fácil no pensar en ello desde que estábamos aquí, o, al menos, me lo había resultado a mí. Me pregunté si la pequeña Jennet seguiría en Read Hall.

—Pero la definición de bruja sí es nueva. —Alice se dirigía a mi madre—. Son personas de paz, que se han dedicado a lo mismo durante siglos. Cuando el rey ascendió al trono, la gente empezó a tenerles miedo. ¿Acaso nunca habéis necesitado la ayuda de una curandera?

Madre refulgió con hostilidad.

—¿Cómo osas dirigirte a mí con semejante insolencia en mi propia casa? ¿Eres partera o una autoridad política?

Le dirigí a Alice una mirada de advertencia. El rubor le ascendía por la garganta.

—Jill solo decía que tal vez no todas las acusadas de brujería son culpables —me apresuré a intervenir.

El cuello de mi madre estaba tachonado de unas motitas de un furioso escarlata.

—¿Defiendes a esas fieles del diablo que emplean sangre, huesos y pelo para conjurar su brujería? ¿Qué hay de pacífico en ello? Son un hatajo de impías.

Los ojos de Alice se fijaron sobre la mesa; era consciente de que había hablado fuera de lugar.

—Ya basta —zanjó mi madre, se alisó la servilleta sobre el regazo y se dirigió a mí—: Regresemos al asunto que nos ocupa: cuándo vas a volver al condado de Lancaster y a tu esposo. Ya te has tomado tu tiempo y ahora lo único correcto es que regreses. Eres una esposa, y las esposas viven en su casa, no con sus madres.

—¿Y si Richard ha llevado a esa mujer a Gawthorpe?

—No haría nada parecido.

—Entonces ¿he de suponer que ella continuará viviendo en nuestra casa?

—¿Y dónde quieres que esté? No está en tu parroquia, ni en tu camino. Está fuera del alcance de tu vista y de tu cabeza.

Lancé el libro del rey sobre la mesa.

—No está fuera de mi cabeza. Puede que lo esté de la vuestra, pero no es vuestro esposo quien tiene otra mujer. ¿Cómo podéis defenderla? ¿Y a él? Si tan angelical es, ¿por qué os tiene regentando una casa como si fuerais la esposa de un campesino?

—Estoy contenta con mi suerte, como tú deberías estarlo con la tuya —respondió con frialdad—. Sin duda, este nefasto desabrimiento tuyo es lo que habrá alejado a tu marido.

—Lo que le hizo alejarse fue la necesidad de un heredero, y el hecho de que su esposa fuera incapaz de dárselo.

Me escocían los ojos y sentía una opresión en la garganta.

—Fleetwood, ¿te crees que Richard es el primer hombre que tiene una querida y un bastardo?

El fantasma del picor guio a mis dedos hacia mi cráneo y mi cuello.

—Ahora saldréis con que Padre las tenía a pares.

—Por supuesto que no. Pero mi padre sí.

La miré, y continuó:

—Mi padre tuvo tres esposas y todas le dieron hijos antes de casarse. Cuando las dos primeras murieron, la tercera estaba preparada para instalarse en casa. Yo no —se apresuró a puntualizar—. Eso sí, yo tenía muchos hermanos y hermanas. El testamento de Padre ocupaba diez páginas de largo. Y a todos, sin excepción, nos dejó algo.

—Lo que me estáis diciendo —intervine despacio— es que, si muero, ¿esta mujer ocupará mi lugar y se instalará con sus hijos en mi casa y ya nadie se acordará de mí?

—¡Hay que ver qué cosas salen de tu boca! —exclamó mi madre—. Yo no he dicho tal cosa. Mientras puedas tener hijos, tu lugar en la familia no corre peligro. Alumbra al heredero de tu esposo y nadie pensará en esa otra mujer, así como nadie piensa en los cientos de otras mujeres y en sus hijos bastardos repartidos por los hogares de todo el país.

Su silla chirrió sobre la tarima de madera cuando la arrastró hacia atrás, y abandonó la estancia a zancadas. Esperé hasta que sus pies resonaron por las lajas de piedra de fuera, agarré el libro del rey y lo estampé contra la pared.

Pero el tratado de *Demonología* volvió a aparecer más tarde aquel día sobre la cama de Alice. Le pregunté por él cuando regresó del huerto, con las manos sucias.

—Pensaba que no sabías leer.

—Y no sé —replicó mientras vertía agua de la jarra en la jofaina del tocador—. Quería mirarlo. ¿Me lo podrías leer? Quiero saber lo que dice. El rey.

—¿Por qué?

El agua parduzca resbalaba por las paredes de la bacinilla mientras Alice se frotaba manos y muñecas.

—Por favor —dijo. Después añadió—: He estado fuera de lugar con tu madre. No debería haber sido tan impertinente.

—Olvidalo. Yo ya lo he hecho. —Me senté en el borde de la carriola de Alice, alcancé el libro y lo hojeé—. No tengo ni idea de por qué está escrito en diálogos. —Alice me miró perpleja—. En diálogos, como en las obras de teatro.

—Nunca he visto una.

Abrí el tratado por el capítulo cuatro.

—«Filomates dice: “Os ruego, asimismo, que no os olvidéis de explicar cuáles son los rudimentos del Demonio”.»

—¿Los rudimentos?

—«Epistemón contesta: “Con eso me refiero a toda suerte de encantamientos que las necias comadres emplean para sanar dichos bienes, para protegerlos del mal [...]. Como curar las lombrices restañando la sangría, o enderezar los esguinces de los caballos resolviendo un acertijo, o como una infinidad de cosas por medio de las palabras, sin aplicar nada a la parte afectada, tal y como hacen los galenos”.»

—¿Qué significa?

—Hacer cosas con palabras y sin tocar nada. Maldiciones. Curar cosas o mutilarlas desde lejos. Me cuesta creer que el rey tuviese tiempo de escribir esto mientras gobernaba Escocia.

—No entiendo por qué escribe un libro sobre el tema. Aunque, bueno, si yo pudiera escribir un libro, quizá lo haría —dijo Alice.

Me reí.

—¿Tú? ¿Escribir un libro? Las mujeres no escriben libros. Además, antes tienes que aprender a escribir.

—Si puedes escribir una carta, ¿por qué no un libro?

—Alice —dije con dulzura—, las cosas no funcionan así.

Se me ocurrió una idea:

—¿Alguna vez has visto tu nombre por escrito? —Negó con un movimiento de cabeza—. ¿Te gustaría?

Asintió con otro gesto de cabeza y cogí la carta de Richard, aún envuelta en la cinta, y fui a buscar una pluma y un tintero al escritorio que estaba en la esquina de la habitación de mi madre. Me senté junto a ella en la carriola. En uno de los cuartos del papel, bordeado por la cinta, escribí el nombre de Alice y soplé la tinta antes de entregárselo. Sonrió, lo cogió y lo miró a trasluz, como si brillara.

—¿Qué pone ahí? —preguntó, señalando las letras que trazaban bucles en torno a la cinta roja.

—Eso es mi nombre.

—¿Y por qué es más largo que el mío si se tarda lo mismo en decirlo? Fleet-wood. A-lice.

—No funciona así. Cada una de estas cosas es una letra. A-L-I-C-E. Cada una se traduce en un sonido diferente, pero cuando las pronuncias juntas, forman todavía otro sonido.

Escribí su nombre con letras grandes y espaciadas en el cuadrante superior derecho y le entregué la pluma.

—Inténtalo tú.

Su forma de coger la pluma me hizo sonreír.

—No, así mejor.

Le mostré cómo hacerlo. Con mano temblorosa, copió la «A» en otro cuadrado, y continuó con las demás letras. Me eché a reír cuando me lo enseñó.

—¿Qué?

—Lo has escrito tan apretujado que parece la letra de un piojo.

—¿De un piojo?

—Cuando alguien escribe muy junto se dice que tiene letra de piojo.

—¿Por qué?

Arrugó el rostro en una mueca ante la que no pude reprimir la risa. Entonces esbozó una sonrisa y poco después nos estábamos desternillando como dos lecheras bobaliconas, agarrándonos mientras las lágrimas resbalaban por nuestras mejillas.

—Empieza por la «A» —le dije—, y luego sigues con las demás letras.

Aquella noche, mientras me desvestía para irme a dormir, vi el trozo de papel sobre el escritorio junto a la pluma. Las palabras de Richard seguían sin abrir y sin leer, y en la esquina que quedaba libre, un pequeño ejército de aes viajaba por la página como si fuera una plaga de piojos. Una plaga de Alices. Me hizo sonreír.

La ventana de la habitación que ocupábamos Alice y yo daba a la fachada delantera y dominaba sobre la extensa floresta poblada de perdices y faisanes y sobre la pendiente que la surcaba por la mitad y ascendía hasta la casa. Una mañana, oí un repiqueteo de cascos en el exterior y pensé que Richard por fin había venido. Sin embargo, apostada en el marco de la ventana y escudriñando por el cristal, distinguí a una mujer joven que lucía un hermoso vestido verde guisante y un pecho con el que solo podía soñar, que desmontaba de su caballo mientras otra, más plana y ataviada de color escarlata, esperaba junto al suyo. Ahogué un grito cuando las reconocí.

—Han venido las hermanas de Richard —informé a Alice, con la voz entrecortada por el pánico.

Esa mañana me había levantado tarde, me sentía acalorada y perezosa, y acababa de terminar el desayuno aún en camisón. Me despegué de la ventana de un brinco y empecé a colocarme los rizos del pelo. Mi madre había ido al pueblo y no sabía cuándo volvería, de modo que tendría que ejercer de anfitriona.

La señora Anbrick, el ama de llaves, vino a la puerta del dormitorio y llamó enérgicamente.

—Señora, vuestras cuñadas han venido de visita.

El ama de llaves era una mujer cálida, agradable, de piel suave y ojos chispeantes. No entendía cómo ella y mi madre se llevaban bien. Por el tono de su voz parecía ilusionada, impresionada, incluso; las visitas no eran frecuentes en esta casa. Le di las gracias y cuando el ruido de las pisadas se hubo desvanecido, me volví hacia Alice y le dije en voz baja:

—Que no te vean. Lo más sensato sería que no te movieras de aquí.

—Pero no saben quién soy, ¿verdad?

—No, pero son unas cotorras y tienen un olfato de sabueso para los rumores, así que mantente apartada de su camino.

Cerré la puerta tras de mí.

Eleanor y Anne estaban sentadas en el salón de mi madre, donde el fresco nunca se iba del todo. No obstante, la sala gozaba de una vista agradable sobre el anticuado jardín de nudo de la parte trasera de la casa, cuyo propósito era más funcional que estilístico, pues solo las flores más recias resistían la altura de estos páramos ventosos.

Las dos hermanas de Richard compartían su cabello claro y sus ojos glaucos, pero Eleanor era hermosa, y Anne, anodina.

—¡Fleetwood! —cacarearon cuando entré.

Ambas repararon enseguida en mi vientre, donde mi vestido sin mangas se abría y dejaba a la vista la tensa esfera de tela plateada. Nos besamos y tomé asiento junto a la ventana, tenuemente bañada por el sol.

—Nos llegaron rumores de que estabas aquí, ¡y eran ciertos! —dijo Anne con descaro—. ¿Y sin Richard?

—Así es, sin Richard. —Intenté forzar una sonrisa—. ¿Cómo os habéis enterado?

—Estábamos en casa de unos amigos en Kendal, ¿conoces a los Bellingham de Levens Hall? —Negué con la cabeza—. Una de sus criadas es la prima de una de las tuyas de aquí, una de la cocina. Apenas osábamos creerla cuando nos aseguró que estabas pasando aquí el verano, pero ¿cuántas mujeres se llaman Fleetwood Shuttleworth? ¡Y aquí estás! ¿Y sola?

—Sí, sola.

El alivio me permitió reclinar me más cómodamente en la silla. Todavía no me había frotado los dientes y aún sentía el agrio regusto de la mañana en la boca.

—No por mucho tiempo. —Eleanor señaló mi vientre—. Hay que ver lo rarita que eres, lejos de tu esposo y a punto de tener una criatura. Supongo que por estos lares las mujeres de la clase alta pueden obrar como les plazca.

Soltó una risita cantarina. Al oírla hablar, daba la impresión de que hubiera vivido toda su vida en una mansión londinense.

Antes de que pudiera indagar sobre lo que había contado la criada, continuó:

—Qué emocionante: un nuevo heredero Shuttleworth. ¿Estás preparada? ¿Tienes partera? —Asentí—. Bueno, quizá debas pasármela cuando hayas terminado. Le avancé una indirecta a Richard en mi última carta, pero aún no estaba confirmado. ¡Voy a casarme antes de final de año!

Compuse una cara de alegría.

—¡Qué buenas noticias! ¿Quién es tu esposo?

—Sir Ralph Ashton.

Tanto Anne como Eleanor eran mayores que yo. Cuando Richard y yo nos casamos, me ilusionaba la idea de pasar seis meses con ellas en Londres, pero tras trece años de soledad, no estaba habituada a que me hablaran, me toquetearan y me hicieran rabiar a todas horas del día. Toda mi vida había anhelado tener hermanas, y en cuanto las tuve, ansí librar me de ellas y de sus parloteos, sus pellizcos y su curiosidad desmedida.

—¡Fleetwood! —me reprendió Eleanor—. He dicho que la boda será probablemente para la fiesta de los Santos Arcángeles. ¿Habrás dado a luz a finales de septiembre?

—Tal vez.

Me preguntaba qué sabrían —si acaso sabían algo— acerca de la otra mujer de Richard, Judith, pero antes de que me decidiera a exponer mi duda, la señora Anbrick entró con una jarra de vino generoso y tres copas de cristal veneciano. Miró con aprobación nuestra fiestecita femenina, complacida de ver las puertas de la casa abiertas a la sociedad. Serví unas copas abundantes y brindé por el matrimonio inminente de Eleanor. Anne sonreía, pero no se me escapaba que, en el fondo, estaba alicaída, sin marido concertado. Como en el caso de Alice, no podía evitar considerarla afortunada. Di un buen trago; el vino era dulce y ardiente a la vez.

—Fleetwood, ¿por qué estás aquí sin Richard? —quiso saber Anne, esbozando una media sonrisa y removiéndose en el vestido.

Con sus rostros pálidos vueltos hacia mí y sus gorgueras blancas resplandecientes bajo el sol, parecían dos margaritas.

Introduje la mano bajo la gorguera para rascarme.

—Me...

De pronto, el niño dio una patada, y mis manos salieron maquinalmente disparadas a mi vientre.

—¿Ha dado una patadita?

—Sí.

—¿Podemos tocar?

Estaba demasiado sorprendida para negarme y, en cuestión de segundos, cuatro manitas blancas presionaban mi vestido. Me revolví incomoda, queriendo alejarlas.

—Es maravillosamente extraño —exclamaron a coro, con unos ojos muy abiertos y llenos de expectación.

Deseaba que el niño se quedara quieto, y lo hizo.

—¿Cómo está vuestra madre? A buen seguro te extrañará, Eleanor, cuando te marches de

Forcett.

—Sí. Está bastante bien, pero no nos visita muy a menudo —contestó—. Supongo que llorará mi ausencia. Aunque Anne siempre estará ahí, claro —añadió petulante.

—¿Y qué nuevas traéis de Yorkshire? —pregunté.

—Nada de interés. No es como en Lancaster.

—¿Qué quieres decir?

—Tú lo sabrás todo de ellas, naturalmente, de las brujas de Pendle. Dicen que se va a celebrar un juicio y que más de doce acabarán en la horca. Según las criadas de Levens, será lo máximo que Inglaterra haya visto nunca. Algo habrás oído al respecto.

Tragué saliva.

—Algo, sí.

Pensé en Alice, en el piso de arriba, inclinada sobre el aparador con su pluma. No teníamos pergamino, así que había estado practicando en el interior del ejemplar de *Demonología* de mi madre, y una vez dominado su nombre de pila, había pasado al apellido.

—Bien, ¿y qué sacas en claro?

—No sé, porque he estado aquí —dije con frialdad—. Y no presto atención a los parloteos de las criadas.

Eleanor se ruborizó y Anne se estremeció.

—Me pregunto qué aspecto tendrán. Me alegro de que no tengamos brujas en Yorkshire, no podría pegar ojo.

Eleanor soltó una risa aguda y tintineante.

—No creo que precisamente tú corras ningún peligro, Anne. Parece que solo se maldicen entre ellas y a sus extraños semejantes. Por lo visto, entierran gatos en las paredes y obligan a sus criaturas a beberse su sangre. Y el condado de Lancaster es un hervidero de brujas, a juzgar por lo que se oye. ¿Estás segura de querer volver, Fleetwood, y criar a tu hijo allí? —bromeó Eleanor.

—Asesinan niños —soltó Anne alegremente—. Y dicen que tienen animales que son el demonio disfrazado.

—Sí, ¡como sapos, ratas y gatos! —chilló Eleanor, y las dos se descoyuntaron de la risa.

—¿Conocéis a una mujer llamada Judith? —las interrumpí.

—¿Judith? No. ¿Es una bruja?

No respondí y rellené los vasos. El vino entraba con facilidad y me estaba soltando la lengua.

—¿Por qué no damos un paseo por el jardín? El día está agradable.

Lo cierto era que no aguantaba ni un minuto más con ellas en ese cuchitril. Al ponernos de pie, me di cuenta de que la cabeza me daba vueltas. Las acompañé fuera, el cielo estaba claro y el aire tibio y ventoso. Dimos una vuelta a la casa y Eleanor recogió un puñado de flores, que se sujetó en el pecho.

—¿Parezco una novia? —preguntó.

—¡La novia más bella que he visto nunca! —dijo Anne.

Revoloteaban en sus faldas, daban vueltas y vueltas y, al ver que no me reía ni les seguía el juego, Anne se detuvo.

—Fleetwood, te encuentro distinta —dijo Anne—. No sé exactamente en qué; algo en ti está más... algo.

—En tu estilo, Anne. Como un libro abierto... —bufó su hermana como un cerdo.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Siempre has sido bastante melancólica, eso sí, pero ahora pareces... llevarlo mejor.

—¿Melancólica?

—Sí, un poco lastimera y triste. Pero ahora pareces distinta, mayor, de algún modo... Más consciente.

—Preferiría no ser consciente —farfullé—. Preferiría no saber.

Eleanor me miró sin comprender.

—¿Saber el qué?

Había quietud a nuestro alrededor; el viento se había calmado por un momento. Entre el vino generoso, el brillo de los rayos de sol y las sinuosas colinas verdes que nos rodeaban, sentía la cabeza ligera.

—Saber acerca de vuestro hermano —dije, con gesto inocente. Anne también se había quedado quieta y las dos me miraban en silencio—, y su otra mujer. Sobre el niño que está esperando. ¿No lo sabíais?

El bonito ramillete cayó de las manos de Eleanor y las flores se desparramaron por el sendero. Sus rostros compusieron idénticos semblantes de impresión.

—No estás hablando en serio.

—La vi con mis propios ojos: está en Barton, en la casa de mi padre. Ahí es donde la tiene.

Una bandada de pájaros alzó el vuelo desde unos árboles cercanos y sus alas rasgaron el aire sobre nosotras. Ya había sembrado las semillas, a partir de ahora, crecerían, lo quisiera o no.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Anne con voz ligeramente temblorosa.

—Sí, bastante —dije. Tragué saliva.

—Pero solo lleváis casados...

—Cuatro años.

Tenía diecisiete años, pero con todo lo que había vivido, bien podría haber contado el doble o el triple de edad. Mi esposo ya tenía una amante, aunque yo no era ninguna vieja matrona de pelo cano y patas de gallo. Sospechaba que era más joven que ella, pero cada vez que se me venía a la cabeza, la embellecía en mi recuerdo. El hijo que había querido entregarle a Richard como regalo era ahora un bien mucho más valioso: aseguraba mi plaza en el hogar, en la familia. Sin él, yo sería un mero ornamento, una esposa solo de nombre. Ahora lo sabía. Si esta criatura parecía en mi interior como las precedentes, cabía la posibilidad de que me mudase definitivamente a casa de mi madre, pues entonces valdría menos que nada. Esa idea sembró una dolorosa pepita de terror en mi vientre. Debía alumbrar al hijo de Richard para asegurar mi futuro, pues si el niño moría, quizá yo también moriría con él.

Dimos otras dos vueltas más al jardín sumidas en un silencio sepulcral, solo interrumpido por los comentarios ocasionales e incómodos de Anne y Eleanor acerca de las inclemencias del tiempo, de lo lejos que estaba Westmoreland de Yorkshire en cuestión de modas y de si algún miembro de la familia Bellingham se habría mandado hacer un atuendo en los últimos cinco años.

No permanecieron mucho más tiempo y anunciaron que no esperarían a que mi madre regresara, irían al pueblo a buscar a su mayordomo a la posada y emprenderían el viaje de vuelta a Yorkshire. Pero cuando caminábamos hacia las cuadras, pasamos junto a la puerta trasera de la cocina, esta se abrió, y, de pronto, ahí estaba Alice.

Su boca dibujó un pequeño círculo de sorpresa, llevaba una cesta en un brazo y un delantal viejo sobre el vestido. Nos miramos un largo instante y Anne y Eleanor se percataron de que había algo extraño entre nosotras, pues, habitualmente, los criados pasaban desapercibidos.

—¿Quién es? —preguntó Anne.

Me lamí los labios.

—Nadie. Alice, pasa adentro.

Esbocé una sonrisa tensa y me volví para continuar nuestro camino. Solo cuando no se movió,

di en lo que había dicho. Me sentí como si me hubiera saltado un escalón, el suelo bajo mis pies se hubiese inclinado y enderezado de golpe. Un instante después, Alice se retiró y la puerta de la cocina se cerró.

El pavor crecía en mi interior, retorcido y sinuoso como una anguila, y no me atreví a mirarlas, pues ignoraba lo mucho o lo poco que sabían. Lo que sí tenía claro era que debía actuar como si no hubiera pasado nada y Alice no fuera nadie.

—¿Sabéis? Me ha entrado un cansancio repentino —dije, con voz queda—. ¿Vamos a buscar vuestros caballos? Creo que necesito tumbarme.

En cuanto hubieron formulado sus despedidas apresuradas y emprendido el descenso de la ventosa pendiente, regresé al salón y me terminé la jarra de vino. Algo había ido terriblemente mal y era incapaz de determinar hasta qué punto. Había sido una necia al hablarles de Richard; no afectaba en nada a mi situación, pero sí repercutiría en su carácter. Y haber soltado así el nombre de Alice... Lo más probable es que no tuviesen modo de saber que se trataba de la misma Alice Gray cuyo nombre aparecía en una lista del condado vecino, aquella que podía, o no, estar buscada por la inquisición. ¿O sí la tendrían?

Para cuando subí a mi dormitorio, estaba ebria y ni siquiera era mediodía. No encontraba a Alice por ninguna parte, así que me senté en el borde de la cama y me quité los escarpines de una patada. Las hermanas y la madre de Richard —si esta última no estaba ya al corriente— sin duda tendrían algo que decirle con respecto a Judith, y puede que se enfureciera aún más conmigo. Probablemente, me convertiría en la comidilla de Yorkshire y del condado de Lancaster, mi nombre resonaría por los grandes salones y comedores. En realidad, estaba más enfadada con él que conmigo. Todo este asunto era culpa suya, y de mi madre, también, sabiendo lo que sabía de Judith y ocultándomelo, presionándome constantemente para que engendrara un hijo, como si yo no quisiera, como si no supiera lo importante que era. Antes pensaba que los estaba decepcionando con mi fracaso, pero allí, tendida en la cama, acariciada por esa luz cálida, comprendí que también ellos me habían decepcionado a mí.

Aunque no todos.

Debí de quedarme dormida, pues sentí algo húmedo contra mi rostro. Cuando abrí los ojos, Alice estaba inclinada sobre mí con una jofaina y un paño.

—Pensé que tenías fiebre —dijo.

Notaba la lengua seca y me sentía tan atolondrada como antes. El sudor se concentraba en mis axilas.

—Se me ha ido la mano con el vino generoso —dije.

El niño que llevaba dentro estaba inmóvil, también, aletargado por el vino dulce. Las palabras de las hermanas de Richard resonaban en mis oídos: «En Lancaster la cosa está que arde».

—Estoy preocupada —dije, incorporándome.

Una pequeña arruga se dibujó en su entrecejo y sus ojos me miraron con preocupación.

—¿Por lo de antes, en el jardín?

—Sí. He pronunciado tu nombre. Lo siento. No sé si lo saben... No sé qué saben exactamente. O, lo que es peor, a quién se lo contarán.

—Pero no hay nada que contar. No van a pensar nada por dirigirle la palabra a una criada.

—Solo si no saben quién eres. Ay, ¿por qué no me habré acordado de Jill? Ojalá pudiera coserme la boca.

Removió el paño en la jofaina. Parecía incómoda.

—Alice —dije—. Mi madre estará al caer, así que he de pedirte esto ahora. Quiero que me cuentes qué hacías con Elizabeth Device aquel día en el bosque.

Su mano se detuvo y sus dedos quedaron flotando a flor de agua. Además de su sempiterno aroma a lavanda, emanaba también un olor a tierra, a cosas que alimentaban y crecían.

—No te lo preguntaría si no lo considerara importante.

Tras una pausa, se acercó al aparador y dejó la jofaina. Suspiró, dándome la espalda.

—¿Recuerdas cuando estábamos en tu salón y me preguntaste dónde trabajaba y contesté que en el Hand and Shuttle? ¿Y me preguntaste que desde cuándo y dije que no mucho?

—Sí.

—Llevaba allí empleada una semana.

Contuve el aliento.

—¿Y recuerdas cuando me sorprendiste con los conejos la primera vez que nos vimos?

—Sí.

—Me había perdido de verdad. Acababa de empezar a trabajar en el Hand and Shuttle e intentaba orientarme.

No me miraba y hablaba con la vista fija en la pared, yo, entretanto, observaba su cuello esbelto y su espalda delgada.

—Antes de eso trabajaba en una taberna en Colne. Una mañana, iba de camino al trabajo y me encontré a un hombre que yacía en el suelo. Era una carretera tranquila y no había nadie alrededor. Era un buhonero. Todas sus cosas estaban esparcidas tras él en una estela, alfileres, agujas y retales de tela, como si el hombre se hubiera tambaleado y las hubiese ido perdiendo. En un inicio, lo di por muerto, pero estaba vivo, farfullaba y hablaba entre dientes. Tenía la mitad del rostro caída y no se le abría un ojo. Ya lo había visto antes con mi madre.

Me costaba respirar; el aire en la estancia era denso, intentaba tragar saliva, pero tenía un nudo en la garganta.

—Lo llevé a la posada, el patrón me ayudó a subirlo a la planta de arriba e instalarlo en una alcoba, y llamó a un médico. El hombre seguía mascullando cosas sobre un perro negro y una chica que se había encontrado por la carretera, pero se comía las palabras y no entendimos qué pretendía decirnos. Más tarde aquella misma noche, llegó una muchacha.

Alice tenía ambas manos sobre el aparador, como si estuviera sujetándose.

—La chica estaba muy nerviosa, sollozaba e imploraba perdón. No entendí a qué se refería hasta que mencionó haber lanzado una maldición a un buhonero ese mismo día. Iba sucísima, como si se hubiera pasado el día vagabundeando bajo la lluvia. La invité a pasar y a secarse, pero el patrón no quiso ni oír hablar, pues era una mendiga y él no permitía entrar a los de su calaña. La mandó a tomar viento. Antes de irse, la muchacha me dijo que se llamaba Alizon y que regresaría al día siguiente para ver cómo se encontraba el hombre.

—Alizon Device —susurré—. ¿Y volvió?

Alice asintió, sin dejar de darme la espalda.

—Y al día siguiente, y al otro. Pero Peter, el posadero, no la dejaba pasar; según él, traería problemas. Para entonces, el hombre ya había despertado y logré deducir que se llamaba John. Me sentaba con él, le daba cerveza y comida y le limpiaba la boca cuando se le caía. Su rostro seguía paralizado, como si solo le funcionara una mitad. No sé si ya estará normal. Recuperó algo el habla, nos comunicó el nombre de su hijo, nos pidió que le escribiéramos, y Peter envió a un hombre.

»Una mañana, estaba sentada a solas con él, la chica había acudido y, como de costumbre, se había quedado en el patio, retorciéndose las manos y llorando, pidiendo verlo. Estaba destrozada y no paraba de repetir que todo había sido culpa suya. Decidí informar al hombre de que la muchacha estaba ahí para implorar su perdón, le pregunté si quería que la dejara pasar, y asintió.

»Peter no estaba, de modo que yo tenía que encargarme de atender a los clientes. Así que bajé y le pedí que se diera prisa. Permanecí en la planta baja. Al poco de subir, la chica bajó las escaleras como una exhalación y subí de nuevo a ver a John. Estaba muy nervioso, sollozaba, tiritaba y señalaba la puerta con el dedo. «Es una bruja», repetía sin parar.

En ese punto, Alice se acercó a la ventana y miró hacia fuera. El sonido del páramo se filtraba por el cristal, una ráfaga de aire solitaria que plañía contra el marco.

—¿Y qué pasó?

—Me dijo que llevaba un perro negro con ella, el mismo que la acompañaba en la carretera. Pero yo no había visto nada; no sabía de qué me hablaba, no sabía si estaba soñando. Entonces, apareció alguien más: la abuela de la muchacha. Su presencia heló la estancia, de verdad. Todo el mundo percibió su llegada. Todo el mundo sabía quién era.

—¿Quién era?

—Demdike, la llaman. No se deja ver mucho, pero los lugareños la conocían. La habían visto alguna vez, habían oído lo que la gente decía.

—¿Qué decía la gente?

—Que si es un bicho raro, que si es una bruja, que si esto, que si lo otro. «No te acerques a ella», avisaban. Pero la vieja no había acudido a ver a John Law. Estaba allí para verme a mí.

—Pero ¿por qué?

—Alizon debió de contarle que yo había encontrado a John y estaba cuidando de él. Y entonces empezó a amenazarme. Me dijo que me echaría una maldición si no mentía por Alizon. Quería que negara haberla visto, que afirmara que el viejo se lo estaba inventando todo, que estaba mal de la cabeza y hablaba sin ton ni son.

»Pero Peter ya le había enviado una carta al hijo de John y este acudió sin tardar, de Halifax o no sé dónde. John le informó de que había perdonado a Alizon; era un temeroso de Dios y creía en la piedad, era lo que Dios deseaba que hiciera. John Law es un buen hombre. Pero su hijo Abraham no atendió a razones. Mandó buscar a Alizon y la interrogó. Demdike la acompañó y yo creo que le pusieron la piel de gallina. Demdike lo desmentía todo, chillaba y maldecía todo lo allí presente, y Alizon lloraba. Yo estaba allí plantada, sin saber qué hacer. Y el hijo se volvió hacia mí y me preguntó: «¿Habíais visto antes a estas mujeres de aquí? ¿Esta chica conjuró una maldición contra mi padre?».

»Las palabras no me salían, y John, en su rincón, no paraba de chillar como un gorrino. Su hijo, Abraham, tenía la cara encendida y parecía dispuesto a matar a alguien, y me daba miedo. Así que contesté que sí, que las había visto.

»Entonces el hijo intentó que rompieran la maldición, pero Alizon no lo conseguía, y Demdike dijo que solo podía anularla quien la hubiese conjurado. Así que eso fue todo. Abraham mandó llamar al magistrado y Peter me pidió que me marchara por todo el alboroto que había causado.

Se le quebró la voz.

—Había trabajado allí casi diez años. Él sabía que era buena empleada, así que me encontró un puesto en el Hand and Shuttle. Su cuñado es el patrón.

Estaba en blanco. Mis pensamientos se detuvieron. Me miraba los pies, menudos y delicados, enfundados en sus medias de seda blanca. Alice callaba y permanecimos en silencio un largo rato, hasta que una idea me vino a la cabeza.

—Pero ¿en qué implica eso a Elizabeth Device? ¿Qué hacías con ella aquel día?

—Una noche se presentó en el Hand and Shuttle. De algún modo, descubrió que yo estaba allí, no sé cómo. Alizon y Demdike estaban detenidas, así que había perdido a su hija y a su madre. Cuando vino a verme, fue el blanco de las miradas curiosas de los parroquianos. Bueno, te

imaginarás por qué. Temía perder ese empleo también, así que le dije que se marchara. Me pidió que acudiera a su casa ese viernes, que había invitado a unas vecinas para hablar de cómo ayudar a las detenidas. Yo tenía que ayudar, me dijo, porque era... —Su voz tembló—. Dijo que yo era la razón por la que su hija y su madre estaban entre rejas.

Negué con la cabeza.

—Pero si solo intentabas ayudar.

—Estaba desesperada... Enfadada. Saltaba a la vista que quería hacer algo. Y yo quería ayudar. Y acudí, como una necia. Tenía que actuar para que dejaran de presentarse en mi trabajo y buscarme líos. E incluso después de eso, después de ir a Malkin Tower, Demdike me estaba esperando en el bosque cerca de tu casa. No puedo escapar de ellas.

Había verdadero pánico en su voz. Recordé sus sollozos mientras dormía.

—Pero ¿qué sucedió en Malkin Tower? ¿De qué hablaron?

Alice se encogió de hombros.

—Comimos y hablaron de cómo ayudar a Alizon y a Demdike. Era solo una reunión de conocidos de la familia, de vecinos y así. Además de mí y otra persona.

—¿Quién era?

Ante esa pregunta, Alice agachó la cabeza.

—Katherine, la amiga de mi madre. Mould-heels.

—¿Por qué acudió?

—Estaba conmigo cuando...

Ambas pegamos un respingo cuando la puerta se abrió de golpe y mi madre irrumpió, ceñuda y disgustada.

—¿No se te ha ocurrido mandar a alguien a buscarme al pueblo? —rugió.

Me erguí y le lancé una mirada de odio, resentida por la interrupción.

—La visita ha sido breve. Las hermanas de Richard estaban de paso, volvían a Forcett desde Kendal.

—¿Cómo se han enterado de que estabas aquí?

—Una de las criadas de aquí es la prima de alguien de la casa donde se alojaban.

Sus ojos negros me penetraban.

—¿Qué les has contado?

—Nada —mentí.

El silencio posterior indicó su profunda incredulidad.

—La comida está casi lista —se limitó a contestar, y salió dejando la puerta abierta.

En silencio, me acerqué a cerrarla y volví junto a Alice. Todas las preguntas que podía haber formulado estaban maduras, colgaban de la habitación. No tenía más que alargar el brazo y arrancar una, pero opté por la primera que me vino a la cabeza, que hilaba con lo último que había dicho.

—Alice, decías que Mould-heels estaba contigo cuando... ¿qué?

Alice guardó silencio; del otro lado de la ventana, el viento soplaba desde el páramo y ululaba con un sonido muy similar al llanto de un bebé. Se cubrió el rostro con las manos.

—¡Alice! ¿Qué ocurre?

—No puedo hablar de ello —susurró—. No lo soporto.

—Sea lo que sea, no puede ser tan malo.

Pero no me lo quería contar y percibía la vibración de las ondas de la irritación de mi madre contra la puerta. Lo último que necesitaba era otra tarde de combate. Bajé a comer atribulada, como si, además del viento, algo más presionara contra las ventanas para que lo dejaran pasar.

Esa noche tuve la pesadilla. Me desperté, paralizada por el miedo, con una vela a mi vera y un rostro familiar, pero asustado, tras ella. Tenía las piernas enredadas entre las sábanas y estaba empapada en sudor. Estaba tan atemorizada que pensé que el corazón se me saldría por la boca, y Alice se sentó a mi lado hasta que mi respiración se sosegó y las sombras de los rincones de la habitación se volvieron menos aterradoras. Esperaba no haber gritado, pero los ojos alarmados de Alice y su mandíbula apretada me inclinaron a pensar que lo había hecho.

—Ya está, ya está —susurraba—. ¿Eran los jabalís?

Asentí entre jadeos y el pavor volvió a apoderarse de mí, así que comprobé entre mis piernas en busca de un reguero de sangre, pero estaban secas. Al cabo de un rato, Alice se acostó y su respiración empezó a sosegarse también. Llevábamos un mes en casa de mi madre y durante todo ese tiempo me había librado de la pesadilla.

A partir de aquel desayuno, mi madre no había vuelto a sacar a colación mi regreso a Gawthorpe, como tampoco yo; sin embargo, debería haberla visto venir. Quizá, si la estatua de escayola de Prudencia me hubiera hecho compañía en mi habitación, me habría acordado de ejercitarla de vez en cuando, pero mi vieja amiga seguía a kilómetros de allí en mi aposento de Gawthorpe.

Estaba en la cocina comiendo galletas recién salidas del horno con la señora Knave, cuando la señora Anbrick llegó para anunciarme que habían venido a verme. Lo sabía desde que me había despertado: un cambio en el ambiente, una sensación inconstante de incomodidad en el vientre. Se me estaba agotando el tiempo.

—¿Quién es?

No necesitaba preguntar. Las faldas negras de mi madre entraron en la cocina antes que ella, fluidas como un pez que se desliza sobre un estanque. Traía el semblante listo para la batalla.

—Fleetwood, sal de la cocina ahora mismo —ordenó.

El pánico despertó en mi vientre y me clavó a la silla.

La señora Knave agachó la cabeza y se sacudió torpemente las manos rechonchas en el delantal. Dirigí a mi madre la mirada más hostil que fui capaz de componer, me puse de pie y la pasé de largo, recordando el momento en que había abierto la carta de Richard y se había guardado el contenido para sí. No había caído en preguntarle qué decía, la que me había enviado a mí seguía intacta en el escritorio de mi aposento.

—No puedes evitarlo eternamente, Fleetwood.

Su voz resonó a mi espalda por el vestíbulo cuando me fui a esperar en el salón. Había decidido no volver a dirigirle la palabra.

Me senté tiritando, a pesar de que el ambiente del cuarto, con su ventana alta y estrecha, estaba cargado. El polvo danzaba por los rayos deslavados de luz, un tablero de ajedrez descansaba sobre un taburete junto a mi sillón. Mi madre jugaba de vez en cuando con el ama de llaves, y cuando no, jugaba en solitario. Siempre lo había hecho, pero por primera vez comprendí lo lamentable de la situación, ella sola en este cuarto y yo en el piso de arriba. Bueno, también podría haberme preguntado si quería jugar; no iba a sentir lástima de una mujer que se empeñaba en estar sola. Me abrí el vestido sin mangas para dejar mi vientre al descubierto, posé las manos sobre el regazo y esperé.

Puck entró primero; al verme, me saludó con la lengua y vino a sentarse a mi lado. Mi madre

llegó después, acompañada del repiqueteo de sus chinelas sobre las lajas de piedra y seguida de un paso más firme y pesado de botas de piel de becerro y del sempiterno tintineo de las monedas.

—Fleetwood.

Lo oí y lo vi a un tiempo. Su pendiente refulgió y sus ojos glaucos centellearon. Primero me miró a la cara, después, el vientre.

«Sigues encinta», oí que pensaba.

Había olvidado que pueden mantenerse conversaciones mudas entre esposos, cuando se tiene a alguien calado hasta la médula, tanto como para reconocerlo en una habitación a oscuras. ¿Por qué no reconocer también su mente? Mi madre paseaba su mirada de uno a otro sin pestañear.

—Tienes buen aspecto —dijo Richard.

Callé.

—¿Fleetwood? —intervino mi madre.

—Podéis retiraros —espeté con frialdad.

Dirigió una mirada suplicante a Richard, pero sus ojos grises estaban clavados en el negro de los míos con tal intensidad que pensé que podría desvanecerme de un momento a otro.

Mi madre salió y cerró la puerta. No oí el eco de las chinelas en el vestíbulo, así que, al cabo de un instante, la llamé y se alejó taconeando.

Richard tomó asiento enfrente de mí y, para nuestra sorpresa, Puck emitió un suave gruñido y ladró.

—¿También has puesto al perro en mi contra? —dijo Richard bromeando, aunque con ojos pesarosos.

—Piensa por sí mismo.

Richard tragó saliva y se quitó el sombrero de terciopelo, se lo tendió a Puck para que lo olisqueara, en son de paz.

—¿Te acuerdas de mí, grandullón?

Sentí una doble traición cuando Puck se le acercó, restregó el hocico por su mano y esbozó una amplia sonrisa.

—Muy bien, eso es —murmuró Richard, sin dejar de rascarle todo el cuerpo y de acariciarle con sus vigorosas palmaditas.

—Se me había olvidado lo largo que era el viaje hasta este rincón —dijo al fin. Dejó el sombrero sobre su regazo.

—No te importaba cuando venías de caza.

—No he dicho que me importara.

—No habrás tardado un mes en venir, supongo.

Mi descaro nos sorprendió a los dos. Richard boqueaba sin pronunciar palabra y se removió en el asiento.

—No. Tenía negocios pendientes.

—¿Más importantes que tu esposa? ¿Cómo pudiste, Richard?

—Lo siento. Vuelve a casa, por favor.

Me llevé los dedos a los ojos y recordé los últimos cuatro años: los dos a caballo juntos, de compras juntos, en la cama juntos, riendo juntos. Parecía toda una vida de felicidad.

—Gawthorpe no es lo mismo sin ti. Es nuestro hogar; deberíamos estar allí juntos.

—¡Si nunca estás!

—Lo estoy. Quiero estar allí, contigo.

—Todos esos secretos, Richard. Y todas esas mentiras.

Recordé las palabras de Alice: «A mí me dan miedo las mentiras». Ahora entendía a lo que se

refería: las mentiras ostentaban poder para destruir vidas, pero también para crearlas, así como el vientre de Judith había crecido con las que Richard había urdido.

—Aquí soy feliz.

—¿Feliz? ¿Con tu madre? Pero si no la soportas. —No bajó la voz—. ¿Qué más tienes aquí aparte de criados ociosos y habitaciones polvorientas?

—Si están llenas de polvo es porque no le entregas suficiente dinero a mi madre —murmuré—. Nunca en la vida me habría esperado algo así, teniendo en cuenta la suma ingente que yo aporté a esta familia.

Alargó la mano hacia el bolsillo, buscando el monedero.

—¿Cuánto necesita?

—¿Cuánto le pagas a tu amante?

Abrió la bolsita y dejó algunas monedas sobre la repisa, como si estuviera liquidando mi estancia en una posada.

—Y ahora tienes que pagar por cuatro mujeres, ¿verdad? —continuó—. ¿Dos madres y dos esposas? Supongo que no es casualidad que el nivel se rebajase en esta casa cuando incorporaste otro hogar a tu estable. ¿Eras consciente de la pobreza en que la has mantenido?

—Por supuesto que no. Si necesita cualquier cosa, no tiene más que pedirla. Lo arreglaré. Quizá James hizo algunos ajustes para equilibrar la contabilidad de los que no tengo noticia.

—En ese caso, le preguntaré a James por qué ha estado enviando jabón de aceite de oliva a Barton mientras que el servicio de mi madre tiene que fabricarse el suyo.

Una sonrisa asomó en las comisuras de sus labios, sabía que le divertía que defendiera a mi madre. El pecho me bullía de rabia y esperaba su reacción con las manos aferradas a los brazos de mi sillón. No iba a permitir que se burlara de mí y pasara por alto que había tardado un mes en acudir a verme.

Debía de tener calor, ataviado con su jubón y su manto de fino terciopelo negro, y me fijé en el color de sus mejillas, ya se debiera al calor, a la vergüenza o a la frustración.

—He venido para llevarte a casa —dijo finalmente.

—¿Desde cuándo la tienes?

Exhaló, como si estuviera poniéndolo a prueba. No estaba acostumbrado a que le desobedeciera. No estaba acostumbrada a desobedecerle.

—Poco.

—¿Cuánto hace?

—Unos meses, tal vez.

—Conque es fértil, entonces. El éxito anhelado: una reproductora de primera. Y tú engendrarás un buen cachorro, más de lo que tu esposa podía darte.

—No seas ridícula. No somos ganado.

—Las mujeres y el ganado son muy similares, en realidad.

—Estás diciendo sandeces.

Me fijé en el tablero de ajedrez, cogí un peón de marfil y lo alcé al trasluz. Lo reconocí de inmediato, era el juego que mi padre tenía en Barton. Al devolverlo a su sitio me percaté de que estaba frente a la reina. La destroné con el peón y la figurita cayó al suelo y rodó por la alfombra raída hasta debajo de la mesa. Me imaginé a mi madre buscándola a gatas más tarde.

—¿Vas a ejecutarme, como el rey? —pregunté.

—Fleetwood, tú me importas. ¿Crees que deseaba verte tan enferma? Cada vez que has estado encinta has rozado la muerte, y ha sido culpa mía. No quería que sucediera: acudí a Judith para evitarlo, para protegerte.

—¿Para protegerme? ¿Mantener a tu amante en mi casa era un modo de protegerme?

—Odias esa casa, sabía que nunca irías.

—Y estabas en lo cierto. Me conoces mejor que nadie, Richard. Solo olvidaste una cosa: sé leer. Pensaste que nunca iría al estudio de James ni encontraría todas esas traiciones consignadas en tinta. Ahí estaban, para que yo las viera.

—¿Cómo supiste buscar en el libro mayor?

El corazón me empezó a latir más rápido.

—Necesitaba comprobar una cosa.

—¿Qué?

—Un pedido de lino. Nada importante.

Intenté actuar como si nada, pero Richard era un cazador y había olfateado algo. Sus ojos me escrutaron.

—¿Con quién has venido?

—Con nadie.

Le sostuve la mirada hasta que la apartó, y no le gustó lo que vio, pues dijo:

—Has cambiado, Fleetwood.

Esperé, pero no insistió. Únicamente, agregó con tono impaciente:

—¿Es que no van a traernos un refrigerio?

No contesté y volví la cara hacia la ventana gris. Richard se removía incómodo en su asiento.

—Roger vino hace poco con un paquete para ti. —Lo miré por el rabillo del ojo—. El collar de rubís.

—¿El que desapareció?

—Su criada lo encontró al pie de la cama de Jenet Device. Es una oportunista, no cabe duda.

—Es una ladrona. Pero no tuvo oportunidad. No la dejé sola ni un segundo. —Entonces, recordé mi incursión a la cocina para buscar la tarta de Roger y se me encogió el corazón—. ¿Salió del salón en algún momento?

—Supongo que sí.

—¿Y te has disculpado ante el servicio?

La vergüenza asomó en su rostro y allí, sumidos en un silencio furibundo, me volvieron a la cabeza los demás acontecimientos de aquel día. Habían sucedido tantas cosas...

—Y Sarah, la doncella, ¿cómo se encuentra?

—No se ha recuperado aún, pero mejor. El médico llegó a tiempo. Su madre sigue cuidando de ella.

—¿Sigues durmiendo en nuestra habitación?

Volvió a removerse en el sillón.

—Sí. He traído nuestro carruaje, para que te lleve de vuelta a Gawthorpe. He de ir a la frontera a hacer unos negocios con mi agente, así que continuaré hasta Carlisle antes de volver a casa. Puedes salir mañana.

Pensé en Alice, descansando en el piso de arriba en su carriola, traté de imaginar qué le depararía nuestro regreso.

—No puedo volver.

Algo pareció agitarse en Richard, estiró los dedos, sus anillos refulgieron, y apretó los puños.

—Por mucho que lamente el modo en que descubriste lo que hice, mi paciencia se está agotando. Ningún hombre quiere una esposa rebelde. Hay una línea muy fina entre ser tolerante y que le pongan a uno en ridículo.

Las lágrimas brotaron de mis ojos, calientes y furiosas.

—Y supongo que tú no me has dejado en ridículo a mí, ¿es eso? No hay ninguna diferencia entre yo y tus adorados halcones. Me tienes atada con una correa y, con un leve giro de muñeca, vuelvo a tu brazo.

Al menos tuvo la modestia de parecer ofendido. A medida que las palabras salían de mi boca, era consciente de que estaba traspasando las fronteras del comportamiento propio de una mujer, de una esposa. No tenía ni una cara bonita ni los modales que la acompañan. «En el fondo, no es de extrañar que mi esposo haya abandonado nuestro lecho y, con él, nuestro enlace», pensé miserable.

—Ya es hora de que te adaptes a tu nuevo papel —se limitó a decir.

—¿De mujer despechada?

—De madre.

—Me gustaría quedarme aquí algo más.

En ese momento, como si hubiera estado esperando, llamaron súbitamente a la puerta y mi madre pasó al salón.

—¿Habéis preparado sus cosas? —preguntó Richard.

Mi madre asintió con un gesto de cabeza y me dirigió una mirada.

—No pienso ir —anuncié.

Cortantes y afiladas, las palabras de mi madre se hundieron en mis entrañas, como el cuchillo en la mantequilla:

—No te quedarás aquí mientras tu esposo te necesite. Es hora de que te vayas.

Me levanté del sillón, me erguí en la plenitud poco espectacular de mi estatura y sentencí, fríamente:

—Si tal es vuestro deseo, sea.

Richard se marchó para continuar su viaje al norte a lomos de su caballo y yo me retiré a mi aposento. Para cuando alcancé lo alto de las escaleras, ya había trazado un plan en mi cabeza, que le comuniqué de inmediato a Alice:

—Puedes volver a Gawthorpe conmigo, como mi partera y mi compañera. Bajo esos términos perdonaré a Richard.

Alice, sin embargo, parecía indecisa y retorció la cofia entre las manos. Su pelo era una mata dorada, desgredada y rizada como la melena de un león.

—¿Te ha pedido que lo perdones? —preguntó.

—Me ha traicionado. Alice, vuelve conmigo y yo me ocuparé de todo. Me aseguraré de que tu nombre desaparezca, ese será mi precio. Richard cumplirá. Regresaremos a Gawthorpe y tendrás una cama preparada, y en un par de días Richard volverá y le expondré mis condiciones: si yo me quedo, tú también. No puedo dar a luz a este niño sin ti.

Su rostro era un mar de dudas, pero, a pesar de todo, conocía a mi marido.

Preparamos nuestro equipaje; en realidad, yo preparé mi equipaje, pues Alice llevaba encima todas sus pertenencias. No tenía baúl, ni alianza de bodas, ni esposo que la reclamara en casa, ni cuñadas que le hicieran visitas. Ni criaturas en su vientre, ni heredero que engendrar. Podía ir adonde quisiera cuando quisiera, y si así lo hubiera deseado, yo se lo habría permitido, incluso sabiendo que la necesitaba. No obstante, se montó al carruaje después de mí, tal y como hizo en el viaje de ida. Decidí que le entregaría un caballo al llegar a casa —el anterior era agua pasada, pues ahora sabía que confiaba en ella—, para que pudiera ir a visitar a su padre, una vez que Richard hubiese accedido a mis términos, y contarle que había encontrado un puesto fijo. Ahora bien, ¿qué nos encontraríamos en casa? Por primera vez desde que Alice me refirió su historia,

pensé en las brujas de Pendle y en qué sería de ellas. Tal vez Roger no hubiese logrado reunir pruebas contra todos los presentes en Malkin Tower; quizá se daba por satisfecho con las Device y sus vecinas y había arrojado la lista de Nick Bannister al fuego.

Me sostenía el vientre, las ruedas se sacudían por la carretera irregular y mi hijo se estremecía y giraba con ellas, ¿en qué cabeza cabía que viajar en carruaje era más seguro que montar? Puck sollozaba a mis pies, cansado del zarandeo constante. Le dije que pronto estaríamos en casa y le daría leche y pan, y su lengua reconfortante me lamió la mano.

Pocas horas después, perdí el interés por el paisaje; el cielo estaba cada vez más plomizo, caía una lluvia muy fina que lo volvía todo mortecino. Alice tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás sobre el respaldo. Me pregunté si estaría realmente dormida, o si estaría tan preocupada como yo por lo que se nos avecinaba. Incluso mi hijo, que solía incomodarme el sueño, estaba inmóvil.

El último tramo del viaje se convirtió en una carrera contra la oscuridad incipiente, y ya había entrado la noche cuando el carruaje aminó la marcha y dobló para tomar el camino de acceso a Gawthorpe. La oscuridad aquí tenía un cariz más negro, rodeados como estábamos de espesa floresta. Los cascos de los caballos repiqueteaban contra los adoquines; habíamos llegado al establo y los edificios anexos. El carruaje frenó y oí al cochero explicarle a alguien en el patio que había recibido instrucciones de depositarme directamente en la puerta. Para entonces, adormecida y espesa, había olvidado que Alice estaba conmigo. Habíamos pasado tanto tiempo juntas que ya no sabía lo que era estar sola. El carruaje estaba tan oscuro que no podía decir si dormía o no y me moría de ganas de llegar a mi cama. Instalaría a Alice en la habitación contigua, donde Richard había estado durmiendo, para tenerla cerca. Quizá Alice y él trabarían amistad, ahora que el misterio del collar estaba resuelto.

Nos detuvimos. Los caballos resoplaron y cabecearon. El cochero se movió sobre nuestras cabezas y después oí sus pies posarse sobre el suelo. Me moví en primer lugar, pero la puerta del carruaje se abrió de golpe ante mí y por poco me caigo hacia afuera.

Richard estaba allí. Su rostro quedaba oculto por la oscuridad y antes de que pudiera hablar, o incluso expresar mi sorpresa, me tomó de la muñeca y me apeó. Mis pies tocaron tierra firme y oí a Puck saltar tras de mí, y después dos cosas sucedieron al mismo tiempo: Alice bajó del carruaje y distinguí a Roger Nowell en lo alto de las escaleras.

Ni él ni Richard habían pronunciado palabra y apenas vislumbraba sus caras en la penumbra. Las antorchas ardían a ambos lados de la entrada, sus llamas se contoneaban de un lado a otro. Sentí como si me hubieran echado un jarro de agua fría por la espalda.

—Richard, ¿qué estás haciendo aquí? —pregunté.

Seguía sin soltarme el brazo.

La voz de Roger llegó desde las escaleras.

—Alice Gray, quedáis detenida por el asesinato de Ann Foulds, hija de John Foulds de Colne, por medio de brujería, y seréis prisionera de Su Majestad hasta el momento de vuestro veredicto.

En un abrir y cerrar de ojos, ya se había abalanzado sobre ella, raudo como una sombra.

—¡Roger! —grité—. ¿Qué estáis haciendo?

Pero Richard me empujaba escaleras arriba para meterme en casa. Me revolví con fiereza, intentando quitármelo de encima.

—¡Alice! ¿Qué es todo esto? Roger, Richard, dadme una explicación. ¡Suéltame!

Lo empujé con todas mis fuerzas y logré zafarme, pero antes de que pudiera bajar las escaleras, me había atrapado de nuevo y me sujetaba los brazos a la espalda.

—¡Fleetwood! —gritó Alice. Su cara y su cofia eran lo único visible bajo el fulgor de las

antorchas.

La mole oscura de Roger la introducía a la fuerza en el carruaje. Alice sollozaba atemorizada y desapareció delante de mis propios ojos, pero aún alcancé a oírla mascullar «no, no, no».

Uno de los caballos relinchó asustado y tiró de sus arreos. Acto seguido, estaba en casa y Richard cerraba la puerta; y yo estaba dentro, y ella fuera.

TERCERA PARTE

Y el hombre o la mujer que evocare espíritus de muertos o se entregare a la adivinación, ha de morir; serán apedreados; su sangre será sobre ellos.

Levítico 20:27

Richard se desprendió de mí como si fuera un trozo de carbón ardiente y desapareció por el pasillo hacia el gran salón. Me abalancé sobre la puerta y busqué el picaporte, tiré de él y me topé con la masa oscura del carruaje alejándose, fuera del espacio iluminado por las antorchas. Descendí los peldaños a toda prisa y por poco me tropiezo con mi baúl, que seguía al pie de las escaleras. Corrí para atrapar el carruaje, gritando el nombre de Alice junto a la ventanilla, pero la cortina no se abrió.

—¡Alto! —ordené—. ¡Alto!

El cochero siguió mirando al frente, inclinado sobre las riendas. Me quedé rezagada en cuanto aceleró el paso, y no pude más que contemplar cómo la noche engullía al vehículo, cómo se desvanecía el traqueteo de las ruedas, y los cascotes y los árboles cimbreaban en el claro.

Permanecí un buen rato en la penumbra hasta que el frío me caló los huesos. Sentía como si hubieran sumergido mi cuerpo en agua y lo hubieran anclado al fondo, mi vestido se me antojaba tremendamente pesado. Oí a dos mozos que salieron de la casa para cargar mi baúl y llevarlo adentro.

Yo misma la había conducido al centro de la tela de araña, allí donde aguardaba la depredadora.

Richard estaba en el gran salón, esperándome frente a la chimenea vacía. Todo cuanto pude hacer fue mirarlo y me devolvió una mirada de idéntica expresión.

—Me engañaste. ¡Y me mentiste!

—Y tú me engañaste y me mentiste a mí.

—¿Cómo?

—Me dijiste que ella no estaba contigo.

—Nos tendiste una trampa, nos has llevado hasta ella. ¿Cómo has podido...?

—Alice Gray está perseguida por crimen. Que la detuvieran aquí o en casa de tu madre carece de importancia.

—A mí sí me importa. ¿Quién te dijo que estaba ahí? ¿Tus hermanas?

—No, tu madre. Sin darse cuenta, naturalmente; ni siquiera estoy seguro de si traicionaría a su propia hija. Me escribió y me habló de la risueña Jill, la joven matrona a la que habías llevado contigo. Quería saber si la señora Starkie la había recomendado. La próxima vez, deberías esforzarte más por ocultar tu rastro; te tenía por una buena cazadora.

Respiré hondo varias veces, intentando contener la ira.

—¿Por qué han detenido a Alice?

—Desconozco los detalles.

—¿Roger dice que asesinó a una niña? Menudo disparate.

—Y tú estás segura de que no es así, ¿me equivoco?

—Por supuesto. No le haría daño a una mosca.

—En ese caso, no tiene nada que temer.

—Roger está ávido de poder —dije—. Solo está haciendo esto para calmar al rey y lucirse en la corte como un pavo real. Le traen sin cuidado las consecuencias, no le importa que la vida de la gente esté en juego. ¿Cuántas «brujas» más ha encontrado durante mi ausencia?

—No lo sé.

—¿Cuántas?

—Unas diez. Tampoco le ha sido difícil: ellas mismas le están dando los nombres, piensan que con eso comprarán su libertad. Son ellas quienes están montando la acusación, no él.

—Tenemos que hacer algo.

—¡No tenemos que hacer nada! —bramó—. ¡Tú ya has hecho bastante!

Le hervía la sangre. Había estado dando vueltas enfrente de la chimenea y ahora me miraba con toda la potencia de su ira. Recordé aquel día lluvioso de abril, cuando Roger y yo estábamos en la galería. «Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal.»

Alargué el brazo hacia una silla y me así al respaldo, reacia a hacer algo tan doméstico como sentarme.

—Me has dejado sin partera —dije, al fin.

—Hay muchísimas más, Fleetwood. No sé por qué te empeñaste en contratar a una aldeana harapienta que quizá haya matado a una niña. ¿Es la persona que deseas para dar a luz a nuestro heredero?

—Sí.

—Buscaremos otra partera.

—No tendré otra partera.

—Entonces, puede que mueras. ¿Es eso lo que quieres?

—Quizá. Es lo que tú quieres.

—No seas ridícula.

Me agarré con más fuerza al respaldo.

—Alice es irremplazable. Dime una cosa, Richard: ¿por qué a ti se te permite mantener a una mujer y a mí no?

El pulso me latía en las orejas y apreté la madera, deseaba astillar el roble entre mis dedos. Ante su mutismo y su semblante tenso y furioso, continué:

—Alice Gray me ha salvado la vida, no una, sino varias veces. Cuando tuve picores, me trajo plantas para frotarme la piel. Cuando sufrí vómitos, me preparó tinturas. Me brindó compañía cuando estaba en mi peor momento. Plantó un huerto para mi salud.

—Todo eso me suena a brujería —replicó con acritud—. ¿Cómo si no podría haber aprendido esas cosas?

—Es curandera, como su madre. ¿Ahora te has vuelto como el rey?, ¿piensas que todas las curanderas, mujeres pobres y parteras ejercen la obra del diablo? Pues debe de ser el patrón más importante del condado de Lancaster.

De pronto, me invadió el agotamiento y hube de sentarme por fuerza. Tenía el vestido polvoriento del viaje y una parte de mi cabeza todavía seguía en el carruaje con Alice y Roger, viajando hacia la oscuridad. Me dolía la cabeza.

—¿Adónde la llevará?

—A Read Hall, quizá. Tal vez directamente a Lancaster.

—Pero si las audiencias no se celebran hasta agosto.

Oí sus botas por las losas y, acto seguido, estaba arrodillado a mi lado, su pendiente de oro refulgía a la luz de las velas.

—Olvídate de Alice —dijo—. Ya has hecho bastante por ella.

—¿Olvidarla? ¡No he hecho nada por ella! ¿Cómo eres capaz? ¡Lo único que he hecho por ella ha sido ponerle la soga al cuello!

—Tu seguridad era mi única preocupación. En cuanto me enteré de quién era Alice, tomé cartas en el asunto, naturalmente. ¿Qué te ha pasado, Fleetwood? Eres otra persona desde que apareció Alice.

Su voz estaba cargada de odio. Me sequé la nariz con la manga. Necesitaba tumbarme desesperadamente.

—Quiero ir a Read Hall —dije.

—No harás tal cosa. Es tarde.

Una vez más, me hallaba maniatada, limitada por mi correa invisible. Era extraño: estaba en el salón de mi casa con mi esposo y mi perro, pero jamás me había sentido tan desdichada. Durante mucho tiempo, los dos me habían bastado, pero ahora me sentía una extraña en mi propia vida. Miré a mi alrededor, las ventanas oscuras, los brillantes paneles de madera, la galería donde los actores y los juglares habían representado sus funciones en los buenos tiempos. Estaban los escudos de armas sobre la chimenea, el mío incluido; las dos puertas, para que dos personas del mismo rango pudieran entrar al mismo tiempo. ¿De verdad esta era mi casa?

Richard me ayudó a ponerme de pie y apoyé una mano sobre la cabeza de Puck para subir. El hueco de la escalera estaba oscuro y yo ya estaba medio dormida.

Habían sucedido tantas cosas desde la última vez que estuve en mi aposento que me pareció una habitación nueva. Contemplé el lecho que había diseñado cuando era una novia joven y fantasiosa, con su cabecero decorado con cascos de caballeros, coronas y serpientes. En el centro, había dos escudos tallados en uno: las tres lanzaderas y el mújol de los Shuttleworth, y las seis merletas de Fleetwood. Me había negado a tallar el escudo de Barton aquí.

Richard durmió conmigo esa noche; ya fuera por solidaridad o por culpa, me traía sin cuidado. Puck durmió en el suelo al pie de la cama y roncó profundamente, pero, por una vez, Richard no protestó. Me quedé largo rato con la vista puesta en el dosel, mis pensamientos bullían, se agitaban de un lado al otro de mi cabeza.

Alice estaba acusada de matar a la hija de un hombre llamado John. ¿Habría muerto la niña durante un parto asistido por Alice? ¿O tal vez sería un cuento, fruto de la venganza de la lengua viperina de Elizabeth Device? Tal vez John Foulds era un amigo de Roger con una hija difunta y enterrada en el camposanto, dispuesto a enriquecerse traficando con las mentiras del magistrado.

Esperaba el sueño y, al saber que no había una silueta hecha un ovillo al pie de mi cama, tardó en llegar.

La mañana siguiente, me tomé mi tiempo para prepararme, pues hube de lavarme a conciencia tras la larga jornada de viaje. Me enjaboné el pelo, lo peiné y lo dejé secar sobre los hombros antes de vestirme. Prudencia y Justicia me contemplaban ausentes mientras me enfundaba en mis prendas; ahora que no usaba corsé ya no necesitaba doncella. Cogí una gorguera limpia y un tocado de perlas de la recámara y me los ajusté en su sitio. Me abroché las medias de seda por encima y por debajo de la rodilla, a pesar de que se aguantaban bastante bien en mis piernas hinchadas, y me calcé los escarpines. Me apliqué unas gotitas de aceite de rosas tras las orejas y en las muñecas, me froté los dientes con un paño de lino y escupí en el agua del baño, turbia de sudor, de mugre y de polvo. Después, abrí la puerta para que Puck me acompañara a desayunar. Seguía cansada y mareada del trayecto agotador desde la casa de mi madre y por los acontecimientos de la noche anterior, y no podía sacarme a Alice de la cabeza.

Como de costumbre, la comida de Barbara estaba insípida y jugueteé con ella en el plato, recordando las cerezas, el pan de jengibre y los pasteles de mantequilla de la casa de mi madre. Aquí todo era más soso. Del otro lado de la mesa, Richard comía con su halcón turco posado en el brazo, como el caballero de algún reino mítico. Si su intención era provocarme por haberme comparado con su ave, estaba obteniendo el efecto deseado. Lo observé, sin tocar mi plato. Parecía alegre y ocupado, ajeno a mi presencia. Quizá se había habituado a mi ausencia, como yo

habría de hacer con la suya.

Removí la cuchara en las gachas y fingí dar un sorbo a la cerveza.

—Preferiría que no metieses a esa criatura en casa —dije, al fin.

Aunque había intentado impostar un tono de preocupación, mis palabras sonaron rencorosas. El pájaro me miró con un ojo serpentino.

—Lo estoy acostumbrando a mí. Le gusta ver dónde vive su amo, ¿a ti no?

—¿Y si se libera de su correa y echa a volar a las vigas?

—«No escatiméis en sangre, o dejará de estar bajo vuestro mando y os hará seguirlo a él.» — Lo miré y me sonrió—. La regla de oro de la cetrería. Solo hace falta un pedacito de carne para que descienda de los aires.

—¿Y si ese pedacito es el dedo de un criado?

Richard me guiñó un ojo; estaba de buenas. El hecho de que pudiera estar de buen humor, después de todo lo ocurrido, me hizo aborrecerlo. Él jamás rozaría la cárcel; jamás se subiría a un carruaje empujado por un magistrado ebrio de poder. Lo miré, con un odio acendrado y firme.

—Iré a Read Hall por la mañana —anuncié, unos minutos después.

—¿A ver a Katherine?

Me lamí los labios.

—Sí.

—No podré acompañarte. Tengo que redactar unos contratos con James.

—¿Para qué?

—Voy a comprar unos terrenos abandonados por un granjero. ¿Sabes qué? Su hijo dijo que enterró un gato en la pared de su casa cuando la construyó.

—¿Por qué haría algo así?

Se encogió de hombros.

—¿Para ahuyentar al mal? La gente de por aquí puede ser muy peculiar. Unas ventanas de cristal cumplirían la misma función.

Me di cuenta de que había hecho una broma y esboqué una sonrisa forzada. Me había dado una idea.

Cabalgué lentamente hasta Read, disfrutando del espacio que me proporcionaba el aire fresco para cavilar y trazar un plan. Al pasar por las mismas viejas moradas, las mismas viejas granjas al pie de las mismas viejas carreteras, desfiló ante mis ojos una hilera de rostros veteados de arrugas que portaban en sus surcos la dureza de sus vidas. La gente pateaba fatigosamente, con la cabeza cubierta y los hombros caídos contra las penas, la enfermedad y el dolor. Sus casas eran de barro; sus espaldas estaban encorvadas por el trabajo duro. Ojalá gozaran de momentos de luz en su vida; ojalá pudieran dar un mordisco a una cereza y sorprenderse al dar con el hueso. Si construyeran un teatro en esta zona, no habría necesidad de cazar brujas. Quizá yo misma lo haría algún día.

El cielo estaba encapotado y la tierra, verde, y en cuanto me cansé de contemplarlos, no había mucho más que ver en la carretera de Read. Me acerqué a la casa y, aparte de un mozo que llevaba heno a la cuadra, no había nadie por allí. Le entregué mi yegua y me acerqué a la puerta, llamé y aguardé un largo rato antes de volver a llamar. Cuando la puerta se abrió, esperaba encontrarme a Katherine, pero no había nadie; comprendí entonces que la persona que me había abierto tan solo me llegaba a la altura del pecho, bajé la mirada a esos enormes ojos acuosos.

—Jennet —dije, intentando disimular mi sorpresa—. He venido a ver al señor.

La niña me miró.

—Ze ha ido. No *eztá* en *caza* —murmuró con su acento marcado.

Tenía la tez tan pálida que parecía plata. Se me encogió el estómago.

—¿Adónde se ha ido?

—¡Jennet! —Una voz llegó desde el interior de la casa. Katherine apareció tras ella. Tenía el rostro más tenso y consumido que la última vez que había estado con ella.

Tragué saliva.

—Hola, Katherine.

—Fleetwood. —Se frotó las manos y permaneció a pocos pies de la puerta—. Jennet, quita de ahí. Tienes prohibido abrir la puerta. Sube ahora mismo.

Aunque era una regañina, su tono denotaba ansiedad. La niña se alejó brincando y desapareció en el interior de la casa.

—Katherine, ¿está Roger en casa?

—No, se ha ido a Lancaster.

—¿Con Alice?

—¿Alice?

—Alice, mi partera. Alice.

Katherine pestañeó, seguía retorciéndose sus blancas manos.

—No os entiendo. Pasad, por favor. Iré a buscar un vino...

—No, gracias. Necesito saber si Roger se ha llevado a Alice a la prisión de Lancaster.

—Salió ayer por la noche y aún no ha regresado. Me dijo que iba hacia allí.

De modo que no alojaba a todas sus acusadas en esta casa como un posadero. Solo a aquellas que podían proporcionarle algo. Di un paso atrás y suspiré, pensando en qué hacer.

—¿Conocéis a un hombre llamado John Foulds?

Frunció el gesto confundida.

—Me temo que no. ¿Debería? —Negué con la cabeza—. Roger me contó que habéis pasado una temporada en casa de vuestra madre, en Kirkby Lonsdale —continuó Katherine, simpática—. ¿Fue... agradable?

—Mucho. Tengo que irme. Lo siento, Katherine.

Me despidió con la mano desde la puerta de su casa, como una mujer al borde de un precipicio, como si se dispusiera a saltar y venir conmigo.

—Fleetwood —me llamó, y di media vuelta. Parecía angustiada, como si lo que se disponía a decir pudiera causarle un tormento terrible—. Me dijo que se llevaba a un prisionero al castillo. No sabía que era una mujer hasta que la vi en el carruaje. ¿Era vuestra partera?

—Alice sigue siendo mi partera. Gracias, Katherine. Gracias por vuestra ayuda.

—¿No os quedáis a comer? A tomar un vino aunque sea.

Meneé la cabeza y me despedí, fui directa a la cuadra, donde mi caballo aún bebía del abrevadero. Esperé a que terminara antes de emprender el camino de vuelta a casa. Tenía la cabeza embotada de intentar comprender las implicaciones de esta terrible situación, y el camino de regreso a Gawthorpe fue más lento que el de ida.

Cuando llegué, desmonté y permanecí en el patio con el ceño fruncido y las manos aún en las riendas. Necesitaba algo más de la casa antes de partir de nuevo.

Richard estaba en el gran salón con James, entre legajos de papeles.

—¿Qué temprano has vuelto! ¿Cómo estaba Katherine?

—Bien —dije, ausente—. ¿Has visto al perro?

Richard me dijo que lo había visto en el salón.

—Salgo a montar —anuncié.

—¿Es sensato?

—Eso dijo Alice y hasta ahora nunca me ha llevado por mal camino. —Le sostuve la mirada—. Estaré de regreso en unas horas.

Una mezcla de diversión y fastidio a partes iguales asomaba en el semblante de Richard.

—¿Sabéis, James? —se dirigió al mayordomo—. Me pregunto si el rey hace bien al intentar atar corto las riendas de las mujeres del condado de Lancaster. Son ingobernables, ¿no os parece?

Cuando me miró de cerca, detecté un halo de malicia en mi esposo. Había vislumbrado un destello idéntico en casa de mi madre, en el momento en que decidió que él dispondría cuanto yo había de hacer, por primera vez en nuestro matrimonio. Ahora ejercitaba su autoridad como si fuera un músculo, probaba mi límite y el suyo.

—Lo desconozco, señor —respondió James con sobriedad.

—Son fieras, ¿no crees? —me preguntó a mí.

—También son inofensivas —repliqué cauta.

—¿Y quién lo juzgará?

Richard no desvió la mirada, así que esboqué una sonrisa torpe y me fui, pero antes de desaparecer, me llamó otra vez.

—Hoy tengo un viaje de negocios a Ripon y pasaré la noche fuera.

Me detuve, con la mano sobre la puerta.

—¿Cuándo volverás?

—Mañana tarde, o pasado por la mañana. Pero descuida, James se quedará aquí para echarle un ojo.

Fui en busca del perro. Al atravesar el tramo inferior de las escaleras, sentí la presencia del retrato de mi madre en lo alto de la torre, como si me observara desde la galería. Sentí un escalofrío y di media vuelta para salir al frescor de la mañana.

Era día de mercado en Padiham y el pueblo rebosaba animación por el gentío y los animales, estaba colmado del alboroto de los comerciantes y los mugidos del ganado. Cabalgué hasta el patio de cuadras del Hand and Shuttle, obviando las miradas curiosas que Puck y yo suscitábamos. Entré en el establecimiento con él y pregunté por el patrón a un muchacho con la mano vendada. El joven desapareció por el mismo pasillo que yo había recorrido poco tiempo atrás, justo antes de que Alice me instara a abrir los ojos. Ahora deseaba poder cerrarlos.

Apareció el mismo hombre que ese otro día, de dentadura podrida y rostro rubicundo e inquisitivo.

—No me presenté la última vez que vine aquí —dije tranquilamente—. Me llamo Fleetwood Shuttleworth. Vivo en Gawthorpe Hall.

—Sé quién sois —contestó, afable—. Soy William Tufnell, el patrón.

Entonces reparó en Puck, a mi lado, y por poco se le sale el corazón por la boca.

—No está permitido entrar aquí con perros, señora, lo lamento. Ni siquiera el vuestro.

Asentí mientras recorría el lugar de un vistazo y me fijaba en la chimenea que Alice habría barrido y las mesas que habría limpiado.

—No os robaré mucho tiempo, solo quiero preguntaros una cosa —dije—. ¿Habéis oído hablar de John Foulds y de su hija, Ann?

Me miró sin comprender.

—No hay nadie en Padiham con ese nombre. Y si tuviera mano para alzar una jarra, habría acudido aquí.

—Hay una posada en Colne. ¿Queen's Arms?

—Así es —dijo, con tiento.

—Tengo entendido que vuestra empleada Alice Gray llegó de allí, buscando trabajo.

—Mi cuñado me la transfirió, sí. Pero ya no está aquí.

—¿Cómo se llama vuestro cuñado? ¿Es el posadero?

—Peter Ward, señora. Y, sí. Allí lo encontraréis si preguntáis por él.

El Queen's Arms estaba a unos pocos kilómetros río arriba a las afueras del pueblo, e imaginé a Alice socorriendo a un John Law débil y petrificado por el camino de los arrieros. Era una posada pequeña, apenas más grande que una taberna, y rezumaba el mismo olor húmedo a cerveza nada más atravesar el umbral. El lugar estaba vacío, los bancos y las mesas estaban avejentados, pero bien fregados, y había serrín limpio por el suelo.

Dejé a Puck fuera, atado a un poste con la correa. Detrás de la barra, en el quicio de la puerta, una mujer con una escoba relataba una historia ramplona. Dejé que terminara, agarrándome las manos a la altura del torso. La mujer se percató de que alguien la observaba y, cuando se dio la vuelta para mirarme, abrió la boca con hosquedad.

—¿Puedo ayudaros?

Me miró de arriba abajo y apretó el palo de la escoba entre sus manos rojizas.

—Me llamo Fleetwood Shuttleworth. Estoy buscando al señor Ward, el posadero.

Podría haber dado una voz, en cambio, cruzó la puerta y la oí cuchichear. Un instante después, salió un hombre gordo como un tonel con un mechoncito de pelo blanco. Era tan enorme que sentí

el peso de sus botas sobre el suelo de tierra compactada.

—¿Puedo ayudar?

—¿Sois el señor Ward, antiguo patrón de Alice Gray?

—Si tuviera una pluma en el sombrero por cada persona que llega aquí preguntando por Alice Gray, parecería un pollo. ¿Qué ha hecho ahora?

Su elección de palabras me sorprendió.

—No ha hecho nada. Desearía saber dónde encontrar a su padre.

—¿Joe Gray? ¿Qué queréis de él?

—Me gustaría hablar con él.

—No dice gran cosa que merezca la pena. —Esperé—. Vive a menos de un kilómetro en esa dirección por el camino de los laneros, después hay que ir a la derecha, un poco hacia arriba, donde se acaban los árboles. ¿Qué queréis de él?

—Eso es asunto mío. ¿Quién más ha preguntado por Alice?

—Oh... —Gesticuló con su manaza—. Un magistrado la semana pasada. Yo le dije: «¿Estáis seguro de que buscáis a la persona correcta?». Y antes de él, preferiríais no saber... Una pazpuerca zarrapastrosa con un ojo apuntando al cielo y el otro al infierno. Y su madre, que chillaba como un marrano en el matadero. Dios sabrá qué querrían de ella.

—¿Se refiere a Demdike? ¿Y a Elizabeth Device?

—Demdike, esa misma. Significa «mujer demoníaca», ¿lo sabíais? Ahora mismo hay dos familias de por aquí encerradas por brujería, ¿podéis creerlo? Las Device y la vieja Chattox y su hija. La gente dice que son de la misma calaña y que están en guerra, que colaboran con el diablo. Y la mocosa esa que vino hace unos meses para preguntar por el pobre desgraciado al que echó una maldición. Al carajo con toda esa gente. No quiero a esa chusma por aquí, mis clientes dejarán de venir si saben que ha habido brujas. Por eso tuve que dejar marchar a Alice: siempre andaban preguntando por ella. Años y años tuve trabajando a ese adefesio, pero la moza me asustaba a la clientela.

—De modo que la dejasteis marchar —dije, con frialdad.

—Ella solita se lo buscó, para bien o para mal.

—Lo único que hizo fue traer aquí a un pobre hombre y ayudarlo.

—Ojalá no se hubiera tomado la molestia. Ese tipo no me trajo más que disgustos. Todo el día lamentándose y lloriqueando en su habitación, que si perros, que si agujas, que si maldiciones. Ese sí que está para que lo encierren, pero Alice me rogó que lo dejara quedarse.

Miré a mi alrededor, las mesas y las sillas vacías, las cubas llenas esperando a vaciarse en las barrigas de los parroquianos. Tenía un negocio que atender y puede que hubiera algo de verdad en sus palabras, pero se equivocó al despedir a Alice, pues, al hacerlo, asumía que había obrado mal.

—¿Conocéis a John Foulds? —pregunté, por último.

—También lo queréis, ¿eh? Tiene mala suerte con los hombres, esta Alice, con el carcamal de su padre y el granuja de John Foulds.

Se me erizaron los pelos de la nuca.

—¿Perdón?

—Viene por aquí, de vez en cuando. Bueno, venía, hasta que... Lleva un tiempo sin dejarse caer. No sé dónde anda.

—¿Hasta que qué?

Peter alargó el brazo para rascarse el costado de su enorme panza.

—Su hija murió hace poco. ¿Cuánto hará ya de eso, Maggie? Unos seis meses o así, calculo.

—Y Alice y él...

—Bueno, se cortejaban. Él había estado casado antes, su mujer falleció. Nunca ponía las cartas boca arriba esta Alice, contaba poco. Pero nunca se casaron. Ya no encontraréis a Alice por aquí, lamento decepcionaros. Si le preguntáis a su padre, puede que tampoco tenga mucha idea. Podrías probar suerte en el Hand and Shuttle, ahora trabaja allí, en Padiham.

—¿Y cómo es él? —Sentía la boca reseca.

—¿John? Moreno, alto. Un tipo guapetón, hasta que la cerveza le gana el pulso, ¿verdad, Margaret? Bien que te he visto cómo lo mirabas.

Margaret puso los ojos en blanco y le atizó en el brazo.

De modo que el hombre que la había importunado en el pasillo del Hand and Shuttle era John Foulds. Que Alice hubiera asesinado a su hija era imposible. ¿Y de verdad era su amante? Tenía un rostro atractivo, pero desprendía tanta holgazanería y despilfarro como la luz que irradia el sol.

Les di las gracias sin demasiado entusiasmo y, antes de ir a recuperar el caballo, eché un vistazo a los ventanucos de la segunda planta de la taberna. Me pregunté por cuál de ellos se habría asomado John Law el buhonero desde su lecho de enfermo.

El camino de al lado descendía hasta Colne por un lado y se perdía entre una campiña y pequeños bosquecillos por el otro. Los pájaros cantaban a mi alrededor y la alegre melodía que entonaban resonaba hueca en mis oídos a medida que me alejaba del pueblo cabalgando despacio. La carretera estaba encenagada y mi caballo se tambaleaba. Puck avanzaba con dificultad detrás de mí, y bajo aquel aire tranquilo y prístino, me imaginé a Alice en este mismo sendero, tan familiar para ella como el bosque de Gawthorpe para mí.

Sabía tan poco de Alice y ella sabía tanto de mí. Una vez me contó que había estado a punto de casarse, debió de ser con John Foulds. Añoraba mucho a su madre y había encontrado un alma gemela en su vieja amiga Mould-heels. Apenas hablaba de su padre y, cuando lo hacía, no era con cariño. Esos eran los pequeños detalles que conocía, pero eran como pinceladas en las esquinas de un cuadro: no veía la imagen completa.

El camino atravesaba una zona boscosa poblada de árboles junto a los cuales Gawthorpe parecería enano. Me estremecí al imaginarme el encuentro entre John Law y Alizon bajo sus hojas cimbreadas. Fijé la vista al frente hasta que los troncos y las ramas volvieron a abrirse a la campiña, tratando de acallar la sensación de que alguien me estaba observando. Tal y como Peter había explicado, el terreno empezaba a elevarse a mano derecha y una casa bajita y oscura estaba plantada en la ladera de la colina. Un sendero de barro conducía a la vivienda y guie a mi caballo monte arriba, por el peor de los cenagales. De la chimenea emergía una fina voluta de humo que se alejaba en todas direcciones esparcida por el viento. La casa era poco más alta que yo, más pequeña incluso que nuestra fresquera, y estaba construida con adobe y cañas y cubierta por un tejado de paja. No había cristales en las ventanas, pero sí postigos, abiertos para dejar pasar la luz. Un murete bajo rodeaba la casa, y las flores agonizantes o muertas yacían en sus lechos. Unas pocas cabezuelas coloridas asomaban de entre los hierbajos como luceros. Recordé que Alice me había hablado del huerto de su madre y pensé que ocuparía la parte trasera. La casa estaba expuesta en la ladera; no debía de haber sido fácil proteger los cultivos del viento y de las lluvias torrenciales.

Llamé enérgicamente a la puerta e instantes después se abrió. Joseph Gray era mayor de lo que me esperaba: era incluso mayor que Roger. O quizá aparentaba más edad por ser pobre. Estaba encorvado e, incluso quieto, daba la impresión de estar en movimiento constante; su cuerpo temblaba y su boca tanteaba en torno a los dientes. Por los hombros le descendían rizos dorados, igual que por los de Alice. Tenía los ojos azul claro y estaba flaco: flotaba en sus ropajes, que

parecían necesitar una semana en remojo en sosa.

—Señor Gray —dije—. Soy Fleet...

—Ya sé quién sois —farfulló—. Trabajó para vos, ¿verdad? Adelante. Supongo que tendréis cosas que contarme.

En la casa hacía mucho calor: la chimenea en el centro de la estancia ardía con alborozo como si estuviéramos en diciembre, no en pleno julio. El humo ascendente escapaba por un agujero en el medio del tejado, y pensé en lo fría y aireada que tenía que ser la casita con aquella abertura al cielo. A cada lado del fuego había una cama baja —una sin hacer— y de las paredes de tierra pendían tiras de tela que sin duda estarían húmedas y frías al tacto. Una mesa, dos taburetes y un aparador conformaban el mobiliario. Junto a la chimenea, sobre el suelo cubierto por una estera, yacían algunos recipientes de peltre y calderos con pinta de estar usados y sin fregar. De modo que Alice y su padre cocinaban, dormían y vivían en esa casa acribillada de agujeros por los que el viento ululaba a todas horas.

Joseph tomó la palabra.

—Supongo que habréis venido por el rocín.

—¿El rocín?

—El rocín que le prestasteis a nuestra Alice. Ya lo recuperasteis, conque no quiero problemas.

Lo miré sin entender nada.

—¿El caballo que desapareció?

—Ese. —Su boca no paraba de moverse incluso callado y me pregunté si estaría mascando tabaco—. Le devuelvo el dinero al tipo. ¿Y la moza me da las gracias? Una mierda me da.

Se acercó a la cama con parsimonia y se sentó. Permanecí en mi sitio, penando por respirar en aquel calor sofocante. Joseph se relamió los labios y cogió una jarra del suelo, examinó su contenido y lo arrojó en su boca.

De modo que eso era lo que le había pasado a la yegua de tiro gris: el padre de Alice la había vendido. Y ella, de algún modo, la había recuperado. De pronto el pecho me oprimía y, por un breve instante, me sentí abrumada por la emoción. Sin embargo, me alisé las faldas y me erguí.

—Señor Gray, no he venido por el caballo. Ya lo recuperaré, así que eso no importa. Estoy aquí porque Alice ha sido detenida por el magistrado Roger Nowell, que parece creer que ha asesinado a una niña.

Sus ojos seguían posados en el fuego, vidriosos e inexpresivos, y al cabo de unos segundos, enfocaron en mi dirección.

—¿Cómo?

—Señor Gray, vuestra hija se encuentra en apuros. Haré todo cuanto esté en mi mano por ayudarla, pero me ha parecido que debíais conocer las terribles acusaciones que pesan sobre ella. Se la han llevado a la prisión de Lancaster a la espera de las audiencias del mes que viene, pero el asunto no puede llegar tan lejos. No lo permitiré. Señor Gray, ¿me estáis escuchando?

—¿Que me aspen si os hace falta ese caballo! ¿Qué es para vos un rocín de más? Seguro que su cuadra está hasta la bandera, todos los jumentos alineaditos como soldados, esperando que los manden al orden.

Se cuadró con un saludo desganado y volvió a llevarse la jarra mugrienta a la boca, aunque parecía vacía.

—¡Señor Gray! ¿Me estáis escuchando? Vuestra hija está entre rejas, acusada de brujería. ¿Sabéis algo de esto?

Eructó.

—Supongo que va por el mismo camino que su madre, entonces.

Trazó una línea con el dedo por su cuello. Me quedé boquiabierta.

—Podrían colgarla, ¿y os trae sin cuidado? ¿No tenéis interés en ayudarla?

—En lo que tengo interés es... en... —Olvidó sus palabras y se quedó en blanco de nuevo—. ¿De dónde viene mi cerveza? ¡Porque de ella seguro que no! Ni de ese canalla y rácano de Peter Ward. Está más abajo en esta misma carretera, pero ahora tengo que ir más lejos, porque no me sirve. Soy un anciano, señora Como-os-llaméis.

El calor era tan intenso, el fuego tan cegador y Joseph Gray tan exasperante y extraño, que pensé que no podría permanecer ni un segundo más en aquel cuchitril. Pero había venido por una razón y se lo debía todo a Alice. Me acerqué despacio a la cama sin hacer, encajonada en el rincón más húmedo de la estancia. Hasta el establo de Gawthorpe era más cálido y seco, no me extrañaba en absoluto que Alice hubiera accedido tan fácilmente a acompañarme a casa de mi madre.

Había algo sobre su cama: un amasijo de jirones, como el regalo que un gato podría haber traído. Sostuve el bulto húmedo e informe, no era una criatura, sino un montón de lana vieja, burdamente cosida. Parecía estar hecha con un pañuelo y tener forma humana, rellena de pelo, con una cabeza, dos brazos y dos piernas. Llevaba enganchado un curioso bulto y, pese a que el humo y el calor eran asfixiantes, sentí un escalofrío cuando me di cuenta de que era la figura de un niño unido a una mujer por el pelo. Pelo negro. Recordé las hebras esparcidas por mi almohada, y su desaparición. Emergió el sutil aroma a lavanda, y desapareció. Inexplicablemente, mis ojos se anegaron de lágrimas y dejé la muñeca sobre el colchón.

—Señor Gray —dije, volviendo donde estaba sentado, sacudiéndose y farfullando entre dientes—. Alice me habló de su madre, de Jill—. Esperé una respuesta y algo centelleó en sus perdidos ojos azules—. La echa mucho de menos, estoy segura de que vos también. Ya os arrebataron a un miembro de la familia. ¿No haríais todo cuanto estuviera en vuestra mano para evitar que le suceda a Alice? Es toda la familia que os queda.

Cabeceaba como si estuviera soñando. Contemplaba con suma atención algo que yo no alcanzaba a ver. Me acuclillé con dificultad y mis faldas se arrugaron a mi alrededor.

—Vuestra hija me ha sido muy leal y ha sido un apoyo inestimable durante los últimos meses. Lamento haberla alejado de vos —mentí—. Voy a ayudarla; ella me ha ayudado y yo debo ahora devolverle su amabilidad.

Los ojos me escocían terriblemente por el humo; tal vez Joseph pensara que estaba al borde del llanto.

—Señor Gray —repetí.

Su mirada se aclaró y se centró. Despegó los labios y creía que se disponía a hablar; en cambio, me mostró su dentadura mugrienta y tardé un momento en comprender que se estaba riendo.

—Queman a las brujas, ¿no es así? —bufó, apuntando al fuego con el dedo.

—¿Cómo?

Me puse en pie, aún más asustada. Señaló mis faldas.

—¡Queman a las brujas!

Las llamas devoraban los bajos de mi vestido. Puck comenzó a ladrar, y el terror se apoderó de mí con tal ímpetu que pensé que me cegaría. Corrí hacia la puerta y agité desesperadamente las faldas al aire. El fuego parecía sofocarse, pero no se apagaba. Miré a mi alrededor en busca de un abrevadero, de cualquier cosa, y encontré un balde herrumbroso apoyado contra la pared, lleno de agua de lluvia. Puck ladraba y correteaba a mi alrededor y vacié el recipiente entero sobre el costado de mi vestido; a medida que el agua parduzca se derramaba en torno a mis pies, vi que las

llamas iban desapareciendo.

En el interior de la casa, Joseph Gray seguía riendo. Me quedé donde estaba, jadeando; Puck daba vueltas a mi alrededor de espaldas a mí, como si repeliera el ataque de un ejército invisible. El viento me azotaba desde todas las direcciones y levantaba volutas de humo finas y oscuras de mi arruinado atuendo. El rojo rubí de mis faldas había ennegrecido y se abría en una herida horrible. No sé cuánto tiempo permanecí así, pero Joseph Gray no salió y necesité un largo rato para dejar de temblar lo suficiente como para montarme al caballo. Arranqué al galope y Puck salió escopetado tras de mí. No habría podido ir más deprisa si hubiera escapado del mismísimo diablo.

Aquella noche recibí una visita en mi cuarto, en el que dormía sola. Me desperté con la caricia de un pelaje tibio en la mano. Reinaba la oscuridad más absoluta y tan solo oía mi propia respiración. Sentí un peso que se deslizaba por la cama a la altura de mis pies. Cuando volvió a moverse, como si estuviera acomodándose, contuve el aliento. Me imaginé a Joseph Gray en mi dormitorio con un conejo muerto colgando de su puño roñoso.

Cerré los ojos y deseé con todas mis fuerzas que mi corazón se sosegara. «Solo es un sueño.» Aunque sabía que no.

En los intervalos entre mis latidos, sentí que el peso se escabullía de mis piernas y, acto seguido, distinguí el sonido, suave, levisimo, de algo que aterrizaba en el suelo. Era demasiado ligero para ser Puck, demasiado silencioso. Mis manos no se movieron de donde estaban, aferradas al embozo de las sábanas; tenía demasiado miedo como para moverlas. Mi hijo dio una patadita, como diciendo: «Yo también lo he notado».

Esperé. Había dos opciones: o no pasaría nada o me moriría de miedo. Aunque todo estaba oscuro, distinguí algo que se movía hacia la puerta y, acto seguido, desapareció.

Antes de eso, había entrado furtivamente en la casa y había subido a toda prisa al piso de arriba, envuelta en mi manto como una bandida. Tras dejarlo en la recámara, había ido a mi aposento y había fingido que se me había caído una vela y me había quemado el vestido, armando un gran barullo.

—¡Oh! —había gritado. Me oía y casi me creía a mí misma—. ¡Oh, oh!

Apagué la vela para que aún estuviera caliente y la coloqué en el suelo a mis pies.

—¡Mí vestido! —exclamé a gritos cuando entró una de las doncellas.

La criada tenía miedo; probablemente habría creído que estaba perdiendo al niño. Me acompañó a sentarme, y resoplé y resollé fingiendo estar asustada, algo que no me costó demasiado: solo tenía que pensar en los ojos saltones y vidriosos de Joseph Gray y en las llamas arañando el bajo de mi falda.

Permanecí despierta hasta que el rostro se me hubo secado, el corazón, sosegado, y el niño que llevaba dentro volvió a dormirse. Pensé en Alice. Mi pesadilla solo venía cuando tenía los ojos cerrados, pero ella estaba viviendo la suya. Las palabras de su padre volvieron a mí en la oscuridad: «Queman a las brujas, ¿no es así?».

Intenté imaginarme a Alice de niña, creciendo en aquella casa abierta a las inclemencias del tiempo, con su extraño padre y su amable madre. Aunque había conocido a dos personas de su vida, no entendía mejor a aquella muchacha que ignoraba su fecha de nacimiento y no sabía escribir su nombre, pero que poseía una inteligencia masculina, conocía las propiedades de todo lo que crecía sobre la tierra y era capaz de calmar a un caballo encabritado con la palma de su mano.

Cerré los ojos y rogué que estuviera a salvo.

La mañana siguiente me desperté poco antes del amanecer y me vestí a toda prisa prácticamente a oscuras, esperando no cruzarme con ningún criado al salir. Desatranqué la puerta principal y me escabullí afuera, la cerré con cuidado y me guardé la llave en el bolsillo. Tenía ante mí una mañana de verano y en otro tiempo, en otra vida, esto me habría parecido glorioso. Bostecé y contemplé el despertar de los árboles cimbreantes, después me encaminé hacia la cuadra. El ganado mugía en el establo, ávido de alimento, y el río susurraba detrás de la casa. Debía de caminar mucho más despacio, para reparar en todos estos detalles. Uno de los mozos de cuadra estaba ya vestido, llevaba un cubo en cada mano y lo mandé a ensillar mi caballo. Cuando regresó, le dije que tenía un mensaje que debía transmitir.

—Por favor, dile a James que estaré fuera todo el día, y que no debe mencionárselo al señor cuando regrese. Dile que, si el señor llega a enterarse, arrojaré sus valiosos libros mayores al fuego y habrá de reescribirlos de memoria. ¿Te acordarás de todo?

El chico, que se llamaba Simon y tendría tres o cuatro años menos que yo, asintió alegremente, entusiasmado con la idea de comunicar una amenaza a su superior.

Amarré el paquete de comida que había cogido de la cocina y había envuelto en una servilleta —rebanadas de pan con miel, queso, uvas y unas galletitas para después—, y antes de que el sol hubiera salido del todo, ya cabalgaba rumbo al norte. Si esa noche Richard regresaba, yo también debería volver.

Varias horas después, recibí con alivio los indicios y los sonidos del ajetreo urbano. Hacía un día de verano radiante y caluroso, y el trayecto hacia el castillo a lo alto de la colina era lento, pues las calles estaban abarrotadas de carretas y caballos. Antes de alcanzar la casa del guarda, volví la vista atrás: la ciudad de Lancaster se extendía a lo lejos, vertebrada por una calle empinada y serpenteante. Los edificios se amontonaban por todas partes, cercados en la distancia por las colinas que se alzaban a su alrededor. Desde el castillo, se veía todo. A lomos de mi caballo, me acerqué a dos centinelas pertrechados con casco y espadas al muslo, rígidos como armaduras.

—He venido para visitar a una prisionera —dije.

Me miraron desganados.

—¿Nombre? —preguntó uno.

—¿El mío o el de la prisionera?

—El vuestro —contestó impaciente.

—Fleetwood Shuttleworth, de Gawthorpe Hall, cerca de Padiham.

Me examinó de arriba abajo y se detuvo en mi vientre abultado. Después dio media vuelta y desapareció por el enorme rastrillo chirriante. Me dolía la espalda y me ardían las piernas de la cabalgada, pero si me apeaba del caballo, corría el riesgo de no volver a montarme.

Cuando empezaba a dudar del regreso del centinela, apareció dando zancadas y acompañado de un hombre algo más joven, regordete y de pelo negro. Iba bien vestido y calzaba unas botas negras holgadas, e iba ataviado con gregüescos y un jubón negro con botones de plata cerrados sobre su panza oronda. Las mangas anchas se abullonaban en sus muñecas.

—¿Señora Shuttleworth? —preguntó, educado—. ¿Debería estar esperando vuestra visita? Me llamo Thomas Covell, soy el juez de instrucción y el alcaide de este castillo.

Decidí no bajarme del caballo para conservar la ventaja de la altura.

—Estoy aquí para visitar a Alice Gray, señor Covell, si tal cosa es posible. —Ante su falta de reacción, añadí—: Ha sido detenida recientemente por Roger Nowell, que resulta ser un buen amigo mío. Me hallaba por la zona y quería... informarme acerca de su bienestar.

A todas luces, las visitas a los prisioneros no eran habituales en la entrada del castillo, pues el señor Covell parecía intrigado y desconfiado a partes iguales. Enfrentó las yemas de los dedos.

—Ah... Lamento decirles que no permitimos visitas en el castillo. —Sus ojos descendieron hasta mi vientre—. Especialmente, en determinadas circunstancias. Los prisioneros pueden ponerse muy nerviosos, lo que no beneficia en nada sus tendencias.

—Señor Covell —dije—, he recorrido más de sesenta kilómetros. —Su rostro seguía impassible, así como los de los centinelas que lo escoltaban a ambos lados con la mirada perdida a lo lejos—. A mi esposo, Richard Shuttleworth, le causaría una profunda decepción saber que me han denegado la entrada, máxime habida cuenta de la generosa contribución de su difunto tío a la Corona no hace ni quince años, además de haber sido jefe de la audiencia de Chester y caballero en la corte. De modo que no estoy segura de que mi difunto pariente viese con buenos ojos que a la esposa de su sobrino le negaran la entrada. Detestaría tener que llevar este asunto más lejos.

El señor Covell abrió la boca y la cerró al instante.

—¿Cómo se llama la prisionera a la que deseáis visitar? —inquirió.

—Alice Gray. Llegó aquí hace menos de dos días.

Thomas Covell me miró con frialdad, escrutándome al detalle, desde mi sombrero a mis anillos. Su mentón regordete tembló y suspiró.

—Tenéis dos minutos. Mandaré que uno de los carceleros os acompañe.

Y así atravesé el rastrillo de la casa del guarda, tal y como Alice había hecho dos días antes que yo, y centenares de personas lo harían después. Solo había un camino para entrar en el castillo, y otro para salir.

Até mi caballo tras los centinelas. Un hombre enjuto, de respiración sibilante y rostro ratonil me condujo por el patio del castillo, pero no hacia donde yo esperaba ir, a la parte principal del castillo. Seguimos la muralla interior hacia la derecha, en dirección a un conjunto de chozas y cabañas de piedra. Tenía unos andares zancudos, pues las piernas le nacían de las caderas y caminaba con dificultad, pero también como un hombre resuelto a ocultarlo.

—¿Qué les queréis a esas mozas? ¿Eh? —dijo, para entablar conversación.

Obvié su pregunta y alcé la vista a la altura de la piedra, sentí el frescor del lugar a pesar del cálido día de verano. No me esperaba que nos detuviéramos tan repentinamente, ni tampoco que fuera en el exterior: estábamos cerca de una bóveda al pie de una de las torres, tapada por una puerta de hierro. La puerta, sin embargo, no daba al otro lado de las murallas del castillo; la oscuridad de su interior indicaba que solo podía conducir a un sitio: abajo.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué nos detenemos? —quise saber.

—Esta es la Torre del Foso —anunció mi acompañante, con una sonrisa desdentada.

—No lo entiendo. Alice Gray estará en una celda a la espera de ser juzgada. ¿Podéis llevarme donde está, por favor?

—Aquí dentro está.

Señaló la bóveda. Estaba tan oscura que entendía por qué se llamaba la Torre del Foso: era como asomarse a uno. No alcanzaba a ver más de dos peldaños; era como si una cortina negra cubriese el resto. El carcelero extrajo de la cadera un enorme manojó de llaves y pasó un buen rato considerándolas todas mientras, poco a poco, el horror de lo que estaba presenciando se

apoderó de mí. Tras ese portón, en ese agujero, se encontraba mi amiga. Nunca había estado en una cárcel y no sabía cómo sería una celda, pero aquello no era una celda. Era una mazmorra. Era como si el sol hubiera desaparecido; el calor y la luz me abandonaron y empecé a tiritar, contemplando la entrada al mismísimo infierno.

Del otro lado de la puerta llegaba un sonido curioso, que identifiqué como el trino de un pájaro. Saltando de un lado a otro en el último peldaño había un petirrojo, atrapado tras la reja. Era lo bastante pequeño como para pasar entre los barrotes, pero nos estaba pidiendo que lo liberásemos.

—Maldita alimaña asquerosa —masculló el carcelero, al tiempo que giraba la llave y abría la puerta—. ¡Fuera de aquí!

Avanzó hacia el pájaro hasta que este alzó el vuelo y nos pasó de largo aleteando hacia la libertad. Me acerqué al fresco muro de piedra para apoyarme.

—No hay de qué asustarse. Queríais venir, ¿no?

No. No quería bajar ahí por nada del mundo, ni por Alice. Pero debía hacerlo, pues, a diferencia de ella, yo podría volver a salir.

El carcelero cerró la reja de lo alto de las escaleras y al oír el chirrido y la vuelta de la llave en la cerradura, se me pusieron los nervios de punta y la cabeza se me nubló de pavor. Era como descender unas escaleras a un agua negra, de tan densa que era la penumbra. Las escaleras siguieron bajando y bajando hacia la tierra, y al final había otra puerta de madera maciza, o de hierro, estaba demasiado oscuro para distinguirlo.

—Echaos atrás —resopló, girando otra llave en la puerta del fondo—, o el olor os tumbará.

Subí unos pocos peldaños y mis chinelas resonaron sobre la piedra. Oí el ladrido del carcelero del otro lado de la puerta y esperé; y después un rostro pálido apareció en la tenue luz del final de las escaleras y un cuerpo delgado se deslizó a través del hueco angosto.

—Alice.

Me avergüenza decir que rompí a llorar: yo, con mi vestido elegante, con el estómago lleno de pan y queso, y un caballo esperándome al otro lado de las murallas. Ella no lloró. No la había visto en dos días, pero bien podrían haber sido años: estaba muy cambiada. Su rostro alargado estaba más blanco que la luna y de sus ojos colgaban más sombras que antes. Parpadeaba frenéticamente, como si la penumbra de la escalera fuera cegadora. Su vestido estaba indecente y parecía húmedo, su cofia estaba llena de manchas. La parte delantera de su sayo estaba moteada de sangre oscura y, sin duda, también la trasera, sobre la que se había sentado.

No habló, tan solo se apoyó débilmente contra el muro, como si no tuviera fuerzas. El carcelero apareció junto a ella, cerró la puerta y oí alaridos y gritos de protesta detrás de él, cuando lo que debía de ser la única luz se cerraba. Tenía razón: el hedor era increíble. Alice estaba acostumbrada a oler a lavanda y a lavarse las manos en una jofaina de porcelana, y ahora vivía en una fosa séptica bajo tierra.

—¿Quién más está ahí dentro? —Respiré.

—Todas —resopló el carcelero—. Todas las brujas a la espera de juicio.

—¿Cuánta gente? —pregunté a Alice.

—No lo sé —susurró—. Está demasiado oscuro para ver nada.

Tenía la boca seca, la lengua se le despegaba del paladar a medida que hablaba. Tenía las pupilas tan dilatadas como canicas.

Había cabalgado cuatro horas y no se me ocurría nada que decir. En ese momento, pensé que habría sido capaz de entregar el niño que llevaba dentro a cambio de su libertad.

El carcelero nos miró alternativamente, decepcionado.

—Pues vaya una reunión. ¿No tenéis nada que contaros?

—¿Tienes comida? —pregunté.

—Un poco.

Cuando el carcelero volvió la vista para clasificar sus llaves, Alice meneó la cabeza.

—Te ayudaré.

Mi voz reverberó por las paredes. Mis palabras me parecieron tan patéticas como las de un crío.

—También han cogido a Katherine —dijo, con voz quebrada.

—¿A quién?

—A Katherine Hewitt. La amiga de mi madre.

En ese instante, rompió a llorar.

Mould-heels: la compañera partera de su madre. Recordé cuando Alice me había hablado de ella en esa habitación cálida y majestuosa en casa de mi madre, en otra época, en otra vida.

—Es por mi culpa —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Venga, venga —nos apremió nuestro conocido, incómodo.

Me volví hacia él.

—¿Seríais tan amable de dejarnos un momento? —rogué.

—¿Cómo que dejaros? No debería hacer eso.

Rebusqué entre mis faldas y saqué el monedero.

—Tomad. —Extraje un penique y se abalanzó sobre él cual perro famélico—. Podéis dejarnos encerradas, volved cuando os llame. No os alejéis demasiado.

Subió las escaleras trastabillando y resollando, cerró la puerta tras él y volvió a girar la llave. Su silueta tapó la luz por un instante, y solo cuando se hubo marchado pude ver a Alice de nuevo.

—Sube —dije, retrocediendo escalera arriba—. Necesitas aire y luz.

Me siguió y nos sentamos en el peldaño de arriba, con la espalda apoyada en el portón. Intenté no respirar el hedor que emanaba de ella: sudor rancio, vómito y sangre reseca, además de algo que identifiqué al instante como miedo. Nunca antes lo había oído en un ser humano, y sin embargo, de algún modo, lo supe en el acto. Había dejado de llorar, pero las lágrimas habían arado surcos limpios por su rostro mugriento.

—Cuéntame lo de Katherine —dije con dulzura, y la tomé de la mano.

—También está acusada, de lo mismo. Es culpa mía. Ella no ha hecho nada.

—Alice, tienes que contármelo todo. ¿Por qué te acusan de asesinar a la hija de John Foulds? Era el hombre que estaba contigo en el Hand and Shuttle, ¿verdad?

Asintió y se relamió los labios, pese a la sequedad de su lengua.

—Lo amaba —dijo con un hilo de voz—. Y a Ann también. Los amaba a los dos. John y yo estábamos... juntos. Frecuentaba el Queen's Arms, así lo conocí, hace un par de años. Tenía una hija; su esposa había fallecido. Era divertido y bondadoso. Al principio, pensé que nos casaríamos. Ann no tenía ni dos años cuando nos conocimos. Yo cuidaba de ella mientras John iba a trabajar. Era como un angelito, con sus mofletes carnosos y un cabello dorado que no se alisaba por mucho que lo peinara.

Ahora estaba casi sonriendo, con el rostro perdido entre recuerdos. Después se le nubló y se sorbió la nariz.

—John decía que no volvería a casarse, no después de haber perdido a su mujer. Había sido demasiado doloroso. De modo que me quedé, como si estuviéramos casados. Vivía con él y a mi padre le faltó poco para desheredarme. Me trató de ramera. Dijo que jamás sería una esposa, que

no valía para nada, más que para retozar con John después de que hubiera estado empujando el codo. Pero yo era feliz, con John y con Ann. Éramos una pequeña familia. —Tragó saliva—. Entonces empezó a ausentarse más, a volver más tarde. Ann y yo pasábamos mucho tiempo solas. La mayor parte del tiempo. John estaba o en el trabajo o en la taberna, mientras yo intentaba ejercer de mujercita en el hogar. Me mentía a mí misma.

Movió los pies y se envolvió las rodillas con los brazos. Volví a mirar la sangre en la parte delantera de su vestido, el pelo churretosos que asomaba por la cofia. Ojalá pudiera lavarla, darle un camisón limpio y acostarla como a una niña pequeña.

—Incluso cuando la gente empezó a contarme que andaba con otras mujeres, no quise creérmelo. Y la vida siguió adelante, y John se volvió más malvado, más tacaño, y Ann y yo teníamos que vivir de mi salario porque él se gastaba el suyo entero. Y la niña empezó a tener esos... No sé cómo se llaman. Se quedaba tiesa y se le ponían los ojos en blanco, y la lengua no le cabía en la boca. Yo pensaba que lo hacía porque su padre no estaba. Él no me creía cuando yo se lo contaba. Decía que me lo inventaba para conseguir que volviera a casa. Probé con todas las plantas y todas las hierbas que pude. Acudí a Katherine para que ayudara, pero ni siquiera ella consiguió nada. La niña estaba bien casi todo el tiempo, pero solo cuando esto pasaba parecía... Parecía como si un espíritu maligno la estuviera sacudiendo.

»Un día, tenía que ir a trabajar y dejar a Ann sola en casa. No hubo manera de encontrar a John. Se suponía que debía volver. Yo estaba a punto de perder mi empleo.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. La pena le descompuso el rostro.

—Aún lo amaba. Siempre lo amé, incluso cuando no regresaba a casa. Aunque si no hubiéramos tenido a Ann, las cosas habrían sido diferentes. Puede que me hubiera marchado. En cualquier caso, me fui a trabajar y le pedí a Katherine que se ocupara de la niña. Y después, Katherine apareció a todo correr gritando: «Alice, Alice, ven rápido, tienes que venir ahora mismo». Y fuimos de inmediato a casa de John y... —Alice enterró el rostro entre las rodillas—. No debería haberla dejado sola.

Le pasé un brazo por encima y sentí sus hombros delgados. A medida que yo engordaba, ella encogía. Sentí como si se me partiera el corazón. Era un dolor diferente al que experimenté cuando descubrí a Judith. En aquella ocasión había ira; en esta, tan solo había lástima.

—No había nada que pudieras hacer —susurré, apretando mi mejilla contra la suya.

Nuestras lágrimas se fundieron y descendieron hacia nuestros labios. Noté un regusto salado: el mío y el suyo. Permanecimos así mientras temblaba bajo mi brazo; al cabo de un rato, se tranquilizó.

—Creo que por eso tenía tantas ganas de ayudarte —dijo con suavidad—. Pensé que si lograba mantener a tu hijo con vida, de algún modo eso... —Se interrumpió, para ordenar sus ideas—. No pude salvar a una niña, y pensé que si lograba dar vida a otro...

—Si es niña, la llamaré Alice Ann.

No sonrió, pero atisbé una sombra de consolación en sus ojos.

—Pensaba que querías dos niños.

—Así es. —Bajé la vista a nuestras faldas: una de un brillante tafetán color maíz y la otra mugrienta de lana marrón. Volví a tomarla de la mano—. Eso no ha cambiado.

—Esto es un horror —murmuró—. Es como el infierno. No se ve nada y da la sensación de que el cuarto gira. Una mujer está agonizante. Demdike. Morirá antes del juicio. No hay comida.

Cerré los ojos y pensé en todo lo que había comido ese día yo sola. Ni siquiera se me había ocurrido...

—Te sacaré de aquí —dije—. Lo prometo. Te sacaré de aquí.

Más lágrimas surcaron sus mejillas.

—Puedo ver lo que te está costando todo esto —susurró—. No puedo permitir que te sacrifiques más.

—Al infierno con lo que me cueste.

Al pronunciar esas palabras, sentí al niño moverse y me di cuenta de que, aunque ahora estábamos vivos los tres —Alice, el niño y yo—, un día muy cercano podríamos no estarlo, y no había modo de saber quién de nosotros no lo lograría. Estábamos unidos en algún nefasto destino y en ese instante quedó más claro que nunca que, para sobrevivir, nos necesitábamos los unos a los otros en la misma medida y con idéntica desesperación.

—Te salvaré —repetí, agarrando sus dedos entre los míos.

Los apretó una vez y los soltó, me miró con tristeza y sus ojos dorados y vivaces estaban apagados.

—No soy un perro al que puedas salvar del hostigamiento de osos.

—Voy a salvarte de la muerte. Como tú prometiste hacer conmigo. Vivirás.

—Y Katherine —susurró.

—Y Katherine.

En ese momento, un terrible lamento atravesó la puerta cerrada al fondo de las escaleras y nos sobresaltó. Después empezaron a oírse puños aporreando y los lamentos se tornaron chillidos. Alice y yo pegamos un respingo cuando el carcelero se apresuró sobre la puerta y empezó a toquetear torpemente el cerrojo.

—Las habéis liberado, ¿es eso? —preguntó.

—¿Qué es este jaleo? —Otra voz resonó escaleras abajo.

Llegaban más hombres. La puerta se abrió de golpe y algo metálico me agarró el brazo. Nos separaron a la fuerza y, de pronto, yo me hallaba del otro lado de la puerta, y a ella la empujaban escaleras abajo, hacia la oscuridad.

—¡Alice! —grité—. ¡Volveré! ¡Volveré!

Mientras un hombre muy corpulento me escoltaba hasta la entrada, la puerta de la mazmorra se abrió bruscamente y los aullidos se intensificaron.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto!

Las palabras planeaban como cuervos en un bosque, rebotando entre las murallas y sin lugar donde posarse.

Antes de emprender el viaje de vuelta a casa, me detuve en una posada en la ciudad, donde encargué tres pollos asados, veinte tartas de queso, dos galones de cerveza y otros dos de leche para enviar a la mazmorra. Pedí a cuatro muchachos que llevaran los alimentos y rodaran los barriles hasta el castillo y se aseguraran de que el mismo carcelero jadeante lo bajaba todo por esas escaleras empinadas y regresaba con las manos vacías. Le unté la mano con otro penique y dejé otro para cada uno de los miserables centinelas. Les dije que volvería y me sonrieron, como si lo supieran mejor que yo.

La mañana siguiente cuando bajé a desayunar, me topé con los criados apelotonados en la escalera principal. Distinguí la cabeza descubierta de Richard presidiendo la multitud y me abrí camino hasta él. Entonces me percaté de que todos miraban al suelo. Retrocedí horrorizada.

El halcón de Richard estaba descuartizado. Yacía encharcado en su propia sangre, en lo alto de las escaleras, como una ofrenda, con los ojos vidriosos y ciegos y las alas plegadas. Los criados revoloteaban como moscardones alrededor de un pedazo de carne putrefacta y los espanté. El rostro de Richard era una máscara de lamento e ira, y sabía que pronto una de las dos cedería a la otra, así que ordené que todo el mundo entrara en casa y cerré la puerta.

—¿Sabes quién ha sido? —pregunté.

—No, pero cuando lo encuentre, lo mataré —murmuró.

Dejé que se recompusiera y de pronto me asaltó el recuerdo del pelaje rasgado, el intenso color rojo de los conejos asesinados que encontré en el bosque tantas semanas atrás.

—¿Uno de nuestros campesinos? ¿Has reñido con alguno últimamente?

Negó con la cabeza y contempló a la desdichada criatura. Lo miré, estaba de rodillas, con los hombros abatidos de tristeza y el pelo revuelto por el viento húmedo, y fui presa de un intenso arrebató de amor. Pero también algo más: un desaliento —una pena, hasta entonces desconocida para mí— fruto de verlo capaz de sentir algo tan fuerte por un animal y no por mí, ni por Alice. Estuve tentada de dejarlo allí en la entrada y pasar al comedor, donde me esperaba el desayuno, pero se me ocurrió una idea. Mandé a un criado traer una sábana de baño y me arrodillé para envolver el cadáver. La imagen no me conmovió, yo ya estaba curada de espanto con la muerte. Aunque hubo algo que me hizo vacilar: el animal tenía unos pocos pelos anaranjados pegados a las heridas. Doblé la sábana y la até con cuidado alrededor del ave.

Mientras atravesábamos el prado, empezó a caer un chaparrón. Permanecí junto a mi esposo bajo el aguacero mientras enterraba al halcón detrás del establo, en un lugar a resguardo en la vera del río. Sentí que la lluvia me resbalaba por el cuello, me empapaba el corpiño y mi hijo pataleaba dentro de mí. Cuando entramos de nuevo en casa y Richard se retiró la jaqueta empapada, tomé su rostro entre mis manos. Tenía el pelo apelmazado sobre la cabeza y las pestañas mojadas. Sus ojos grises ardían.

—Richard —dije—, necesito tu ayuda.

Empleé un buen rato para vestirme y, como toque final, escogí la gargantilla de terciopelo negro con una perla que le colgaba, cual melocotón maduro, que Roger me había comprado unas Navidades. Tenía las mejillas más carnosas que la última vez que nos habíamos visto. Me las pellizqué y me apliqué unas gotas de aceite de rosa tras las orejas, en las muñecas y en la hendidura del cuello. Cuando lo oí llegar, permanecí frente al espejo durante otro par de minutos, ajustándome la gorguera, atusándome el peinado e intentando respirar con normalidad. Me complació ver que no me temblaban las manos y recé una oración en silencio.

Oí la voz de Roger antes de verlo, mientras le contaba a Richard alguna historia. Estaban en el comedor, me detuve en la puerta y respiré hondo antes de pasar. Roger lucía el mismo aspecto de siempre: botas lustrosas, mangas holgadas, anillos rutilantes. Podría haber sido un día cualquiera de nuestra amistad, pero el recuerdo de nuestro último encuentro me asaltó de nuevo. Algo me dijo

que debía ir con pies de plomo.

—Señora Shuttleworth —saludó, cordial. Acompañó sus palabras con una grácil inclinación de cabeza.

Me acerqué hasta él y lo besé, poniendo todo mi empeño en actuar como habría hecho meses atrás. Desde aquella comida en Read Hall había sucedido un sinfín de cosas, aunque resultaba imposible deducirlo por su sonrisa natural y sus mejillas radiantes.

—Tienes muy buen aspecto —dijo con tranquilidad.

—Gracias. ¿Querréis una copa de vino?

—Yo siempre tomaré un vino, si hay un vino que tomar.

Me acerqué hasta la mesa extensible para servírselo y me sorprendí a mí misma contemplando los paneles de madera que coronaban la chimenea. Una plancha de madera reluciente y vacía ocupaba el espacio alrededor de las iniciales de Richard.

—La torre sigue desocupada —decía Roger—. Ya le comenté que me parecía complicado encontrar inquilinos nuevos después del asunto.

—Podría preguntar al alguacil —sugirió Richard.

—¿Qué torre? —pregunté, regresando para servir el vino.

—La Malkin Tower —respondió Roger.

Intenté aparentar una curiosidad moderada.

—¿Qué es eso?

—Es la morada de la familia Device, cerca de Colne. Un lugar de lo más extraño. Al pensar en «torre», uno se imagina algo grandioso, pero es como una espiga que emerge de la tierra. Es alta y circular y está hecha de piedra, tiene un cuarto abajo y esa gentuza sube por unas escaleras cochambrosas para dormir por las paredes. Pero ya no la usarán más, lleva vacía algo más de un mes. Desde que Constable Hargrives halló los dientes y las muñecas de arcilla que había enterradas allí, me sorprendería que alguien quisiera volver a poner los pies en ese sitio.

Se hizo el silencio cuando trajeron la comida: una pieza de asado de buey con empanadillas de gamo y queso. Roger contempló los alimentos con avidez.

—Fleetwood —dijo, mientras se servía la salsa—, un amigo mío te vio en Lancaster el otro día. ¿Qué hacías por allí?

No aparté los ojos de la comida y seguí cortando el asado en tiras.

—Fui a una casa de modas —respondí.

—¿Hasta Lancaster? Debe de tener un género de primera.

Sonreí y me lamí el pulgar. Roger siempre iba dos pasos por delante de todo el mundo: sin duda ya habría preguntado a los guardas o a Thomas Covell, quienes le habrían confirmado mi presencia.

—También pasé por el castillo —dije con voz ronca—. Se me ocurrió hacerle una visita a mi partera.

Miré a Richard. Le había contado mis andanzas por si acaso Roger se me adelantaba y ahora me alegraba de haberlo hecho, aunque no le gustó nada que hubiera cabalgado más de ciento veinte kilómetros en un solo día. Le había recordado la opinión de Alice: si siempre había montado, entonces para mí cabalgar era tan peligroso como caminar, así que al menos le alivié la preocupación.

Roger arponeaba la carne con el cuchillo y no alzó la vista. Lo sabía, entonces.

—¿Y por qué habías de hacer tal cosa? —Su voz resonó profunda y peligrosa.

Aparté el plato y busqué el pañuelo en el bolsillo para limpiarme los ojos.

—Últimamente me encuentro muy mal —dije con un hilo de voz—. Estoy preocupada por mi

salud y la de mi hijo. Quería pedirle consejo.

—¿Y no hay otra partera a menos de sesenta kilómetros que pudiera atenderte?

—Alice ha sido una partera excelente. La mejor que he tenido. —Dejé de limpiarme con el pañuelo y lo miré con docilidad—. Nunca había llegado tan lejos en un embarazo y creo que se lo debo a Alice. Mi parto llegará pronto, Roger. Si tan solo pudierais considerar la posibilidad de conceder permiso a Alice para vivir aquí en Gawthorpe, bajo custodia, por mi salud y por la de mi hijo... Sin ella tengo miedo. ¿Richard?

Miré a mi esposo, rezando para que interpretara su papel. Transcurrió una pausa, durante la cual Richard se lamió los labios.

—Fleetwood ha estado muy enferma —dijo con voz queda—. La visteis con vuestros propios ojos. Apenas podía probar bocado. Se le caían matas de pelo. De alguna forma u otra, está mejor que nunca. Por supuesto, Alice comparecerá en las audiencias del mes que viene, hasta entonces podríamos tenerla aquí, bajo llave. No se escaparía.

—¿Y cómo podríais garantizar tal cosa?

—Del mismo modo que vos podéis garantizarlo con Jennet Device. Tengo entendido que sigue en Read Hall —repliqué.

—Jennet Device no está acusada de asesinato —dijo Roger sin perder el temple. Volvió a agarrar el cuchillo y agregó—: ¿Acaso queríais dar cobijo bajo vuestro techo a una asesina de niños y a una bruja?

—No es... —musité, pero Richard me lanzó una mirada y callé.

—Es imposible —sentenció Roger, sumiéndose en su plato.

En aquel momento, lo odié más que nunca. Era como un gato que posaba su zarpa poderosa sobre la cola de un ratón antes de soltarlo y atraparlo de nuevo. Roger disfrutaba dejando que la gente le pasara la mano por el lomo, lo convenciera y le suplicara, les hacía pensar que tenían una oportunidad, aunque su decisión estuviera tomada de antemano.

—Creo que no alcanzas a comprender la seriedad de los alegatos que pesan sobre las brujas de Pendle —prosiguió—. La brujería se castiga con la muerte, pero sus crímenes son un asunto todavía más serio. No solo han practicado brujería, sino que sus acciones han causado la muerte y la locura de muchas personas. Representan un peligro para la sociedad. ¿Qué opinaría el rey si solicitara su perdón hasta el día del juicio? No, no sucederá.

Se atusó la barba, tenía los pelos plateados salpicados de salsa.

—Lo que me lleva al siguiente punto —dijo, y esta vez se dirigió directamente a mí—. De nada te servirá volver al castillo, porque no te permitirán pasar. Las visitas excitan a los prisioneros, y con tu... estado... —gesticuló con las manos vagamente en mi dirección—, se ponen histéricas. Poco después de que te colaras en la Torre del Foso y te abrieran esa puerta, una mujer murió.

—No estaréis sugiriendo...

—No estoy sugiriendo nada. Te lo estoy diciendo —dijo cortante. Sus ojos refulgían fieros, cada poro de su cuerpo rezumaba maldad—. No vuelvas al castillo. Si lo haces, no te dejarán salir.

Mi cuchillo tintineó contra la mesa. Me volví hacia Richard, que apartaba miserablemente las vetas de grasa en el borde del plato. No iba a desafiar a Roger, lo sabía. Y necesitaba tenerlo de mi lado. Intentando disimular el temblor, me recosté sobre la silla y dejé caer las manos sobre el regazo.

—¿Pretendéis decir que me harían prisionera?

—Es exactamente lo que quiero decir. No te confundas: tu privilegio de nacimiento es lo único que juega a tu favor. Si no tuvieras esta casa y este esposo, ¿crees que se te permitiría deambular

por el condado a tus anchas para llevar a cabo tus pesquisas? No supones ninguna amenaza para el curso de la justicia, por mucho que te lo propongas. Eso sí, si crees estar libre de los grilletos, te equivocas, y mucho.

En ese punto, Richard intervino:

—Roger, sed razonable.

Se me había helado la sangre, pero Roger aún no había terminado.

—Una de las acusadas es la madre de Myles Nutter. Ella también es una mujer acaudalada, una dama elegante y de prestigio. Con tierras e hijos bien educados. El problema es que maldice a sus semejantes, y estos caen como moscas.

«Si fuera tan fácil mataros, yo misma lo haría», pensé, aunque mi boca permaneció sellada.

Roger se inclinó un poco hacia delante para asestar su golpe final.

—De hecho, Jennet me ha dicho que le recuerdas a la señora Nutter. Siempre podremos convencerla para que se piense mejor quién estaba en Malkin Tower el Viernes Santo.

Su mirada clara estaba clavada en mí, sin pestañear, y, por primera vez, fui consciente de a quién me estaba enfrentando. Este no era Roger, mi figura paterna, el hombre que almorzaba, cazaba y jugaba a las cartas con nosotros; era el antiguo representante de la Corona, el magistrado, el juez de paz.

—¡Ya basta! —exclamó Richard, y clavó el cuchillo en la mesa con un golpe estentóreo.

Todos nos sobresaltamos y Roger volvió a sentarse. Nunca había visto a Richard tan enfadado.

—No quiero volver a oír hablar del asunto.

Retiró el cuchillo de la madera y siguió comiendo.

—Esta tarde voy a York a ver el juicio a Jennet Preston. —Roger adoptó un tono calmado—. Los mismos jueces que llevan el caso estarán en Lancaster en agosto: sir James Altham, dotado de una gran experiencia y discreción, y sir Edward Bromley. ¿Conoces a Bromley, Richard? —Richard no le hizo caso, su mandíbula seguía cargada de furia. Roger pareció no percatarse y continuó—: Es el sobrino del antiguo lord canciller, el supervisor de la ejecución de la reina de Escocia. Es también el hombre que absolvió a Jennet Preston en las audiencias de Pascua.

Dio un sonoro sorbo a su copa.

Recordé que Thomas Lister temblaba a mi lado en la comida al oír mentar a Jennet Preston; que había logrado llevarla a juicio dos veces en un intervalo de pocos meses. Uno de los jueces la había hallado no culpable meses atrás; podría volver a hacerlo.

—¿Cuántas semanas quedan para el juicio de Lancaster? —le pregunté a Roger.

—Tres o cuatro. Supongo que ambos deseáis asientos en la galería. Creo que estará más cotizado que el teatro Rose en una noche de función.

Más tarde, cuando los dos hombres salieron para ver la nueva escopeta de Richard, permanecí largo rato en la ventana, cavilando. Demdike había muerto. Jennet Preston iba a ser juzgada por asesinato con brujería. Mientras Alice estuviera viva, y aún quedaba tiempo antes del juicio, podía salvarla.

La mañana siguiente partí para Malkin Tower. Cabalgaba envuelta en mi manto de viaje, con la piel perlada de sudor a pesar de que el día era fresco para ser julio, y la voz de mi madre resonaba dentro de mi cabeza: «Fleetwood, estás haciendo el ridículo. Fleetwood, estás dejando a tu familia en evidencia».

Recordé los días afables y luminosos que había pasado en su casa, un lugar donde nunca habría imaginado sentirme cómoda. La razón de esa comodidad, sin embargo, era Alice. Si me hubiera pasado noche tras noche bordando o leyendo fragmentos de la Biblia, con el rostro avinagrado de

mi madre por toda compañía, podría haber perdido el juicio. No, ¿cómo podía pensar algo así? Lo que podía arrebatarle el juicio a alguien era pasar noche tras noche en una celda fría, húmeda y tenebrosa, con la compañía de otros cuerpos sudorosos, lastimeros, vomitivos, sin agua, sin comida, ni espacio para aliviarse.

El motivo por el que Alice estaba encerrada era Elizabeth Device, que había querido salvar a su hija incluso a costa de encadenar a todo su entorno. Quizá pensaba que contaba con la ventaja del número. Puede que jamás hubiera imaginado que su otra hija propiciaría su caída. Me intrigaba ver con mis propios ojos de dónde venía aquella mujer tan sorprendentemente fea que tenía un perro espíritu y una hija bastarda. Ya había perdido a su madre y ahora el resto de su familia corría peligro, salvo su hija Jenet. ¿Qué vida habría llevado esa niña? ¿Qué le habría hecho entregar a su familia a Roger Nowell? Roger había dicho que Malkin Tower era un lugar miserable, pero era el único hogar que esa niña había conocido, con esa única gente. Probablemente, la cama de plumas y las tartas de carne no fueran señuelo suficiente para hacerla traicionar a su familia.

«Pero tú también odiabas tu hogar —seguía repitiéndome una voz—. Y a tu madre.»

Por mucho que eso fuera cierto, me dije a mí misma que nunca habría traicionado a mi madre. Así pues, no estaba segura de qué empujaría a un niño a hacerlo. ¿La negligencia? ¿La crueldad?

No sabía dónde encontrar la torre, ni a quién preguntar, de modo que me subí al caballo y puse rumbo a Colne. Dejé a Puck en casa, consciente de que podría lamentarlo después, cuando el viento aullase por los páramos y la maltrecha casucha de Joseph Gray volviera para perseguirme.

«Queman a las brujas, ¿no es así?»

El manto me cubría la cabeza y el vientre, de tal forma que podría haber sido cualquiera, o no haber sido nadie, y no suscitó demasiada atención en la tranquila carretera. Me adelantaron tres o cuatro carretas, cargadas de verduras y de rollos de tela, pero mantuve la vista clavada en el suelo al recordar que me habían visto en Lancaster.

«Tengo ojos hasta en el bosque, ¿sabes?», me había dicho Roger.

Sabía que, si permanecía en esa carretera, terminaría por llegar a Halifax, y a John Law y su hijo Abraham. Y pensar que todo esto había empezado por un simple buhonero al que le pidieron unos alfileres... No obstante, aunque el hombre hubiera accedido a la petición de Alizon Device, Alice habría continuado viviendo con su dolor, habría seguido trabajando en el Queen's Arms y cocinando bajo un tejado agujereado el poco alimento que podría comprar para el miserable que tenía por padre. ¿Y qué sería de mí? Tal vez estaría muerta; tal vez no. Puede que nunca hubiese descubierto la existencia de Judith. Pero estuviera donde estuviese, no sería en una carretera buscando una torre de piedra que se alzaba como una espiga de la voluntad.

Hasta donde alcanzaba la vista, todo era gris y verde, verde y gris; pasé una y otra vez por la extraña casucha de piedra seca o toscamente ligada con barro. Había granjas alargadas y bajas que se estiraban por las colinas cual gatos tumbados, pero ni rastro de una torre. Decidí preguntar a la siguiente persona que viera: un hombre que viajaba en dirección opuesta a lomos de una mula que parecía exhausta.

—Disculpad, ¿sabéis dónde puedo encontrar Malkin Tower? —pregunté.

Reculó alarmado, como si le hubiera dicho que era una bruja, y sin mediar palabra se alejó arrastrando a su bestia polvorienta, volviendo la vista atrás de vez en cuando.

Suspiré y me detuve. Justo cuando decidía qué hacer, divisé otras dos siluetas en la carretera: una mujer ataviada con sencillez que tiraba de su hija.

—Disculpad. —Volví a probar suerte—. Estoy buscando Malkin Tower.

La mujer se detuvo y su hija, aturdida por el pesado aire veraniego, casi chocó con ella.

—¿Para qué buscas Malkin Tower? —preguntó ella.

Sus ojos oscuros brillaron con desconfianza.

—He oído hablar de la familia Device y tengo una apuesta con mi hermana. Ella no cree que existan, ni tampoco su casa. Me juego un penique si la encuentro.

—Claro que es real, como ellas. Decidle a vuestra hermana que debería creer lo que oye, la gente no anda por ahí contando falsedades. Siempre han sido una familia rara y ahora sabemos el porqué. Mi madre le compraba remedios a Demdike, pero yo no los tocaba. Yo dejo que sea el Señor quien se encargue de eso, no juego con el diablo.

Se lamió los labios. Su hija contemplaba en silencio mi manto, mi rostro.

—¿De dónde sois?

—De Burnley.

—Buen trecho habéis recorrido para saldar una apuesta. —Eché la cabeza hacia atrás—. Seguid por la carretera casi un kilómetro y tomad el sendero que sube a lo alto del páramo. Allá arriba la encontraréis. A mí no me gusta un pelo; hay algo que no está bien. Como os he dicho, mi madre solía ir allí cuando enfermábamos; me llevó con ella unas pocas veces. No llevaría allí a mi hija ni por orden del Señor.

Le di las gracias y seguí sus indicaciones, salí de la carretera y tomé un sendero estrecho que transcurría entre dos albarradas. Un perro ladraba a lo lejos y recordé el que había visto en el bosque con Elizabeth y Alice, y también, que Jennet me contó que el suyo aún no se le había aparecido. ¿Habría algo de verdad en los espíritus familiares? ¿De verdad Roger creía en ellos? Me eché hacia atrás sobre mi caballo cuando la pendiente se pronunció ligeramente en medio de la campiña. La cima de la colina quedaba cerca, pero la torre no se divisaba por ningún lado. Cuando llegué a lo alto, oteé la otra cara y allí estaba: un edificio apagado, grisáceo, no muy alto, como la pata de una mesa baja. La torre estaba construida al estilo antiguo, como la que se levantó en Gawthorpe cientos de años atrás. Pero los Device no eran una familia noble, ni siquiera eran señores de campo: eran pobres como ratas, conque era un misterio cómo habrían ido a parar a un lugar como ese.

A medida que me acercaba, reparé en que había grandes pedazos del edificio que se habían desprendido y yacían desparramados por el suelo. Me encaminé hacia lo que aparentaba ser la entrada: una puerta ancha y maciza al fondo. Las aspilleras de las paredes eran la única fuente de luz, así como probablemente un agujero en el tejado para dejar salir el humo.

Me apeé del caballo y di una vuelta alrededor de la base de la torre. El intento de un extraño huertecito yacía abandonado, plantado en cuadrículas de piedras superpuestas. No deseaba entrar, pero necesitaba ver de dónde venía Jennet Device. Fui hacia la puerta y probé a girar la anilla. No había cerrojo y se abrió sin dificultad. El interior estaba oscuro y pensé en la celda de la prisión donde ahora moraba la familia. Dejé la puerta tan abierta como pude para que entrara más luz y pasé dentro.

Flotaba un olor intenso que me costó identificar. A humedad, sin duda, y a putrefacción, pero también contenía algo animal, como piel mojada que hubieran dejado a secar. No me tomó mucho tiempo echar una ojeada general. Un caldero de cocina más grande que el de Joseph Gray ocupaba el centro del suelo de tierra. Junto a la cazuela había unos jergones de paja, aunque no había colgaduras para impedir el paso del aire por entre las piedras. Contemplé una letárgica cochinilla que se arrastraba sobre las sábanas mugrientas que cubrían el colchón. Platos y tazas olvidados yacían por el suelo. Una escalera de madera conducía a una plataforma de aspecto carcomido, que habría albergado más camastros de paja. A mi derecha había una mesa colocada contra la pared, que se curvaba en círculo. Varias cosas reposaban en su superficie y cuando me acerqué a

examinarlas, retrocedí de inmediato. Aquí estaban los restos de la muñeca de arcilla de Elizabeth en un montón informe, prendido con alfileres. Y en los bultos y las migajas de arcilla estaban, inconfundibles, los dientes. Cogí uno y lo sostuve delante de mí, sentí que se me erizaba el cuero cabelludo y que la misma sensación me descendía por la nuca.

Un estruendo tremendo por poco me mata del susto. La puerta se había cerrado de golpe. Solté los dientes y corrí hacia la entrada, busqué a tientas el picaporte, lo encontré, tiré de él; el pánico zumbaba en mi cabeza, con una nota aguda y cristalina. Del otro lado, el viento clamaba para que lo dejaran entrar, pero empujé contra él y, finalmente, salí de nuevo al páramo, jadeante y asustada. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se me ocurría tocar los instrumentos demoníacos de esa familia? El escalofrío me recorrió el cuerpo de nuevo, así como la extraña sensación de que alguien me estaba observando.

Mi caballo relinchó y se encabritó, alzó las patas en señal de protesta. Miré en derredor en busca de aquello que le había asustado y, a lo lejos, en la cima de la colina, a unos veinte o treinta metros, divisé la silueta de un perro flaco y andrajoso. Estaba inmóvil como una estatua y me miraba. Yo me moví primero, me subí al caballo ayudándome de uno de los pedruscos caídos, y para cuando atrapé las riendas, el perro se había esfumado.

Estaba sola en la ladera, pero me sentía lejos de ella y, mientras seguía las pisadas del caballo para regresar a la carretera, pensé que sería incapaz de volver la vista hacia Malkin Tower.

Ahora que había visto lo que Jennet había dejado atrás, podía figurarme cuán grandiosa encontraría la casa de Roger y Katherine, con sus cortinones, sus alfombras turcas, sus plumas y sus criados. Ahora comprendía por qué le habría dicho a Roger cuanto deseaba oír, con la esperanza de que le permitiera quedarse; me la imaginaba pensando largo y tendido bajo el cabecero de su cama en los cuentos que podría sacar a relucir, largos y brillantes como los hilos de la tela de araña. Una parte de mí no culpaba a la niña, especialmente si creía que así podría quedarse para siempre, como un cuclillo en el nido de los Nowell. En cuanto se celebraran las audiencias, no me cabía duda de que Roger la despacharía a una granja donde faltasen manos, o a una casa similar a la nuestra como doncella de bodega o de lavadero. ¿Y cómo viviría el resto de su vida? ¿Se consideraría a sí misma elevada por unas circunstancias favorables o le atormentaría el remordimiento hasta el fin de sus días?

Para cuando llegué al punto donde el sendero se incorporaba a la carretera, solo era media mañana y el sol lucía alto pero tenue en el cielo plomizo. Miré a la izquierda hacia Colne y a la derecha hacia Gawthorpe. Un instante después, lo tenía claro, chasqué la lengua e hiqué los talones para avanzar.

—¡Vos! —exclamó Peter.

Me hallaba de nuevo frente a la barra y sobre el suelo cubierto de paja del Queen's Arms.

—Por aquí nunca se dejan caer las damas, y ya van dos veces en una semana.

Había algunos bebedores esparcidos alrededor de las mesas, mozos de carga que habían terminado el turno o repartidores que habían acabado la jornada, pero no parecieron inmutarse y regresaron a sus jarras solitarias.

—Estoy buscando una dirección —expliqué—. En marzo o abril de este año le escribisteis una carta a un hombre llamado Abraham Law, un tintorero de Halifax.

Peter me observó con recelo, su panza rotunda se abollaba ligeramente en el punto donde se ensamblaba con la barra.

—Podría tenerla. ¿Qué queréis saber?

Me erguí en el esplendor de mi modesta estatura.

—Necesito hablar con él.

—¿Para qué?

—Tengo una cantidad de tejido considerable que he encargado a Manchester y desearía un presupuesto para teñirlo. Alice me habló del señor Law y pensé que podría probar suerte con él.

Peter exhaló:

—Bueno, sabe el Señor que las clases altas tenéis ciertas necesidades que nosotros, simples mortales, no alcanzamos a comprender —dijo—. Iré a buscárosla, dadme un minuto.

Enlacé las manos y esperé. No tardó en regresar con una hoja de correspondencia. Prácticamente se la arrebaté para leer la dirección.

—Muchas gracias, señor Ward —dije—. Le escribiré en algún momento.

Cinco minutos después, con la señal del cuervo y Haley Hill resonando en mi cabeza, me hallaba rumbo a Halifax, tras haber untado la mano de Peter. Pensé en todas las monedas que había ido soltando en los últimos tiempos y me pregunté cómo le explicaría a James todas mis idas y venidas. Entonces reparé en que era poco probable que volviera a cuestionarme nada: solo mirarme bastaba para que se le subieran los colores a la punta de las orejas. Eso sí, cuando todo esto hubiese acabado, vigilaría más de cerca la gestión del hogar, si estaba aquí para ello. Muy pronto habría que comprar más paños, más toallas, más leche, más cofias y más faldones; y, además, por partida doble. Constaté, con interés, que pensar en todo aquello no me inundaba de una rabia cegadora; era un hecho, y, llegados a este punto, ni siquiera era un hecho importante.

No tenía tiempo que perder y para cuando llegué al condado vecino, me sentía como si me hubieran metido en un almohadón y me hubieran zarandeado hasta dejarme casi muerta, pues la criatura que llevaba en mi interior se retorció y pataleaba. Por un instante me pregunté si tanto ajetreo le sentaría bien. Pero mientras se moviera, estaba vivo, de modo que desterré la idea, bajé del caballo y pagué al primer mozo que vi para que lo vigilara y le buscara algo de beber.

La casa de madera junto a la señal del cuervo estaba metida entre otras dos viviendas y dominaba la calle por sus plantas superiores, de modo que había que inclinarse hacia atrás para reconocerla. Allí, los niños correteaban descalzos por el barro y la gente salía y entraba de los comercios y las casas con aire resuelto.

Llamé a la puerta y mis nudillos imprimieron un ritmo que transmitía más confianza de la que en realidad sentía. Se abrió a un oscuro vestíbulo y apareció una muchacha. Me miró sorprendida: llevaba encima el manto de viaje y me cubría por completo, desde el sombrero hasta el bajo de la falda.

—Estoy buscando a Abraham Law —anuncié—. ¿Se encuentra en casa?

—Está trabajando, señora —dijo—. Soy su hija. Mi mamá sí está en casa, si deseáis hablar con ella.

—Eh... Sí, será lo mejor.

Retrocedió unos pasos para que pudiera pasar y la seguí por un pasillo de techo bajo que parecía una madriguera, con habitaciones en el lado izquierdo.

—Esperad aquí, voy a buscar a mamá.

Aguardé, escuchando los sonidos de un hogar ajetreado, así como los de las casas adyacentes. Para mi sorpresa, oí una tos del otro lado de la pared. Un minuto después, una mujer esbelta, ataviada con un vestido color maíz y un mandil que necesitaba un zurcido, se aproximó desde el fondo del pasillo. Su rostro era amable y varios mechones asomaban despeinados de su cofia. Se limpiaba las manos en un trapo.

—¿Puedo ayudaros? —preguntó.

En aquel momento, ante sus modales ausentes, me asaltó de golpe el verdadero calado de mi propia empresa, pero también el capricho de ella. Esa mujer no tendría la menor idea de quién era yo, ni de por qué estaba allí, y, de pronto, el esfuerzo de explicarme se me antojó agotador. Sin embargo, debió de percatarse, pues me invitó a pasar y tomar una cerveza y, sin cruzar ni una palabra, la seguí hasta una habitación de luz tenue pese a la claridad del día. Cada centímetro disponible estaba ocupado por montones de cosas apiladas y varios niños y un perro en constante movimiento ocupaban el suelo, por lo que hube de poner atención en dónde ponía los pies. Había un hombre en una silla que miraba por la ventana: alcanzaba a ver la coronilla de su cabeza rala.

Me desabotoné el manto y lo sostuve entre mis manos, sin saber dónde dejarlo. El ambiente de la estancia estaba cargado. La mujer regresó con un tazón de cerveza para mí, del que di buena cuenta.

—Soy Liz —se presentó—. ¿Estáis buscando a mi esposo?

—Sí —acerté a responder. La cerveza era ligera y buena—. Me llamo Fleetwood Shuttleworth. Disculpádmeme que os asalte de este modo... No... No sé por dónde empezar.

—Por favor, sentaos.

Indicó un sillón a cada lado del hogar vacío y sorteé a los niños para tomar asiento. Ella se sentó en el otro.

—Quería hablar con Abraham de algo que sucedió hace algunos meses en Colne.

El semblante de Liz mudó inmediatamente, adoptó una expresión de hastío, rayana en el dolor.

—Una cuestión que implica a vuestro suegro. Aquellos hechos desencadenaron una serie de acontecimientos que... No estoy segura de que en Yorkshire estéis al corriente de lo que está sucediendo en el condado de Lancaster...

Negó con la cabeza y uno de los niños lloró para reclamar su atención. Lo consoló con unas palabras dulces y firmes y se volvió hacia mí. Por supuesto que no sabía nada: bastante tenía con ocuparse de su hogar.

—Lo que ocurre es que... Mi partera es una mujer llamada Alice Gray. —Tragué saliva y vi que sus ojos viraron casi imperceptiblemente a mi vientre, y remontaron de nuevo—. Se ha visto envuelta en acusaciones de brujería, como tantas otras mujeres. Unas doce, según los últimos datos.

Un chiquillo trepaba por la falda de Liz y empezó a golpearle la rodilla con un puño regordete. ¿No había una enfermera o una doncella que pudiera quitárselos de encima un segundo?

—Alice Gray trabajaba en el Queen's Arms, la posada donde llevaron a vuestro suegro después de que fuera... después de que se cruzara con Alizon Device. Alice se lo encontró en el camino de los laneros y cuidó de él en la posada, pero la familia Device empezó a amenazarla para que modificase su historia. Ahora, la han arrastrado con ellas hasta esas horribles acusaciones y dentro de pocas semanas se celebrará un juicio en Lancaster.

Liz seguía escuchándome, aunque notaba que estaba distraída. Retiró al pequeño de entre sus faldas y le sujetó las manos a los lados. El niño empezó a llorar.

—Lo lamento, sé que estáis muy ocupada. En primer lugar, me preguntaba si vuestro suegro se encuentra por aquí y, en segundo, si podría hacerle unas preguntas sobre lo sucedido aquel día en Colne.

Se irguió en la silla y se sentó al niño sobre el regazo.

—Podéis preguntárselo vos, pero no sacaréis gran cosa en claro de él. ¿Papá?

Se acercó al hombre que había visto antes, colocado en la débil luz de la ventana. La seguí y no pude evitar quedarme pasmada.

John Law estaba arrugado como una manzana pasada, encogido en su sillón. Un lado de su rostro parecía haberse fundido, tenía un ojo cerrado y el otro vagaba desesperado entre Liz y yo, como si estuviera asustado. Tenía la impresión de hallarme ante un hombre mucho más corpulento, mucho más fuerte, que hubiese perdido mucho peso de golpe; la piel le caía a colgajos y de su ropa sobraba tanta tela que podría haberla agarrado a puñados.

—Hola, señor Law —dije, intentado disimular la impresión.

Se removió, pero el costado que me quedaba más cerca permaneció lánguido y pesado.

—¿Queieeeeeer? —vociferó.

Me volví hacia Liz.

—Nosotros lo entendemos, pero nadie más lo consigue —dijo—. Papá, esta dama ha venido para verte. ¿La conoces?

—Nnnnnn —bramó.

—No, no me conoce —balbuceé, y me aclaré la garganta—. Señor Law, me llamo Fleetwood Shuttleworth. Soy amiga de la señorita Gray, la mujer que os llevó al Queen's Arms después de... después de vuestro ataque.

Profirió un aullido de lamento y no supe interpretar si me había entendido.

—¿Alice Gray? —volví a probar, pero se retorció y su ojo se apartó de mi dirección para volver a mirar por la ventana.

—Lleva así desde entonces —dijo Liz.

El niño que llevaba en brazos le sacaba mechones de pelo de la cofia.

—Pensaba... —Tragué saliva—. Pensaba que podía hablar.

Liz negó con la cabeza.

—Al principio sí, pero con el tiempo ha ido empeorando. Algunos días se le entiende mejor que otros, pero... Hoy no es un buen día. Puedo dejaros con él, para que intentéis conversar. Quizá os cuente algo. Yo tengo cosas que hacer. ¿Podríais agarrarme a este un momento mientras recojo la tela?

Me entregó al pegajoso chiquitín, envuelto en un sayo, y empezó a retirar montañas de tela de todas partes y a sacarlas de la habitación. Era la primera vez en mi vida que cogía a un niño. El pequeño oscilaba como un costal de harina entre mis brazos tiesos y me miraba con asombro, como yo a él. En un abrir y cerrar de ojos, Liz Law recuperó al crío y volvió a salir de la

habitación. Miré a mi alrededor. Ahora que había retirado la mayoría de los tejidos, las superficies estaban limpias: la mesa se veía pulida y sin una miga, y también caí en la cuenta de que, a diferencia de los niños que había visto en la calle, estos no tenían la cara sucia. La casa de los Law gozaba de una respetabilidad modesta y la incorporación del padre de Abraham suponía un esfuerzo para sus posibilidades. Podrían haberlo dejado encamado todo el día, y, sin embargo, lo habían instalado frente a una ventana bañada por el sol que daba a un patio donde las mujeres lavaban la ropa, y los niños y los perros correteaban. Acerqué mi sillón junto al del anciano y me senté a su lado.

—No os aburriréis con tanto que ver aquí, ¿verdad? —dije.

Emitió un sonido de asentimiento.

—Señor Law, no pretendo incomodaros ni ahondar en vuestro dolor, así que, por favor, disculpad que os moleste. Solo estaba intentado descubrir qué ocurrió aquel día en el camino de los laneros en Colne, cuando os encontrasteis con Alizon Device.

—Emmmmsa-ja. Meeeezó mmmna maaaaión.

Lo observé hablar por un costado de la boca, esforzándome, en vano, por comprender. Su ojo azul estaba clavado en mí, anhelando mi comprensión. Al ver que no surtía efecto, dejó caer el ojo con tristeza y pareció encorvarse aún más lejos. Cubrí su mano laxa con la mía. Contemplé mis anillos, el oro, los rubís y las esmeraldas que se ceñían a mis dedos.

—Señor Law, ¿conocéis a Alice Gray? Asentid si la respuesta es sí.

Su mentón descendió hacia su cuello y volvió a subir.

—¿Creéis que es una bruja?

Su rostro se desplazó en dirección opuesta, y después, regresó hacia mí.

—¿Estaríais dispuesto a decirlo en las audiencias? ¿Asistiréis al juicio?

Su cabeza permaneció quieta; sus ojos se movieron frenéticamente.

—¿Os han invitado a declarar en el juicio?

Asintió, o hizo un gesto que tomé por un sí. Si recuperase el habla, podría defender libremente la inocencia de los demás.

—¿Creéis que Alizon Device es una bruja?

Con un gesto de cabeza asintió y, acto seguido, negó. Aparentaba sufrir un dolor profundo y su ojo azul y escrutador se anegó de lágrimas que se derramaron por su rostro. Su mano derecha se movió como para enjugarlas, pero no pasó del pecho. Me saqué un pañuelo del bolsillo y lo hice por él. El pobre John Law era un títere viviente; lo harían pasar como prueba de los hechos y después se lo volverían a llevar, sin que llegara a usar su propia voz. Alizon Device podría haber continuado su camino y nada de esto habría ocurrido si no se hubiera presentado día tras día en el Queen's Arms y hubiera admitido su culpa. No era de extrañar que su familia quisiera cambiar la historia: era su historia. Este hombre, en cambio, no tenía.

Me quedé con John y contemplamos a las mujeres del patio, encorvadas sobre los barreños, que se limpiaban el sudor de la frente. El sol estaba alto y su labor era sofocante. No temían que se les quemara la piel; no tenían elección. «En un día como hoy —pensé— yo estaría montando junto al río protegida por las copas de los árboles, o sentada junto a la ventana como un florero, apenas más útil que John Law.» Un estruendo sonó en otra habitación y Liz reprendió a alguien.

—¡Jennie! —La oí gritar.

Una de las mujeres del patio miró hacia la casa, con una mano estirada sobre los ojos. Era la niña que me había abierto la puerta, aunque, en realidad, no aparentaba ser mucho más joven que yo. La observé adentrarse en la casa, envuelta en un olor a sosa. Pensé en su vida aquí, rodeada de niños con los que jugar y una madre en cuyo regazo podría reposar la cabeza por las noches,

mientras su padre les leía un fragmento de la Biblia.

Llamaron a la puerta de la calle y, poco después, Jennie apareció para avisarme de que el muchacho al que había pagado para vigilar mi caballo debía regresar a casa. Me puse de pie con rigidez, le di las gracias a John Law y fui a buscar a Liz, que estaba acucillada en el vestíbulo dando de comer a un niño, para darle las gracias también.

—Siento haberos molestado —dije, y la sorteé para no pisarla.

—En absoluto. Espero que no os marchéis decepcionada. John desearía hablar, estoy segura. Todos lo deseamos.

—¿Asistirán él o vuestro esposo al juicio dentro de unas semanas?

Levantó la vista, distraída.

—¿Qué juicio?

—Las audiencias de Lancaster, en las que se juzgará a las brujas.

—Ah, sí. Algo mencionó Abraham al respecto. Hablaré con él.

—Que tengáis un buen día, señora Law.

Abandoné la casa oscura y lúgubre y salí a la calle radiante, donde, al menos, corría un poco de aire. El sudor me cercaba las axilas y me perlaba el labio superior. No había avanzado nada; me sentía como si caminase alrededor del núcleo en círculos cada vez mayores, sin ganar nada. Mientras tanto, en lo alto de su torre en Read Hall, la pequeña Jennet tejía historias que apretaban, una a una, las sogas de sus parientes. Pero no era más que una niña.

No alcanzaba a columbrar una salida para Alice. John Law no creía que fuera una bruja, pero tampoco podía afirmarlo claramente; su propio padre se mostraba indiferente a su suerte; y su patrón solo estaba preocupado por su negocio. ¿Quién más podría hablar por ella? Le di muchas vueltas durante el camino a casa, pero me sentía como si contemplara una pared.

Para cuando llegué al patio de cuadras de Gawthorpe, estaba tan agotada como si hubiese cargado con un saco de ladrillos. Sin embargo, en mi cabeza, una idea ardía como un ascua diminuta. Solo necesitaba espacio para dejar que las llamas prendieran.

Richard no estaba cuando llegué a casa, se había ido a Preston, lo que asumí que significaba Barton, pues era la ciudad más cercana. No había dejado ningún recado y me pregunté si estaría enfadado conmigo; entonces recordé que yo tenía todo el derecho a seguir enojada con él, pero, por alguna razón, me costaba concitar la ira. Al menos, cuando él estaba fuera no tenía que ser discreta con mis «modales asilvestrados», como él los llamaba. En otro tiempo había consentido, admirado incluso, mis paseos solitarios, mi propensión a salir de casa arreglada y volver calada y manchada de barro. ¿No podía ver que aquellas salidas eran pueriles y ahora estaban dotadas de un propósito? Fui al estudio, me armé de tinta, pluma y papel, y subí a mi aposento.

La mañana siguiente, brillaba un cielo azul y despejado. Cogí las dos cartas de mi escritorio y me las guardé dentro del corpiño. Durante la noche, los dedos se me habían hinchado y notaba una extraña sensación en el pecho, como si lo tuviera tirante como una sábana en una cama recién hecha. Ignoré el pensamiento recurrente de que podía tratarse de los síntomas del ocaso de mi vida terrenal: de que mi próxima existencia se hallaba cada vez más cerca. Tal vez la muerte estaba justo detrás de mí, siguiendo mis pasos, moviéndose en mi sombra, y en cualquier momento me arroparía con su manto. Controlé mis nervios, miré a Prudencia y a Justicia, y bajé a la planta principal.

Katherine Nowell me abrió la puerta, con unos ojos cargados de preocupación.

—Fleetwood. ¿Otra vez por aquí? Adelante, pasad.

Me apoyé en el marco de la puerta con una mano; con la otra me sostuve el vientre.

—Katherine, por favor... Necesito ayuda. Mi hijo... Estoy sufriendo. Necesito a mi partera.

—¿Estáis sola? ¿Dónde está Richard? Fleetwood, estáis en estado avanzado y no deberíais cabalgar, de eso no hay duda.

Había miedo en su voz. Me ayudó a pasar al interior de la casa. Exhalé otro gemido.

—¿Dónde os duele?

—Empezó ayer. He intentado obviarlo, pero... Aún no es el momento, Katherine, es demasiado pronto.

—¿El dolor es muy intenso? ¿Arremete por tandas?

—No, es constante.

Dejé que me condujera al gran salón, donde Katherine había estado bordando un cojín. Había alfileres, dedales e hilos esparcidos por la mesa extensible, y pensé en Malkin Tower, y en que todo cuanto quería Alizon Device era un puñado de alfileres. Katherine me ayudó a sentarme en un sillón.

—¿Debería llamar al médico? ¿A un doctor?

—No. Necesito a mi partera, Katherine. Desde que metieron a Alice entre rejas, he empeorado. Me encontraba bien hasta que la detuvieron. Roger dijo que intentaría sacarla de allí, pero la necesito conmigo en Gawthorpe ahora. Le pedí que le concediera permiso para quedarse con nosotros hasta el juicio, no la dejaré escapar a ninguna parte, tenéis mi palabra y la de Richard. Por favor, pedídselo a Roger.

Articulé mis palabras entre resuellos y Katherine me ofreció el tazón de cerveza que trajo un criado discreto. En comparación con la vida y el caos del hogar de los Law, esta casa era tan

silenciosa y contenida como Gawthorpe. El padre de Roger me miraba ceñudo y severo desde su retrato.

—Roger no está, he olvidado adónde ha ido. Ay, Fleetwood, estoy tan preocupada... Decidme, ¿qué puedo hacer?

—Necesito a Alice —dije con voz empañada—. Necesito sacarla de la cárcel. Solo ella puede curarme; ella conoce las hierbas y las tinturas adecuadas.

—Entretanto, ¿quizá el boticario podría ayudar? Ordenaré a nuestro criado que salga a caballo a buscarlo.

—No. Necesito a Alice. Solo ella puede ayudarme. Solo Alice. No hay tiempo para escribir a Roger, ni al castillo: habré de acudir yo misma para que me ayude.

—No, deberíais volver a casa... No sin haber descansado aquí. Os prepararé una habitación y cuando Roger regrese le comunicaré que, por el bien de vuestra salud, Alice debería ser liberada.

Pensé en verme encerrada en una de las habitaciones de Read Hall. Sería poco mejor que la cárcel de Lancaster: Roger sería capaz de encerrarme dentro y arrojar la llave.

—Katherine, ¿creéis que podríais convencerlo para que la dejaran salir? —pregunté con un hilo de voz.

Me miraba con unos ojos cargados de compasión, un rostro arrugado y adusto. Trató de buscar, en vano, unas palabras de aliento.

—Yo tuve una partera excelente de Liverpool, pero fue hace muchos años, no sabría cómo localizarla...

—No, tiene que ser Alice.

Se retorció las manos.

—Fleetwood, me... Es prisionera de Su Majestad, no veo cómo...

—Solo hasta el juicio —me apresuré a decir—. Me preocupa que mi vida corra peligro.

Por primera vez había miedo en mi voz, porque, por una vez, decía la verdad.

—Pero esa mujer se enfrenta a un juicio por brujería. Y la pena que conlleva es la muerte; no la dejarán salir libre antes del juicio. ¡Desaparecerá!

De pronto, supe que estábamos siendo observadas, y no por uno de los rostros pintados que colgaban de las paredes. Dirigí la vista hacia la puerta y me topé con unos ojos grandes y claros. Jennet Device no apartó la mirada, increíblemente sentenciosa para su edad. Sabía que era ridículo tenerle miedo a una niña, pero había algo muy extraño en ella. Después de todo, me había robado un collar, ¿y cómo lo hizo para pasar desapercibida? Desde luego, no me habría gustado tenerla en casa, deslizándose silente por las tarimas y apareciendo en las puertas como un fantasma.

—Katherine, ¿podéis pedir a vuestro criado que se ocupe de mi caballo? Lo he dejado poco menos que abandonado en la puerta en mi premura por veros; espero que no se haya escapado.

Katherine se levantó y salió de la habitación a toda prisa, en un esfuerzo por resultar de ayuda. Una vez que se hubo marchado, Jennet pasó adentro, fue directa a la chimenea y se arrodilló frente a uno de los sillones de roble de respaldo macizo. Llevaba unas tiras de tela que empezó a ordenar sobre el asiento. Incapaz de camuflar mi curiosidad, fui hacia ella.

—¿Qué es eso, Jennet?

Me fijé en que las telas estaban anudadas de tal forma que parecían cuerpos humanos: un nudo grande arriba hacía de cabeza, y otros nudos y tiras de tela representaban los brazos y las piernas. Ya había visto estos monigotes en la iglesia, embutidos en los puños de los niños pequeños para acallar su llanto. Después de haber visto su casa, no me cabía duda de que Jennet era una niña que había crecido sin juguetes.

—¿Quién te los dio? —pregunté—. ¿Roger?
— *Loz* he hecho yo —replicó con su áspera vocecita.
—¿Y también los has rellenado tú? Chica lista. ¿Con qué?
—Con lana de oveja.

Estaba segura de que solo las había traído para enseñármelas, como el gato que lleva un ratón a su dueño. Contemplé su vestido estrecho e informe; la infelicidad y el abandono se vislumbraban en cada uno de sus rasgos. Por culpa de esta niña, mi amiga estaba pudriéndose en un lugar al que la luz nunca llegaba y se enfrentaba a la muerte en la horca. Por culpa de esta niña, varias personas más estaban allí con ella. Deseaba agarrar sus hombros huesudos y zarandearla tan fuerte que le castañetearan los dientes y los ojos se le salieran de las cuencas. Quería gritarle que retirara todas y cada una de sus palabras, todas las mentiras que habían salido de su pequeña lengua viperina. Me costaba mirarla. Volví a mi sillón.

Jennet murmuraba algo y, al oírlo, se me erizó el vello de la nuca.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté, tan bruscamente que se dio la vuelta sorprendida y me miró con esos ojos suyos, enormes y desdenosos.

—Una oración para *conzeguir* bebida —respondió, dándose un aire de inocencia.

—¿Qué quieres decir?

— *Crucifixus hoc signum vitam eternam. Amen* .

La miré e intenté comprender, ensamblando los términos. Mi latín flaqueaba, pues carecía de la atención necesaria para leer. ¿Algo de una cruz y de la vida eterna? Me pregunté dónde habría aprendido eso, porque era puro papismo. ¿Lo habría dicho delante de Roger? En ese caso, ¿habían metido a las *Device* entre rejas solo por ser católicas? Eso no tenía ningún sentido: la mitad de las familias de *Pendle* lo eran. Roger lo sabía, y siempre y cuando acudieran a la iglesia cada semana y no levantarán la vista del suelo, no les buscaba problemas.

Jennet vino hacia mí y cogió el tazón de peltre vacío que estaba al alcance de su mano. Lo colocó frente a los labios imaginarios de sus muñecas para que bebieran.

—¿Dónde aprendiste esa oración, Jennet?

—Mi abuela —musitó.

—¿Dices eso y te trae una bebida?

—No —contestó rotunda—. Traen la bebida.

—¿En qué sentido?

—De una manera muy extraña.

Todo lo que decía era tan peculiar... ¿Yo había sido tan precoz de niña? A todas luces, no. Pero algo en su modo de corregirme removió mis recuerdos. Entonces, caí en la cuenta. Los conejos muertos; Alice acuclillada ante ellos.

«Yo no los maté. Los mataron.»

¿Qué razón se escondía tras esta cuidadosa distinción? Tal vez necesitaba recurrir a un enfoque diferente con Jennet. Como decía Richard a propósito de sus pájaros, «la lealtad se gana, no se exige». Recordé, asimismo, la amenaza de Roger: Jennet podría verse animada a «recordar» quién más estaba presente en su casa. La idea era demasiado grave para tenerla en consideración.

—Jennet. —Miré hacia la entrada—. Creo que conoces a mi amiga. ¿Te suena de algo Alice Gray?

Siguió encorvada sobre sus muñecas. Su pelo lacio y apagado le caía por la espalda desde la cofia. No respondió y limpió sus figuritas de trapo, sacudiéndoles un polvo imaginario.

—¿La conoces, Jennet?

Alzó los hombros: una concesión.

—¿La conoces? —Me incliné sobre ella—. ¿Crees que podrías haberte equivocado cuando dijiste que estuvo en tu casa aquel día, en Malkin Tower?

—James robó una oveja para que *comiéramos* —dijo, apuntando hacia uno de sus juguetes. Estaban repanchingados unos encima de otros, como si estuviesen ebrios. Señaló otra figura—. Madre *ze* lo ordenó.

Me lamí los labios.

—¿Tú recuerdas que Alice estuviera en tu casa? ¿Es una amiga de tu madre o no la habías visto nunca?

En ese momento, oí pisadas por las losas y Katherine apareció con una bandeja.

—Más cerveza. ¿Os encontráis mejor, Fleetwood?

Me recosté en el respaldo, decepcionada, y miré a la niña. Jennet sonreía y cuando comprendí el motivo, un escalofrío reptó por todo mi cuerpo.

—Traen la bebida —dijo con regocijo, y se volvió hacia sus juguetes.

—Jennet, ¿podrías dejarnos a solas? —preguntó Katherine con afectada amabilidad.

La niña la miró y recogió sus juguetes con tal brazada que envió el tazón de peltre al suelo. Ahí lo dejó y se escabulló en silencio de la habitación. Katherine soltó un suspiro profundo y me fijé entonces con más detenimiento en las arrugas que veteaban el contorno de su boca, en el agotamiento apagado de sus ojos.

—¿Cuánto tiempo más va a quedarse aquí con vos? —quise saber, amable.

Katherine negó con la cabeza.

—Roger no lo sabe.

—¿Y es decisión suya?

—Mientras esté aquí es... Le es útil. Así que supongo que cuando deje de ser útil.

Su franqueza me dejó desconcertada. Katherine se sentó y suspiró, alcanzó su tazón y bebió con avidez.

Cuando hubo terminado, se limpió la boca y dijo:

—No os imagináis lo contenta que estaré cuando las audiencias se marchen y toda esta historia acabe.

—Pero ¿cómo podéis desear premura para el sacrificio de vidas inocentes?

—¿Inocentes? —Katherine estaba atónita—. Ni a vos ni a mí nos corresponde emitir ese juicio.

—¿Acaso no tenemos ojos y oídos como nuestros maridos y los hombres que se disponen a condenarlas?

—Habláis como si ya supierais el veredicto.

—Porque ya lo sé, ¡como todo el mundo! ¿En qué momento de la historia las brujas han recibido un trato benévolo? Katherine, hemos de hacer algo.

Katherine soltó una risita que me dio ganas de abofetearla.

—Fleetwood, tenéis la cabeza llena de pájaros. Habláis como si estuviéramos en una obra de teatro y tuviéramos un papel que representar. Ni vos ni yo ostentamos papel alguno en la justicia del rey; nosotras nos debemos a nuestros esposos.

—¡No podemos quedarnos de brazos cruzados y permitirlo! —exclamé—. ¡Tenemos que hacer algo!

—Fleetwood, por favor —rogó Katherine, persuasiva—. Os agotaréis y os causaréis daño a vos y a vuestro hijo. ¿Puedo seros franca? —Me cogió por sorpresa y no pude sino asentir con la cabeza—. Richard os quiere con toda su alma. Siente verdadero cariño por vos. Sois muy afortunados de teneros como compañeros en el matrimonio, no como la mayoría de la gente de nuestra categoría.

Me pregunté un instante si estaría al corriente de la existencia de Judith o si Roger le habría ocultado eso también.

—Debéis concentraros en criar una familia y en ejercer de esposa. La gente habla, bien lo sabéis, Fleetwood. Y sé que aquí, la gente de clase alta estamos a nuestro aire. Estamos lejos de las grandes ciudades y gozamos de cierta intimidad en este rinconcito nuestro, pero eso no implica que debamos perder el decoro.

Me revolví en el asiento, el silencio del salón me zumbaba en los oídos. Esperé a que Katherine se humedeciera los labios para seguir:

—Sois muy joven y muy formal, y encantadora. Sois la señora de la mejor casa de por aquí. Con el nacimiento de este niño, vuestra vida será más plena, más rica, más feliz. Debéis poner cuidado en implicaros en los asuntos adecuados, como la familia y el hogar, y no preocuparos tanto por cosas sobre las que no podéis mediar.

Me sentí como si me hubiera aplastado la rueda de un carruaje. Las palabras se extinguieron en mi garganta, se hundieron en mi corazón náufrago.

—Quiero ayudar a mi amiga —fue todo lo que logré articular sin ahogarme—. O morirá. Y yo moriré con ella.

La certeza volvía a ceñirme por los costados: la certeza de que, sin Alice, también yo podía verme con la soga al cuello. Ella había prometido salvarme y yo se lo había prometido a ella, y las probabilidades de que ambas cosas sucedieran habían quedado prácticamente reducidas a la insignificancia. Caí en la cuenta de que ahora pensaba en días. Cuando intentaba imaginarme cómo sería mi hijo o verme a mí misma sosteniéndolo en brazos, era incapaz. Como tampoco podía figurarme mi vida cinco, diez o veinte años después. La fecha de las audiencias de verano se avecinaba, y mi vida tal y como la conocía dependía de esas breves semanas.

—No hay nada que pueda hacer, Fleetwood. —La voz de Katherine era amable—. Roger no va a liberarla. Está pendiente de juicio por asesinato con brujería, un crimen punible con la muerte.

—Roger se equivoca. Casi todas las personas de su vida la han engañado. No puedo dejarla tirada como los demás. Debéis venir conmigo al castillo e implorar su puesta en libertad. Sois la esposa de Roger, alguna autoridad tendréis.

Al oírme a mí misma, supe que no había esperanza y mis hombros se hundieron en una miseria abyecta.

—Estáis afligida. Necesitáis descansar. Permitidme que os prepare una de nuestras habitaciones.

—No, gracias. He de irme.

—No podéis volver a casa a caballo, estáis indispuesta.

—Cabalgaré despacio.

Katherine sonrió.

—Tenéis más de hombre que de mujer. Insisto en que alguien os acompañe a caballo.

Rebusqué entre mis faldas y extraje las cartas que había redactado a la luz de la vela.

—Tengo que pedir os un favor, Katherine.

—Ay, Fleetwood... ¿Qué os acabo de decir?

—Por favor. Es lo único que os pediré.

Depositó los pliegos entre sus manos. Los lacres parecían manchas de sangre.

—¿Cuándo volverá Roger a Lancaster?

—Dentro de un día, tal vez un par. ¿Son para él?

—No, y no puede verlas. Quiero que lo acompañéis la próxima vez que vaya a Lancaster. Decidle que queréis cambiar de aires y visitar algunas tiendas, no sé. Pero id, y una vez que estéis

allí, habréis de encontrar el modo de visitar el castillo, sola. Allí saben quién soy; Roger los habrá advertido, por eso no puedo ir yo misma. Debéis entregarle estas cartas al secretario del juez de instrucción Thomas Covell en el castillo. No se las confiéis a nadie más: dejadlas directamente en sus manos y decidle que las envíe con carácter urgente a sus destinatarios. Si el secretario os hace preguntas, usad el nombre de Richard y decid que son de su parte.

Katherine frunció el ceño con expresión angustiada.

—No lo entiendo.

—Por favor, Katherine. No os lo pediría si no fuera cuestión de vida o muerte.

—¿Y no hay ningún embuste? ¿No hay nada que calumnie el nombre de mi esposo? ¿Por qué no puede estar al corriente?

—Porque no, no puede. Si no deseáis que vuestras manos estén manchadas de mi sangre cuando muera durante el alumbramiento, haced esto por mí.

Nos miramos y percibí en ella un atisbo de algo parecido al desafío, pero no iba dirigido a mí; podía verla saboreándolo, examinando cómo le sentaba.

—Lo haré —anunció, y asintió con un gesto de cabeza.

Podría haberla besado, y a punto estuve, pero opté por tomar sus manos entre las mías y apretarlas. Se guardó las cartas en las faldas.

—Mil veces gracias —dije.

—Roger estará de regreso de Yorkshire mañana, creo, a menos que se posponga la ejecución.

—¿Qué ejecución?

—¿No os habéis enterado? Han hallado a Jennet Preston culpable del asesinato del padre de Thomas Lister. La cuelgan hoy.

Los días que siguieron, desempeñé mi antiguo papel como fantasma de Gawthorpe, apostada en las ventanas a la espera de Richard. Cuando lo avisté aproximarse desde las cuadras, observé un instante su contoneo garboso, su liviandad tras su viaje a Preston. Cuán intocable era, con qué suavidad se deslizaba por la vida. Salí a recibirlo. Pareció sorprendido de verme cuando le abrí la puerta; después debió de leer algo en mi rostro, pues se detuvo en seco.

—¿Qué sucede?

—Pasa.

Livideció.

—No estarás... No habrás...

—No, nada de eso. El niño está bien.

Recompuso un semblante de alivio y subió las escaleras, quitándose los guantes mientras yo lo ayudaba con el manto. Lo conduje por la casa hasta el salón y cerré la puerta. Puck dormitaba perezoso bajo la ventana y se forzó a darle la bienvenida a Richard, lamiéndole las manos a modo de saludo.

—¿Recuerdas que el otro día vino Roger a comer y nos habló de los jueces de Su Majestad para las audiencias: Altham y Bromley?

—Sí —respondió con recelo.

—Los he invitado a comer a Gawthorpe.

Hubo una pausa, en la que Puck regresó a su cálido puesto. El niño reajustó su posición dentro de mi vientre y dejó una mano sobre él.

—Los has invitado a comer aquí. A esta casa.

Asentí. Richard me miró.

—¿Con qué propósito?

—Con el propósito de arrojar luz sobre el espinoso asunto de las brujas de Pendle.

Richard no parpadeó. Su voz sonaba tranquila.

—Estás complicándote mucho las cosas, Fleetwood. Nos las complicas a los dos.

—No es una cuestión de mí o de nosotros. Se trata de Alice y de que no ha asesinado a ninguna niña.

—Eso le corresponde al jurado decidirlo; ni a ti, ni a Roger.

—¡Roger ya ha decidido por todo el mundo! —exclamé—. ¡Ya lo ha decidido!

—¡Baja la voz!

Richard empezó a dar vueltas por la habitación, su ira resonaba nítida, con un timbre agudo. Unas motitas rojas afloraron en mis mejillas y sentí una rabia caliente que bullía en mi cabeza. Busqué con la mano mi sillón y me senté despacio. Puck gimoteaba a mi lado e intentaba alcanzarme los dedos. Dejé una mano temblorosa sobre su cabeza y me cubrí el rostro con la otra.

—¿Cuándo vienen?

—Cuando pasen de camino a Lancaster la semana próxima.

—¿Roger está al corriente?

—No.

Se agarró al respaldo y menó la cabeza.

—Estás poniendo en evidencia el nombre de los Shuttleworth. Te he permitido deambular a tu aire como una cría demasiado tiempo, y ahora me vienes con esto.

—¿Conque yo pongo en evidencia a tu familia? ¡Tú eres quien tiene dos familias, no yo!

—Vete al infierno, Fleetwood, pensé que ya habíamos zanjado ese asunto. Muchos hombres tienen amantes; no tiene nada de extraordinario.

—Entonces somos ordinarios, ¿es eso? Y no es un asunto que pueda zanjarse. Estoy intentando ayudar a una mujer inocente. ¿Por qué es tan terrible?

Richard empezó a caminar a través de las motas de polvo iluminadas por un rayo de sol, entraba y salía del foco; primero luz y después oscuridad.

—¿Por qué tienes que estar constantemente desautorizando a tu esposo? ¿Sabes en qué lugar me dejas? Y todo por una aldeana de humilde cuna a la que apenas conoces. ¿Tanto merece tu atención? Solo hace meses que entró en tu vida. ¿Por qué tienes que montar este espectáculo y dejarte en ridículo, dejarnos en ridículo, por una mujer que te dio unas hierbas?

—Si no lo entiendes ahora, entonces nunca lo harás: Alice es inocente. ¡Y nadie aparte de mí lo cree! ¡Nadie quiere ayudar! Te necesito, Richard. ¿De qué lado te pondrás, del de tu esposa o del de tu amigo?

—¡Roger también era tu amigo!

—No puedo ser amiga de ese hombre después de lo que ha hecho, y tú tampoco deberías.

—¿Cómo puedes decir eso? Roger es lo más parecido que tengo a un padre. Ha velado por nosotros; nos ha ayudado mucho. Considera que tengo madera para llegar a representante de la Corona; me ve en el Parlamento algún día. Él cree en mí, Fleetwood, como nunca nadie lo ha hecho.

—Deberías ver la cárcel donde las tiene, entonces rebajarías tu estima. Es un rincón del mismísimo infierno: oscuro y húmedo, y están ahí encerradas sin luz, durmiendo entre vómitos, excrementos, ratas y Dios sabe qué más. ¡Una de ellas ha muerto allí! ¿Dónde está tu corazón? ¿Ahora tienes un hueco en el pecho? ¿Dónde está el hombre con el que me casé?

Lo que Richard respondió a continuación hizo que se me helara la sangre.

—Tu parto empieza ahora. No se te verá fuera de tu aposento. Permanecerás allí hasta que llegue nuestro hijo. Es una insensatez y una estupidez por tu parte ir por ahí galopando,

incordiando a diestro y siniestro y poniendo tu vida en peligro. No estás pensando en nuestro hijo, ¿solo piensas en ti misma!

—¿De modo que vas a castigarme por intentar salvar la vida de mi amiga? Sufriste más por la pérdida de tu halcón que por la suerte de una mujer inocente. Y, de todas maneras, me preferirías muerta, ¿verdad? Tu vida sería más fácil sin mí, tu amistad con Roger quedaría intacta. Podrías casarte con Judith y olvidar que un día existí.

Puck gimoteó y lo acaricié distraída. El rostro de Richard traslucía una íntima suerte de agonía. Antes de que pudiera articular una respuesta, abandoné la habitación con un portazo para que no me oyera llorar.

El día de la comida llegó y, a diferencia de mí, la casa rebosaba actividad. Había cumplido el deseo de Richard y había guardado cama, aunque el corazón se me aceleraba incluso tumbada. Mi pecho seguía envuelto en una fina sábana de dolor, ligera pero tensa, y el cuello me palpitaba.

Tuve una nueva pesadilla. Soñé que me encontraba en la mazmorra de las brujas. Incluso aunque abriera los ojos, el negro era absoluto, reinaba una oscuridad más intensa que cuando las encerraron. Se oía un goteo de agua y alguien en una esquina sollozaba en voz baja. No me moví, pues el suelo estaba húmedo, cubierto de algo parecido a la paja y que crujía con suavidad. Justo cuando pensé que iba a morir de miedo, a mi lado, muy cerca, percibí el ruido de algo comiendo. No era una persona: era más grande, como un perro u otra criatura. Escuché cómo los dientes desollaban fácilmente la carne, cómo la bestia saboreaba cada bocado. Ese sonido me revolvió el estómago y me puso la piel de gallina; y me desperté empapada en sudor y miedo, con el latido desbocado de mi corazón resonando en mi caja torácica.

No obtuve respuesta de lord Bromley ni de lord Altham, aunque tampoco la esperaba. Desde el inicio de mi confinamiento, no había podido preguntarle a Katherine si había podido llevar a cabo la misión que le había encomendado. Para cuando llegó el día, estaba hecha un manojo de nervios. Me senté en mi habitación y me imaginé qué estaría sucediendo dos y tres pisos más abajo: las criadas de la cocina estarían atareadas en desplumar, picar, pelar y estofar. James estaría seleccionando vinos de la bodega; los criados estarían abrigando la cristalería y la cubertería, afilando los cuchillos. Si los invitados no se presentaban, iba a ser un festín espléndido para dos.

No había ni rastro de Richard: no me dirigía la palabra. Me arrastré fuera de la cama y me acerqué al espejo, decidida a enfrentarme a una melena por la que no había pasado un peine durante una semana. Me dolían los brazos y me sentía como si llevara días sin dormir, cuando, en realidad, era lo único que había hecho. Me lavé los dientes y fui a la recámara, que ya no me proporcionaba placer alguno. Mi cuaderno de bocetos acumulaba polvo en un rincón.

Una vez ataviada con un vestido de tafetán de un pálido dorado, la idea de bajar tras tantos días en mi aposento se me antojaba extraña: me había acostumbrado a sus dimensiones. Justo antes de mediodía llamaron a mi puerta. Richard asomó la cabeza, con expresión adusta.

—¿Piensas bajar?

Me puse de pie.

—¿Están abajo?

—No, pero la señora de la casa que los invitó debería estarlo.

El gran salón estaba preparado para un banquete, refulgía entre la plata, los cristales y las servilletas de lino immaculadas. Había cuencos de fruta rebosantes de fresas, ciruelas, manzanas, peras y melocotones. Un fuegucito bajo chisporroteaba para caldear la sala y en todas las ventanas resplandecía un cielo azul. Richard y yo contemplábamos su inmensidad sumidos en un silencio infeliz, cuando James apareció a lo lejos por la puerta de la derecha.

—Señor, vuestro primer invitado ha llegado.

Roger entró en el gran salón.

Richard se adelantó para darle la bienvenida.

—Hola, Fleetwood —dijo, tras estrechar la mano de Richard. Su expresión era afable—. ¿Te has recuperado ya?

Miré a mi esposo, que había vuelto a traicionarme eligiendo a su amigo en vez de a mí, pero no

apartó los ojos de Roger.

—He mejorado bastante, gracias —conseguí articular.

—Debes agradecerse a Katherine.

Sonrió complacido. Richard fue a buscarle una copa de vino.

—¿Los jueces de Su Majestad no han llegado aún? —preguntó Roger.

—No, todavía no. ¿A qué hora les dijiste que se serviría la comida, Fleetwood?

—A mediodía, creo.

—Una lástima que hoy sea día de pescado —le dijo Roger a Richard—. Con el gamo estupendo que mataste el jueves...

—Fue una ardua labor. Creo que esperaré a que se calme el tiempo antes de volver a salir tan lejos. El calor atonta a los caballos.

—Tu destreza está por encima de los caballos estúpidos. Tú cazarías bien a lomos de una mula.

Richard se rio y chocó su copa con la de Roger. A mí no me había servido ninguna, así que me acerqué a Jacob, nuestro joven criado de mejillas coloradas y ojos claros, que había reparado en el desaire de Richard y se había ruborizado del bochorno. Cogí una copa.

Formábamos un curioso triángulo, pues los dos hombres estaban cerca y yo me mantenía un poco apartada, respirando hondo para tranquilizarme. James volvió a aparecer por la puerta baja.

—Sir Edward Bromley y sir James Altham.

Se retiró con una pequeña reverencia y, como si aparecieran por ambos lados de un escenario, los dos hombres llenaron las dos puertas del gran salón.

A la izquierda, Edward Bromley estaba listo, con el pulgar enganchado bajo el fajín de terciopelo que le envolvía el torso. Llevaba un jubón con unos bordados sublimes y mangas acuchilladas, y un cirusco bajo el mentón atado con una cinta verde. Un amplio sombrero negro completaba el conjunto y, bajo el ala, sus ojos chispeaban alegres. Aunque pasaba de la mediana edad —rondaría la cuarentena—, era un hombre apuesto.

A tres metros de él, en la otra puerta, aguardaba James Altham. Tendría unos diez años más que Bromley, era más alto y más delgado, y realzaba su figura con un chaleco voluminoso echado sobre un hombro. Vestía una jaqueta de seda de un sublime tono crema, entallada y con puños anchos, unos gregüescos de terciopelo negro con ribetes dorados, a juego con la jaqueta, y unas escarapelas remataban sus esbeltas rodillas. Iba sin sombrero, tenía el cabello cano, ojos oscuros y serios, y un rostro anguloso.

Como si hubieran oído una orden de entrada silenciosa, ambos dieron un paso al frente. Richard se encaminó hacia sir Edward, de modo que yo me dirigí hacia sir James al instante, tal y como era de rigor con invitados del mismo rango.

—Señor mío, gracias por venir a Gawthorpe —dije—. Espero que el viaje haya sido agradable.

—Señora Shuttleworth, gracias por invitarnos. Es muy generoso por vuestra parte proporcionarnos entretenimiento durante nuestra estancia en el norte.

Clavó sus ojos oscuros en los míos al besarme la mano.

La voz del mayordomo interrumpió y me cogió por sorpresa.

—El señor Thomas Potts —anunció.

Miré hacia la puerta, con la mano aún atrapada en la de sir James, y distinguí a un joven alto y delgado plantado en la entrada.

—Señora Shuttleworth, espero que no os moleste que me haya tomado la libertad de invitar a nuestro compañero de fatigas durante nuestro periplo. El señor Potts es el secretario de las

audiencias.

El joven me dedicó una elegante reverencia.

—Por supuesto que no, bienvenido, señor Potts —dije.

El secretario pasó y examinó la habitación de una ojeada, desde los escudos de armas que pendían de la pared hasta la galería de los juglares en las alturas. Debía de ser más joven que Richard, tendría unos veinte o veintiún años.

—Caballeros. —Le había llegado a Roger el turno de saludar a nuestros invitados y se deslizó con suavidad para estrechar sus manos—. Ha pasado una eternidad desde que nos reunimos por última vez. ¿Cuándo fue... el martes?

Todos rieron de buena gana y los recién llegados recibieron una copa de vino.

—Señor Potts, ¿estáis viajando con las audiencias? —pregunté al benjamín.

—Sí —contestó con voz amable. ¿Había captado un deje escocés?—. Acabamos de marcharnos de York y empezamos las audiencias de Westmoreland pasado mañana.

—Ah, mi madre vive en Westmoreland, a las afueras de Kirkby Lonsdale —dejé caer.

Asintió con educación.

—Decidme. —Había bajado la voz, pero los demás hombres se habían acercado a la mesa y hablaban en voz alta—. Si estuvisteis en York, debisteis de asistir al juicio a Jennet Preston.

—En efecto —asintió complacido, como si estuviésemos conversando acerca de un mercader que tuviéramos en común—. ¿Conocéis a Thomas Lister de Westby?

—Sí.

Callé, esperando, en vano, obtener algo más. Recorrió la habitación de un vistazo con sus ojos oscuros.

—Es una casa muy moderna.

—Gracias —contesté, consciente de que no era un cumplido.

—¿Os gusta vivir en el norte?

—En realidad, nunca he vivido en otro sitio. —Caminamos hacia la mesa, donde discretamente habían colocado un sexto servicio—. ¿Es la primera vez que recorréis estos parajes?

—Sí, y está resultando de lo más interesante, también. He de decir que encuentro a la gente del norte muy... distinta. Todo es distinto: la comida, el humor, las ciudades. Ardo en deseos de regresar a Londres.

Sonrió con unos dientes puntiagudos como alfileres chiquititos. Le devolví la sonrisa y me senté en mi silla, más apartada que la de los demás debido al tamaño de mi vientre. Presentaron a Roger y al joven secretario.

—Un placer conoceros —dijo el señor Potts, deshaciéndose del apretón de manos para retomar su copa de vino.

Los ojos de Roger se cruzaron fugazmente con los míos y se apartaron.

Sirvieron el primer plato: salmón cocido a fuego lento en cerveza con arenques escabechados. Mi copa de vino me había ayudado a sobreponerme a la impresión causada por la llegada de Roger, y me dirigí a los dos jueces.

—¿Y cómo está yendo vuestro periplo hasta ahora?

—Muy bien, señora —dijo el estupendo sir Edward. El bigote le enmarcaba las mejillas rosadas, rellenitas como manzanas—. Ya hemos superado la mitad, nos queda Kendal, próximamente, y después Lancaster, como bien sabéis.

Me ruboricé levemente, rogando con desesperación que no mencionara delante de Roger la petición que le había hecho en mi carta, pero lo dejé ahí.

—Hasta ahora hemos completado Durham, Newcastle y York, y nos espera Carlisle después de

Lancaster. Y entonces emprendemos nuestro largo camino de regreso al sur.

—Y decidme, habéis debido de ver toda clase de comparencias fascinantes en vuestro trabajo. ¿Hace cuánto tiempo ejercéis como jueces del circuito norteño?

—Dos años —respondió sir Edward.

—Yo casi diez —contestó sir James.

—Yo me estreno en el circuito —anunció el secretario, dándose importancia.

Los ojos de los hombres se posaron en sus platos y empezamos a comer. Podía sentir la intensa presencia de Roger desde el otro extremo de la mesa.

—Hace poco me llegaron noticias... —Intenté impostar un tono firme—. Noticias de que habéis hallado a una mujer culpable de brujería en York.

—En efecto —confirmó el juez veterano—. Fue un caso interesante, porque la mujer estuvo también en las audiencias de Pascua acusada de lo mismo, apenas cuatro meses atrás.

—También por Thomas Lister —dije.

Se hizo el silencio en la mesa. Un trocito de arenque que no había logrado llegar a su destino temblaba en los labios de sir James.

—Así es —dijo—. Sí que mostráis interés por las leyes del reino.

—Pero en esta ocasión, fue hallada culpable.

—La mujer fue hallada culpable del grave crimen de asesinato con brujería de Thomas Lister padre, en efecto.

La voz de James Altham era serena, casi suave. A todas luces, debía de reservarse la plenitud de su impacto para los tribunales.

Asentí, y desalojé una espina de salmón que se me había quedado atascada en la boca, intentando no atragantarme.

—Sir Edward, no obstante, sí la perdonó en Pascua, de modo que la vida de esta mujer se vio magnánimamente alargada unos meses —dijo. Se dirigió a su colega y apostilló—: Me pregunto si sabíais de antemano cuán increíblemente menospreciativos eran sus seguidores y, si fue así, cómo llegasteis a vuestro veredicto.

Los ojos de sir Edward despidieron un destello.

—No sabía nada de eso. Menudos son los Preston, una panda bien chillona —explicó al resto de la mesa—. Mi pobre compañero Altham ha sido vilipendiado en todos los pueblos desde York a Gisburn, que no son pocos.

Intenté imaginarme a la gente abarrotando las calles de Padigham y de Colne para protestar por la detención de las brujas de Pendle, y me costaba figurarme siquiera un puño alzado.

—¿Y habían juzgado a alguien por brujería antes de este año? —quise saber.

Ambos se miraron, sopesando la respuesta.

—Nunca —dijo sir Edward con tono de sorpresa—. De hecho, este es el grupo más numeroso juzgado por brujería en este país.

—¿De la historia?

Asintió. Yo no podía evitar mirar a Roger, que había esperado su turno para intervenir.

—Han conseguido esconderse por todo el país, hasta ahora —anunció—. Es como cazar ratones: cuando aparece uno, se sabe que hay un nido. Desde hace un tiempo, el rey sospecha que el condado de Lancaster es el escondite de delincuentes y hechiceros, y de buen grado ayudaré a arrancar el mal de raíz antes de que se propague e infecte al resto del reino, para dejarlo en vuestras manos capacitadas.

—¿Acaso implica, entonces, que pensáis que el mal es como una plaga? —preguntó sir Edward.

—En algunas zonas. Fijaos en los Device y los Redferne: no viven ni a cien metros los unos de los otros. Que una casa empezara con brujería y la otra siguiera para protegerse, o lo que fuera, no es ninguna coincidencia. Pero la vieja Demdike lleva practicando sus artes... décadas.

Me di cuenta de que lo miraba fijamente y bajé los ojos. Thomas Potts tomó la palabra:

—¿Por qué creéis que la vieja ha evitado que la descubran hasta ahora? De ser el caso... ¿Nadie la había acusado antes?

—No que yo sepa.

Nos retiraron los platos y sacaron el segundo, tartas de ostras. Tenía tres platos por delante para convencer a los jueces de... ¿Qué exactamente?

—¿Dónde pasarán la noche? —preguntó Richard.

—En una posada modesta, no lejos de aquí.

—Oh, insisto en que se queden en nuestra casa.

—No les importunaremos. Nos iremos muy temprano por la mañana.

—Aunque un colchón de plumas será un placer después de tanto jergón de paja —dijo Thomas, inclinándose hacia delante con un ademán de complicidad.

Los hombres rieron. Me aclaré la garganta.

—Supongo que habrá sido un alivio cruzar la frontera y dejar atrás a los partidarios de Jennet Preston —comenté.

Notaba los ojos de Richard clavados en mí, pero no miré.

—Bastante, sí.

—¿Y no se han topado con una protesta semejante en defensa de las presuntas brujas de Pendle?

—Acabamos de entrar en el condado de Lancaster —respondió sir Edward, abriendo su pastel con el tenedor—. Aún no nos hemos familiarizado con estos casos, dado que Westmoreland viene primero. ¿Cuántas mujeres están acusadas?

—Unas doce. Pero, desafortunadamente, una ha fallecido —dijo Roger sin un ápice de lástima—. No obstante, estoy investigando otro caso de una mujer de Padiham.

—¿Otra? —No logré controlar mi voz.

—Una mujer llamada Margaret Pearson. Mi colega, el señor Bannister, está recabando pruebas de su criada, quien perjura haber visto el espíritu familiar de la señora Pearson.

—¿Y qué es?

—Un sapo.

Hubo una pausa, en la que estoy segura de que Thomas Potts dejó escapar algo como una carcajada contenida. Roger hizo caso omiso.

—La señora Booth, la criada, afirma que estaba cardando lana en la casa de su patrona, la señora Pearson, y le pidió un poco de leche. Añadieron más leña a la lumbre para calentar el caldero de la leche y cuando la señora Booth lo retiró, un sapo —o un espíritu disfrazado de sapo— emergió del fuego. Margaret Pearson retiró al animal con unas pinzas y lo dejó fuera.

—Me intriga saber —intervine, con cautela—, si alguna vez habéis visto con vuestros propios ojos uno de estos espíritus familiares, Roger.

Se hizo un silencio incómodo, durante el que Roger masticó meditabundo.

—El diablo solo se aparece ante aquellos que anhelan su compañía —dijo finalmente.

—¿No habíais dicho... —continué incapaz de contenerme— que un espíritu familiar es la señal inequívoca de una bruja? ¿Significa eso que si una bruja no tiene espíritu familiar cabe la posibilidad de que sea inocente?

Roger me miró con ojos cansados. Dio un sorbo a su vino.

—O de que lo tenga muy bien escondido.

—Caballeros —me dirigí a todos los comensales—. Yo misma tengo un perro muy grande que me acompaña allá donde voy. ¿No deberían entonces acusarme a mí de brujería?

La mesa enmudeció y mis ojos se posaron en los de Roger, que me miró con frialdad.

—Diríase que estáis invitando a que os acusen, señora. Yo de vos, extremaría la cautela. Habéis de tener en cuenta la reputación de vuestro esposo. Sir Edward y sir James me han confirmado que el nombre de él ya resuena en Whitehall por motivos propicios, así pues, no hagamos que sea por uno malo.

Ambos hombres intercambiaron una mirada incómoda.

—¿Y Padiham también se encuentra en el bosque de Pendle? —preguntó sir Edward, cortés.

—Este río de ahí marca la frontera —indicó Richard con su cuchillo. Su tono sonaba generoso, pero su temple me resultaba inescrutable—. De modo que en esta casa os encontráis a salvo.

—No podríais jurarlo —apuntó Roger, mirándome directamente—. Visto que una de ellas ha sido invitada de esta casa.

Varios pares de ojos poderosos e inteligentes se posaron en mí, y mi voz se extinguió en mi garganta. La presencia de Roger dominaba la mesa y los hombres apartaron su mirada de mí para mirarlo con incredulidad.

—Una de las acusadas es una mujer llamada Alice Gray y era la «partera» de Fleetwood. Pronunció la palabra con el mismo descreimiento con el que habría anunciado que era una sirena.

Sir James parecía perplejo.

—Es inusitadamente inusual.

—En efecto.

Roger no apartó los ojos de mi rostro. En ese momento, no solo lo odié a él, sino también a Richard, por haberlo invitado a sabiendas de la misión que me traía entre manos. Las cosas habrían sido muy diferentes si ellos dos no hubieran aparecido en escena. Podría haber defendido el caso de Alice y, tal vez, habría marcado alguna diferencia. Pero allí estábamos, todos juntos como una familia infeliz. En ese momento, sacaron el plato principal: un lucio bien hermoso y graciosamente curvado sobre una fuente del tamaño de una rueda de carruaje. Los ojos de Richard se clavaron en los míos y reconocí peligro en su mirada, pero también algo similar a la culpa. Tal vez asimilaba ahora las consecuencias de lo que había hecho.

—Caballeros, antes de que pasemos a degustar nuestro siguiente plato, ¿podría hablar con el permiso de mi esposo?

Volví a mirar a Richard, que inclinó la cabeza con un gesto rápido y solemne. Roger carraspeó, pero continué:

—La mujer invitada de esta casa era mi partera, y amiga, y se llama Alice Gray. Está convocada en las audiencias de Lancaster, acusada de asesinato por brujería.

Atisé un ademán de protesta en Roger, pero no me detuve. Mi voz resonaba aguda, y nerviosa, y recé para que no me fallara.

—Alice estuvo trabajando unos meses para mí y es una partera excepcional. Tiene un don y todo lo aprendió de su difunta madre.

Tragué saliva y los miré a los ojos. Todos me observaban, embelesados. Sabía que me hallaba al borde de un precipicio, con un pie colgando al vacío.

—Alice es muy generosa, y obediente, y buena. Hace mucho tiempo tuvo... Estuvo...

Titubeé y sentí algo de lo más curioso: desde algún lugar cercano me llegaban olas de aliento, como el calor que irradia una hoguera. Respiré hondo y continué:

—Hace mucho tiempo se vio envuelta en una situación horrible que ninguna mujer debería

tener la desgracia de experimentar. Apenas cuenta con amigos y familia; su única amiga comparte calabozo con ella en Lancaster. Espero que... —Parpadeé, las lágrimas asomaron por mis ojos. Tenía la garganta tomada por la emoción—. Espero que no la castigáis por la tragedia que hubo de soportar, porque ya ha sufrido lo indecible por ella.

Roger se alzó de un brinco en su silla, cortándome.

—Creo que ya hemos oído bastante. Esto no es un juzgado y el testimonio de la mujer será atendido cuando y donde sea apropiado.

Tenía el rostro lívido, sus ojos centelleaban como diminutas cuentas de malevolencia. Asentí y me dirigí a los demás:

—He invitado a estos hombres a mi casa y espero que no consideren una impertinencia por mi parte hablar con cariño de mi partera, a quien pronto conocerán en circunstancias diferentes. ¿Os he ofendido, caballeros?

Todos negaron con la cabeza, apabullados pero educados. El silencio se cernió sobre la mesa como un manto de polvo.

—Caballeros, cuando hayamos terminado de comer, les haré una visita por la casa, si desean verla —terció Richard.

Todos agradecieron el cambio de tercio y el ambiente mejoró cuando Richard trinchó el pescado y contó una breve historia de sus tíos. Tan solo Roger y yo permanecimos cual negros nubarrones, preguntándonos cuál de los dos estallaría primero.

Una tarde gris y lluviosa al cabo de pocos días, yacía en mi mudo confinamiento cuando Richard llamó a la puerta de mi aposento. Me informó de que la compañía de lord Montague estaba por la zona y actuaría esa noche en casa. En circunstancias normales, nos habría hecho muchísima ilusión, pero ahora las cosas eran diferentes.

—¿Cuándo cielos aceptó James que vinieran en un momento como este? —pregunté, incorporándome.

Richard suspiró.

—Le pedí que los invitara hace meses. No han anunciado su llegada hasta esta misma mañana.

Richard se fue y, con desgana, meforcé a salir de la cama y vestirme.

Debería haberme sorprendido ver a Roger sentado en el gran salón unas horas después, con las manos enlazadas sobre su enorme panza. Sin embargo, cuando entré en la estancia, acompañada de Puck, mis ojos no se posaron en Katherine, pálida y demacrada, sentada a su izquierda, sino en la mujer morena que estaba a su derecha. Aunque tuviese los ojos posados en el regazo, su gorguera blanca realzaba sus facciones, de manera que emergieron de algún rincón remoto de mi mente. Tras la mesa, había intentado esconder su enorme vientre bajo capas de brocados y tafetán. La cabeza empezó a darme vueltas.

—Señora —dijo Roger, simpático—. Permitidme que os presente a Judith, hija de mi buen amigo Jeremiah Thorpe de Bradford; que no ha de confundirse con los Thorpe de Skipton, aunque ¿tal vez son parientes lejanos?

Se hizo un silencio de asombro, interrumpido momentos después por unos pasos en el pasillo. Richard apareció en la otra puerta. Le llevó menos de un segundo digerir la escena que se desplegaba frente a sus ojos y mudó de color.

El poco valor que me quedaba —el granito de esperanza que aún albergaba y me había traído hasta aquí— se desvaneció, como un objeto minúsculo arrastrado por la corriente de un río caudaloso. Lo supe desde el momento en que desapareció, como también supe que se había ido para siempre.

—Roger —consiguió articular Richard.

No estaba enfadado; estaba atónito y sin aliento, como si su amigo le hubiera apuñalado.

Después sucedieron varias cosas a la vez: Puck empezó a ladrar, desconcertado por la terrible sensación que flotaba en la estancia; James apareció en la entrada para anunciar la llegada de los actores, a los que se oía reunidos en el vestíbulo; Richard recuperó los colores y su rostro adoptó un espantoso tono amarillado como la remolacha; y Judith alzó la vista. Al mirarla, se apagó todo el ruido que inundaba la sala y mi cabeza. Su rostro acorazonado era del color de la nata, y sus mejillas rellenas, del naranja cálido y delicado de las rosas. Sus ojos oscuros y líquidos miraron temerosos a Richard, aunque también había culpa en ellos, y respeto, y, no podía negarlo: amor.

El caos de la sala regresó y posé la mano sobre la cabeza de Puck, un gesto que lo silenció de inmediato. Lanzó un gemido y se quedó quieto. James se tambaleó en la puerta, su boca dibujaba un arco perfecto de sorpresa.

A zancadas, Richard se dirigió al puesto que ocupaba Roger en la mesa, cual espino entre dos rosas temblorosas.

—Roger, ¿qué pretendéis con esto? —bramó—. ¿Qué diantres se os ha pasado por la cabeza para hacer algo así?

Katherine parecía lacrimosa. Había perdido aún más peso desde la última vez que la había visto. Con una lejana punzada de culpa, me pregunté por un instante cuánto le habría costado desafiar a Roger por mí. Judith parecía aterrorizada y sus rasgos adorables componían una expresión de angustia.

—Contestadme ahora antes de que coja esa espada y os ensarte en ella. Maldita sea, Roger, ¡contestadme!

Los ojos de Roger se desviaron incómodos hacia el arma monstruosa que centelleaba encima de la chimenea.

—Como bien sabes, Richard, Judith es una amiga de la familia y la he invitado a pasar una temporada en Read Hall. Y cuando los hombres de lord Montague anunciaron su llegada a Pendle y pregunté si podría disfrutar de una representación privada en Read, descubrí que también actuaban en Gawthorpe, de modo que, como es natural, vi una oportunidad de acercar a nuestras familias para la... ocasión.

Extendió los brazos con un gesto amplio para abarcar a todos los presentes en la sala.

—¿Señor? —dijo James, en un amago tímido de derretir la escena gélida que estaba presenciando.

La única persona que se encontraba a gusto era Roger, que tamborileaba con sus dedos llenos de alhajas. Tras él, donde antes se oían los rumores de los actores, se hizo el silencio a la espera de instrucciones.

Muy despacio y con suma rigidez, Richard se volvió para mirarme. Su rostro era una máscara de dolor. Probablemente reflejaba el mío.

—Fleetwood, ¿vendrías a sentarte con nosotros? —dijo con una voz quebrada por la emoción.

Parpadeé entre lágrimas y miré a Judith, la mujer con quien compartía un esposo y ahora una casa. Había vuelto a posar la mirada en las manos, plegadas sobre su regazo. Me sorbí la nariz y asentí, y tomé asiento junto a Richard.

Mientras sacaban el vino generoso, seis o siete hombres salieron desfilando a la galería y se inclinaron en una reverencia.

—Buenas noches, damas y caballeros. —Un joven apuesto en el centro del elenco tomó la palabra. Tenía la boca grande y una voz diáfana y amable—. Señor y señora Shuttleworth: gracias por invitarnos a vuestra espléndida morada. La obra de esta noche es un clásico nacional de uno de los más grandes dramaturgos en vida, y es, sin lugar a dudas, una de las piezas que más nos gusta representar. Una tragedia de ambición, un laberinto de morales con un toque de magia, capaz de hacer volar vuestra imaginación a los rincones más recónditos y oscuros de Escocia, algo que debería ser relativamente fácil en estas latitudes. —Hizo una pausa anticipándose a unas risitas de admiración, que no llegaron—. Damas y caballeros, os presentamos la obra de William Shakespeare: ¡*Macbeth!*

Con un aspaviento de su manto, los hombres allí reunidos dejaron la galería, salvo tres, que se habían cubierto la cabeza con los mantos y se habían sentado encorvados en un círculo cerrado. Apenas era consciente de todo eso, pues mi cabeza estaba ocupada por una suerte de aturdimiento aletargado. Ya había visto la obra antes.

¿Cuándo será otra vez nuestra reunión?

¿Habrás también tormenta y chaparrón?

Cuando la batahola esté acabada,

y la lucha perdida ya y ganada.

Eso tiene que ser

antes del atardecer.

Mientras los actores declamaban, por el rabillo del ojo vigilaba a Judith, sentada quieta y erguida, con el rostro vuelto hacia la galería, aunque tal vez también examinaba la habitación: los jarrones de porcelana dentro de las vitrinas, los apliques pulidos en las paredes, los retratos; cosas de lo más ordinario, pero, sin duda, interesantes a sus ojos. Estaría embebiéndose de cada detalle de la casa de Richard para saborearlo y recordarlo después. A menos que, naturalmente, ya hubiera estado aquí antes.

La lluvia azotaba las ventanas; aunque los actores alzasen la voz, y sonaran ligeramente histéricos, apenas los oíamos.

*Allá voy, gato negro de mi vida .
El sapo llama. ¡Vamos enseguida!
Hermoso es lo feo, y feo lo hermoso:
¡a volar! Al aire sucio y asqueroso .*

La lluvia no arreciaba y la presencia de Judith era intensa como el tañido de una campana. Sentía sus ojeadas, y, no obstante, mantuve la vista fija en la galería. Qué aspecto tan falto de vida, tan mustio, debíamos de ofrecer, qué sosos y aburridos. El segundero del reloj resonaba alto. Pensé en las escaleras que descendían a la mazmorra y en la puerta cerrada a la oscuridad. Tic, tac, tic, tac.

«Y la lucha perdida ya y ganada.»

Una criada enferma. Un monigote de trapo sobre una cama, atado con pelo negro a un niño. Un cuenco de sangre desaparecido. Un halcón descuartizado y muerto. Un camisón en la oscuridad, flotando blanquecino, acercándose cada vez más.

—¡Basta! —exclamé—. Por favor, deteneos.

Alarmado, Richard se puso de pie de un brinco y dio una palmada.

—Caballeros, mis disculpas, pero mi esposa ha caído enferma.

Apenas era consciente de la confusión y del cúmulo de acontecimientos. Permanecí sentada, contemplando mis manos mortecinas del color del hielo. En realidad, cabía la posibilidad de que pronto estuviese muerta, y Alice también, pero este salón y esta gente seguirían aquí, y el año 1612 pasaría a ser un recuerdo remoto. Se serviría vino para Richard y su nueva esposa, y Roger y Katherine jugarían con su hijo de mofletes rosados. También podía sentir la presencia del otro niño en la habitación, a escasos metros de mí, esperando a nacer, esperando a reclamar su lugar, y Judith, el mío.

Ya en vida había sido la pequeña fantasmita, y ahora estaba consignada a la muerte. Me agarré el vientre e imaginé que desaparecía. Llegaría pronto, no había duda, pero no sería delicado como la luz que abandona el cielo. Sería doloroso, y aterrador, y solitario, y no habría una mano fresca que me acariciara la cabeza, ni unos ojos ambarinos que me tranquilizaran. Habría un juicio y Alice moriría, después moriría yo, ambas fallecidas por una concatenación de adversidades. Cerré los ojos y pensé en mi hijo, en cuánto deseaba que ambos viviéramos. Mi vida terrenal llegaba a su fin, y ese fin estaba próximo.

Era la víspera de la sesión inaugural de las audiencias y prácticamente todos los hombres y mujeres del condado y alrededores habían venido para asistir a la revelación del destino de las brujas de Pendle. Las calles de Lancaster estaban abarrotadas de caballos y carretas, de transeúntes, perros, vacas, gallinas, niños y toda suerte de obstáculos que hicieron a nuestro cochero proferir maldiciones audibles y repetidas detrás de Richard y de mí, mientras conducía el carretón que llevaba nuestro equipaje y a un Puck agotado por el viaje. No despegué la vista del suelo mientras atravesamos los adoquines a lomos de nuestros caballos para unirnos a la muchedumbre que se encaminaba hacia lo alto de la colina, y sentí un hormigueo en la piel provocado por las miradas. Deseaba pasar inadvertida, pero la dimensión de mi vientre llamaba tanto la atención como si me hubiera dejado crecer barba. Las angostas callejuelas eran un amasijo de prendas marrones, cofias blancas, sombreros negros y piel roñosa. Un niño pequeño de uno o dos años tropezó en la calle frente a mí, y su madre le dio un tirón hacia atrás antes de que los cascos de mi caballo, grandes como platos, lo reclamaran. La mujer me miró a los ojos y creo que se sorprendió de la indiferencia que le transmití, de mi falta de espíritu maternal.

Richard y yo habíamos realizado todo el trayecto sumidos en un silencio sepulcral, junto a Puck, que avanzaba a nuestra vera o a remolque tras nosotros en la carreta, soltando algún aullido ocasional. La llegada del barullo y la distracción de Lancaster fue un alivio.

A media tarde, nos presentamos en el patio del Red Lion, una modesta posada escudada tras una arboleda y oculta al fondo de una estrecha carretera que conducía al río. Apenas me fijé en la habitación que nos mostraron en la tercera planta, aunque estaba limpia y bien amueblada, con tapices en los aparadores y un hermoso lecho con un baldaquín de cuatro postes. Cuando depositaron mi baúl con un ruido sordo en el suelo, pegué un respingo y el mozo me miró con curiosidad. El niño corcoveó y se retorció en mi interior, tonificado por el trayecto largo y repleto de baches. Ya estaba tan grande que mis faldas flotaban a varios centímetros de mis piernas.

Trajeron pan y leche para el perro, y dio buena cuenta de todo antes de instalarse en la alfombra turca frente a la chimenea. Me costaba descansar: tenía frío, tiritaba y me tendí en la cama de costado, con las rodillas flexionadas hacia arriba en contacto con el vientre.

Richard estaba apostado en la ventana, con las manos entrelazadas a su espalda. Desde la espantosa comida de la semana anterior, yo apenas había hablado. Tampoco había comido ni dormido. Me había dedicado a recorrer la galería, con las piernas bien abiertas y plantadas sobre la madera pulida para equilibrar mi vientre colosal. O me sentaba frente a las ventanas a contemplar el exterior, y la criatura se movía por los dos. Sabía que a Richard le angustiaba que lo perdiera y tenía ganas de decirle que no había de qué preocuparse tanto por cosas ajenas a nuestro control, cuando había tantas otras que estaban en nuestras manos y por las que no habíamos movido un dedo. Las apelaciones que deberíamos haber formulado; la ayuda que deberíamos haber ofrecido. No osaba pensar que ya era demasiado tarde, pero una parte de mí sabía que lo era: para mí, para ella, para todo.

—¿Cómo crees que irá? —preguntó Richard.

Contemplé la pared.

—No pueden hallarlas culpables —respondí—. Sus únicos testigos son ellas mismas. Son como niños que cuentan historias.

—La gente acaba en la horca por mucho menos. ¿De verdad crees que conocen al diablo?

Pensé en Malkin Tower asomando del páramo como un dedo de una sepultura. Pensé en cómo ululaba el viento en aquel lugar; en cómo podía hacerle perder el juicio a cualquiera. Pensé en la casa de Alice, abierta al cielo; en la humedad que rezumaba por las paredes; en la niña a la que ella había considerado una hija, enterrada bajo el suelo fangoso. ¿Qué les quedaba en esta vida? En las sombras que proyectaba la lumbre por las noches, quizá vieran aquello que deseaban.

—Si el diablo es pobreza, hambre y dolor, entonces sí, creo que lo conocen.

Richard se fue al castillo para enterarse de cuándo daría comienzo el juicio a las brujas. Durante el resto del día, me quedé en la cama sin desvestirme, mirando los árboles por la ventana en compañía de Puck, que batía alegremente la cola contra el colchón, feliz de gozar de permiso para subirse a la colcha. Incluso a pesar del cristal que me separaba de la calle, era consciente de la extraña calidad del aire fuera. Comprendí que se trataba de excitación. Los árboles cimbreaban cargados de nerviosismo y este rebotaba como la lluvia contra las paredes y las losas del patio. Más carruajes llegaron a la posada y el patio se llenó de personas que conversaban con el rostro iluminado por la expectación. Las mujeres mecían pacientemente a los recién nacidos; los hombres aguardaban sobre los adoquines con aire resuelto. Sabía que, si aguzaba el oído, oiría un centenar de opiniones distintas, todas rotundas. Denunciar al prójimo: el rasgo más distintivo de la humanidad, el que llenó la mazmorra en primer lugar. Los rumores se propagaban más rápido que la enfermedad y podían ser tan destructivos como ella.

Una doncella trajo una bandeja con viandas que depositó sobre el aparador con una torpe reverencia, pues se estremeció al ver al perro. No miré la bandeja, ni mucho menos la toqué. Me palpé el papel que la víspera me había metido en el bolsillo: mi alegato en defensa de la inocencia de Alice, que esperaba poder leer ante los jueces. Una versión más elocuente de mi discurso en la famosa comida, que había reescrito al menos cinco veces, ya que el papel se me emborronaba entre la tinta y las lágrimas. En caso de que no me permitieran hablar, intentaría que Richard lo hiciera en mi lugar. Aún no estaba al corriente, pues me costaría aceptar que me negara este favor, aunque nunca más volvería a pedirle nada. No sabía si me autorizarían a leerlo en las audiencias, no sabía si alguna vez habían consentido a una mujer ponerse en pie y hablar cuando no estaba en el banquillo de los acusados. La mera idea me infundía temblor en las piernas, pero entonces pensé en el destino de Alice, la recordé parpadeando al ver luz después de haber estado encerrada en las tinieblas. Ella tenía que estar en el juicio, mientras que yo tenía elección. Roger había dicho que no se aceptarían testigos, pero Bromley y Altham tendrían a bien considerar la educada petición de una mujer de la clase alta después de haber comido en su casa. No le solicitaría a Richard el permiso para hablar hasta el último momento, pues ni siquiera yo estaba convencida de que mis palabras fueran suficientes, y hasta que no lo estuviera, no lograría persuadirlo con mi convicción.

A medida que fueron llegando más huéspedes a la posada, los pasillos resonaron con las voces y los taconeos de las botas sobre la piedra. Apenas oía los ladridos de Puck mientras las mujeres charlaban y reprendían a sus niños, los hombres hablaban a voz en cuello, los baúles se arrastraban y los perros ladraban.

Apretaba el papel con tanta fuerza que pensé que podría rasgarlo, y recordé que, en un tiempo no tan lejano, me había aferrado a otra carta muy distinta, una que daba muerte, mientras que esta podía dar vida. Un ruido en el pasillo: mucho más cerca. Una voz masculina que se aproximaba; una puerta que se abría y se cerraba.

De golpe, estaba totalmente despejada. Me incorporé con los codos y alineé la cabeza con la cumbre de mi vientre. El niño debía de estar durmiendo, por una vez. Me aproximé a la ventana y contemplé el cielo; no tenía reloj. ¿Dónde estaba Richard? Pronto oscurecería y desde el piso de

abajo me llegaba el rumor de los preparativos de la cena en la cocina. Los toneles rodaban por el patio y en las calles el tráfico había menguado. Debía tomar la decisión en menos que canta un gallo: tenía que ser ahora. No necesitaba nada más.

Desperté a Puck, tendido junto a mí, y con una seña le indiqué que bajara al suelo, antes de acercarme a uno de los arcones. Agradecí que previamente Prudencia me hubiera bendecido con su don y extraje el objeto alargado que había envuelto y enterrado entre varios camisones. A continuación me acerqué al aparador y garabateé una nota para Richard, recorrí la habitación con un vistazo final para cerciorarme de que llevaba conmigo todo lo necesario. Con mi perro pegado a los talones y el fardo delgado y discreto en el costado, salí hacia las cuadras.

La casa de John Foulds estaba en un callejón frío y húmedo de Colne. Cuando llegué era casi medianoche y estaba exhausta por el trayecto a caballo por senderos oscuros. No obstante, había tenido a la luna de mi parte: llena y brillante, me había iluminado todo el camino desde Lancaster, había alumbrado nuestra procesión fantasmagórica. Además me sentía segura porque llevaba a Puck conmigo, le agarré la cabeza con una mano y llamé a la puerta principal de John Foulds con la otra.

La calle estaba silenciosa y no se veía luz en las ventanas. Había llamado a las cuatro puertas donde había visto el fulgor amarillento de las velas de junco y la última habitante —una mujer de rostro marchito de cansancio— me informó sorprendida de que John Foulds vivía una hilera por detrás de la calle del mercado, a tres puertas a la derecha.

Volví a llamar y Puck soltó un leve gruñido desde las profundidades de su garganta. Aunque miré a mi alrededor y no atisbé silueta alguna a ningún lado del callejón, tenía la sensación de que alguien me observaba. Estaba demasiado oscuro para distinguir entre las sombras que se cernían contra las casas. Me estremecí y fijé la vista en la puerta de madera que tenía enfrente y, esta vez, llamé con más insistencia. De pronto, se me erizó el vello de la nuca y supe que había alguien en el callejón. Puck comenzó a ladrar de inmediato; aunque lo tuviera agarrado, tiraba de mí y dirigía su agresividad hacia la derecha, y en la penumbra distinguí una masa alargada y bajita que se escabullía tras la última casa. Aporree la puerta y una voz de hombre gritó del otro lado; acto seguido estaba mirando a la cara de John Foulds.

El cabello castaño oscuro y revuelto le caía a ambos lados del rostro e iba vestido para ir a la cama, con una camisa holgada de algodón sin abrochar al cuello. Era tan apuesto como recordaba, aunque algo en sus ojos lo afeaba; una frialdad, tal vez, que impactaba sobre sus rasgos, como una imperfección en un retrato. Si John Foulds destilaba un ápice de arrogancia, se desvaneció tan pronto vio lo que apretaba contra su torso: el mosquete de Richard, que había cargado con un brazo dolorido bajo el manto. Acto seguido, cuando se percató de la presencia del perro, reconocí el miedo, la resignación, incluso.

Se colocó de tal forma que quedó entre la puerta y la pared sin dejarme ver el interior de la casita. Presioné el cañón del mosquete contra su pecho y agradecí que su peso fuera plúmbeo, pues el pulso me temblaba una barbaridad.

—¿Tendríais a bien invitarme a pasar? —dije.

—¿Vamos a batirnos en duelo? —replicó secamente, y torció el gesto.

Puck soltó un gruñido y John Foulds echó una ojeada ansiosa al perro, después me miró y abrió un poco más la puerta. Pasé, seguida de Puck.

La casita tenía una habitación en la planta baja y otra arriba, a la que se accedía por una escalera empinada y estrecha colocada contra la pared posterior. John Foulds sostenía la única vela de junco de la estancia y, por su fulgor, pude vislumbrar algunos objetos informes: un par de sillas junto a la chimenea, un aparador bajo cubierto con un trapo, calderos y sartenes. John fue a encender otro junco y lo colocó en un soporte sobre el aparador; los gases grasientos resultaban asfixiantes. Con todo, no le quité el ojo de encima, pues no tenía la menor idea de cómo usar el arma de Richard.

—¿Quién sois? —preguntó, iluminándome el rostro con su antorcha.

—No me conocéis —dije—. Pero tenemos una amistad en común.

Emitió un sonido que aparentaba ser una risa forzada.

—Yo no lo llamaría amigo.

—¿A quién?

—A Roger Nowell. ¿No estáis aquí por él?

—No.

Contemplé el rostro reluciente de John Foulds, medio oculto en las sombras. Se rascó el cuello y miró a su alrededor con fastidio. Si se movía de improviso, ¿podría moverme más rápido que él?

—¿Os dio dinero? —pregunté.

—¿Y qué si lo hizo?

Dejé caer el mosquete y oí el chasquido de los mecanismos en su interior. Su pesadez era agotadora. Justo cuando llegaba a Colne, había empezado a caer una lluvia ligera, y ahora la oía arreciar, golpear con un ruido sordo la suciedad de la calle. Los ojos de John Foulds centellearon a la luz de la candela.

—¿Por qué está Alice Gray a la espera de juicio por asesinar a vuestra hija?

—Es una bruja —se limitó a responder.

Bajo el fulgor de la vela, su cuello parecía cálido y tostado, su pecho, suave.

—Os amaba —dije, intentado controlar el temblor de mi voz—. Y amaba a Ann.

—¿Quién sois?

—Carece de importancia.

—¿Quién es vuestro esposo?

—Carece de importancia. Pero vos me daréis algo esta noche. No me marcharé de aquí sin un testimonio escrito de vuestro puño y letra que afirme que Alice no asesinó a vuestra hija.

Me miró como si estuviera enajenada. Después, se echó a reír. Entonces percibí otro olor, camuflado bajo la grasa goteante de las velas de junco. Cerveza. Fermentación. Podredumbre. John Foulds seguía siendo un borracho.

—El hecho de que cuelguen a Alice no os devolverá a vuestra hija. ¿Por qué habríais de querer la muerte de una mujer inocente?

—¿Inocente? Es una zorra —escupió—. De todas maneras, no sé escribir.

Se me encogió el corazón. Un testimonio firmado era mi única esperanza; en las guarniciones del caballo traía papel, tinta y pluma. Había pecado de cándida al dar por sentado que aquel hombre sabría leer, escribir, o al menos firmar con su nombre, cuando Alice no. El mosquete pesaba un quintal, me dolían los brazos. Pero no podía darle la espalda.

John Foulds me había hecho un jaque mate.

De pronto me sobresalté al oír el crujido de las escaleras, alguien empezaba a bajar por ellas. Una camisa blanca y larga descendía desde el techo seguida de un cuerpo rollizo y, finalmente, apareció una mujer de rostro anodino y cofia, cuyos labios se abrieron con sorpresa al ver a Puck; en aquella luz tenue bien podría haber sido un lobo y probablemente, en tan pequeña habitación, mi perro debía de ofrecer un aspecto monstruoso.

—¿John? —dijo.

—Vuelve a la cama.

—¿Quién es?

—Ahora mismo —bramó.

La mujer se volvió con dificultad en la escalerita oscura y estrecha, sujetándose a la pared con una mano.

Antes de que su cabeza desapareciera, dije:

—Esperad.

Se detuvo.

—¿Qué tipo de cuchillo utiliza John para afilar la pluma?

Me miró boquiabierto.

—Uno normal y corriente, señora.

—Justo lo que pensaba. Hay un caballo atado fuera. En las guarniciones encontraréis pluma, papel y tinta. ¿Tendríais a bien traérmelos?

Eché un vistazo fugaz a John y asintió, pero no se movió.

—Ahora mismo —ordené, y la mujer desapareció en la lluvia tras la puerta principal—. Conque sabéis leer y escribir, entonces. ¿Y vuestra esposa?

Me contempló con un odio sanguinario.

—No.

—¿Cuánto dinero os pagó Roger?

—Nada que os incumba.

—Le incumbe a la paz del rey. ¿Cuánto?

Desencajó la mandíbula; sus párpados cayeron.

—¿Qué os resulta de más utilidad: el dinero o la cerveza? Tengo una cervecería. Si hacéis lo que ordeno, haré que os manden una cuba cada mes.

Sus ojos se abrieron como platos. Ahora me estaba escuchando.

—Deduzco que es en lo que os gastáis el dinero. ¿A menos que preferáis el brandy? ¿O el vino? Vos diréis.

—¿Cómo sé que cumpliréis vuestra palabra?

Solté un poco el collar de Puck y el perro dio un tirón hacia delante y cerró con brusquedad sus poderosas mandíbulas. John Foulds retrocedió y emitió un gimoteo cobarde. ¿Qué habría visto Alice en aquel tipo debilucho y egoísta?

La mujer regresó y me entregó lo que le había pedido, sin apartar los ojos del perro ni un instante. En cuanto cogí las cosas, subió a toda prisa.

—Dicen que los perros pueden oler el miedo —comenté—. Yo intentaría disimularlo, si fuera vos. Pero sé lo difícil que es cuando se está aterrorizado. Yo tengo miedo, John. Tengo miedo de que mi amiga muera ahorcada por un crimen que no cometió. Y no solo ella: su amiga también se enfrenta a la horca, por haber intentado salvar la vida de vuestra hija.

Observé aquella estancia infeliz, impregnada del hedor a cerveza y a grasa y azotada por el fresco que se filtraba por las paredes desnudas, y me recorrió un escalofrío. Aquel no era un lugar para una niña. Quizá fuera alegre en otro tiempo, cuando la esposa de John vivía y la pareja cuidaba de su recién nacida, la arropaba en paños limpios, y la puerta delantera siempre estaba abierta a la calle para que los vecinos pudieran pasar y alabar la bendición que les había caído en gracia.

—¿Y qué si no lo hago? —Se sorbió la nariz—. ¿Me vais a disparar?

—Sí. A menos que preferáis que el perro se ocupe de vos.

Sus ojos negros bailaron entre ambas opciones. Le entregué el papel y la pluma, y asentí. Suspiró, los llevó al aparador y se encorvó para alisarlo a la luz de la vela.

—¿Qué escribo?

—La verdad.

Aguardé tiritando mientras rasgaba sus palabras con unos garabatos desordenados y prácticamente ilegibles. Oí al caballo exhalando fuera y la lluvia sobre la calle. Sentía una opresión en el pecho, una mezcla de miedo y de alivio, y pensé en el largo trecho que tendría que

recorrer por la mañana. Volvería a Gawthorpe esa noche, dormiría unas pocas horas y partiría hacia Lancaster antes del alba. John Foulds me entregó su testimonio y lo leí por encima.

—Añadid una línea sobre Katherine Hewitt —ordené—. Está citada por lo mismo.

Puso los ojos en blanco.

—No voy a escribir un libro.

—Haréis lo que proceda. Añadid una línea.

—Ya está —dijo—. ¿Así está bien?

—No lo sé —dije, arrebatándole el papel y doblándomelo en el bolsillo—. Más os vale que sí.

—¿A saber?

—Que, si no lo está, es posible que recibáis otra visita, pero no esperéis que venga con humor de mercader. Las audiencias empiezan por la mañana, en caso de que deseéis enfrentaros como un hombre a lo que habéis hecho. Buenas noches.

Me di la vuelta para marcharme. Fuera, llovía a cántaros.

—Si cuelgan a esa zorra, todavía obtendré mi cerveza, ¿verdad?

Me detuve en la puerta y, sin mirar atrás, solté la mano del collar de Puck. Todo cuanto John Foulds debió de ver fue un rayo cobrizo y un destello de colmillos cuando el perro se abalanzó sobre él y le hundió los dientes en el brazo. Profirió un agudo aullido de dolor, soltó una maldición y rodó por el suelo agarrándose el codo. La sangre afloró oscura de la mugrienta tela blanca. Llamé a Puck en voz baja y regresó a mí. Me volví para mirar a aquel hombre débil, tembloroso y cobarde al que Alice un día amó.

—Sí, tendréis vuestra cerveza —dije—. Porque, si mi perro no os mata, ella lo hará. Y cuanto más lento sea, mejor.

Al cabo de una hora, comprendí que me había perdido. Pretendía ir hacia el oeste siguiendo el río hacia Gawthorpe, pero la lluvia caía con tanto ímpetu que no logré oír la corriente, ni mucho menos distinguirla en la oscuridad. No había más que árboles, barro, y nubes que revoloteaban tapando la luna, imposibilitando que me orientara.

Estaba calada; el caballo también y avanzaba con un paso pesado y miserable, deteniéndose cada dos por tres para expresar su protesta. Puck nos seguía fatigosamente, tan agotado como yo, con el pelaje empapado de un color marrón oscuro. El vientre me pesaba más que nunca y el corazón me latía desbocado pese a nuestra lentitud. Doblé a la izquierda, y a la derecha, y de nuevo a la izquierda, esperando toparme con las amplias carreteras que conectaban los pueblos. Solo podía pensar en las dos páginas que llevaba en las faldas: mi testimonio y el de John Foulds. Si se mojaban, se echarían a perder. Notaba algo incrustado en mis entrañas, algo que podía ser desesperación, pero no iba a rendirme a ella. No iba a llorar; encontraría el camino a casa, incluso aunque me tomara toda la noche. Iría a Lancaster por la mañana y me presentaría en el juzgado y oiría mi propia voz resonar por la sala declarando la inocencia de Alice, y todo el mundo me escucharía, y las cadenas de mi amiga tintinearían contra el suelo al caer, y sería libre.

Iba hundida hacia delante sobre el vientre, cabalgando por el bosque a paso de caracol entre troncos enhiestos y negros, la lluvia me resbalaba por el cuello y, entonces, empezó la pesadilla.

El caballo se detuvo en seco, como asustado, y en ese momento empecé a oír los gruñidos. Se oían bajito, pero eran reconocibles incluso a pesar de la lluvia. Un miedo gélido me caló de la cabeza a los pies y empecé a marearme. Cerré los ojos y los volví a abrir para comprobar que no estuviera soñando, pero el sonido persistía: lo conocía, lo había oído muchas veces a lo largo de mi vida, pero siempre en sueños. Ahora estaba despierta, y sola en medio del bosque. Puck ladró y le respondió un aullido leve, seguido de gruñidos, oía a las bestias masticando y gruñendo y

supe que estaban más cerca, pero no veía nada por el suelo. Espoleé al caballo y le ordené con un grito que echara a trotar, pero se tambaleó aterrorizado y a continuación sentí que chocó contra algo, relinchó y se alzó sobre las patas traseras, y yo empecé a deslizarme por la grupa.

Chillé, y el caballo corcoveó y me propulsó hacia los lados. El mosquete empapado que portaba en el regazo repiqueteó al caer al suelo y solté otro grito; busqué desesperadamente las riendas, pero solo hallé unas crines húmedas y un cuello. Se encabritó de nuevo y solté los pies de los estribos para evitar que me arrastrara durante kilómetros, pero entonces caí hacia atrás en la oscuridad. El mundo dio una vuelta de campana y hubo un instante, un instante nítido y puro, de caída libre, en el que mi mente estaba vacía y yo volaba —no caía—, y entonces choqué contra el suelo y aterricé de costado, y mi vientre se estampó contra el barro.

Yacía con una mejilla contra el suelo y por allí cerca Puck ladraba furioso, y el sonido de los cascos se extinguía a medida que el caballo se alejaba al galope y la lluvia continuaba cayendo. No podía moverme, pero sí podía oír, agucé los oídos en busca de los gruñidos que sabía que estaban al caer. Y entonces, los oí. Había más de uno: un jabalí que venía por algún sitio a mi espalda y otro que llegaba de frente, y Puck andaba cerca, lo oí revolcarse, ladrar, gruñir y morder, y se produjo una explosión de aullidos, y no tenía la menor idea de cuántos eran, ni de si Puck sobreviviría a sus colmillos marfileños.

Cerré los ojos, pues sabía que los animales me darían alcance; siempre lo hacían. Lo que no sabía era lo que venía después. Y mientras Puck se batía contra uno, dos o tres, sentí en la pierna un empujoncito suave, extraño, y después me llegaron los gruñidos voraces, de aliento cálido y dientes bañados en sangre. Estaba empapada, por la lluvia, la sangre o mi propia orina y notaba humedad en mis piernas bajo las faldas, fue entonces cuando empezó el dolor.

Quizá un colmillo me perforó el vientre, pues fue instantáneo y explosivo, una punzada tremenda y desgarradora, y el corazón se me desbocó y era incapaz de moverme. Pero entonces, en un abrir y cerrar de ojos, me encontraba vacía, en mi cuerpo resonaba el impacto de su ausencia repentina. Y entonces se avivó de nuevo y sentí la caricia de un hocico en el cuello y la cara, el roce de algo peludo y suave: ¿era Puck?, ¿era otra cosa? Y cerré los ojos y el dolor arremetió, más agudo, se hundió directo en mi cuerpo, en mi médula, y no podía moverme, no sabría decir si de la agonía o del terror, pero me había cegado.

Era un sueño, sin duda: me habían dejado inconsciente o estaba durmiendo. Estaba en casa, en Gawthorpe, en mi cama, y el cielo tras la ventana estaba estrellado. No, estaba tumbada en el suelo del bosque, bajo la lluvia, a kilómetros de mi casa, a kilómetros de cualquier parte, y estaba sola, y al borde de la muerte.

«Su vida terrenal llegará a su fin.»

Estaba demasiado asustada para llorar, aunque este miedo era distinto al que me sobrevinía en la pesadilla. Ahora había conocimiento, y entendimiento, pero, con todo, seguía siendo un miedo atroz y no podía decir qué era peor: el pánico o la idea de que aquí acababa todo.

Mi perro. ¿Dónde estaba? En su día lo salvé de una vida de violencia y de miseria, y lo amaba. Abrí los ojos para buscarlo, y percibí un reflejo cobrizo, brillante como una llama justo delante de mis ojos. Volví a cerrarlos. Sabía que Puck estaba cerca, luchando por mí, aquella bestia enorme a la que había paseado por todas partes, a la que había mimado, besado y confiado mis secretos, aquel animal capaz de matar a un toro, pero que no haría daño a una mosca.

Mi hijo, a quien nunca vería y que nunca me vería a mí, y, sin embargo, ya nos conocíamos y con eso bastaba. La agonía me abrasaba como un hierro candente y me doblaba por la mitad; esperaba que mi hijo no lo sintiera y no tenía miedo.

«Su vida terrenal llegará a su fin.»

Los sonidos parecían desvanecerse, pero yo estaba anclada al suelo, seguía anclada a esta vida bajo una marejada de agonía. Podía haberme hallado bajo una rueda de carruaje que rodaba hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás.

Ahora caía una lluvia ligera, como los besos de Richard en mi hombro.

Los papeles que llevaba en el bolsillo estarían calados.

Alice. Tenía que salvar a Alice.

Abrí los ojos, pero todo estaba tan negro como si los tuviera cerrados. Volví a cerrarlos contra el dolor y esperé a que llegaran las verdaderas tinieblas.

—¿Señora?

Los pájaros trinaban. Su canto era muy alegre. Unos brazos me alzaron mientras otro latigazo de dolor me azotaba el cuerpo.

—Dios mío, miradla.

—¿Está muerta?

Por su voz parecían asustados, y no tenía el menor deseo de abrir los ojos y ver de quién estaban hablando.

—¿Está sangrando?

Me estaban cargando, aunque yo pesaba mucho, mi vestido estaba calado por la lluvia. Más dolor, demasiado como para emitir sonidos, y frío, muchísimo frío.

—Está tiritando.

—¡Rápido! ¡Date prisa, hombre!

Después estaba en movimiento, a un ritmo constante, como un recién nacido al que mecen en una cuna, y veía hojas verdes y ramas oscuras que ondeaban sobre mí, y oía el viento que se deslizaba por el bosque. Me gustaba el bosque, me sentía segura, y debí de quedarme dormida, pues de pronto me estaban subiendo por las escaleras y me posaron sobre un arcón macizo como si fuera una ofrenda. Unos brazos vigorosos me levantaron y continuamos el ascenso, y me pregunté si sería Dios llevándome al cielo. Acto seguido, estaba en mi aposento, me dejaron en el lecho, retiraron la colcha y recorrieron todas las colgaduras, y la gente rodeó la cama, pero no tuve tiempo de ver quiénes eran, pues otro acceso de dolor acometió y me devolvió a la vida, y es que, aunque estuviera despierta, me sentía como en un sueño. Y fue entonces cuando comprendí dónde me hallaba y lo que me estaba sucediendo.

El niño estaba naciendo.

Aullé e intenté incorporarme y vi que, en algún momento, me habían quitado el vestido, el corpiño y el miriñaque, y tan solo llevaba la camisa, teñida de rojo desde el pecho hasta los tobillos.

—No —murmuré—. No, no, no, no. ¡Richard! ¡Alice! ¿Dónde está Richard?

—Hemos ido a buscar al señor —dijo una voz tímida a mi lado.

Vi a uno de los mozos de granja que inexplicablemente estaba junto a mi cama.

—Los jabalís —le dije—. Necesito a Alice. Que traigan a Alice.

El muchacho estrujó la cofia entre las manos, muerto de miedo.

—George, vuelve afuera y espera a la partera —dijo otra voz.

Era James, el mayordomo, que estaba al pie de mi cama. Tenía el rostro grisáceo.

—¿Partera? —pregunté, consciente de que otra punzada de dolor pronto me dejaría tumbada de costado—. ¿No viene Alice? Es la única que puede ayudarme. ¿Dónde está?

Y entonces recordé. Me había ido de Lancaster para visitar a John Foulds y conseguir su declaración, porque el juicio se celebraba hoy, y Alice estaba allí, y yo estaba aquí,

desangrándome, y eso solo significaba una cosa. Mi vida terrenal estaba terminando, y la suya también. Un gemido estentóreo brotó de alguna parte de mi vientre y escapó por mi boca.

—¡Alice! He de ir a Lancaster a las audiencias. ¿Es demasiado tarde?

—El señor está de camino, señora, debe de estar al caer, y también el médico, y la partera.

Los ojos oscuros de James centellaban de pavor.

—¿Dónde está mi vestido? Coged mi vestido.

Alguien —James no— me lo alcanzó, de donde debía de haber estado hecho un gurrúño en el suelo, empapado de barro, de sangre y de lluvia.

—El bolsillo, abrid el bolsillo.

No podía hacerlo yo misma; el dolor me tenía atenazada, recostada sobre los codos, haciendo lo posible por no mirar la sangre que anegaba la camisa y las sábanas, haciendo lo posible por no llorar. Pero tenía tanto miedo, y nadie sabía qué hacer, yo menos que nadie, y si iba a morir en aquella cama, al menos quería sostener la mano de mi marido mientras me iba de este mundo, porque lo amaba y se lo perdonaba todo, y esperaba que él también me perdonara a mí. Los pedazos de papel salían del vestido que había quedado hecho un guñapo, los arranqué de la mano de la mujer —una criada de la cocina— y lloré aliviada, pues estaban secos, el forro los había protegido.

Y entonces esa inmensa ola de agonía me arrolló, una y otra vez, y después se alejó, y llegó alguien que me ordenó dormir y me humedeció la cabeza con un paño, pero no era Alice, y no era lo mismo.

—Alice es inocente. Fui a ver a John Foulds —musité.

Y la voz me respondió:

—Chsss... Ya lo sé, ya lo sé.

Después, quizá, debí que quedarme dormida, pues acto seguido estaba despierta, ciega de pánico. Y Richard estaba en la habitación y la impregnaba de su poder dinámico y su autoridad, como si el rey en persona hubiese llegado a mi aposento.

Se postró ante mí, me tomó las manos. Tenía el rostro mojado.

—Fantasmita mía, ¿qué has hecho?

Apenas reparé en que había otra mujer con él, una presencia corpulenta, ancha, de piel rosada, y pensé con pavor en la señorita Fawnbrake. Sin embargo, Richard me dijo que era una partera de Clitheroe, y que...

Pero yo no escuchaba, porque ahora que él estaba allí, algo extraño sucedía, como si me hundiera en el sueño. Sin embargo, tenía algo que darle: manoteé en la cama en busca de los papeles y los confié a sus manos.

—Richard, debes salir ahora, tienes que leer esto en las audiencias.

Tenía la boca muy seca, mi voz se ahogaba.

—¿Qué es esto?

—Richard, por favor te lo pido, escúchame. Estas declaraciones podrían liberar a Alice. — Otro rayo de dolor me abrasó como el hierro blanquecino de un horno—. Debes ir e insistir para que las lean, o léelas tú mismo. Es mi declaración y la de John Foulds.

La cabeza me daba vueltas, la vista se me nublaba.

«Su vida terrenal llegará a su fin.»

—Ni hablar, Fleetwood. Yo me quedo aquí, contigo.

«¡Tienes que hacerlo!», quise gritar.

—Ve y sácala de allí, Richard. ¡Sácala de allí! ¡Solo ella puede ayudarme y solo yo puedo ayudarla a ella!

—¡Ya basta!

Su voz era como la voz de Dios, flotaba por una oscuridad inmensa y cavernosa, mientras yo me alejaba a la deriva, de él, de mi habitación, de todo. Pensaba que ya conocía el dolor, pero resultó que solo había visto la mejor parte y que lo peor estaba por llegar.

Me estaban apuñalando con cuchillos. Me estaban consumiendo las llamas. Las cadenas me cubrían y me clavaban al lecho, y aunque intentaba alzarme, era incapaz. Mis miembros: encharcados de agua. Mi cuerpo: cortado por la mitad, rebanado por la cabellera. Cada palmo de mi cuerpo aullaba, excepto mi boca, pues cuando la abría, nada salía de ella. Agua, necesitaba agua. Agua para apagar las llamas que se propagaban por mi columna. Estaba ardiendo. Me estaba muriendo. Estaba muerta, y debía de haber llegado al infierno. Sentía un líquido que me resbalaba por los muslos, y después, la oscuridad regresó otra vez, para envolverme clementemente en su manto oscuro y negro.

—Fleetwood.

—Fleetwood.

—Fleetwood.

Había amor en aquella voz, y dolor, y ambas cosas me hacían temblar. Era una voz de mujer, ¿o era de hombre? El dolor. Yo misma era dolor, no estaba separado de mí, no era algo que me estuviera sucediendo a mí. La oscuridad regresó y me sentí agradecida.

La caricia fugaz de un pelaje en el brazo. Supe que era un zorro antes de abrir los ojos. Estaba en el suelo junto a mi cama, mirándome con sus enormes ojos ambarinos. Parecía desesperado por decirme algo.

Me reí y pregunté:

—¿Qué sucede?

Y entonces ocurrió algo extraordinario: el zorro abrió la boca y habló, y era una hembra, y sus palabras fueron: «Honi soit qui mal y pense».

Que la vergüenza caiga sobre aquel que piense mal.

La oscuridad duró tanto tiempo que no recordaba qué aspecto tenía la luz. Pero entonces apareció el fulgor de una vela, que moteaba mi visión cual perlas en un vestido de terciopelo negro. Una mano fría posada en mi cabeza me sacó de la oscuridad. Era la mano de la luz, pero la oscuridad también me tiraba de los pies, y de las manos.

«No, quiero permanecer en la luz.»

Intenté alejarla, concentrarme en la mano, menuda y fresca —¿o era un trapo?—, que reposaba sobre mi cabeza y me anclaba a la habitación, mientras esa marejada salvaje y oscura bramaba en mis entrañas.

—Empuja —dijo una voz—. Tienes que empujar.

Una cofia blanca. Un mechón ondulado de cabello dorado que sobresalía. Era la chica del bosque con el saco de conejos. ¿Cómo se llamaba?

Una ola de dolor rompió en mi interior y para que acabara, debía esforzarme, expulsarla lejos y fuera de mi cuerpo.

—¡Empuja!

Algo se derramó y empezó a salir a borbotones como si hubieran abierto un tonel de pescado. La ola volvía de nuevo, se alzaba despacio, después rompía, y yo me esforzaba cada vez más, hasta que pensé que estaba a punto de reventar.

—Cuando vuelva otra vez, ¡empuja!

Oh, ¿tenía que volver otra vez más? Sí, estaba viniendo, y ahora yo estaba lista para su llegada,

preparada para enfrentarme a ella como si me dispusiera a combatir contra una deidad ancestral. Oí un grito horrible, un mugido agónico, y deseé que quienquiera que fuera callara, pero entonces me di cuenta de que mi propia boca estaba abierta y mis pulmones se vaciaban, y de que me sentaba bien, como si me estuvieran estrujando, pues era más intenso que el dolor.

Y cuando mi grito feneció, otro distinto arrancó. Este, sin embargo, era mucho más suave y venía en salvas cortitas, en lugar de ser un único tono sostenido. La tempestad había amainado y las olas se habían reducido a pequeños chapoteos. Aquel ruido extraño seguía, parecía un corderito, o un gatito. De pronto, me sentí más cansada de lo que había estado en mi vida. Quería dormir y los músculos me pesaban como si fueran de plomo, mi corazón latía furioso, «pum-pum, pum-pum, pum-pum».

Pero había gente en la habitación y hablaban a voz en cuello, aunque yo quisiera dormir. Repetían la palabra «sangre» una y otra vez y parecían presas del pánico. ¿Acaso nunca habían visto sangre?

Dormir, necesitaba dormir.

—Fleetwood, quédate conmigo. Fleetwood, no te vayas.

¿Adónde me estaba yendo? Estaba demasiado cansada para moverme. La oscuridad que antes había tirado de mí me envolvía ahora la mano en la suya, lista para llevarme con ella. Ah, a eso se referían. No te vayas con ella.

«No puedo irme —me dije—. He de quedarme.»

Otro tirón, más insistente esta vez, y con él sabía que estaría tranquila, en paz, a salvo. Ya estaba tendida, sería muy fácil rendirse a la oscuridad, cálida y densa.

—Fleetwood, bébete esto.

«Espera un momento, necesito beber algo.»

Una bebida me sentaría bien. Con dificultad, logré zafarme de su mano, que me agarraba con fuerza, y noté un corte en los labios y después un líquido tibio y dulce en la garganta. Después, algo duro y terroso sustituyó al brebaje, y me ordenaron mascar.

Cuando recobré los sentidos, gracias a Dios, la habitación estaba tranquila y rebosante de luz. Un pájaro solitario cantaba fuera de la ventana y el fuego ardía con alborozo e impregnaba la habitación del aroma de la madera ahumada. Una mujer estaba encorvada ante la lumbre dándome la espalda, removía un caldero, y un penetrante olor a hierbas aromatizaba el cuarto. El dolor aún reverberaba por mi cuerpo, y cada centímetro de mí deseaba dormir. Observé a la mujer y distinguí la curva cremosa de su nuca, y el revoltoso mechón de pelo que se negaba a quedarse bien peinado dentro de su cofia. Se irguió, vino a comprobar algo al pie de la cama y emitió un arrullo suave.

—Alice —susurré, y desconozco si llegó a oírme, pero alzó la vista y vi que estaba llorando.

Se movió hacia mí y se arrodilló junto a la cama. Hice un amago de incorporarme, pero me colocó una mano firme en el brazo. Nos miramos un largo instante, deseaba preguntarle cosas, pero el esfuerzo de hablar no valdría las respuestas, pues, en el fondo, carecían de importancia.

—Corteza de sauce —dijo.

Caí en la cuenta de que esa madera amarga seguía en mi boca y de que tal vez me estaba ayudando, pues sentía la mente más despejada y mi corazón había dejado de galopar. Quería enjuagarle las mejillas, pues ahora las lágrimas manaban a raudales.

—Deberías dormir.

Se movió para ponerse de pie y oí el frufú de sus faldas.

Obediente, como una niña, cerré los ojos. Otro frufú y el aroma reconfortante de la lavanda, sentí sus labios posarse en mi frente, con suma dulzura, y su aliento en mi mejilla.

Y cuando quise alcanzar la oscuridad, ya no estaba.

CUARTA PARTE

En luengos caminos se conocen los amigos

Divisa de la familia Shuttleworth

Richard Lawrence Shuttleworth nació antes de despuntar el alba del vigésimo día de agosto de 1612, el mismo día en que diez brujas murieron ahorcadas en la colina que dominaba sobre Lancaster.

Alice Gray no fue una de ellas.

Gracias a que Puck salió escopetado de ese recóndito rincón boscoso hacia Gawthorpe, que en realidad no estaba ni a dos kilómetros, los tres —Alice, mi hijo y yo— sobrevivimos. Sus ladridos en la puerta de la bodega alertaron a los criados, que despertaron a James, que a su vez despertó a algunos mozos, y mi perro encabezó una procesión a la luz de las antorchas entre los árboles hasta el lugar donde yo yacía en el fango. Llegaron con las primeras luces del primer día de los juicios a las brujas. Uno de los criados —el mejor jinete con el caballo más veloz— galopó los sesenta kilómetros hasta el Red Lion en Lancaster para avisar a Richard, histérico por no saber de mi paradero aun habiendo preguntado en todas las puertas de la ciudad si alguien había visto a una mujer menuda con un vientre enorme y un perro gigante. Todo cuanto le había dejado era una nota avisando de que volvería antes de que empezara el juicio. Hasta se había presentado en casa de Thomas Covell, el alcaide del castillo, pero las palabras se extinguieron en su garganta cuando cayó en la cuenta de que Roger podía estar en el salón con una oreja pegada a la puerta, así que balbuceó una disculpa y se marchó.

Cuando su criado de Gawthorpe llegó antes del desayuno y Richard oyó los cascos bajo la ventana en el patio adoquinado, supo al instante que traía un mensaje sobre mí.

No perdió ni un segundo y cabalgó hasta casa sin detenerse, raudo como una flecha al viento. Me contó que el cielo tenía tonos azulados y anaranjados como el melocotón, y que se prometió a sí mismo que, si yo sobrevivía, me encargaría un vestido con todos los hermosos colores que vio esa mañana. Me dijo que se hizo toda clase de promesas: si yo salía de esta, restauraría la casa de mi madre, de la bodega al tejado, con escayola y pintura frescas, alfombras, y más libros de los que podría leer en toda una vida. Si salía de esta, nunca más dormiría sola en nuestra cama, si tal era mi deseo.

Los criados, por su parte, fueron hasta Clitheroe a buscar a la hermana de la cocinera, que era partera, y la sacaron de la cama. Cuando Richard llegó, sin aliento y empapado de sudor, le dijo sin tapujos que no albergaba demasiada esperanza y que el Señor parecía dispuesto a llevárenos, a mi hijo y a mí, a nuestra próxima vida. Richard empalideció de rabia y la despidió, y ordenó a los criados que buscaran a otra persona. Antes de marcharse, la mujer, altanera y condescendiente, le entregó los papeles de mis faldas que habían estado tirados por el suelo, pisoteados por todas las idas y venidas en la habitación.

Y fue entonces cuando Richard decidió que la única persona capaz de salvarme estaba encadenada en el castillo. Y así, sin siquiera cambiarse el traje de montar ni detenerse a comer, cabalgó hasta Lancaster, consciente de que podía no volver a verme nunca. Dejó el caballo, tan exhausto como él, en la puerta, irrumpió en el castillo y exigió que los jueces de Su Majestad le permitieran leer dos testimonios en relación con el juicio a Alice Gray, que ya había dado comienzo.

Apenas se dio cuenta de la oleada de asombro que barrió la galería, ni del semblante furibundo de Roger, sentado junto a los jueces, ni del inmenso y altísimo techo, ni de las filas de bancos relucientes, ni del jurado. Solo pensaba en los papeles que portaba en la mano, en su corazón que

le latía desbocado en el pecho, y en el rostro desdichado de Alice, entre las demás prisioneras, con grilletes en muñecas y tobillos.

Lord Bromley accedió a su petición, Roger por poco estalló de ira y se puso en pie para protestar, pero la ley prevaleció y Richard se colocó frente a Alice del otro lado del estrado, y leyó mis palabras pese al temblor de sus manos y de su voz.

Y después de eso, leyó las palabras de John Foulds, aunque le costó algo más, de tan terrible que era la letra de aquel hombre.

El jurado salió y Richard hubo de esperar en la galería, calado hasta los huesos y agotado tras haber cabalgado unos ciento veinte kilómetros en un día. A su regreso, les buscó el rostro, a todos y cada uno de ellos, y cuando unos pocos caballeros le miraron a los ojos —para entonces ya había caído en la cuenta de que había jugado a las cartas con un par de ellos—, no supo interpretar el significado y creyó que moriría con la agonía de la espera. Cuando el portavoz pronunció las palabras «no culpable», vio a Alice desplomarse como un peñasco a pocos metros de él.

—¿Y entonces qué pasó? Cuéntamelo otra vez.

—El público lanzó una exclamación de asombro. Di las gracias al jurado, y me desmayé.

Me reí y aplaudí. Estaba sentada en la cama, con un camisón blanco limpio y ropa de cama nueva; habían tenido que quemar la anterior, junto con otro colchón más.

El pequeño Richard estaba en mis brazos y, aunque era pequeño, mis ojos lo veían perfecto. Tenía unos hilillos de pelo negro, fino como la seda, unos labios de rosa y unos mofletes redonditos como manzanas. La primera vez que lo amamenté, cuando me sobraba tiempo para deleitarme en cada adorable pedacito de él, reparé en algo que tenía en el brazo, y estaba a punto de llamar a la niñera cuando comprendí lo que era.

En la parte interior de su codo minúsculo, tenía una mancha de nacimiento marrón, apenas más grande que la uñita de sus minúsculos dedos y con forma de luna creciente. Se correspondía con la cicatriz que yo tenía en el mismo lugar, en el punto donde Alice me había extraído sangre. A la mañana siguiente, comprobé si seguía allí, y allí estaba: formaba parte de él tanto como sus manos y sus pies, y entonces volví a bajar la pequeña manguita y me sonreí para mis adentros.

—¿Y después?

Daba sorbitos a mi tazón de leche, especiada con hierbas medicinales.

—Bueno, después teníamos que esperar el resto de los veredictos —dijo Richard.

Sin demasiado entusiasmo, agitó el sonajero que había comprado tantos meses atrás. No todo eran buenas noticias.

Richard no había logrado leer la última frase de la declaración de John Foulds, garabateada con mano ebria y temblorosa a la luz de una vela lastimera, la frase que absolvía a Katherine Hewitt de toda culpa. La pobre mujer, amiga de Alice y de su madre, fue hallada culpable y murió ahorcada. Richard me contó que después de hablar en defensa de Alice, era el turno de la comparecencia de Katherine; Roger estaba firmemente empeñado en ver sus planes cumplidos, así que hostigó al jurado, agitó los puños y soltó espumarajos por la boca para llevar, una y otra vez, el asunto a su terreno: que esa mujer, alias Mould-heels, que había ayudado a nacer a tantos niños y había convertido a tantas mujeres en madres, había matado a una niña simple y llanamente porque el diablo se lo había ordenado.

Fue demasiado para Alice, y Richard me contó que lloró con más angustia que si hubiera sido su propio veredicto. Cuando le retiraron las cadenas, salió del castillo sin mirar atrás y lloró durante todo el trayecto hasta Gawthorpe, aferrada a Richard con tanta fuerza que le desgarró la jaqueta. Era libre, pero su libertad había costado un precio terrible.

Entre las brujas de Pendle ahorcadas ese día se encontraban Elizabeth Device, su hija Alizon y su hijo James, dejando así a Jennet sola en esta vida. Otras siete corrieron su misma suerte. Todas estuvieron presentes en Malkin Tower. Alice fue la única del grupo que obtuvo la libertad. Una mujer fue hallada culpable y condenada a cuatro días en el cepo y un año entre rejas como castigo. Se llamaba Margaret Pearson y fue la mujer cuya criada vio saltar a un sapo del fuego. No había estado presente en Malkin Tower, de modo que a Roger su suerte le interesaba a medias y no estaba dispuesto a embarcarse en grandes esfuerzos para verla en el cadalso.

Richard me contó que Bromley, en sus palabras de despedida, instó a Alice a abandonar al diablo. Eso habría sido pan comido, pues tan pronto abandonase aquella sala, estaría libre de él.

—Alguien ha venido a verte —me dijo Richard unos días después—. ¿Le mando subir?

—¿Quién es?

La esperanza latió en mi pecho. Richard sonrió:

—Espera y verás.

La paternidad le sentaba bien; se le caía la baba con su hijo. En algún lugar puede que tuviese otro, o una hija, pero mantenía alejado el pensamiento de mi cabeza.

—Ya voy yo —dije—. Aún no he bajado y ya se me está olvidando cómo es. Richard —lo llamé, antes de ponerme de los nervios. Se detuvo en el quicio de la puerta, con una mano sobre el picaporte—, lo siento, pero tendré que comprarte un mosquete nuevo. —Parecía desconcertado—. Cogí el tuyo la noche que... La noche que regresé aquí. Lo perdí en el bosque.

—¿Me cogiste el mosquete?

Aparentaba estar más perplejo que molesto.

—Sí. No tenía intención de usarlo, tampoco sabía cómo. No importa. Se empapó, además, así que de todas formas lo eché a perder.

Sonrió.

—Me sorprendéis a diario, señora Shuttleworth.

—Richard... Una cosa más. Me gustaría pedirte algo.

Dejé a la criatura dormida en brazos de su padre y bajé con cuidado de la cama para ir hasta mi aparador en la esquina de la habitación.

Saqué la carta del médico, que, a esas alturas, estaba rasgada y endeble como un trapo viejo. La sostuve en el puño y contemplé Pendle Hill por la ventana. Después, se la entregué a Richard.

—¿Por qué no me comentaste nada?

Frunció el ceño y atrapó el papel con la mano que le quedaba libre. Contemplé sus ojos desplazarse por el escrito, entonces se le iluminó el rostro al comprender y volvió a fruncir el ceño.

—¿De dónde la sacaste?

—James me la dio hace meses.

—No tenías por qué ver esto.

—¿No se te ocurrió pensar que quizá deseara saber que mi propia vida...?

—No tenías por qué ver esto porque no habla de ti.

Enmudecí.

—¿A qué te refieres?

—Esa carta habla de Judith.

—¿De Judith?

Dio unos golpecitos en la cama que había a su lado y fui a sentarme. Todos esos meses de zozobra resonaban en mi cabeza y hube de hacer acopio de esfuerzo para escuchar.

—Este médico no te visitó; es de Preston. Lo mandé visitar a Judith a Barton cuando perdió... cuando perdió al primer niño. A partir de entonces, intenté mantenerme al margen, pero... Acudí a verla una vez más, y volvió a quedarse embarazada.

Cerré los ojos para permitir que las palabras calasen.

—Pero dice «vuestra esposa».

Richard agachó la cabeza y dijo con voz queda:

—Tuve que decirle que lo era.

La tinta negra del libro mayor afloró hasta la superficie de mi mente: «El señor William Anderton trae licencia matrimonial de York».

—¿Por qué encargaste una licencia matrimonial?

Richard frunció el ceño.

—Era para la sobrina de James. Se casó el mes pasado. Ahora ya no hay nada que no sepas. Te lo prometo.

Permanecí en silencio, digiriendo sus palabras.

—¿Por qué fuiste a verla? —murmuré.

Pareció meditar la respuesta un momento y depositó la mano sobre la mía. Sus anillos refulgían y su voz era un mero susurro.

—Vi en qué estado te sumiste cuando murieron los otros niños. Vi cómo te afectaba. Temía volver a hacerte daño.

Incluso entonces, después de todo por lo que había pasado, era incapaz de odiarlo.

—Y ahora no podía ser más feliz de que tengamos un hijo.

Sonrió al niño, aún mecido en su brazo, y volvió a agitar el sonajero. Los miré con tristeza, y con alegría, y con desconsuelo. Era demasiado.

—Recuerda que tienes una invitada. Te dejo para que te vistas.

Plantó un beso en la cabeza del niño y se marchó sin hacer ruido.

Me levanté y me recogí el pelo dentro de una cofia. Había dejado de caérseme y ahora estaba fuerte y recio como una cuerda. Me puse un vestido sin mangas encima de la camisa y volví a coger al niño para enseñarle el resto de su casa. Me detuve un instante en las escaleras bajo mi retrato y recordé cuando Alice me dijo que le evocaba a alguien. Comprendí que debía de referirse a Ann. Era posible que mi hijo nunca conociera a la persona que nos salvó la vida, aunque quizá era mejor de ese modo, pues mientras estuviera desaparecida, estaría a salvo.

Alice se había marchado mientras yo dormía, mientras limpiaban la sangre y envolvían al recién nacido; se deslizó furtivamente de mi aposento sin que nadie se percatase. Richard dijo que ocurrió un día y una noche después del nacimiento de nuestro hijo, y que en la casa reinaba tal ajeteo de gente subiendo y bajando por las escaleras con jofainas de agua caliente y paños limpios, que nadie se dio cuenta. Estaba allí y, de pronto, se había ido. No se despidió, aunque me dio un beso en la frente con una ternura maternal desconocida para mí.

A pesar de que sabía que era prácticamente imposible, una parte de mí, ínfima y chispeante, esperaba encontrársela sentada en el salón. Como para posponer la desilusión, me tomé mi tiempo para bajar las escaleras, acunando y arrullando a mi hijito. Los criados estaban entusiasmados con la nueva incorporación al hogar y no podían evitar mirarme encandilados. Se congregaron en un grupito en el vestíbulo de entrada para sonreírme y contemplarme bajar con él el último tramo de escaleras, y les devolví la sonrisa.

El salón estaba vacío.

—Señora —dijo una de las mozas de la cocina a mi espalda—. Está en el comedor; venía hambrienta del viaje y ha pedido algo de comer.

Mi madre se levantó de la silla en cuanto entré, con el semblante sereno y los brazos extendidos.

—Mi nieto —susurró, y se acercó para cogerlo.

Vacilé y, después, se lo entregué.

Los ojos de mi madre me inspeccionaron la piel, el pelo, el cuerpo.

—Tienes buen aspecto, Fleetwood. Tu embarazo no ha sido fácil.

—No.

—¿Te has recuperado?

—Eso creo. Perdí mucha sangre y la cocinera me tiene comiendo carne casi cada hora. Es la primera vez que bajo de mi habitación.

Sonrió y acercó el rostro al del pequeño Richard. El niño parpadeó despacio y agitó los puñitos, y mi madre colocó el dedo dentro de su palma diminuta.

—Un niño —dijo, feliz.

Pero me estaba ocultando algo; lo detecté en su tono de voz.

—¿Qué pasa? —pregunté. Se volvió hacia mí y sonrió valerosa.

—Richard ha sido padre por partida doble.

—¿Por qué me lo cuentas?

La pluma de su sombrero tembló.

—Porque quería que lo oyeras de mi boca, y no de algún chismoso del pueblo o en un salón cualquiera. —Suspiró—. Sé que puede que nunca me perdones por haberme guardado lo que convertí en un secreto, pero creí que era lo correcto, pues sabía que solo te traería infelicidad. ¿Quién querría eso para su hija pudiendo evitarlo?

Bajó la vista hacia el niño y me fijé en las arrugas que surcaban el contorno de sus ojos y de su boca mientras hablaba.

—Cuando tu padre murió, yo... estaba a la deriva. Estaba sola y con una niña pequeña, y...

—Te faltó tiempo para deshacerte de mí —dije, apática—. Me casaste de inmediato.

Negó con la cabeza.

—Eso fue una decisión que tu padre y yo tomamos juntos. Tu padre estaba enfermo y necesitábamos un hombre que se hiciera cargo de la familia. ¿Qué habría sido de nosotras? Cuando el señor Molyneux acudió a tu padre con una oferta, no tuvo más opción que aceptarla.

—No sabía que Padre lo hubiera concertado.

Permanecimos en silencio durante un par de minutos, contemplando la pelusilla negra de la cabeza de Richard y sus orejitas rosadas como pequeñas conchas de mar. Ya echaba de menos su peso entre mis brazos, que colgaban inútiles sobre mi regazo.

—Fui tan infeliz en aquella casa —dije—. Pasé cada día de mi infancia con miedo a que al día siguiente me enviaras con él.

—No lo habría hecho.

—Lo usabas como amenaza cuando me comportaba mal.

—Y lo lamento. No debería haberlo hecho. Es complicado educar a un hijo sin un padre. Una diría cualquier cosa por un momento de paz.

—¿Sabes que...? Cuando vino la primera vez... —Se me anudó la voz—. Te marchaste de la habitación.

Mi madre apartó la vista. Sus ojos refulgieron con un brillo más negro que nunca y las comisuras de la boca se le hundieron, aunque en un gesto maquinal su mano acarició al niño, al que acunaba con mimo. Nunca la había visto con una criatura y el pequeño Richard pareció encajar en alguna rendija maternal de ella desconocida para mí.

—Por eso anulé el matrimonio.

La miré.

—¿Lo sabías?

—Cuando regresé al salón, supe lo que había pasado. Su rostro destilaba culpa y tu carita... — Por primera vez en mi vida, vi los ojos de mi madre anegarse de lágrimas—. Todo fue culpa mía —dijo, con la voz empañada por la emoción—. No sabía qué hacer, cómo salir de aquella sin que tu padre me dijera nada. Lo que sí sabía, no obstante, era que nunca jamás te entregaría a ese hombre.

—Pensaba que se había anulado porque Richard era mejor opción.

Mi madre se recompuso y esbozó una tímida sonrisa.

—¿Y no lo fue?

Despacio, volví a recostarme en la silla. La luz bañaba las ventanas, hacía un hermoso día de finales de verano.

—Me alegro de que Richard instalara a su amante allí, porque así ya no tengo por qué volver.

—Yo también odiaba aquella casa —dijo mi madre, para mi sorpresa—. Nunca llegué a instalarme allí. Esperaba que, cuando te casaras, me colocaras en alguna parte, y eso hiciste.

Richard lo hizo. Yo no tuve nada que ver, pues por aquel entonces, no concedía el menor interés a los deseos de mi madre.

—Bueno, ahora tiene una nueva señora. Judith Thorpe de Barton. Bienvenida sea.

Mi madre se inclinó hacia delante.

—Me llevé las mejores piezas de plata antes de irme.

Nos sonreímos. Estaba a punto de preguntar si Judith había dado a luz a un niño o a una niña, pero decidí que prefería no saberlo. Los criados empezaron a servir la comida y Richard llegó, y los tres nos sentamos en torno a una pieza de buey asado y una paloma torcaz bañada en salsa. Mi apetito estaba irreconocible con respecto a hacía cinco meses: podría haberme comido la paloma entera yo sola.

—Cuando pasaba por Padiham he visto a una mujer en el cepo con una bolsa en la cabeza en la que ponía «bruja» —comentó mi madre mientras comíamos.

—Margaret Pearson —explicó Richard.

El asistir a los juicios había despertado en él un interés profundo por los acontecimientos de aquel verano. Incluso había elaborado una teoría sobre nuestro antiguo amigo Thomas Lister: que Jennet Preston era la amante de su padre y que, con su madre aún en vida y delicada de salud, quería a esa mujer fuera de su vista y de su cabeza. O eso, o Jennet sabía algo de él, por lo que Thomas habría preferido verla muerta antes que permitir que saliera a la luz. En cuanto a Roger, era probable que nuestros caminos volvieran a cruzarse, pero el magistrado cayó en desgracia en su viaje hacia el poder. Se retrató a sí mismo como un hombre capaz de negociar con vidas en aras de conseguir una jubilación desahogada: almas a cambio de los nuevos enseres que le concedería el rey; y todo por añadir unos pocos días de gloria al final de una carrera dorada en la justicia. Entre las clases altas del norte, su ambición despiadada se consideró rayana en la desesperación, y muchos salones le cerraron sus puertas.

—Pasaré cuatro días de mercado en el cepo y después iré a la cárcel, donde lo más probable es que muera, ya que no podrá pagar sus rentas una vez que cumpla sentencia —explicaba Richard.

—¿Por qué no la colgaron? —quiso saber mi madre.

Richard se encogió de hombros.

—¿Quizá prevaleció un ápice de sentido común? Lo desconozco.

Mi madre se estremeció.

—Oí que en Lancaster había miles de personas el día de la ejecución.

—Nada excita tanto a los vivos como la muerte —dije.

—¿Y qué fue de aquella muchacha, Jill? ¿O se llamaba Alice? ¿No la habían detenido?

Richard y yo nos miramos.

—La hallaron no culpable.

—Vaya, eso sí que es extraordinario, ¿no os parece? Estaba convencida de que si encontraban a una culpable, las meterían a todas en el mismo saco. ¿No estaban conspirando para matar a Thomas Lister?

—¿Quién sabe? —dije—. No había testigos, aparte de una niña. Además, Alice era inocente.

—¿Cómo lo sabes?

Me llevé la mano a la cicatriz del codo y la dibujé por encima de la manga.

—Ella solo quería ayudar a la gente —dije.

—¿Dónde está ahora?

—Ojalá lo supiera.

—¿No te lo dijo?

Negué con la cabeza.

—¿Tiene familia?

Pensé en Joseph Gray, borracho como una cuba en su casa de barro.

—No.

En aquel momento, el niño empezó a llorar en su camita frente a la chimenea. La niñera estaba comiendo con los criados, y mis pechos estaban llenos y amenazaban con desbordarse, así que me levanté y lo saqué de la cuna de roble que mi madre me había regalado tantos años atrás. Lentamente, me coloqué frente al conjunto de paneles grabados que dominaban la repisa de la chimenea.

Pestañeeé y los observé todos, volví a mirar. No podía creer lo que estaba viendo. Junto a las iniciales de Richard, en el espacio que había quedado en blanco desde la construcción de la casa, había una letra A.

La habría reconocido dondequiera que estuviese, la había visto garabateada decenas de veces con la mano temblorosa de quien aprende a escribir. Y ahí estaba, completa y legible.

Me quedé helada del asombro y, entonces, me eché a reír.

—Fleetwood, ¿qué sucede?

Levanté a Richard por encima de mi cabeza y empecé a dar vueltas, bailando feliz mientras mi esposo y mi madre se miraban divertidos y perplejos.

—¡Ella está bien! —exclamé—. Está bien.

Alice Gray fue la única amiga que tuve algún día. Le salvé la vida. Y ella salvó la mía.

Cinco años después

Richard iba vestido para salir de caza. Asomó la cabeza por el gran salón, donde yo remendaba las medias de seda de Nicholas. Con dos hijos, había mejorado mis dotes como bordadora, dada la frecuencia con la que los niños agujereaban las prendas, o patinaban por el suelo y se rasgaban los mantos, o se desgarraban los cuellos al escalar por las ramas. En una mano tenía la labor y en la otra una lista infinita de cosas para que James me encargara a Londres. Cada vez que se me ocurría algo, cogía la pluma y lo apuntaba. Acababa de recordar que necesitaba ámbar gris para mis perfumes, cuando los niños, que libraban un duelo con sus espadas de madera, las tiraron al suelo con gran estrépito.

—Padre, ¿os batís conmigo? Nicholas lucha como un nene —dijo Richard, lanzándole a su padre el juguete de su hermano. Había salido a mí, tenía el cabello negro como el carbón y unos ojos oscuros y serios.

—Porque es un nene —dije, sonriendo a Nicholas, que se parecía tanto a su hermano como yo a Richard. Tenía el pelo dorado y los ojos glaucos de su padre.

—Lo haré cuando vuelva, así que no las astilléis antes de eso.

Richard colocó las espadas en las manos de sus hijos y se acercó a mí. Parecía distraído.

—¿Qué pasa? —pregunté, levantando fugazmente la vista de mi labor.

—El rey viene de visita al norte.

Lo miré.

—¿Cuándo?

—El mes que viene.

—¿Y tiene intención de quedarse aquí? Es persona non grata.

—Afortunadamente no, aunque rechazarlo sería traición. Me alegra que la ruta no sea el año próximo, cuando yo sea juez de paz, porque entonces sin duda pretendería eso. Pero su intención es alojarse en Barton.

—¿En Barton? ¿Por qué?

—Vete a saber. Antes se hospedará en Hoghton Tower, y Barton queda a mitad de camino entre allí y Lancaster.

—Pero si está vacío.

—El rey no se preocupa con inconvenientes.

Dejé la media de Nicholas.

—Tendremos que amueblarlo y contratar criados... Nos dejará en bancarrota. El rey viaja con un cortejo de un centenar de personas, al menos.

—Es el rey —se limitó a decir Richard—. Me hace tanta gracia como a ti.

—Esa casa... —farfullé—. Es como una maldición.

Richard hizo caso omiso de mi comentario. Sabía que ahora alojaba a Judith y a su bastardo en Yorkshire, pero no me interesaba saber exactamente dónde. Mientras estuviera fuera de mi vista y yo tuviera mis chicos y mi casa, no me costaba demasiado olvidar todo el asunto. Richard asintió al ver mi lista sobre la mesa.

—Sabes lo que es el ámbar gris, ¿verdad? Vómito de ballena.

—¡Richard!

Quise golpearlo, pero esquivó mi alcance y fue directo hacia las manos pringosas de sus hijos, que le toquetearon la pierna y volvieron a rogarle que jugara con ellos.

—¡Basta! Me voy a cazar y si no me dejáis marchar ahora mismo os usaré a los dos de cebo.

Agarró a Nicholas por los tobillos y lo zarandeó de arriba abajo. El niño aullaba sin parar, desternillándose de risa, mientras su hermano fingía pincharlo con la espada al grito de «¡Morid! ¡Morid!».

Puck, que se había acostumbrado al barullo de los niños aunque declinaba tomar parte dada su avanzada edad, los contemplaba perezoso desde la alfombra. Algunas veces lo obligaban a participar en sus juegos, pero esta vez se había librado.

—¿Por qué los niños hacen siempre tanto ruido y se portan tan mal? —pregunté—. ¿Por qué no habré tenido dos niñitas adorables que se sentaran conmigo a coser?

Nicholas se dejó caer en el suelo, sin aliento, aún con la risa floja.

—Padre, ¡llevadme de caza! —exigió Richard tirando del manto de su padre.

—No hasta que crezcas un poco.

—¿Qué le decimos a Padre cuando sale de caza?

—¡No matéis a los zorros! —exclamaron a coro, esforzándose por ver quién chillaba más.

Sonreí, y Richard lanzó un suspiro como en broma.

—Aunque maten a las liebres y a los conejos y les compliquen la tarea a mis aves, vuestra madre me sacaría el mosquete hasta a mí si me presentara en casa con el pelaje de un zorro.

Asentí severa y sonreí, aunque las noticias que me había dado me habían dejado preocupada.

Me desperté antes del amanecer y dejé a Richard roncando suavemente. Sin hacer ruido, agarré la bolsa que había preparado la víspera por la noche y que había escondido bajo la cama, y fui a vestirme; llegué a las cuadras con las primeras luces. Hacía una mañana despejada y agradable, brillaba un sol radiante y corría un ligero frescor. Uno de los mozos apareció en la puerta al oír cascos en el patio de cuadras y se sorprendió al verme.

—Me voy a pasar el día con la señora Towneley —le informé, mientras pestañeaba somnoliento. Me recordó a mis propios hijos—. Por favor, decidle al señor que me espere de vuelta al caer la noche.

La carretera estaba desierta y salí a buen paso. Para cuando llegué al cabo de unas horas, tenía los muslos agarrotados, el corsé se me clavaba en el vientre y estaba empapada de sudor. Hacía años que no cabalgaba una distancia tan grande y todos mis músculos se resintieron. Cuando me apeé, me apoyé sobre el caballo un instante, contra su pelaje cálido y brillante bajo el sol de mediodía. Lo até a un árbol un poco escondido y recorrí penosamente los últimos cien metros con el cordel del morral bien enterrado en la húmeda palma de la mano.

Rebusqué la llave en su interior y abrí la puerta. La última vez que había estado aquí era de noche y las sombras danzaban por todas partes, pero ahora ya no quedaba rastro de aquel halo de misterio. No era más que una casa vieja, polvorienta y vacía. Allí seguían languideciendo los últimos muebles, fui directa a la antigua vitrina del vestíbulo que en otros tiempos perteneció a mi padre y paseé los dedos por sus muescas y sus bordes. Sin embargo, no podía llevármelo, ni eso ni nada, así que lo acaricié como si fuera una mascota, y continué.

Recorrí todas las habitaciones e inspeccioné todos los aparadores. Sin duda, los criados también le habrían dado un repaso tras la partida de Judith, y se habrían llevado restos de velas, agujas y jarrones rotos, así como hasta la última miga de comida. Aunque tenía previsto evitar el salón, donde me habían apartado de mis muñecas para presentarme a mi primer esposo, terminé por entrar y echar un vistazo rápido. Quedaba la chimenea frente a la que el señor Molyneux se

había sentado, pero ya desprovista de muebles, no era más que una estancia vacía. Me reservé mi aposento como colofón. Solo había una cama: la mía. Habían movido la de mi madre a otra habitación. Recordé cuando dormía junto a mí cada noche; lo había tomado como una tortura, pero ahora sabía que era algo de índole muy diferente.

Me acerqué a la ventana y contemplé los árboles ondeantes y los terrenos de cultivo que se extendían por la planicie de más allá. Era un hermoso día de verano, sin una pizca de viento. Me aseguré de que todas las puertas estuvieran abiertas antes de bajar al gran salón, donde conocí a Judith cinco años atrás. Era como si su fantasma aún siguiese allí, vigilándome mientras me paseaba por los ventanales que daban a la fachada. Las cortinas seguían ahí, llenas de polvo, sin duda demasiado altas y pesadas para que quien hubiese vaciado la casa las descolgara. No había silla en la que descansar, ni mesa sobre la que colocar mis enseres. Me arrodillé sobre el frío suelo de piedra junto a la ventana, con el rostro bañado por la luz del sol. La abrí para empapararme de su calor y cerré los ojos.

Entonces me puse manos a la obra. Extraje el pequeño yesquero plateado de mi bolsita de terciopelo y lo abrí, y fruncí el trapo carbonizado de la punta para ahuecarlo. Constaté complacida que no me temblaba el pulso. Saqué el pedernal y el eslabón y empecé a golpearlos. En la habitación vacía, los chasquidos resonaban tan fuerte como si estuviéramos en el taller de un herrero. Al cabo de medio minuto de esfuerzo, una chispa prendió la yesca y me acerqué para soplar con suavidad y convertirla en llama. Por miedo a que se extinguiera, le acerqué una astilla y, en cuanto prendió, la coloqué al pie de las cortinas. Las llamas florecieron de inmediato en el tejido seco y polvoriento y me regocijé en silencio mientras el fuego lamía los bajos de las colgaduras escarlatas y ascendía como la humedad. No había colchones ni leña en la casa; había contado con que eso funcionara, y así era. Me senté y observé la escena un minuto, y para cuando me levanté, la cortina ya estaba medio cubierta por las llamas. Recordé la ocasión en que mis faldas prendieron en casa de Joseph Gray, y retrocedí, recogí mis cosas, cerré la puerta de un portazo y eché la llave.

El rey no podría quedarse en una casa que se hubiera abrasado por completo.

Permanecí largo rato en el prado de la entrada, mientras contemplaba la sala inundarse de un fulgor parpadeante y casi imperceptible a plena luz del día, pero que de noche debía de ser magnífico. Las paredes revestidas prendieron con facilidad, y cuando las ventanas quedaron ennegrecidas por el humo y tuve por seguro que el fuego era lo suficientemente arrasador y voraz para atacar el resto de Barton, di media vuelta para volver a casa.

Alguien me había estado observando. Di un respingo, asustada, cuando mis ojos detectaron un movimiento en el límite de la arboleda. Un zorro rojo deslumbrante me observaba fijamente con sus ojos ambarinos y posó una pata vacilante sobre la hierba. Nos miramos cara a cara y el tiempo se detuvo. El fuego devoraba la casa a mi espalda y el aliento se me cortó en la garganta. Entonces parpadéé y el zorro se había ido.

Agradecimientos

Si se necesita un pueblo entero para criar a un niño, se necesita toda una aldea para criar un libro. Para empezar, gracias, Juliet —amiga primero y agente después—, por haber hecho mi sueño realidad y no haberme soltado la mano durante todo el camino. Sin orden particular, las personas siguientes merecen mi gratitud más sincera: Katie Brown, Francesca Russell, Felicity Jethwa, Becky Short, Felicity White, Kate Hilsen, Claire Frost, Catriona Innes, Cyan Turan, Ed Wood, Lauren Hadden, Beth Underdown, Rosie Short y John Short. Gracias a todos y a todas por vuestros ojos de lince, vuestras ideas brillantes y vuestro entusiasmo. No existen palabras para expresar a mi editora y a todo el equipo de Bonnier Zaffre lo encantada que estoy de que *Las malditas* haya encontrado su sitio en vuestra familia. Supe que seríais vosotros desde que os conocí, y habéis hecho una delicia de todo el proceso. Gracias a Rachel Pollitt de Gawthorpe Hall por responder a todas mis preguntas y a Robert Poole por modernizar la versión de los juicios de Thomas Potts. Por último, y no menos importante, gracias a mis padres, Eileen y Stuart, y a mi hermano Sam, por vuestro apoyo y amor incondicional, y a Andy por ser mi animador estrella en la vida. Siempre estás ahí cuando te necesito, y yo siempre lo estaré.

Carta de la autora

Queridos lectores y queridas lectoras:

La inspiración para *Las malditas* surgió a raíz de una visita a Gawthorpe Hall en Padiham, condado de Lancaster, donde observé Pendle Hill desde una ventana del dormitorio. Crecí en aquella zona y sabía que la colina es sinónimo del folklore de las brujas de Pendle. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de escribir una novela sobre los hechos de 1612 narrada desde el punto de vista de una joven de clase alta que vivía en Gawthorpe. Empecé a investigar sobre la historia de la casa y la familia Shuttleworth y descubrí que en esa época la señora era una mujer de diecisiete años llamada Fleetwood, y mi historia cobró vida.

Cuanto más indagaba sobre las brujas de Pendle, más me intrigaba esa historia. Muchas de ellas eran vecinas. Todas estaban acusadas de tener espíritus familiares y algunas, de cambiar de forma. Una afirmaba haber conocido al diablo. Muchas de ellas reconocieron practicar brujería. Sabían que el castigo era la ejecución, entonces ¿por qué admitirían su culpa?

Las malditas es un intento de responder a mis propias preguntas; aunque sea una obra de ficción, muchos de los personajes existieron en la realidad y el libro sigue la cronología histórica. Espero que os haya despertado interés y deseéis saber más sobre las brujas de Pendle, así como sobre Alice y sobre Fleetwood.

Si quisierais recibir más información sobre *Las malditas*, tal vez os interesaría apuntaros a mi Club de Lectores. No os preocupéis, no os compromete a nada, no hay ningún truco, ni pasaré vuestros datos a terceros. Os enviaré actualizaciones sobre mis libros, tales como ofertas, novedades sobre publicaciones e incluso, ¡tal vez regalos ocasionales! Podéis daros de baja en cualquier momento. Para registraros, solo tenéis que entrar en www.thefamiliarsbook.com.

Otra forma de poneros en contacto conmigo es a través de Twitter: @Stacey_Halls. Espero saber pronto de vosotros y que sigáis leyendo y disfrutando de mis libros.

Gracias por vuestro apoyo,

S TACEY

Un apunte histórico

Fleetwood y Richard Shuttleworth, Alice Gray, Roger Nowell, la familia Device, así como muchos personajes más de la novela existieron en la vida real, pero *Las malditas* es una obra de ficción. Fleetwood Shuttleworth (nacida en 1595) era señora de Gawthorpe durante los juicios a las brujas, y dio a luz a su primer hijo en 1612, pero nada en la historia la vincula con Alice. Sin embargo, su esposo Richard estuvo presente en las audiencias —en las que Alice Gray y las otras diez brujas de Pendle fueron juzgadas en agosto de 1612—, posiblemente porque el juicio despertó un profundo interés en la época. Se sabe muy poco de Alice Gray aparte de lo referido por Thomas Potts en su versión del juicio, *The Wonderfull Discoverie of Witches in the Countie of Lancaster*. Por alguna razón desconocida, la transcripción de Alice no quedó registrada en el libro de Potts. A día de hoy, sigue siendo un misterio por qué fue la única de las brujas de Pendle que quedó absuelta.

En un tiempo de miedo y sospechas, ser una mujer es el mayor de los riesgos.



Una novela inspirada en los juicios por brujería de Pendle de 1612, donde la amistad entre dos mujeres se forja a través de las vicisitudes que tienen que superar. Fleetwood Shuttleworth tiene diecisiete años, está casada y embarazada por cuarta vez. Como señora de Gawthorpe Hall, en el condado de Lancaster, todavía no ha conseguido traer al mundo un bebé que sobreviva al parto y su esposo Richard es eso precisamente lo que más ansía: un heredero. Cuando Fleetwood descubre una carta oculta del médico que la atendió en su último embarazo, sabe que es ella quien no sobrevivirá esta vez.

Pero entonces su camino se cruza con el de Alice Gray, una jovencísima partera y curandera que le promete que le la ayudará a dar a luz a un bebé sano, el heredero que todos esperan y que convertirá a Fleetwood, por fin, en auténtica señora de su la mansión y sus las tierras. Sin embargo, el rey Jacobo I, consciente de que el condado de Lancaster se ha convertido en un nido de conspiradores, sabe que una buena manera de instaurar el orden es infundir miedo y temor entre sus habitantes. Y así arranca la caza de brujas más terrible de la historia de Inglaterra, una caza en la que cualquier joven con conocimientos médicos se vuelve sospechosa. Conforme el juicio de las brujas de Pendle se acerca, Fleetwood y Alice saben que se necesitan la una a la otra para sobrevivir.

Stacey Halls creció en Rossendale, Lancashire. Estudió periodismo en la University of Central Lancashire y se mudó a Londres a los 21 años. Fue editora en *The Library* y en *Stylist* , y también ha escrito para *Psychologies* , la revista *Independent* y *Fabulous* , donde ahora trabaja como subdirectora adjunta. Los juicios de las brujas de Pendle siempre le fascinaron y *The familiar* es su primera novela.

Título original: *The familiars*

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2019, Stacey Halls

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Inés Clavero, por la traducción

Diseño de portada: Zafre

Ilustración de portada: Lucy Rose Cartwright

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-6703-6

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Las malditas

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Segunda parte

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Tercera parte

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Cuarta parte

Capítulo 25

[Capítulo 26](#)

[Agradecimientos](#)

[Carta de la autora](#)

[Un apunte histórico](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Stacey Halls](#)

[Créditos](#)